

ABRIL
CAMINO

Te quise como
si fuera posible

Te quise como si fuera posible

Abril Camino

© Abril Camino

1ª edición, septiembre de 2017

ASIN:

Diseño de cubierta: Alice Kellen

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*A las mentes abiertas, valientes y luchadoras,
porque hacen del mundo un lugar más libre, más
habitable.
Un lugar mejor.*

«No te diré que el mundo no importa, o la voz del mundo, o la voz de la sociedad. Importan mucho. Importan demasiado. Pero hay momentos en que uno tiene que elegir entre vivir su propia vida, íntegra, del todo, por completo... o prolongar la existencia falsa, superficial y degradante que el mundo demanda. Ese momento es ahora. ¡Elige!».

El abanico de lady Windermere, Oscar Wilde

ÍNDICE

[Sinopsis](#)

[Capítulo 1 | Daniel](#)

[Capítulo 2 | Lennon](#)

[*Doce años antes*](#)

[Capítulo 3 | Daniel](#)

[Capítulo 4 | Lennon](#)

[*Siete años antes*](#)

[Capítulo 5 | Daniel](#)

[Capítulo 6 | Lennon](#)

[*Cuatro años antes*](#)

[Capítulo 7 | Daniel](#)

[Capítulo 8 | Lennon](#)

[*Dos años antes*](#)

[Capítulo 9 | Daniel](#)

[Capítulo 10 | Lennon](#)

[*Dos años antes*](#)

[Capítulo 11 | Daniel](#)

[Capítulo 12 | Lennon](#)

[*Dos años antes*](#)

[Capítulo 13 | Daniel](#)

[Capítulo 14 | Lennon](#)

[Capítulo 15 | Daniel](#)

[Capítulo 16 | Lennon](#)

[Capítulo 17 | Daniel](#)

[Capítulo 18 | Lennon](#)

[Capítulo 19 | Daniel](#)

[Capítulo 20 | Lennon](#)

[Capítulo 21 | Daniel](#)

[Capítulo 22 | Lennon](#)

[Capítulo 23 | Daniel](#)

[Lennon](#)

[Daniel](#)

[Agradecimientos](#)

Sinopsis

Lennon lleva dos años sin pisar Nueva York. Se marchó a Europa con el corazón roto y la convicción de que jamás volvería a la ciudad en la que un día creyó que todo era posible. Incluso su amor por Daniel.

El mundo de Daniel ha dejado de girar. Acaba de perder a su hermano mayor y hace dos años que no sabe nada de su mejor amigo. Sabe que debe encontrar su camino para salir adelante, pero los dos pilares de su vida han desaparecido, y las fuerzas le fallan.

Un regreso, una llamada, el reencuentro de dos amigos que nunca dejaron de serlo y la amenaza de que un sentimiento enterrado bajo dos años de dolor renazca para complicar las vidas de sus protagonistas.

Aunque algunas complicaciones pueden ser, a veces, lo mejor que nos ha ocurrido jamás.

Capítulo 1

Daniel

DOS MESES. Hoy hace dos meses que Bobby murió. *Murió*. No *se fue*, ni *nos dejó* ni ninguno de los mil eufemismos con los que la gente intenta consolarme desde aquel día. Si me conocieran lo más mínimo, sabrían que me pongo enfermo cada vez que dicen esas frases. Joder... si simplemente escucharan, podrían oír mis mandíbulas rechinar de pura rabia. De hecho, si alguien fuera capaz de colarse en mi cabeza, sabrían que, para mí, Bobby no murió el día en que su corazón dejó de latir y dos médicos a los que acabé odiando como si ellos fueran los culpables nos comunicaron la noticia.

Bobby murió muchas veces antes, mucho tiempo antes: cuando su cuerpo dejó de responder, cuando se perdió toda esperanza de curación, cuando él mismo supo que no había nada que hacer. Porque él lo sabía. Da igual cuánto hicieran mis padres por intentar ocultárselo, por fingir sonrisas delante de él, por planificar tratamientos a los que ni siquiera le iba a dar tiempo a llegar. Mi hermano mayor, mi héroe, la persona a quien siempre quise parecerme y por la que me habría cambiado en el último momento sin un atisbo de duda... ya no existía.

Cojo el teléfono móvil de la mesilla de noche e ignoro el último mensaje de Kelsey porque intuyo su contenido. Querrá que nos veamos, que quedemos, que vayamos al cine, que salgamos con amigos, que demos un paseo por el parque... Que no me encierre en casa. El objetivo único y omnipresente de toda la gente que me rodea —y que me quiere, lo sé— en los últimos sesenta días ha sido que no me encierre en casa. Como si el aire libre, el canto de los pájaros, los rayos del sol y toda esa mierda fueran a distraerme del hecho de que mi hermano está muerto. *Muerto*.

Busco el nombre de Bobby en el WhatsApp. No sé ni cuántas veces lo he hecho en los dos últimos meses. Lo localizo bastante abajo en la lista de conversaciones, e incluso ese detalle me parte el alma al medio. Hasta hace muy poco tiempo, era imposible que no estuviera entre los tres primeros contactos. Era un puto adicto al móvil, y nos pasábamos las horas enviándonos mensajes sin ningún sentido.

Antes de entrar al chat, amplió —como siempre— su foto de perfil. Hubo un

tiempo en que odié esa foto: mis padres, Bobby, su novia Ally, Kelsey y yo en una playa de los Hamptons, el verano pasado, unos seis meses antes de que llegara el diagnóstico que nos jodió la vida a todos. No me gustaba porque salía con los ojos casi cerrados por el sol y con un bañador horrible de mi padre; me había olvidado los míos en el piso de la ciudad. Pero a mi madre siempre le encantó esa imagen de familia perfecta que transmitía, así que acabó enmarcada en el salón de casa y como imagen de perfil en las redes sociales de todo miembro de la familia Woodward, o sea, la mía.

La cierro con rapidez, porque me provoca un dolor hasta físico el hecho de mirarla, por muy de memoria que me la sepa. El pinchazo en el pecho se hace más profundo cuando leo el último mensaje que recibí de él, apenas unos días antes de morir. Dos palabras que significaron tanto que aún me hacen estremecer.

«Danny, ven».

Cuando llegué al hospital, apenas le quedaba un hilo de consciencia, el último que tendría.

Borro el recuerdo de la superficie de mi mente, aunque sé que de lo más hondo no se va a ir jamás, y muevo compulsivamente el dedo por la pantalla para ir recuperando sus mensajes más antiguos. Se ha convertido en una rutina enfermiza de las noches de insomnio, que son todas. Subo y subo en los mensajes hasta que me duele el dedo de seguir haciéndolo. Cuando me fijo en la hora, veo que llevo más de media hora recuperando mensajes y decido parar. Maldigo al destino, a la casualidad y hasta a mí mismo cuando veo en qué fecha se ha quedado parada la aplicación. Doce de septiembre de hace dos años. El día que Lennon se marchó.

Bobby: *¿Tú sabías que Lennon se va a Europa hoy?*

Yo: *Sí. ¿Por?*

Bobby: *¿No piensas ir a despedirte?*

Yo: *Nop.*

Bobby: *Danny, tu mejor amigo se va a vivir a la otra punta del mundo... ¿No puedes olvidar lo que cojones sea que os pasó en el campamento y decirle adiós en condiciones?*

Yo: *Primero, no me llames Danny. Segundo, hace días que no me hablo con Lennon y no va a cambiar nada el hecho de que se marche. Ya sabíamos que se iba a ir, de todos modos.*

Bobby: *Te estás equivocando.*

Yo: Y tú estás siendo un coñazo.

Bobby: Haz lo que te dé la gana. Solo espero que no te arrepientas.

Yo: Estoy en los Hamptons, además. No voy a cambiar una tarde al sol rodeado de chicas en bikini por ir a despedir a un amigo con el que ni me hablo. Vete tú si quieres.

Bobby: Por supuesto que iré. Y le recordaré a él que es tan gilipollas como tú.

Yo: Vale. Bien. Perfecto.

Lennon. Dos años, un mes y once días sin saber nada de él. Nada. Sin saber si es feliz en Europa, como siempre soñó, o si echa de menos Nueva York. Si ha hecho nuevos amigos o dedica un solo segundo de su tiempo a pensar en los que dejó aquí. Si me guarda rencor por lo que hice o ni siquiera recuerda que un día fuimos los mejores amigos del mundo.

Durante casi dos años, albergué todo tipo de sentimientos hacia Lennon: culpabilidad, rencor, dolor... a veces, hasta ira. Pero, por encima de todo, sentía añoranza. Echaba de menos a mi mejor amigo. Joder, lo echaba tanto de menos que me sobraban un montón de horas del día que antes habría estado compartiendo con él. Los partidos de fútbol en el parque que siempre acababan con sangre y magulladuras, las noches de fiesta en que queríamos comernos la ciudad, los veranos en la playa compitiendo como dos gallitos de pelea por llevarnos más miradas, las escapadas por la noche a la azotea, cuando yo me cabreaba con él por fumar y él conseguía mi perdón con cervezas sacadas de contrabando de la nevera de su madre.

Pero, desde que Bobby murió, solo me queda dentro la incomprensión. Una incomprensión que me atormenta y me hace pensar si de verdad lo conocí alguna vez. Por Dios. Siempre pensé que no había una sola persona en el mundo a la que conociera mejor que a Lennon. Ni siquiera Bobby era tan transparente para mí. Pero el Lennon que conocí habría volado al funeral de mi hermano, del que fue también un hermano para él. Habría venido nadando si fuera necesario. Su madre ha hablado con la mía varias veces desde que ocurrió, así que no hay ninguna posibilidad de que él no se haya enterado. Y ni una llamada. Ni un mensaje. Ni un email. Nada. La nada.

Cojo mi balón favorito de la balda que hay sobre el cabecero de mi cama y me quedo mirándolo como si pudiera darme las respuestas. He jugado al fútbol desde que tengo uso de razón. Bobby me enseñó a patear la pelota casi antes de que supiera usar los pies para caminar. Algunos de mis compañeros

de facultad, los que no son de Nueva York, creen que haberme criado en pleno Upper East Side debió de suponer una infancia sin demasiadas actividades al aire libre, pero se equivocan. No recuerdo una tarde de mi vida en que, en algún momento, Lennon, Bobby y yo no acabáramos en el parque lanzándonos la pelota. Daba igual que la nieve cubriera la ciudad o que el sol nos achicharrara. Era lo que más nos gustaba hacer. A los tres.

Toc.

La lanzo contra la pared del dormitorio, con la certeza de que no molestaré a nadie. El piso contiguo sigue cerrado a cal y canto. Como la boca de quien vivió en él hasta hace dos años.

Toc.

En los buenos tiempos, Lennon estaría ya jugándose la vida —y obligándome a mí a hacer lo mismo—, subiendo por la escalera de incendios hacia la azotea del edificio.

Toc.

En los buenos tiempos, Bobby nos escucharía y, según su estado de ánimo, se uniría a nosotros o nos amenazaría con delatarnos a nuestros respectivos padres, cosa que jamás ocurrió.

Toc.

La pelota está a punto de resbalármeme de las manos y la miro como lo que es: la única amiga que me queda. Bobby no está. Lennon no está. Los dos pilares de mi vida han caído en los dos últimos años y lo único que me queda es lanzar un pedazo de cuero contra una pared.

Toc.

Me parece percibir un rastro de olor a tabaco en el ambiente, pero en esta casa no ha fumado nadie desde cierta aventura de Bobby con la hierba a los diecisiete años, que acabó con crisis nerviosa de mi madre y castigo a perpetuidad impuesto por mi padre.

No... No puede ser lo que imagino.

Toc.

Toc.

Toc.

Capítulo 2

Lennon

EL OLOR A CERRADO ME RECIBE en cuanto abro la puerta del apartamento. Sé que es un extraño mecanismo mental que me recuerda los dos años que llevo sin atravesar el umbral del hogar de mi infancia, pues mi madre se ha encargado de que alguien mantenga el piso en buen estado durante nuestra larga ausencia y no hay persianas bajadas, muebles cubiertos con sabanas ni nada que indique que el piso está deshabitado. O que lo ha estado hasta hace unos segundos, vamos.

Tiro la bolsa de deporte que me hace las veces de maleta contra una esquina del recibidor, pero dejo con cuidado la funda de las cámaras sobre la consola que separa el salón del comedor. Me acerco a la cocina y abro el frigorífico, cruzando mentalmente los dedos para que a mi madre se le haya ocurrido surtirlo de cerveza. Sonrío cuando compruebo que sí, y me da un poco la risa al imaginármela sentada en el salón de nuestro apartamento en el barrio de Södermalm, en Estocolmo, ordenando al portero del edificio de Nueva York que comprara una ingente cantidad de cervezas para su hijo de veinte años.

«Me encanta comprobar que sigues teniendo un nulo respeto por las leyes federales, madre. Ya en casa. Voy a dormir cien horas. Te quiero».

Le envió un *selfie* con un brindis al aire, sentado en el sofá del salón, y apoyo la cabeza en el respaldo.

Los pensamientos sobre lo correcto o no de mi decisión de volver a Estados Unidos le impiden el paso al sueño. Llevo despierto ya no sé ni cuántas horas seguidas, así que lo lógico sería que me quedara dormido en cuanto mi cabeza tocara una superficie blanda, pero... no. El último mes y medio en Suecia fue una locura constante de debatirme entre seguir manteniendo bien cerrado el capítulo de mi vida que se quedó en Nueva York, sepultado bajo mil lágrimas, o coger un avión de vuelta y sentarme junto a Daniel a hablar, llorar o lo que sea que necesite de mí después de lo que le ha ocurrido a Bobby.

Joder. Bobby... Bobby está muerto. Ni siquiera soy capaz de encontrarle sentido a la frase. Ni hablar, por supuesto, de pronunciarla en voz alta. El

hermano mayor que no tuve, el que me enseñó a montar en bicicleta y a jugar al fútbol. El que nos respondía a puñetazos cuando Daniel y yo le hacíamos alguna jugarreta, como cuando le enviamos un mensaje a su novia de la pubertad diciéndole que no quería besarla porque tenía un problema de halitosis o cuando mezclamos crema depilatoria de mi madre con su champú. El que nos obligaba a darnos la mano cuando discutíamos. El que ya no está.

Recordar la tarde en que me enteré de su muerte todavía me pone un nudo en la garganta. El peor momento de mi vida. Llevaba dos semanas recorriendo la Laponia sueca con cuatro compañeros de la escuela de fotografía. Habíamos acabado el curso prometiéndonos un viaje de relax, pero diferentes planes a lo largo del verano lo fueron posponiendo. Hasta que, a finales de agosto, nos embarcamos en una aventura que se transformó en dos semanas increíbles, quizá las mejores que tuve en todo el tiempo que viví en Suecia. Fotos alucinantes de aquel cielo que nunca llegaba a oscurecerse del todo, chupitos de vodka en vasos improvisados hechos con hielo, carreras en motos de nieve y algún zorro ártico cruzándose por el camino. Dos semanas en que, por convicción propia y para alegría de mi madre, los teléfonos móviles de todos se habían quedado en la ciudad.

Llegué a Estocolmo pleno, feliz, eufórico. Con el pensamiento empezando a fraguarse en mi mente de que había vida más allá de Nueva York, más allá de Daniel. *Solo* había tardado dos años en superarlo. O en empezar a plantearme poner las bases para hacerlo, al menos.

Abrí la puerta del apartamento con unas ganas irrefrenables de decirle a mi madre que ya estaba. Que lo iba a conseguir. Que no volvería a pensar que la vida solo tenía un camino y que ese camino se había cortado con mi marcha de Estados Unidos. Y, por primera vez en veinte años, encontré a mi madre derrotada, tímida, con los ojos de quien tiene que decir algo que sabe que romperá el corazón de quien lo escuche.

Bobby había muerto el mismo día que yo salí de Estocolmo. Nadie pudo localizarme por la maldita idea de mierda de dejar el teléfono en casa. Mi madre había presentado sus condolencias en nombre de los dos a través del teléfono, pero no quiso volar a consolar a su *amienemiga* favorita, la madre de Bobby y Daniel, por miedo a no estar en casa cuando yo regresara y que fuera otra persona quien tuviera que darme la noticia. No habíamos fijado una fecha de regreso del viaje; recorrimos kilómetros hasta que se nos acabó el presupuesto.

Aquella noche, mi madre y yo nos enfadamos, gritamos y lloramos por la

decisión de sus padres de no decir a nadie que estaba enfermo hasta que fue demasiado tarde. Eran los deseos de Bobby, según le dijeron.

Nunca me ha avergonzado llorar, aunque tampoco es que me prodigue mucho en el asunto, pero no recuerdo haberlo hecho de una forma tan desgarrada jamás. Ni siquiera en los días previos a mi marcha de Nueva York. Mi madre cree en la respuesta natural del cuerpo a los estímulos –mi madre cree en cientos de cosas que a mí me cuesta comprender, en realidad–, así que siempre ha sido una firme defensora de que riarnos a carcajadas, gritemos cuando nos enfadamos y lloremos cuando el cuerpo nos lo pida.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, por mucho que hubiera querido creer durante unas semanas efímeras que Daniel era un capítulo cerrado de mi vida y que jamás volvería a tomar una decisión basándome en lo que sentía por él –siempre lo sentiría–, empecé a hacer planes para volver a Nueva York cuanto antes para estar a su lado.

Toc, toc, toc.

Me aparta de mis pensamientos un sonido que reconocería en cualquier lugar del mundo. La pelota de fútbol de Daniel golpeando el tabique que separa su cuarto del mío.

Las familias Blair y Cabot han vivido en la última planta de este edificio del Upper East Side desde que Nueva York es lo que conocemos. O sea, desde allá por los años veinte del siglo pasado, antes de que el dinero y algunos de sus propietarios volaran desde los balcones. Mis bisabuelos y los de Daniel tuvieron la suerte de no estar entre los más perjudicados por la ruina económica, y las sucesivas generaciones hemos seguido ocupando el edificio. Dinero viejo, ideas conservadoras, salones de té y porteros con gorra de plato.

Hay dos motivos por los que yo me he criado en el Upper East Side: que mis abuelos murieron jóvenes, antes de que mi madre los asustara lo suficiente como para desheredarla, y que ella, de forma incomprensible, no decidiera trasladarse al SoHo o a TriBeCa en cuanto tuvo ocasión.

Mi madre, Mackenzie Blair, fue toda una leyenda allá por los años setenta. Rebelde de nacimiento, como a ella le gusta decir, pronto encontró más placer en recorrer el país en furgoneta, manifestarse contra la guerra de Vietnam y vivir conforme a los preceptos del amor libre, que en visitar clubs de campo y estudiar Derecho en Harvard, como su familia esperaba. Eso la distanció bastante de todo su entorno, empezando por su mejor amiga de toda la vida, Victoria Cabot, convertida en Victoria Woodward por matrimonio, y

madre de Bobby y Daniel. Cuando rondaba ya los cuarenta y se había cansado de recorrer el mundo cámara en mano –es de ella de quien heredé la pasión por la fotografía–, regresó al Upper East Side, se hizo cargo del piso que había heredado años atrás y tomó la decisión de ser madre. Me adoptó cuando tenía cuatro días de vida y, como fanática confesa de los Beatles, me puso el nombre de su favorito.

Los pisos de la familia de Daniel y de la mía son simétricos y diametralmente opuestos. Como las familias en sí, vamos. Lo que en mi casa siempre fue caos, desorden y libertad total, en la de él era pulcritud, clasicismo y valores tradicionales. Pero, cuando tienes cinco años y tu vecino también, y su hermano apenas cuatro más, que surja la amistad es inevitable. Así fue como Daniel, Bobby y yo empezamos a pasar todo nuestro tiempo juntos.

Toc, toc, toc.

Cada golpe de la pelota en la pared me encoge un poco más el alma. Nos separa un puto tabique, uno contra la que él –lo sé– no está lanzando solo una pelota, sino un estado de ánimo.

Me levanto del sofá y rebusco en mi bolsa de viaje un paquete de tabaco. Casi lo había dejado el último año que viví en Nueva York, en un *fifty-fifty* entre la preocupación por mi salud y el hecho de que a Daniel le molestara tanto. Pero en Europa volví a caer y ahora estoy enganchado como un gilipollas.

Salgo al balcón de mi dormitorio y me fijo en el parque. Llevo dos años sin ver Central Park, uno de los lugares donde más feliz he sido en toda mi vida. Enciendo el pitillo con una calada honda y me apoyo en la baranda de piedra, de espaldas al parque y de cara al balcón gemelo al mío, tras el cual imagino a Daniel golpeando la pelota compulsivamente. Aunque la puerta está un dedo abierta, las cortinas están corridas, así que me permito observar el telón que nos separa, deseando ser capaz de reunir las fuerzas suficientes para, mañana, llamar a su puerta y mirarlo a los ojos.

Doce años antes

—VAMOS, LENNON, PUEDES HACERLO MEJOR —le gritó Bobby desde la rama de un árbol del parque a la que, a saber cómo, había logrado subirse.

Lennon lanzó la pelota con toda su alma y, esa vez sí, logró sacarle unas cuantas yardas de ventaja al tiro de Daniel. Era una mañana de sábado de primavera y las madres de ambos habían consentido que bajaran a jugar al parque solo con la supervisión de Bobby y de una cuidadora —todos se negaban a seguir teniendo niñera, así que esa era la palabra correcta—, que sabían que aprovechaba esas escapadas para encontrarse con su novio unos cuantos metros más allá.

Lennon y Daniel dieron por concluido el juego y se acercaron a un puesto de perritos calientes a comprar dos vasos de limonada. Bobby se había encontrado con unos amigos del colegio y estaban todos distraídos tonteando con unas niñas, de forma incomprensible para Daniel y Lennon. Desde hacía algunos meses, la diferencia de edad con el hermano mayor de Daniel se les hacía un poco difícil de entender. Ellos tenían ocho años, pero Bobby ya tenía doce, así que las chicas empezaban a ser algo mucho más atractivo que jugar al fútbol con dos mocosos, que era como solía llamarlos en los últimos tiempos. Para deshacerse de ellos, les dio permiso para, básicamente, hacer lo que les diera la gana durante media hora, hasta que la cuidadora decidiera volver a recogerlos.

—¿A que no te atreves a subir al árbol donde estaba antes tu hermano? —lo retó Lennon, el más intrépido de los dos. Daniel siempre había sido más fuerte y rápido que él, pero Lennon era más alto y más ágil.

—¿A que sí?

Subieron, entre retos y pullas, y acabaron sentados en una rama a unos dos metros del suelo. Vieron a Bobby y a sus amigos en la distancia, y se rieron una vez más de esa fase tan rara en la que había entrado hacía poco. Cuando llegó la hora de bajar, Lennon buscó apoyo en un saliente del tronco del árbol y saltó a tierra sin dificultad. Pero a Daniel se le complicó un poco la bajada, perdió pie y trastabilló hasta caer al suelo, con un tobillo doblado y un crack inconfundible que sonó a que los planes para ese verano se le acababan de ir por la borda.

—¡Aaaaaah! Me duele mucho, Lennon. —Daniel lloraba, agarrándose el pie con las dos manos. Lennon se asustó al ver la cara enrojecida de su amigo. Hacía un par de años que no lloraban cuando se hacían daño. Ya no eran unos bebés, así que dedujo que su amigo debía de estar pasándolo bastante mal.

—Quítate la zapatilla, a ver —propuso, no muy seguro de qué debía hacer. Por suerte, Bobby había escuchado el grito de su hermano y llegó junto a ellos en un minuto.

—Voy a llamar a papá. Tienen que llevarte al hospital, Danny.

—Vale, haz lo que sea. Me duele mucho. —Lennon se quedó todavía más acobardado al ver que Daniel no protestaba por el diminutivo con el que siempre lo fastidiaba su hermano. Vio a Bobby hablar por teléfono y maldecir, con palabras que le costarían un buen castigo si su madre lo escuchaba, por no ser capaz de localizar a la cuidadora.

—¿Puedes quedarte tú aquí con Danny, Lennon? —Bobby le revolvió el pelo con cariño, y él asintió—. Tengo que salir a la puerta más cercana para explicarle a papá dónde encontraros. Viene en coche a recogernos.

—Claro, claro, vete —acertó a decir Lennon, antes de ver a Bobby marcharse corriendo. Se sentó en el césped al lado de su mejor amigo, que no había dejado de sollozar—. ¿Te duele?

—Sí. —A Daniel apenas le salían las palabras, y Lennon se fijó en que su tobillo estaba doblado en un ángulo poco natural.

—¿Puedo hacer algo para que se te pase?

—No lo sé. Quédate conmigo.

—Claro. No me voy a ir a ninguna parte. —Lennon miró a su amigo y se sintió un poco culpable—. Lo siento.

—¿Por qué?

—Por haberte dicho que te subieras a la rama esa.

—No pasa nada.

—Vale. ¿Tú crees que si te doy un beso se te pasará?

—¿Un beso? —Daniel arrugó la frente.

—Mi madre siempre me da un beso cuando me hago daño.

—¡La mía también! —exclamó Daniel.

—¿Probamos?

Daniel respondió con un encogimiento de hombros y Lennon dejó un beso muy breve, casi imperceptible, en los labios de su amigo. Ninguno de los dos supo de dónde había salido el gesto, pero se sintieron reconfortados. Lennon,

porque estaba seguro de que ese remedio de madres servía para aliviar el sufrimiento. Daniel, porque sintió que la pierna le dolía un poco menos.

No volvieron a hablar del tema en ninguna de las tardes de aquel largo verano que Daniel se pasó con una pierna escayolada, con Lennon a su lado, renunciando a cualquier plan al aire libre con tal de pasar tiempo con su mejor amigo.

Capítulo 3

Daniel

EL *DING* DEL TIMBRE DE LA PUERTA ME DESPIERTA DE INMEDIATO. Ni siquiera ha hecho falta el *dong*. Esa es otra de las novedades de los últimos tiempos. Con lo que yo he sido, que era capaz de dormir aunque se estuviera desatando un holocausto nuclear en la habitación de al lado, ahora me despierto al primer sonido, vibración, cambio de temperatura o, simplemente, sin motivo. Como las noches siguen siendo mis enemigas en el campo de batalla de conciliar el sueño, al menos trato de aprovechar para dormir por las mañanas, así que maldigo en mi cabeza a quien haya decidido llamar a la puerta.

Mis padres llevan un par de semanas en la casa de los Hamptons, a pesar de que no suelen visitarla fuera de la temporada de verano. Querían pasar un tiempo allí aislados antes de retomar todas las rutinas que quedaron aparcadas tras la muerte de Bobby. Tampoco creo que sea Kelsey, ya que el portero del edificio llama siempre para anunciar las visitas, incluso en el caso de gente conocida. Así que doy por hecho que será él, el portero, con el correo o con algún envío especial que mi madre haya considerado imprescindible para mi supervivencia solo en Nueva York. Sé que lleva muy mal que no quisiera acompañarlos a la playa, pero yo también llevo muy mal que sean incapaces de comprender que no puedo lidiar con la idea de regresar al lugar donde Bobby y yo compartíamos tantas cosas que nunca volverán.

Me levanto remoloneando y me pongo algo de ropa de camino hacia la puerta. El otoño de este año está siendo más cálido de lo habitual y me he acostumbrado a dormir en ropa interior, algo que horrorizará a mi madre cuando decida volver a la civilización.

Cuando abro la puerta, soy vagamente consciente de que entorno los ojos hacia la persona que me sonrío tímida desde el otro lado del umbral. Me quedo paralizado, como si lo que tuviera ante mí fuera un holograma y no la persona real que supongo que es, aunque me parece tan verosímil tenerlo a medio metro de mí como estar sufriendo una alucinación.

—Hola, Daniel. —Su voz, siempre un poco más baja de lo normal, me despierta de golpe de la ensoñación. Dos meses ha tardado en dignarse a aparecer, después de perder a la persona a quien siempre dijo considerar su

hermano.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le espeto, con una rabia en la voz que se hace evidente a pesar de que no he gritado.

—Me enteré de lo que ocurrió, de lo..., de... —titubea, y eso me sorprende. Si algo destacó siempre en Lennon, si algo le envidié desde que éramos niños, fue la seguridad en sí mismo.

—Un poco tarde, ¿no crees? —lo interrumpo, con una contradicción latente entre no querer que siga pasando un mal rato y necesitar demostrarle cuánto daño me ha hecho no saber nada de él en estas últimas semanas.

—Lo siento. ¿Puedo pasar?

Dejo la puerta abierta tras de mí, porque me niego a invitarlo a entrar, pero tampoco quiero que se vaya. Estoy enfadado, sí, rabioso, incluso, pero también sé que tengo delante a la única persona que compartió toda mi infancia y adolescencia con Bobby. Lennon es el tercer lado de un triángulo que ahora está tan roto que ni siquiera sé por dónde empezar a recomponer la arista que me corresponde.

—¿Cerveza? —Le ofrezco, con la nevera abierta y un tono de desdén que me siento incapaz de abandonar.

—Son las diez y media de la mañana —me responde, subiéndose de un impulso a la encimera de la cocina, con una media sonrisa plantada en la cara. Y ahí es donde me fijo en que han podido pasar dos años, pero Lennon apenas ha cambiado.

Tiene el pelo castaño algo más largo de lo que recordaba, rozándole los hombros. Sus ojos marrón oscuro, casi negros, brillan en su cara, a medio camino entre la timidez y la emoción. Sigue estando muy delgado, pero sus brazos son más robustos que la última vez que lo vi. El pendiente del cartílago de su oreja izquierda sigue en el mismo lugar, y bajo la manga corta de su camiseta me parece atisbar el final de un tatuaje que no conocía. El recuerdo me lleva a aquella tarde, recién cumplidos los dieciocho, en que lo acompañé a tatuarse por primera vez. Se había decidido por la palabra *Imagine*, con la letra del mismísimo John Lennon, en el talón de su pie derecho; las zapatillas deportivas que calza me impiden ver el recuerdo impreso de aquel día de marzo en que intentó convencerme, sin éxito, de que yo también me estrenara en eso de marcarme la piel.

—Creo que una cerveza estará bien, sí. —Lo oigo decir, interrumpiendo el repaso visual y el estado de aturdimiento en que me he quedado. Cojo dos botellines, los abro con un gesto rápido y dejo el suyo sobre la encimera,

junto a él.

—Ahí tienes.

—Daniel, ¿podemos hablar un momento?

—Habla.

—Yo... sé que lo que voy a decir te parecerá una excusa de mierda, pero... No estaba en Estocolmo cuando Bobby... cuando él...

—Murió. La palabra que buscas es *murió*.

—Ya... Estaba de viaje con unos amigos, en el medio de la nada, sin móviles, sin ninguna forma de localizarme. Me enteré de lo que había ocurrido cuando volví a casa, dos semanas más tarde.

—¿Y en ese país tan moderno en el que vives no existen los teléfonos? ¿El correo electrónico, tal vez? Incluso el correo tradicional... Una carta de condolencia habría tardado menos de dos meses en llegar, supongo —le suelto, mirándolo ahora a la cara y con los ojos temblando de rabia. Nos movemos hacia el sofá del salón y me dejo caer en una esquina a un par de cojines de distancia de él.

—Yo no podía enviarte una carta de condolencia. Ni podía hablar contigo de esto por teléfono, joder. Tenía que venir en persona, Daniel.

—Bueno, pues ya estás aquí y ya he escuchado tus condolencias. Ahora, si no te importa, tengo bastantes cosas que hacer.

—¿Ah, sí? No me digas... Tu madre dice que llevas todo el semestre sin ir a la facultad y tienes bastante pinta de acabar de levantarte de la cama. Ni siquiera te has puesto las lentillas todavía.

—Se me habían olvidado tus dotes de observación. —Se me escapa una sonrisa al darme cuenta de que, por mucho tiempo que haya pasado, sigue calándome con una sola mirada—. ¿Has hablado con mi madre?

—La mía lo hizo. Cuando supo que volvía a Nueva York, la llamó para informarla, y ella le dijo que... bueno... que lo estabas pasando mal.

—No está siendo fácil —reconozco con la voz enronquecida. Lennon y yo nos hemos peleado cientos de veces en nuestra vida, miles. Pero él siempre tuvo la capacidad de derribar mis barreras, y me doy cuenta de que esta vez también están empezando a caer.

—Ya me imagino... —Lennon apoya una mano sobre mi hombro, justo en el momento en que soy consciente de algo que ha dicho y que mi cerebro no había registrado del todo.

—Un momento... ¿Has dicho que *volvías* a Nueva York? ¿Qué significa *volver*?

—Significa que mi etapa en Europa se ha acabado, Dan. —La simple mención del diminutivo que solo utilizaba en momentos muy concretos de nuestro pasado me hace estremecer. De pánico. De añoranza. De familiaridad.

—¿Tú...?

—He vuelto. Me da igual lo que pasara entre nosotros hace dos años, me da igual que estés cabreado conmigo por haber tardado tanto en dar señales de vida... Me llevó algo más de tiempo de lo previsto dejar mi vida en Estocolmo y trasladarme. Pero ahora estoy aquí y he venido para quedarme.

—No estoy cabreado contigo —acuerdo a decir, aunque la voz me sale entrecortada.

—Me alegro. Porque... —Lennon coge aire y, a continuación, lo expulsa en un bufido que resuena en el salón—. Porque eres el mejor amigo que he tenido en mi vida y no tiene ningún sentido que hayamos pasado dos años sin hablarnos. Y porque los dos hemos perdido a un hermano y tenemos que pasar por esto juntos.

Y así, con esa capacidad que siempre admiré en él de abrir su corazón sin titubear, consigue que caiga en el abrazo que tanto tiempo llevo necesitando recibir. El único lugar donde me apetece estar, donde siento que vuelvo a ser yo, donde puedo expresarme como quiero. Con Lennon no tengo que fingir ser fuerte, como delante de mis padres. No tengo que fingir que esto se me pasará, porque vivo con pánico a que nunca llegue a abandonarme la tristeza, y con un temor aun mayor al día en que Bobby se diluya en el olvido con el tiempo.

La vida ha cambiado demasiado en estos dos años, pero, con Lennon en Nueva York, siento que, por primera vez desde que Bobby enfermó, vuelvo a pertenecer a un lugar.

Capítulo 4

Lennon

SON CASI LAS SEIS DE LA TARDE cuando regreso a mi piso. Las horas en casa de Daniel han volado, como si volviéramos a ser los que siempre fuimos, como si no hubieran pasado dos años y toda una vida en medio. En cuanto superamos el trago inicial de derrumbarnos uno en los brazos del otro, entramos en una vorágine de ponernos al día sobre lo que han sido nuestras vidas en este tiempo, que acabó conmigo pisando sus frases, y él queriendo aportar más anécdotas, más momentos, más experiencias. No hablamos de Bobby, aún no. Aún duele demasiado. Tardamos un poco en darnos cuenta de que, ahora que he vuelto, tenemos tiempo por delante y no hace falta tanto estrés por actualizarnos. *He vuelto*. A ratos, hasta a mí me cuesta creerlo.

En todo el tiempo que estuvimos hablando, hubo un nombre que no me pudo pasar desapercibido, por más que quise intentarlo. Kelsey Sanders. Me sonaba su nombre del grupo de amigas de Ally, la novia de Bobby, de la facultad, aunque creo que nunca llegué a conocerla personalmente. La tercera vez que la mencionó, tuve que ser yo quien le preguntara a Daniel si era su novia, a lo que él me respondió que sí, con algo de timidez y juraría que un ligero sonrojo. Llevan más o menos año y medio juntos, y ella ha sido un gran apoyo para él durante la enfermedad de Bobby y todo lo que vino después. Tragué saliva, lo felicité, me alegré en cierta manera de que hubiera tenido a alguien a su lado en los peores momentos de su vida, y no pude evitar preguntarme si Daniel sabría, sospecharía o se le pasaría siquiera por la cabeza que yo pudiera seguir enamorado de él.

Porque podría habérmelo negado a mí mismo cientos de veces durante mis dos años en Suecia, pero no habría pasado ningún detector de (auto) mentiras en el momento en que lo tuve delante. Ni los surcos negros bajo sus ojos ni su evidente pérdida de peso consiguieron que dejara de ver en él al hombre más rotundamente guapo que he conocido en toda mi vida. El pelo rubio un poco rizado, los ojos verdes, su tono de piel bronceado, los hombros anchos, la cintura estrecha, ese aire a medio camino entre chico de colegio privado del Upper East Side y surfista californiano... Dios, si no se dio cuenta de cómo lo miraba, de cómo mis ojos no dejaban de cerciorarse de que

era real, de que volvía a tenerlo delante después de tanta ausencia... será porque, como tantas veces, no quiso ser consciente de ello.

Decido quitarme a Daniel de la cabeza y, aunque no lo consigo del todo, al menos soy capaz de ponerme en marcha sin tenerlo presente en la cabeza cada segundo. Me paso un buen rato al teléfono con mi madre, a la que pongo al día de los acontecimientos. He acabado teniendo que explicarle que estoy aquí por lealtad a Bobby y cariño a Daniel, no por un intento tardío de revivir una historia que quizá solo existió en mi cabeza. Por supuesto que adoraba a Bobby, y por supuesto que quiero a Daniel. De la veracidad del resto de lo que le he dicho... dudo hasta yo.

Paso el siguiente par de días inmerso en todos los trámites que implica volver a vivir en Nueva York. Me he dado un plazo de un mes para preparar un portafolio en condiciones con las mejores fotografías que he hecho en Europa en estos dos años, para presentarlos en algunas galerías que me ha recomendado mi madre. Sé que hay muchas posibilidades de que tenga que ganarme la vida con fotografía de eventos o deportiva, que suele ser lo más solicitado, pero no pienso renunciar a la idea de exponer. Eso sí, mi madre ya me ha dicho que viviré de mis ahorros. Su filosofía de que debo sacarme las castañas del fuego después de acabar los estudios, y ni siquiera pensar en la fortuna familiar, sigue más vigente que nunca.

UNOS DÍAS DESPUÉS DE MI LLEGADA, tengo todo más o menos encaminado y decido tomarme la noche libre. He pasado tantas horas pegado al portátil las últimas noches que ya no me veo capaz de distinguir una buena foto de una mediocre. He enviado algunos currículums también, he retomado el contacto con los pocos amigos que me apetece conservar de la época del colegio y hasta he hecho la compra.

En estos días, Daniel y yo hemos intercambiado unos cuantos *whatsapps*, pero ninguno de los dos hemos propuesto vernos, pese a que solo un tabique nos separa. Al menos físicamente. Hasta hoy.

Daniel: *¿Coges unas cervezas de la nevera de tu madre y nos vemos en cinco minutos en la azotea?*

El recuerdo de tantas noches compartidas en ese lugar me golpea en el pecho. Confesiones, carcajadas, borracheras y discusiones. Me pregunto si

Daniel seguirá considerando especial *nuestra* azotea. Decido picarlo un poco en mi respuesta para comprobarlo.

Lennon: *Tenemos casi veintiún años y los dos pisos libres de padres. ¿Por qué querríamos subir a la azotea?*

Su respuesta no se hace esperar y consigue el objetivo de hacer que se me olvide que, un día, sentí que Daniel me había traicionado como jamás pensé que fuera posible.

Daniel: *Sabes igual que yo por qué. Yo subo ya. Te veo allí.*

Por supuesto, me apresuro a subir, con un *pack* de seis Budweiser en la mano, por esa escalera oxidada, anclada a la pared en el exiguo espacio entre los balcones de nuestros cuartos, catorce plantas por encima de la Quinta Avenida.

—¿Sabes que Bobby le pidió matrimonio a Ally aquí mismo? —Daniel está sentado sobre una tumbona de madera algo vieja, que no recuerdo haber visto nunca por allí. A su lado hay otra exacta, y tomo asiento en ella.

—¿Se iban a casar? —le pregunto, sorprendido. Bobby solo tenía veinticuatro años cuando murió y, por lo que recuerdo, Ally era algo más joven que él.

—¿Alguien duda de que acabarían haciéndolo? Fueron la pareja perfecta desde el último año de instituto. —Daniel coge una de las cervezas y la abre dándole un golpe seco contra el lateral de la tumbona—. Se lo pidió el mismo día que Ally cumplía veintiuno. La idea era que se casarían al acabar ambos la universidad.

—¿Qué tal está ella?

—Se ha marchado a África con una ONG. Pensaban hacerlo juntos en cuanto pudieran ser de ayuda allí como médicos. Él ni siquiera llegó a acabar la carrera... Pero ella ha querido cumplir el sueño de los dos.

—Era una tía estupenda.

—Lo es. Y más fuerte que nadie que haya conocido en toda mi vida. Nos mantuvo a todos en pie cuando las cosas empezaron a ir cada vez peor, aunque lo estaba pasando tan mal como los demás.

El silencio se instala un rato entre nosotros. Acabamos la cerveza, dejamos los botellines a un lado y nos recostamos en las tumbonas. La noche es fresca, así que agradezco haberme puesto una sudadera, pero no es el frío del ambiente el que me estremece. Son los recuerdos.

La mente me vuela al día que me marché de Nueva York. Bobby fue la mano amiga que me acompañó en el aeropuerto, que no se separó de mí hasta

que tuve que atravesar con mi madre el control de seguridad porque, si no, perderíamos el vuelo. Estoy seguro de que sabía que no era a él a quien quería tener al lado, y yo me sentí un ingrato porque, en el fondo, tenía razón. Hasta el último segundo estuve esperando que Daniel apareciera, que intentara retenerme, que se marcara una de esas escenas de película con carrera por el aeropuerto incluida.

No apareció, claro. Bobby me había dicho que estaba en los Hamptons. Me despedí de él, de quien había sido mi hermano mayor, sin poder imaginar que esa sería la última vez que lo viera. Él me pidió que volviera pronto, con una profundidad en su mirada que me hizo sospechar que sabía más de lo que aparentaba. Ojalá yo le hubiera pedido que siguiera aquí cuando regresara. Ojalá hubiera servido de algo.

—¿Por qué no me contaste que estaba enfermo, Daniel? —Hago la pregunta casi sin pensar. No sé si es egoísta, pero necesito saber qué ocurrió, algo así como vivir en diferido el dolor que sufrieron.

—¿Quieres que sea sincero? —me pregunta, sondeándome con sus ojos verdes en busca de una respuesta silenciosa. Asiento—. Tuve el teléfono en la mano cientos de veces para llamarte. No te imaginas cuántas veces, Lennon. ¿Quieres...? ¿Quieres que te cuente cómo fue?

—Claro. A eso he venido, entre otras cosas.

—No suelo hablar de él con nadie. Nunca.

—Si no quieres...

—Bobby tuvo que dejar el fútbol a principios de la temporada pasada. —Ignora mi interrupción y empieza a hablar—. No me preguntes cómo lo hacía, pero llevaba en la universidad seis años compaginando unas notas en Medicina con las que yo no puedo ni soñar y la capitánía del equipo de fútbol. Muchas veces le comentaba, de broma, que le iba a resultar difícil decidir si entrar por la puerta grande a trabajar en alguno de los mejores hospitales del país o irse a jugar a la NFL. El caso es que creo que ni siquiera era broma. Tenía cualquiera de las dos cosas al alcance de su mano. Y, entonces, se lesionó.

—¿Qué le pasó?

—Se rompió un tobillo en uno de los primeros partidos de la temporada. Al principio no parecía demasiado grave, una fractura limpia sin mayores complicaciones. Esperaban que pudiera reaparecer en un par de meses. Pero no conseguía recuperarse, así que, después de las vacaciones de Navidad, los médicos decidieron que lo mejor sería operar. Él no se encontraba demasiado

bien. Estaba cansado, había pasado lo que creíamos que eran un par de catarros fuertes. Al hacerle los análisis para el preoperatorio... vieron que era mucho más que eso. Que algo no marchaba bien. Nada bien.

—Leucemia —le digo, porque es de la poca información que mi madre me dio sobre lo ocurrido.

—Sí. En una fase bastante avanzada. Tardamos poco tiempo en saber que no había nada que hacer. Le dieron el diagnóstico definitivo el día que cumplía veinticuatro años y murió justo siete meses después.

—¿Sufrió? —En cuanto la pregunta abandona mi boca, me arrepiento. Por nada del mundo querría que Daniel pensara que me mueve el morbo. Él me mira un momento, coge otra cerveza y yo lo imito.

—La versión que mis padres y Kelsey han decidido creerse para seguir adelante es que no. Que él nunca supo que la situación era irreversible y luchó hasta el final. Y que el dolor físico estaba bien controlado con analgésicos. Pero Ally y yo hablamos muchas veces de que era imposible que fuera así. Supongo que, al estudiar Medicina, lo vimos de otra manera.

—Él lo sabía, ¿no? —Si alguna vez llegué a conocer a Bobby, y sé que lo hice, me caben pocas dudas de que fue consciente de su situación desde el principio.

—Estoy seguro. No solo era ya casi médico, sino que... joder, era Bobby. ¿Cuándo pudimos ocultarle algo? —Daniel esboza una sonrisa nostálgica, y no puedo evitar que se me contagie—. Nos pilló en todas y cada una de las fechorías que se nos pasaron por la cabeza. Se enteró de que me había acostado con Tracy McDowell antes de que me quitara el condón. —Se me escapa una carcajada con su comentario, y con el recuerdo de la lamentable pérdida de virginidad de Daniel, que, aunque en su momento me dolió, acabó convirtiéndose en una de las anécdotas con las que más veces nos reímos—. ¿De verdad crees que un tío de ochenta y siete kilos no se da cuenta de que se está muriendo cuando llega a pesar cuarenta y ocho?

—¿Por eso no quiso que se supiera? —le pregunto, algo distraído, porque mi cerebro no es capaz de componer la imagen mental de un Bobby debilitado y moribundo. Bobby fue siempre nuestro héroe, tan alto, tan fuerte, mejor futbolista de lo que Daniel y yo llegaríamos a ser jamás. Y tan leal a nosotros que sería imposible haber deseado un hermano mayor mejor que él.

—No sé el motivo. Solo sé que nos lo hizo jurar a todos el mismo día del diagnóstico. Nos reunió a mis padres, a Ally, a Kelsey y a mí, y nos hizo prometer que solo nosotros lo sabríamos. El médico del equipo mantuvo el

secreto y la versión oficial fue siempre que la lesión del tobillo lo tendría apartado del fútbol todo el año y que él aprovecharía para descansar también de los estudios y retomaría todo el curso que viene. Creo que él ya sabía en ese momento que... que no habría un curso siguiente para él.

—Si lo hubiera sabido, yo...

—Aquel día, cuando Bobby dijo que solo la familia debía saberlo, yo no podía dejar de pensar que, si era un asunto familiar, allí faltabas tú. Y también tu madre. Pero esos fueron sus deseos en aquel momento y yo no hice otra cosa desde entonces hasta el día en que murió que respetar todo lo que me pidió.

—¿Se puso muy mandón? —le pregunto, con una sonrisa triste en la cara.

—Ni te imaginas. Tuve que llevarle tantos caprichos que me habría salido mejor convertirme en mensajero. Golosinas, bolsas de patatas fritas de todos los sabores que te puedas imaginar, revistas, libros, videojuegos... Los días en que se encontraba bien, era una fuente inagotable de peticiones. —Daniel guarda silencio unos segundos, me mira y veo las lágrimas sin derramar en sus ojos—. También me pidió cosas más serias. Que cuidara de Ally si a él llegaba a pasarle a algo. Que estuviera pendiente de Kelsey, que parecía la más ajena a todo, pero también estaba sufriendo. Que no dejara que papá se pasara el día en su consulta buscando tratamientos alternativos. Que obligara a mamá a salir del hospital de vez en cuando para seguir con su campaña política. Que fuera organizando una buena fiesta para mi veintiún cumpleaños...

—Daniel... —Se me escapa un sollozo, y él aparta con la palma de su mano las dos lágrimas que se le han escapado—. Lo siento. Siento muchísimo no haber estado aquí.

—Estás ahora. —Daniel niega con la cabeza—. Lo importante es que estés ahora.

—¿Hay algo que pueda hacer? Me siento tan... Joder, me siento tan impotente.

—¿Cómo lo voy a hacer, Lennon? —Daniel me mira, y el gesto que veo en sus ojos me parte el corazón. Está roto. Completamente roto. Me acerco a él y le paso un brazo por el hombro, apretándolo contra mí tanto como puedo. Noto cómo su cuerpo tiembla un poco al contacto, y sé que se ha derrumbado—. ¿Cómo voy a poder vivir sin él?

—Pues... como todo. —Lo agarro por los hombros para quedar frente a frente y, sin pararme a pensar demasiado en el gesto, limpio sus lágrimas con

mis pulgares—. Como todo. Juntos, Dan. Aprenderemos a hacerlo juntos.

Siete años antes

—¿TÚ ESTÁS SEGURO DE QUE PODEMOS SUBIR AQUÍ? —preguntó Daniel, con un pie en la baranda de piedra del balcón de su cuarto y el otro en el primer peldaño de la escalera de incendios del edificio.

—¿Qué es lo peor que podría pasarnos? —le respondió, desafiante, Lennon. Aún no se había inventado una trastada que a él se le hubiera resistido.

—Podría pillarnos tu madre o, mucho peor, la mía. Podríamos matarnos. Por no hablar de que la última vez que te hice caso y me subí a algo, acabé con una pierna rota.

—¿Quieres hablar un poco más bajo? Nos van a pillar antes siquiera de llegar arriba.

Daniel le hizo caso y subió resignado los diecisiete peldaños que había entre sus balcones y la azotea de su edificio. Cuando llegó arriba, Lennon ya estaba allí, sentado en el murete de piedra que separaba la terraza de la del edificio colindante.

—Me parece que no somos los únicos que conocemos este sitio. —Señaló un par de colillas bajo sus pies, mientras Daniel se aupaba para sentarse a su lado. Las vistas de Central Park desde allí eran todavía mejores que desde sus dormitorios—. ¿Crees que serán de Bobby?

—No creo. Bobby odia el tabaco.

—Eso no es precisamente tabaco. —Lennon se las dio, como siempre, de entendido. Acababan de cumplir trece años, y Daniel era mucho más niño que él en un montón de aspectos—. Déjalo. Ya te lo contará él si quiere.

—¿Y tú por qué has traído la mochila? ¿No pensarás ponerte a sacar fotos, como siempre?

—No, por hoy te has librado. —Lennon abrió una bolsa y sacó dos latas de cerveza frías. Las gotitas de condensación se habían convertido en chorretones de agua, así que se secó la mano contra sus pantalones vaqueros—. Mira lo que he sacado de la nevera de casa.

—Tú estás loco. —Daniel lo miró un poco asustado, pero le dio la risa al ver a su amigo mover las cejas arriba y abajo intermitentemente.

—¿Quieres o no?

—¿Tú... has bebido alguna vez?

—Puede.

—¡¿Sin mí?! —Daniel se indignó. Hacía ya muchos años que se habían prometido hacer todo juntos y le pareció una pequeña traición que su mejor amigo buscara complicidad en otras personas.

—Tranquilo, tío. ¿Te acuerdas de aquel fin de semana que fui con mi madre a Philadelphia a ver a unos amigos suyos? Nos dejaron solos en casa por la noche y sus hijos me dieron a probar cerveza. Al principio sabe regular, pero luego se le coge el punto.

—¿Os... emborrachasteis?

—Un poco. —Lennon se rio a carcajadas—. Pero, si solo te tomas una, no creo que vaya a pasarte nada.

—Mmmm... Está bien.

Los dos abrieron sus latas y las bebieron en silencio. Años después, se confesarían que no les habían gustado nada, pero ninguno de los dos quiso sentirse menos adulto que el otro.

—¿Sabes que Bobby se ha acostado con Lily Montgomery? —Daniel se enteraba siempre de todos los cotilleos relacionados con su hermano mayor, en parte porque era el chico más popular del colegio y todas las noticias sobre él corrían por los cursos inferiores, y en parte porque Bobby nunca había sido capaz de resistirse a los interrogatorios de su hermano pequeño.

—Madre mía... ¿Intenta batir algún récord? Pronto no le quedará ninguna chica del colegio con la que follar.

—Ya. ¿Tú crees que nosotros a su edad ya habremos... eso?

—¿Eso? —Lennon se carcajeó en la cara de su amigo—. Si no te atreves ni a decirlo, no sé cómo vas a pretender hacerlo.

—Vete a la mierda.

—¿A los diecisiete? —Lennon ignoró a su amigo y decidió responder a su pregunta—. Eso espero.

—No estaría mal que fuera con alguien como Lily Montgomery. ¡Está buenísima!

—Bah... —titubeó Lennon.

—¿Bah? ¡Es la tía más buena del colegio, Lennon!

—Supongo.

—¿Qué te pasa? Estás callado, para variar.

—Es que quiero decirte algo, pero tengo serias dudas de que vayas a entenderlo.

—Saco unas notas bastante mejores que las tuyas, Lennon. —Daniel se rio algo más alto de la cuenta. Puede que esa primera cerveza de su vida le estuviera afectando un poco—. ¿Qué es lo que no voy a entender?

—No me gusta Lily Montgomery.

—Ajá. Tienes razón, no lo entiendo. Pero, dado que se ha tirado a mi hermano, casi mejor, ¿no?

—Me refiero a que nunca podría gustarme. Ni ella ni el resto de las chicas. ¿Lo pillas?

—Emmm... Creo que no.

—¿Ves? ¿De qué te sirven las buenas notas ahora? —Lennon se rio de su amigo y recibió un puñetazo en el hombro a cambio.

—¡Auch! Lo que quiero decir es que... a mí me gustan los tíos.

—Pero ¿qué dices?

—Eso. Que me gustan... que me gustan los chicos.

—¡¿Eres marica?!

—Joder... Vamos a ver si lo entendemos. Si vuelves a usar esa palabra, te voy a dar tal puñetazo que me voy a llevar un par de dientes de recuerdo. ¿Queda claro? —Lennon se puso serio y Daniel lo imitó.

—Vale, vale, tío. O sea... pero... ¿cómo es eso?

—Eso es que a ti te gustan las tetas de las chicas y a mí me gustan los culos de los tíos. ¿Lo vas cogiendo?

—Oye, no te pongas borde conmigo, que no te he hecho nada. ¿Y eso cómo se sabe?

—Ni idea. Yo... supongo que siempre lo he sabido. Nunca entendí tanta expectación por chicas que a mí no me decían nada. Y supongo que hacerme pajas pensando en tíos ayudó a que lo tuviera claro.

—¿Tú te haces pajas? —preguntó Daniel, bajando la voz. Siempre había sido el más comedido de los dos y ni todo el envalentonamiento de la pubertad y la cerveza le hacían perder las formas.

—¿Pretendes hacerme creer que tú no? Vamos, Daniel... —Lennon se rio en la cara de su amigo, y este se acabó uniéndose.

—Vale, sí. Todos lo hacemos, ¿no?

—En palabras de mi madre, «como monos».

—Tu madre es la más guay.

—Sí, no tengo queja —reconoció Lennon.

—¿Ella lo sabe?

—Sí. Quería que tú fueras el primero en saberlo, pero ya sabes que es

imposible ocultarle nada.

—¿Y se lo tomó bien?

—Sí, claro. Fue ella quien me ayudó a entenderlo.

—¿En serio? ¿Cómo?

—Pues, hace un par de semanas, me preguntó si me gustaba alguna chica de clase. Le dije que no, y ella insistió: «¿Y algún chico?». Y le dije que nadie en concreto, pero que había acertado al preguntar.

—¿De verdad? ¿Así de sencillo?

—Es que yo no lo veo complicado.

—Ya. Supongo que no. Pero mis padres se pondrían como locos si Bobby o yo les dijéramos que somos mari... gays. —Daniel esbozó una sonrisa de disculpa ante Lennon por el lapsus, y su amigo no se lo tuvo en cuenta.

—¿Y para ti? ¿Hay algún problema?

—No... Supongo que no.

—¿Supones?

—No, joder. No lo hay. —Daniel le puso una mano en el hombro, en un gesto como muy adulto, y Lennon sintió que nunca podría agradecerle lo suficiente esa aceptación. Aún era demasiado joven para comprender del todo las dificultades a las que se podría enfrentar por su sexualidad, pero sí sabía que todo iba a resultar muy complicado si Daniel lo rechazaba—. ¡Siempre y cuando no te hagas pajas pensando en mí!

—No prometo nada —bromeó Lennon. Recogieron los restos de su pequeña escapada nocturna y regresaron a sus habitaciones.

Esa noche, Lennon durmió con la sensación de que un peso enorme había desaparecido de sus hombros.

Capítulo 5

Daniel

JURO QUE, si pudiera matar con mis propias manos a Richard Bryant, lo haría. Es el asesor de campaña de mi madre y, desde hace dos años, cada comentario suyo ha hecho que vaya cargando el revólver mental que tengo contra él. Pero hoy está traspasando una línea roja que no me puedo ni creer que se atreva a mencionar.

Mis padres regresaron ayer a la ciudad. Si la reclusión de más de un mes en la casa de los Hamptons ha servido para algo, desde luego, no lo parece. Los dos continúan con la misma actitud que en las semanas posteriores a la muerte de Bobby. Mi padre actúa como si se le hubiera acabado la batería; mi madre, como si estuviera bajo los efectos de un cóctel de anfetaminas, tequila y antidepresivos. Debería comprobar que no sea así.

Es curioso cómo la muerte de Bobby hizo que los roles de ambos se dieran la vuelta por completo. Durante los siete horribles meses que Bobby pasó enfermo, mi padre fue la pura imagen de la hiperactividad. Es uno de los oncólogos más reputados del país, por lo que ver a su hijo diagnosticado de leucemia a los veinticuatro años fue un chiste muy jodido del destino. No hubo un solo oncólogo o hematólogo en todos los Estados Unidos, y me atrevería a afirmar que tampoco en el resto del mundo, con quien mi padre no hablase en esos meses. Planificó con los médicos de Bobby todos y cada uno de los pasos a seguir para su curación y, cuando empezó a adivinarse que estaban luchando contra un imposible, estudió sin descanso tratamientos alternativos. Ni cuando las cosas se pusieron feas de verdad, mostró un mínimo síntoma de rendición. Daba igual a qué hora llegase yo a casa durante aquella época: siempre, absolutamente siempre, me lo encontraba en su despacho, con un termo de café en la mesa, y leyendo sin parar libros, informes o actas de congresos. Ni siquiera me escuchaba cuando le daba las buenas noches.

Hasta el día en que Bobby murió. Entonces, se sumió en el silencio. Digamos que su fase de negación está siendo más larga de lo habitual. Tres o cuatro días antes del final, los médicos ya nos dijeron que era cuestión de horas. Y, esas horas, mi padre las dedicó a negar la realidad, a seguir

planteando opciones, hasta que me llegó a dar una mezcla furiosa de rabia y pena ver su imagen patética mendigando una solución que no iba a llegar. Su corazón se paralizó al mismo tiempo que el de su hijo mayor dejaba de latir, y no tengo demasiadas esperanzas de que algún día vuelva en sí.

Dejó en manos de mi madre los preparativos del funeral y de los diferentes homenajes que le hicieron a Bobby sus compañeros de facultad y de equipo. Pidió una excedencia indefinida en el hospital, y no ha vuelto a entrar en su despacho. Nunca.

No sé qué esperaba descubrir en él a su regreso de la playa, pero lo que encontré fue lo mismo que había visto marcharse. Una mirada perdida, unas pocas palabras susurradas y un pensamiento ausente. En los pocos días que llevan en casa, lo he encontrado más veces de las que querría mirando las fotos de Bobby con un aire de incredulidad, como si esperara que, en cualquier momento, él apareciera por la puerta, con su aire chulesco, la mochila de entrenar al hombro y cuatrocientas anécdotas que contar.

Mi madre, en cambio, ha vivido algo así como el proceso contrario. Al principio, se hundió, y sé que lloró mucho a escondidas. Supongo que no quería quitarnos a los demás, sobre todo a él, la esperanza. Pero ella lo sabía. Sabía que se moría. Quizá sea ese sexto sentido que dicen que tienen las madres o, quizá, solo quiso ponerse en lo peor, porque, si la noticia la sorprendía de la manera en que sorprendió a mi padre, ella no lo soportaría. El caso es que, durante los primeros meses de la enfermedad de Bobby, lo dejó todo: su carrera política, sus labores en diferentes asociaciones... Todo. Decidió pasar cada segundo de su tiempo con él, pegada a su cama del hospital, o metida en su cuarto, en los pocos momentos en que Bobby estaba algo mejor de defensas y podía salir del aislamiento para pasar unos días en casa. Solo lo dejaba tranquilo cuando él la echaba de su lado para tener algún rato de intimidad, solo, con Ally o conmigo.

Según fueron transcurriendo los meses y muriendo la esperanza, mi madre fue renaciendo. Como si toda la etapa anterior hubiera sido una preparación para lo que estaba por venir, asumió el control de la familia y aceptó la muerte de Bobby con un estoicismo que a mí me costó llegar a comprender.

Una noche, dos o tres días después de su muerte, entró en mi cuarto de madrugada, no sé si porque me oyó llorar o porque intuyó que lo estaba haciendo. Sin rencor, pero con una incomprensión total, no me pude resistir a preguntarle por qué ella no había llorado desde que nos dieron la noticia. Me respondió que, para ella, Bobby había muerto en el mismo momento en que

se puso enfermo. Que odiaba decirlo, pero que nunca tuvo esperanzas; y que, con el paso de los meses, no podía soportar seguir viéndolo deteriorarse y había llegado a rezar para que se fuera cuanto antes. Creo que nunca la he admirado tanto como en ese momento; yo habría dejado que Bobby sufriera con tal de que no se fuera de mi lado.

El caso es que mis padres han vuelto a Nueva York, y yo llevo tres horas sentado en el despacho de mi madre escuchando cómo ella y el jodido Richard Bryant planifican lo que resta de campaña electoral. Mi madre se presenta a las primarias republicanas para ser la futura gobernadora del estado de Nueva York, y en pocas semanas se hará público su programa de campaña.

El motivo por el que yo estoy sentado en esta mesa es difícil de digerir. Hace dos años, cuando mi madre decidió dar el salto a la política, toda la familia estuvo de acuerdo en implicarse en su carrera. Bobby se convirtió en su mano derecha y, sin que nadie me haya preguntado a la cara si me interesa, parece que yo he heredado ese puesto. Desde que ha vuelto a casa, me habla como hace un año lo hacía con Bobby, informándome de los actos a los que piensa acudir y pidiéndome consejo sobre los que tiene dudas. Con Bobby muerto y mi padre desaparecido en su propio combate emocional, supongo que soy la única opción que le queda para conseguir apoyo familiar.

Richard Bryant es otra historia. Él es una leyenda de las campañas electorales, tanto para bien como para mal. Se dice de él que ha hundido las carreras de decenas de aspirantes demócratas en beneficio de sus propios asesorados. Conoce las entrañas más sucias de la política nacional y no duda en utilizar cualquier subterfugio, por rastrero que sea, para conseguir su objetivo. Y su objetivo es siempre el mismo: ganar unas elecciones.

El impacto de la silla Luis XVI favorita de mi madre contra la pared del despacho resuena en todo el edificio. Se veía venir. Había advertido de que no me gustaba el cariz que estaba tomando la conversación. Que no me gustaba escuchar veinticinco veces seguidas que mi madre tenía mucho ganado con su imagen de «madre perfecta». Que me estaban rechinando los dientes al oír hablar de su «estoicismo». Que creía que la campaña debería centrarse más en el programa político y menos en la figura personal de mi madre. Y entonces lo dijo. Mi madre no podía desaprovechar la oportunidad de que sus electores vieran la clase de mujer que era, a pesar de las «adversas circunstancias por las que había pasado». Adversas circunstancias. Esas *adversas circunstancias* eran la muerte de mi hermano, y Richard Bryant

pretendía que mi madre sacara rédito político de ellas.

Siguiendo la tradición de destrozarse muebles que inauguré el día de la muerte de Bobby, lanzo de una patada la silla en la que estaba sentado hasta hace un minuto. Mi entrenador no debería tener demasiadas dudas de que estoy en forma para volver al equipo en cuanto tenga la capacidad de coger un balón sin echarme a llorar. Podría haber hecho un *touch down* con esa silla. O con la cabeza de Bryant, ya que estamos. Golpeo con el puño la mesa de cerezo del despacho de mi madre y lanzo una amenaza al aire:

—Si veo que aprovecháis en lo más mínimo la muerte de Bobby para avanzar en política, os vais a arrepentir el resto de vuestras vidas.

Con un portazo, salgo del despacho. Paso por delante de la biblioteca, solo para comprobar que mi padre está absorto mirando por la ventana. Al parecer, ni cuatro gritos bien dados ni el estruendo de muebles rotos son capaces de sacarlo de su ensimismamiento.

Y aquí estoy, tirado en la cama de mi habitación, resintiéndome del daño que el puñetazo en la mesa ha hecho a mis maltrechos huesos, y deseando que todo el mundo me deje en paz un par de horas. O un par de años.

Me tapo los ojos con el brazo, pero eso no impide que hasta mi nariz llegue el inconfundible olor a tabaco procedente de la terraza de al lado. Ya no sé si es que él sale a fumar cada vez que sabe, o intuye, que lo necesito, o si yo no cierro las ventanas, a pesar de que el frío ha llegado con fuerza a Nueva York, para saber si está ahí o no. De lo que no tengo ninguna duda es de que él es la única persona con la que puedo hablar en estos momentos.

—Hey —lo saludo, con un movimiento de cabeza, mientras salgo al pequeño balcón de mi dormitorio.

—Hey —me imita—. ¿Todo bien?

—*Nop*.

—Eso imaginé. ¿Qué necesitas? —Lennon me mira fijamente y se me escapa una sonrisa. Cualquier amigo que se encuentre con otro en el estado en que yo estoy preguntaría algo tipo «¿necesitas alguna cosa?». Lennon, no. Lennon sabe que por supuesto que necesito algo. Solo espera a que yo le diga el qué. Y, si tardo más de dos segundos en hacerlo, él mismo tomará la decisión.

—Hielo, para empezar, no estaría mal. ¿Te importa traerme un poco? Paso de entrar ahí dentro de nuevo —le explico, señalando con el pulgar la puerta de mi cuarto.

—Claro. Enseguida vuelvo.

Ni un minuto después, estoy envolviendo mi mano izquierda en un paño de cocina.

—¿Qué te ha pasado? —me pregunta, señalando mi mano con la barbilla.

—He tenido un encontronazo con una mesa.

—Ya veo. —Sonríe, mordiéndose el labio inferior para contenerse.

—El problema es que, el día que Bobby murió, tuve un encontronazo con otra mesa y me rompí un par de huesos de la mano. Creo que esto no ha ayudado demasiado a que deje de dolerme.

—Las mesas de tu casa deben de estar hasta los cojones de ti. —Sin poder evitarlo, a los dos se nos escapa la risa—. ¿Me cuentas qué ha ocurrido?

—Me he reunido con mi madre y su asesor de campaña para planificar la estrategia electoral.

—¿Y te has dado cuenta de que eres demasiado inteligente para ser republicano? —me pregunta, burlándose, y, entre unas cosas y otras, me doy cuenta de que la furia ha remitido y hasta me estoy encontrando de mejor humor.

—Todavía no. Pero... —Resoplo sonoramente antes de soltar la bomba—. Quieren utilizar la imagen de Bobby y... todo lo que pasó. Para dar la imagen de perfecta madre estoica de cara a los electores.

—Pero ¿qué coño dices? —Los ojos de Lennon brillan de indignación ahora, y no me sorprendería que en breve fuera yo quien tuviera que calmarlo a él—. ¿Qué les has dicho?

—No les he dicho nada. Me he ido calentando poco a poco hasta que me he cargado la silla favorita de mi madre de una patada y mi mano izquierda de un puñetazo.

—¿Qué vas a hacer? —me pregunta, mientras se enciende un cigarrillo y suelta el humo entre dientes.

—Tendré que hablar con ella. —Hago una pausa y decido decirle algo que solo él puede entender—. Yo no soy Bobby, ¿sabes?

—¿Quién quiere que lo seas?

—¡Joder! ¡Todo el mundo! Él era el hijo perfecto, el de las notas impecables, el mejor futbolista que recuerda la Universidad de Nueva York, el que enamoraba a todas las chicas pero solo tenía ojos para su novia de toda la vida, el orgullo de mi padre, el ojito derecho de mi madre... Todo, él lo era todo.

—Él lo era todo para ti. —En un gesto que siempre me ha dado pavor, Lennon salta de su balcón al mío. Apenas los separan unos quince

centímetros, pero, ¡joder!, a catorce plantas de distancia de la calle.

—Sabes que odio que hagas eso. Y que fumes. Deja de hacer cosas que me molestan, por Dios —le digo, por distender un poco el ambiente espeso que me ha dejado su última frase.

—Ya lo sé. Pero me aguantas porque tengo un encanto natural irresistible. —Se ríe, pero su gesto cambia en décimas de segundo. Coloca sus manos sobre mis hombros y me obliga a enfrentar su mirada—. Bobby lo era todo para ti. No sé si todo eso que has dicho es cierto o no. Me importan una mierda sus notas, su juego o su relación con tus padres. En lo que sí era perfecto era como hermano. Para ti y, en cierto modo, también para mí. Pero nunca he creído que tengas nada que envidiarle.

—Pues se lo he envidiado todo siempre. O admirado, mejor dicho.

—Porque eras su hermano pequeño, y él era tu héroe. Pero era humano. Y, si lo conozco tan bien como creo, apostararía a que ahora mismo te estaría diciendo que te guardaras toda esa autocompasión de mierda y dejaras de intentar parecerle a él. Tú vales muchísimo por ti mismo, no necesitas imitar a nadie.

—¿Lo crees de verdad?

—No me jodas, Daniel. No te voy a endulzar los oídos. Tú sabes lo que vales. No me obligues a repetírtelo.

—Gracias, Lennon. En serio.

—Y, ahora... —en otro salto acrobático, se planta de nuevo en su balcón —, entra a hablar con tu madre. Sé que no hace falta que te lo diga, pero... no dejes que jueguen con la memoria de Bobby. Por favor.

Asiento con la cabeza antes de perderlo de vista, porque sé que, si intento hablar, la voz me saldrá rota. Cuando entro de nuevo a mi cuarto, me encuentro con mi madre en la puerta.

—¿Estabas fumando ahí fuera? —me pregunta, con más cara de sorpresa que de enfado.

—Pero si yo no fumo, mamá. —Le sonrío, pese a mi cabreo anterior, porque nunca he tenido la capacidad de enfadarme en serio con mi madre. Y porque no debería olvidárseme tan fácilmente que yo he perdido a un hermano, pero ella ha perdido a un hijo—. Era Lennon, que ha salido a verme al oír el follón. Siento lo de tu silla, por cierto.

—Una silla es un mueble, Daniel. No me importa lo más mínimo. ¿Estás mejor? ¿Esa mano?

—Está bien. Me he puesto hielo y no ha sido nada.

—Me alegro.

—Mamá... yo...

—Dime.

—Siento haber reaccionado como lo he hecho, pero no quiero que uséis lo que ha ocurrido en beneficio político. No puedo siquiera pensar en ello.

—No lo haré. Le he dicho a Richard que se vaya y que planifique otra estrategia o está despedido.

—Gracias.

—No lo he hecho por ti, Danny. —Levanto la cabeza para mirarla a la cara. Es la primera vez en mucho tiempo que alguien me llama así. Mis padres me llamaban Danny cuando era pequeño, pero muy pronto empecé a protestar por ello, y solo Bobby siguió usando siempre el diminutivo—. No necesito un hijo muerto para gustar al electorado, ya tengo el mejor hijo que una madre podría desear.

—Yo no soy Bobby, mamá.

—Ya lo sé. Tú eres Daniel. Y, si en algún momento papá o yo te hicimos sentir que eras menos que tu hermano, lo siento en el alma. —Se levanta y alisa las inexistentes arrugas de su falda—. No dejaré que nada de esta campaña te haga daño, Daniel. Ni dejaré, por descontado, que utilicen lo de Bobby. Confía en mí, por favor.

Me da un beso antes de salir de mi cuarto y me deja con un pensamiento flotando en la cabeza: las dos personas más diferentes que conozco en este mundo, mi madre y Lennon, me han dicho prácticamente lo mismo. Ni Bobby era perfecto ni yo tengo que intentar parecerme a él. Ahora, solo falta que yo me lo crea.

Capítulo 6

Lennon

CADA DÍA ES MÁS DIFÍCIL. Y más fácil, al mismo tiempo. Sabía a lo que me arriesgaba viniendo a Nueva York. No solo yo. Mi madre también lo sabía. Ella trató de advertirme de que, si lo tenía cerca, sería imposible luchar contra lo que sentía. Que sería una tortura verlo a diario –porque, en el fondo, todos sabíamos que nos veríamos a diario–, sabiendo que lo quería, pero que era un imposible. Y no será porque él me lo ponga complicado. Daniel siempre ha sido una persona fácil. Es fácil convivir con él, divertirse con él, hablar con él. Yo siempre he tenido más tendencia a perderme en mis paranoias, en mis miedos, en mis reflexiones... Pero con él la vida siempre parece más fácil. Solo que no lo es. No es fácil tener delante al amor de tu vida y fingir que no es para ti más que tu mejor amigo.

Antes de aquel campamento de verano que cambió para siempre la vida de los dos, mi enamoramiento de Daniel era muy sencillo de sobrellevar. Porque era eso, un *enamoramiento*, algo un poco irreal, como el que supongo que tienen las personas que se *enamoran* de un famoso. Alguien que te gusta, que te llena, incluso, pero con quien sabes que jamás podrá pasar nada. Fantaseaba, claro. Joder si fantaseaba. Pero nunca tuve ni la menor esperanza de que pudiera llegar a ser algo real.

Ahora... ahora ni siquiera sé cómo me siento. No sé si vuelve a ser un imposible o aquellas seis semanas condenaron a perpetuidad la imagen que siempre había existido en mi cabeza de que Daniel era heterosexual. Lleva un año y medio con su novia, son felices, se quieren. *Novia*. Una mujer. Daniel no es gay. Ese debería ser el fin del asunto, pero... no lo consigo. Me convengo cada día de ello, pero cada noche, dando vueltas en mi cama, solo puedo recordar que hubo un día en que era conmigo con quien Daniel era feliz. Con quien disfrutaba. De quien estaba... enamorado. Creo.

Cojo el teléfono y me dispongo a dilapidar una buena parte de la fortuna familiar en una llamada intercontinental. Cuando la cabeza me juega malas pasadas, cuando se me escapan los pensamientos a lugares que preferiría que no visitaran, es mi madre la persona con la que necesito hablar. Poca gente entiende la relación que tenemos, que, desde luego, está bastante lejos de la

habitual entre una madre y su hijo. Pero, en nosotros, siempre fue así. Supongo que es la consecuencia natural de su carácter, el mío y el hecho de que estamos solos en el mundo. Mi madre es hija única, nunca ha tenido una pareja que le durara más de unos meses, sus padres murieron cuando era aún muy joven... Hemos estado siempre rodeados de gente, de los miles de amigos de mi madre, y también de la familia de Daniel, pero, en el fondo, siempre nos hemos tenido solo el uno al otro.

No había entrado aún en la adolescencia cuando me di cuenta de que nuestra relación era inusual. En mi casa se hablaba de todo, fuera de política, de drogas, de sexo, de arte o de moda, con la misma naturalidad con la que en otras casas se comentaba el menú de la cena. Mi madre supo siempre lo que yo sentía por Daniel, pero no juzgó que buscara consuelo en otros brazos. Nos lo contamos todo, confiamos a ciegas el uno en el otro y no hay pudor, ni vergüenza, ni esa barrera en la relación entre padres e hijos que sí he visto en otras familias. Muchas veces nos han dicho que padres e hijos no pueden ser amigos, pero a nosotros nos funciona, así que la opinión del resto del mundo en ese tema nos importa tan poco como en todos los demás. Sin contar a Daniel, ella es la mejor amiga que he tenido en toda mi vida, y la única persona del mundo de la que sé, sin el menor atisbo de duda, que jamás me fallará.

—¡Vaya! ¡Cuánto tiempo sin oír tu voz, Lennon!

—Hola, mamá. ¿Qué tal?

—Bien, muy bien. Pensaba llamarte en un rato. Me voy mañana a pasar unos días a Oslo, con un compañero de la facultad, así que estaré un poco desconectada. ¿Qué tal va todo por ahí?

—Bien... —le respondo, con la boca pequeña.

—O sea, mal. ¿No?

—Supongo que regular. No sé, mamá. Estoy hecho un lío.

—¿Y cuándo no lo estás, Lennon? Le das demasiadas vueltas a esa cabeza loca que tienes.

—Ya, ya lo sé. Pero, en este caso, soy incapaz de pararlo.

—Es Daniel, ¿no?

—Sí.

—¿Sigue con esa novia suya?

—Sí, claro que sí. Es una relación estable. Están... están enamorados.

—¿Y cómo lo soportas? —me pregunta. Sé que ella es la única que me entiende de veras, porque, en materia de sentimientos, los dos somos iguales.

Pasionales, extremos, soñadores. Vivimos siempre como en una montaña rusa de emociones y, aunque pudiéramos —que no podemos—, no querríamos cambiar.

—Llamando a mi madre para que me escuche lamentarme un rato —le digo, sonriendo, aunque ella no pueda verme.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé, mamá. Yo sé que no voy a dejar de quererlo. Es imposible. Lo intenté antes del campamento, lo intenté cuando me marché y tú me viste intentarlo cada día en Estocolmo. La duda que tengo ahora... no sé...

—¿Qué?

—No sé si debería decírselo.

—¿Cómo crees que reaccionaría?

—No lo sé. Ni siquiera sé si ya se lo imagina o piensa que aquello fue una tontería de verano. Y tampoco sé si es desleal estar enamorado de mi mejor amigo sin decírselo.

—No creo que sea desleal. Tú tienes derecho a compartir tus sentimientos cuando y con quien quieras.

—Pues no lo tengo yo tan claro. Es Daniel, merece saberlo. Puedo amarlo a distancia, como he hecho siempre, pero ya no voy a seguir haciéndolo a escondidas.

—Eso que has dicho es bastante sabio. ¿Me mantendrás informada de cómo van las cosas?

—Claro que sí. Pásalo bien en el viaje. Y gracias por aguantarme cuando me pongo intenso.

—Tú siempre estás intenso, cielo. Un beso. Te quiero.

—Y yo, mamá.

Cuelgo el teléfono, convencido al menos de lo que quiero hacer. A veces, solo necesitamos decir en voz alta los pensamientos que nos rondan la mente para que se materialicen, para que se hagan tangibles, para darnos cuenta de que, en realidad, siempre hemos tenido clara la decisión, aunque hayamos pasado tiempo rodeándola, en nuestras cabezas, de pensamientos que interfieren y nos hacen dudar. Y lo que yo necesito, sin lugar a dudas, es que Daniel sepa lo que siento. No servirá de nada, ni siquiera sé si pretendo que responda a algún fin, pero... responde al fin de que yo me quede en paz con mi conciencia.

Cuándo lo haré, cuándo hablaré con él y me arriesgaré a que me rechace incluso como amigo... eso ya es otra historia. Pronto. Espero.

No he dejado aún sobre la mesa el teléfono, cuando vuelve a sonar. Respondo convencido de que será mi madre de nuevo, que se habrá olvidado de decirme algo importante, pero me sorprende escuchar la voz de Daniel desde el otro lado de la línea. Me sorprende, sobre todo, porque lo noto nervioso y apagado a la vez. Entre eso, y mi propia indecisión sobre cuál será el momento ideal para confesarle lo que siento, acabamos teniendo una conversación incómoda, extraña y breve. Lo único que he sacado en claro es que quiere verme esta noche en el parque.

Joder... ¿En qué momento dejará de darme un vuelco el estómago cuando oigo que quiere verme a solas? ¿Cuándo se me pasará esa especie de optimismo patológico que hace que me ilusione la idea de que vuelva a ver en mí lo que vio en aquel campamento? Por Dios santo, es mi mejor amigo desde que nos comíamos los mocos, no puedo ponerme nervioso cada vez que quiera verme.

Son casi las diez de la noche cuando Daniel pasa a buscarme por mi apartamento. Ya estaba medio adormilado en el sofá, después de unas cuantas horas editando fotos en el portátil, cuando suena el timbre y salto. Sí, joder, salto. Daniel está al otro lado del umbral, con una media sonrisa tímida y su balón de fútbol en la mano.

—¿Te apetece? —Está apoyado contra el marco de la puerta, mostrándome la pelota en alto.

—Claro. Deja que me ponga unas zapatillas.

Vamos paseando hasta más allá del lago grande de Central Park, sorteando a los corredores de última hora de la tarde, hasta que encontramos un claro bastante despejado de gente en el que tirarnos el balón durante un rato.

—Quiero probar cómo me responde la mano —me comenta, abriéndola y cerrándola un par de veces con fuerza.

—¿Te duele?

—Ya no. Fueron dos fisuras bastante fuertes, pero ya están curadas. Creo. Ahora quiero ver si puedo jugar. Por si... bueno, por si me animo a reincorporarme al equipo.

—¿Qué te ha dicho el médico?

—Cuando me quitó la escayola, me dijo que podía hacer vida normal, así que... vamos a probar.

Nos situamos a algunas yardas de distancia y hacemos un poco de calentamiento lanzándonos el balón, con algo más de fuerza cada vez.

—¿Qué tal va? —me intereso. A juzgar por la fuerza que imprime a los lanzamientos, nadie diría que ha pasado por una lesión.

—Bien. Perfecto, creo.

—Para llevar meses sin jugar, no se te ve en baja forma.

—Se hace lo que se puede. ¿Y tú qué? ¿Juega alguien al fútbol en Europa?

—Sí, todo el mundo. Pero no es el mismo fútbol que este.

—*Soccer*, ¿no? Dime que no te dedicaste a jugar a eso, por Dios.

—No, no. —Me da la risa al ver a Daniel tan ofendido. Es tan prototipo de capitán del equipo de fútbol americano, hasta en el físico, que me extraña no ver salir animadoras de detrás de algún árbol en cada movimiento que hace—. Emmmm... al hockey, sí.

—¿Hockey? —Daniel se ríe a carcajadas mientras me tira por enésima vez el balón. Nos hemos ido alejando cada vez más, así que estamos hablando casi a gritos.

—Créeme, Daniel, si te coge uno de esos jugadores de hockey y te estampa contra los paneles de la pista, no te reirías tanto.

—¿Y qué más has hecho en Suecia? ¿Solo hockey y fotografía? —Creo distinguir un brillo más allá de la curiosidad en sus ojos, pero puede que sea el traidor de mi cerebro optimista el que se lo está inventando. Desde el día en que nos reencontramos, hemos hablado mucho de lo que fue la vida de Daniel y Bobby en estos dos años, pero yo he contado muy poco de mi vida en Europa, quizá porque ahora me he dado cuenta de que nunca llegué a asentarme allí del todo.

—Sí, bueno... He conocido gente. En la escuela de fotografía eran todos muy abiertos, muy integradores. Además, hay muchos alumnos extranjeros, así que todo el mundo habla inglés.

—¿Has aprendido sueco?

—*Bara lite*. —Me río cuando veo su cara de incompreensión y se lo aclaro—. Solo un poco.

—¿Las suecas están tan tremendas como dicen? —Me sorprende su pregunta, porque todo el tema de hombres, mujeres, relaciones y demás ha sido un tabú en estas semanas.

—No sé yo si soy el más indicado para juzgar eso.

—Venga, ya. Tremendas, ¿no? —Nos reímos a carcajadas, y le lanzo el balón con tanta fuerza que lo hago trastabillar. Ha sido casualidad. Creo.

—Sí. —Le lanzo una mirada cargada de significado que estoy seguro de

que no le pasa desapercibida—. Pero me quedo con los suecos.

—¿Corremos un rato? —Se acerca a mi posición y deja la pelota junto a las sudaderas que nos hemos sacado a mitad de práctica. Nos adentramos en la pista que bordea el lago, y veo que aprieta más de la cuenta—. ¿Has conocido a muchos?

—¿Eh?

—Suecos. Que si has conocido a muchos.

—Bueno... Un par. —Su pregunta me ha pillado por sorpresa y, entre eso y la carrera, siento que se me corta el aliento.

—Lo cual, en idioma Lennon, son algo así como doscientos, ¿no? —Me echa una mirada burlona de reojo y decido dejarme de estupideces y reconectar con los amigos que fuimos un día, antes de todo aquel terremoto de emociones que casi acaba con nosotros hace dos años, cuando aún nos contábamos cada mínima cosa que pasaba en nuestras vidas... y en nuestras camas.

—Más o menos. —Nos da la risa a los dos, pero a mí se me atraganta un poco cuando Daniel decide combatir el sudor sacándose la camiseta y colgándola de la cinturilla de sus pantalones de deporte. Por suerte, seguimos corriendo con toda nuestra alma, así que me da poco tiempo a hacerle el repaso visual que me apetece—. Nada serio, en realidad.

—¿Recuerdas el nombre de alguno?

—Mmmm... Seguro que algún Mikael y algún Johan habría.

—O más de uno. —Se ríe Daniel mientras me hace el gesto de darnos ya la vuelta hacia donde hemos dejado nuestras cosas.

—Exacto —le respondo, distraído porque la carrera se me está haciendo un poco más dura de lo que esperaba. Llevo dos meses sin moverme demasiado y se nota. Imito a Daniel y me quito también yo la camiseta al llegar. Apoyo las manos en las rodillas mientras trato de recuperar el aliento —. Puto tabaco.

—No será porque no te lo he dicho suficientes ve... ¡Ostras! —Daniel me deja descolocado, mirándome fijamente sin que yo alcance a comprender por qué.

—¿Qué pasa?

—¿Y eso? —Señala con su dedo mi brazo izquierdo y al fin comprendo lo que le ha llamado la atención. Lo comprendo y, al mismo tiempo, me invade un sentimiento de pudor que no soy capaz de vencer.

—Ah... Esto... —Quiero decirle lo que significa el tatuaje que me hice a

las pocas semanas de llegar a Estocolmo, en cuanto localicé un estudio donde comprendieran con precisión lo que quería. Pero, al mismo tiempo, siento la necesidad de mantenerlo para mí—. ¿Te gusta?

—Es... Hostia, es increíble, Lennon.

El diseño se extiende por todo el bíceps de mi brazo izquierdo, desde el hombro hasta unos centímetros por encima del codo, por la parte exterior del brazo y también por el interior. Y el dibujo... en el dibujo trabajé durante días, sin conseguir el resultado esperado, hasta que le pedí ayuda a mi madre, que hizo sus pinitos como pintora hace décadas, y ella consiguió darle el aire exacto que yo necesitaba. Es la vista desde la azotea, desde *nuestra* azotea. Un entramado frondoso de árboles en primer plano, el lago, las torres del edificio Dakota al fondo y parte del *skyline* del Upper West Side. Es realista, pero también un poco oscuro, y no solo porque el negro sea el color que lo domina todo. Es tan oscuro como me sentía yo en aquellos primeros días en Suecia en que odiaba haber dejado mi corazón aparcado en una acera de Manhattan.

Los dedos de Daniel sobre mi piel, repasando los trazos del dibujo, me queman. Me queman porque lo único que quiero es agarrar esa mano con la mía, darle la vuelta y besarlo como si no hubieran pasado dos años y una eternidad desde la última vez que lo hice. Deja de tocarme en cuanto me ha alabado un par de veces el gusto, ignorando, no sé si de forma intencionada, las dos pequeñas sombras dibujadas sobre una de las zonas llanas de Central Park, justo encima de mi codo.

—Es una pasada. Debiste de gritar como una auténtica nenaza.

—Dolió, sí. Dolió mucho —le respondo, sin aclararle que el dolor físico fue la mejor terapia que se me ocurrió en aquel momento para luchar contra el que no me dejaba ni respirar dentro de mí.

Volvemos a casa caminando despacio, con Daniel riéndose de mí por mi baja forma física, y yo dándole vueltas a la cabeza sobre si este no será el mejor momento para confesarle que sí, hubo muchos chicos en Estocolmo, pero ninguno hizo que olvidara lo que sentía por él.

—Gracias, Lennon. —Las palabras de Daniel me distraen de mis pensamientos, no sé si por suerte o por desgracia.

—¿Por qué?

—Yo... yo no... La mano rota no es el único motivo por el que llevo meses sin jugar al fútbol.

—¿No?

—No. No podía. Desde que Bobby... Dios, desde que él murió, no he sido capaz de coger siquiera la pelota sin que se me cayeran las lágrimas. El fútbol era tan... tan...

—¿Tan suyo? —completo su frase, con una sonrisa comprensiva.

—Tan nuestro. De los tres. Hoy lo he entendido. No era solo que lo echara de menos a él cuando pensaba en jugar. Es que te echaba de menos también a ti.

—Dan... —Sus palabras me tocan la fibra de una manera que casi me lanza al suelo. Sí que lo era, joder. El fútbol era a lo que dedicábamos todo nuestro tiempo desde niños. No sé ni cómo no me he dado cuenta de que volver a jugar con Daniel era reconectar con una parte de nosotros que ha quedado incompleta, que ya nunca volverá.

—Ha estado bien. —Se repone con una gran sonrisa—. A él le habría encantado vernos, ¿no?

—Seguro. Sí, claro que sí.

—Todo el equipo ha sido muy comprensivo desde que Bobby enfermó. Tuve que hacer milagros para terminar la temporada pasada. No sabía ni jugar sin él en el campo. Y, desde que empeoró, no he sido capaz ni de ver un partido por la tele.

—Irá pasando, Daniel. Irá pasando —le digo, aunque ni siquiera me lo creo del todo.

—Oye... Hay algo que quería decirte.

—Sí. Yo también quiero decirte algo a ti. Tú primero. —Le sonrío, aunque ahora que he decidido confesarle mis sentimientos, me tiembla todo por dentro de los nervios.

—Está bien. —Saludamos al portero de nuestro edificio al entrar en él y decidimos dar por finalizada la sesión de ejercicio físico y subir en el ascensor—. Me gustaría... emmmm... Me gustaría mucho salir un día por ahí contigo y con... con Kelsey. Que os conocierais, vaya. Podríamos organizar una cena la próxima semana o algo así. No sé. ¿Te... te importa?

—Claro que no. —Trago saliva con fuerza porque, cada vez que estoy con él, se me olvida que Daniel tiene una novia, está enamorado, y las posibilidades de que eso deje de ser así son entre nulas e inexistentes—. Me encantará conocerla.

—Bien. Me alegro. —Compartimos una mirada que, esta vez sí, me parece que está cargada de significado. Echa un brazo por encima de mi hombro y me abraza con algo de torpeza—. Muchas gracias, Lennon. Por

todo. Por... por volver.

—No hay de qué. —Apoyo mis manos en sus hombros y me fijo en que tiene los ojos algo humedecidos. Verlo sufrir me hace cambiar de idea con respecto a confesarle mis sentimientos. Joder... Daniel ya carga con demasiadas cosas. Yo solo debo apoyarlo, no complicarle más la vida—. En serio, Daniel. No quiero que vuelvas a darme las gracias. Estoy aquí para... para lo que necesites. Buenas noches.

—Buenas noches. —Los dos abrimos las puertas de nuestros respectivos pisos, pero la voz de Daniel me sorprende cuando estoy encendiendo la luz—. Por cierto, Lennon, ¿qué querías decirme?

—Nada. No era nada.

Cuatro años antes

DANIEL YA ESTABA EN LA AZOTEA cuando Lennon apareció. Aunque aún estaba comenzando la primavera, la noche era cálida, y la tentación de subir a disfrutar de un par de horas al aire libre había sido más fuerte que su voluntad de estudiar para el examen de Biología. Además, sabía que Lennon se dejaría caer por allí antes o después, y le apetecía pasar un rato con su amigo. Acababan de cumplir dieciséis años, y Daniel llevaba un par de semanas con mal de amores. Su primera chica en serio, Andrea Evans, lo había dejado por un compañero de equipo y, aunque sabía que le dolía más por orgullo que por amor, no podía evitar el regustillo amargo de la derrota.

Cuando vio a Lennon saltar desde la escalera de incendios al suelo de la azotea, se fijó en cuánto había cambiado en apenas unos meses. Lo mismo decían de él, en realidad. Daniel sabía que había ganado músculo—sus horas de entrenamiento le había costado— y había dado un último estirón de estatura. Ahora medía justo lo mismo que Lennon. Su amigo, en cambio, conservaba la constitución física de toda la vida: esbelto y algo desgarrado. Pero se había dejado crecer el pelo hasta los hombros, se había puesto un pendiente en el cartílago de la oreja y hablaba sin parar de tatuarse en cuanto cumpliera los dieciocho. Bobby no dejaba de reírse de él y lo llamaba macarra en cuanto tenía ocasión.

Lennon le lanzó una lata de cerveza antes siquiera de saludar, y Daniel agradeció el gesto. No entendía muy bien qué lo había llevado a hacerle ese repaso físico a su mejor amigo. Suponía que era el hecho de que tanta gente les repitiera siempre que no podían ser más diferentes. Pues sería en el físico, porque ellos sabían que, en el fondo, los unían muchísimas más cosas de las que los separaban.

—Joder, Lennon, no me puedo creer que sigas con esa mierda. —Daniel protestó en cuanto vio a su amigo encenderse un cigarrillo. Lennon se encogió de hombros por toda respuesta—. Vas a acabar enganchándote, ya verás.

—Me parece que llegas un poco tarde con el sermón, hermana Daniela — se burló Lennon.

—Bobby te va a matar cuando se entere. —Los dos sabían que una

bronca de Bobby era mucho más temible que una de la madre de Lennon. O de la de Daniel, incluso.

—Pues no te vayas de la lengua y asunto solucionado. Además... — Lennon miró a su amigo con una sonrisa burlona y empezó a mover las cejas arriba y abajo hasta que lo hizo reír— ...todo el mundo tiene derecho al cigarrito de después, ¿no crees?

—¿Eh? —preguntó Daniel, confuso.

—Por fin me he tirado a Martin Barnes. ¡Por-fin!

—Demasiada información. Gracias —le respondió Daniel, con un gesto de fastidio en la cara.

—Al final me voy a tener que creer que eres un homófobo —le dijo Lennon, serio, aunque en el fondo no lo pensaba. Daniel jamás había tenido ni el menor gesto de desprecio hacia él en los tres años que llevaba orgulloso fuera del armario—. Cada vez que te cuento que me he acostado con alguien, acabas protestando.

—¿Pero qué dices de homófobo? Eres como mi hermano, joder. Entiende que no me apetece demasiado escuchar cómo te la meten o la metes o lo que coño sea que hagas.

—No digas gilipolleces. —Lennon empezó a enfadarse de verdad—. Bobby sí es tu hermano y sabes hasta en qué ángulo se folla a Ally.

—No es lo mismo.

—Ah, no, claro. Eso es mucho más normal. Bobby te cuenta con pelos y señales el polvo que ha echado con Ally contra la puerta del despacho de tu padre y luego compartís comida familiar y la miras a la cara. Es mucho más cómodo que escucharme a mí hablar de cómo me tiro a tíos que ni siquiera conoces.

—Bueno, pues no lo sé. Me resulta raro y punto.

—¿Ves como tengo razón? En el fondo...

—No me salgas otra vez con lo de la homofobia, que sabes que no van por ahí los tiros. Le he partido la cara a todos los que te han llamado maricón en el colegio, así que no me jodas.

—Eso es cierto. Pues... si descartamos que sea una cuestión de prejuicios, creo que la única explicación que queda es que estás enamorado de mí en secreto —Lennon se burló, aunque sus palabras encerraban un profundo deseo de que fuera verdad. Hacía ya algunos meses que era muy consciente de que no sentía por ninguno de los chicos con los que salía nada similar a lo que Daniel despertaba en él. Al principio, lo había achacado a

que tenían una relación de amistad tan profunda que lo hacía estar confundido. Después le echó la culpa al hecho de que Daniel se estuviera convirtiendo en un tío realmente atractivo. Sería solo un cuelgue temporal que se le pasaría. Pero no se le pasaba, así que no tardó en asumir que lo quería de una manera que nunca podría ser correspondida.

—Vete a tomar por culo —le respondió Daniel, entre risas.

—Eso es justo lo que intento, hermano. —Lennon lo imitó, y los dos acabaron sus cervezas entre carcajadas.

Capítulo 7

Daniel

ME DESPIERTO LA MAÑANA DEL DÍA DE ACCIÓN DE GRACIAS con el cuerpo descompuesto. Daría lo que fuera, cualquier cosa, por poder saltarme el día de hoy. Quedarme en la cama, cerrar los ojos y que, cuando vuelva a abrirlos, el día haya pasado ya. En realidad, por lo que daría cualquier cosa sería por volver un año atrás en el tiempo.

Un año.

Hace solo un año, Bobby y yo nos levantamos tarde, porque se nos habían ido un poco de las manos las cervezas en el parque el día anterior; él tenía el tobillo roto, así que no paraba de protestar por no poder subir a la azotea, que era el lugar natural donde las cosas siempre se nos iban de las manos. Nos pasamos la tarde molestando a nuestra madre, comiéndonos parte de la cena y desorganizando todo lo que ella colocaba sobre la mesa. Escuchamos sus reprimendas, cenamos con Ally y el resto de la familia y acabamos la noche llevándonos a su habitación una botella de ginebra carísima, robada del mueble bar del salón con la complicidad de nuestro padre.

Un año.

Ni nos podíamos plantear que estuviera enfermo, nos creíamos inmortales, no se nos pasaba por la cabeza que nos pudiera acechar un problema mayor que un tobillo roto.

Un puto año.

Cuando abro los ojos, ya escucho el trajín de mi madre en la cocina, como todos los años. Ni siquiera sé por qué arma tanto follón, cuando es una empresa de *catering* la que nos sirve el pavo y el resto de la comida. El caso es que no necesito levantarme para saber que hoy estará más hiperactiva que nunca. Es su terapia para no pensar en que en la cena va a haber un hueco tan grandísimo que no sé ni cómo vamos a poder soportarlo.

Me levanto y me encuentro a mi padre sentado en el sofá del salón, con la mirada perdida a través de los ventanales. Sin novedad tampoco en ese sentido.

Salgo de la ducha con un ahogo en el pecho que no consigo que se me pase. Los días siguientes a la muerte de Bobby estuve tomando algunas

pastillas para la ansiedad, pero me dio miedo convertirme en un *zombie*, como mi padre, y ahora intento controlar estas angustias saliendo a correr o, desde que Lennon ha vuelto, dejándome caer por su piso.

Llamo al timbre de su puerta algo antes del mediodía. Abre en calzoncillos, quiero pensar que porque ha comprobado que era yo, no porque haya perdido ya del todo la vergüenza.

—¿Habíamos quedado? —me pregunta, con el ceño un poco fruncido.

—*Nop*. Pero necesitaba salir de ahí —le respondo, señalando con el pulgar el tabique que separa nuestros pisos—. Acción de Gracias y todo eso. Ya sabes.

—¿Qué quieres hacer?

—¿Aún tienes la Xbox?

—Claro. Y te voy a machacar.

—Eso ya lo veremos.

Pasamos un par de horas jugando, hasta que tiro el mando después de mi segunda derrota consecutiva. Estoy tan nervioso por la cena de esta noche que no soy capaz de concentrarme ni siquiera en algo tan básico como pulsar teclas de un mando para intentar ganar una carrera de coches.

—¿Por qué tenemos que celebrarlo, Lennon? ¿Por qué no podemos ahorrarnos una puta noche de recuerdos y sufrimiento y toda esa mierda?

—A mí no me preguntes. Sabes que tengo alergia a todo lo que suene a tradición.

—Pero vas a venir esta noche, ¿no?

—Claro —me responde con una sonrisa, y me tranquilizo—. Tengo una idea.

—Siempre me das pavor cuando dices esa frase —le digo, mientras lo veo desaparecer de camino a su habitación. Y se confirma mi teoría cuando compruebo qué trae en la mano—. No, Lennon. No.

—Venga ya, Daniel... Solo es un poco de maría. Seguro que tu madre ha comprado una tonelada de comida, nos vendrá bien hacer hambre.

—Sabes que no me gusta fumar, no me jodas.

—O sea, que no quieres, ¿no?

—Dale. —Me rindo con una media sonrisa. No creo que me venga mal del todo algo de relax y desconexión mental. Lennon me pasa un porro liado a velocidad de vértigo. Le doy una calada que me provoca un ataque de tos y hasta me hace soltar una lágrima.

—Sí que se te ve muy entrenado. —Lennon se ríe en mi cara, y yo me

contagio, después de intentarlo de nuevo con algo más de fortuna.

—Hace como un año que no fumo. Desde que Bobby... ya sabes.

—Ya. ¿Le seguía pegando duro?

—¡Qué va! Ally se lo tenía prohibidísimo.

—Calzonazos...

Ponemos una película de fondo y fumamos un poco más, aunque sin pasarnos, que no queremos tampoco presentarle a mi madre un panorama demasiado lamentable en la cena. Me suena el móvil y hago el esfuerzo de levantarme a cogerlo a la cocina, donde lo había dejado abandonado. Es Kelsey.

—Hola, cariño —me saluda, con la voz llena de energía, como siempre—. ¿Qué tal?

—Bien, bien. —Me da la risa y asumo que estoy más fumado de lo que creía.

—Oye, mis padres tienen que ir ahora al Upper East Side a recoger unas cosas. ¿Te parece bien que me acerquen? Ya sé que faltan un par de horas para la cena, pero supongo que encontraremos algo con lo que pasar ese rato, ¿no? —Su tono coqueto me pone un poco cachondo, pero, al mismo tiempo, me siembra la duda sobre qué hacer. No me apetece moverme del piso de Lennon hasta que sea imprescindible irnos al mío.

—Vaya, nena, es que estoy en casa de Lennon, jugando a la consola y esas cosas. Lo siento.

—Dile que venga. —La voz de Lennon me sorprende detrás de mí, y me quedo paralizado un segundo, con el móvil aún en la mano, mientras escucho a Kelsey decir, de fondo, que no pasa nada, que ya nos veremos más tarde. Le dirijo a Lennon una mirada profunda, de esas con las que siempre nos entendimos sin necesidad de palabras, y él asiente con la cabeza, sin apartar sus ojos de los míos.

—Kels, dice Lennon que vengas a su piso. ¿No estabas deseando conocerlo?

—Ah... Bien, genial. Estaré ahí en media hora, más o menos.

Cuando cuelgo el teléfono, no sé por qué, siento la necesidad de asegurarme de que Lennon no se va a sentir incómodo en su presencia. Una cosa es que fuéramos a compartir la cena con mis padres, y otra muy diferente estar los tres solos en su casa.

—Lennon, ¿estás seguro?

—Sí, claro. No ha habido tiempo para que me la presentaras antes de esta

noche, así que mejor que se venga.

—Bien —le respondo, un poco nervioso, sin reconocer que no es que no haya habido tiempo para esa famosa cena que habíamos quedado en organizar, sino que yo no he tenido ganas en ningún momento, por más que Kelsey lleva semanas como loca, deseando conocer a mi mejor amigo de la infancia.

—Oye, no se asustará, ¿no? —me pregunta, señalando la mesa, donde siguen los restos de un porro y una bolsa de marihuana algo más grande de la cuenta.

—Naaah, qué va. Pero no dejes que te convenza para fumar o mi madre se dará cuenta de toda la jugada. Le sienta fatal.

Algo antes de lo previsto, el teléfono fijo de casa de Lennon suena y lo oigo confirmarle al portero que puede dejar subir a Kelsey. Gracias a Dios que no se le ha ocurrido decir que venía a visitarme a mí o ya tendríamos a mi madre irrumpiendo en nuestra particular pre-fiesta de Acción de Gracias.

Kelsey y Lennon se saludan con un abrazo, un poco eufórico en el caso de ella. Intercambian un par de frases educadas, antes de que pasemos todos al salón de nuevo. Kelsey se ríe con ganas de nuestra sesión de *relax* de esta tarde y, como aún queda una hora para la cena, decidimos fumar un rato más, hasta que nos rendimos a la evidencia de que tenemos que parar e irnos a mi casa.

Mi madre nos recibe con una sonrisa de oreja a oreja, como si hoy fuera el día más feliz del año, y nos hace pasar al comedor. La mesa está tan llena de comida que alguien debería haberle recordado que solo somos cinco a cenar. Lennon se sienta en la primera silla que encuentra libre, y me quedo paralizado cuando me doy cuenta de que está en el sitio de Bobby. Desde que él enfermó, no hemos vuelto a utilizar el comedor. En realidad, casi no nos hemos sentado a cenar en familia ni una vez. Intercambio una mirada con él, y hace amago de levantarse. Lo miro a los ojos suplicando que entienda lo que quiero decirle, que no le dé más importancia al tema. Por favor. Lo capta a la primera, el resto de la familia tomamos asiento y el silencio cunde de una manera tan pegajosa que no entiendo por qué no salgo corriendo.

—Lennon, ¿te parece bien empezar tú diciéndonos por qué quieres dar las gracias? —La voz de mi madre, y su petición, me paralizan, y envían un latigazo de dolor que juro que me entra por la cabeza y me llega hasta los pies.

—Mamá, no creo que sea una buena idea —acierto a decir, aunque se me

entrecorta la voz. Noto la mano de Kelsey sobre mi muslo, pero no logra tranquilizarme.

—Hijo, es Acción de Gracias. La tradición es dar gracias por...

—¡Mamá! ¿Te parece que tenemos algo por lo que dar las gracias, justo este puto año? —Me levanto, y mi silla se trastabilla hacia atrás, pero Lennon echa la mano y la recupera antes de que caiga al suelo. Solo quiero irme a mi cuarto, encerrarme y que les den a la cena, a la noche y a todos.

—Dan... —Me vuelvo para mirar a Lennon, que está más serio de lo que lo he visto en mi vida—. Siéntate. Por favor.

—Hijo, no eres el único...

—Deberíamos empezar a cenar —Lennon interrumpe a mi madre, que se queda perpleja un instante, pero enseguida asiente y empieza a servir el pavo ya loncheado.

La cena va de menos a más, por suerte, aunque yo no dejo de sentirme culpable. Culpable por ser el único que no es capaz de controlar sus emociones de toda la mesa. Hasta mi padre, con su actitud ausente, da menos problemas que yo. Culpable por no ser capaz de hacer lo que Bobby querría que hiciera, tratar de animarlos a todos, contar anécdotas graciosas, fingir que todo va bien. Culpable porque soy muy consciente de que el agarre cariñoso de Kelsey sobre mi muslo no logró que me calmara y cuatro palabras de Lennon hicieron el efecto de forma inmediata. Culpable porque Lennon y Kelsey han conectado de maravilla y eso me instala una sensación rara en la cabeza que no logro despejar. Culpable con ella, que no podría imaginar ni en un millón de años los secretos que se esconden en esta mesa. Y culpable con él... no sé ni por qué. O sí. Quizá lo sé demasiado bien.

Por suerte, la cena llega pronto a su fin. Lennon y yo hemos devorado el pavo y diversas guarniciones, además de tragarnos la tarta de calabaza a un ritmo que es increíble que no haya hecho sospechar a mis padres. Kelsey se ríe por lo bajo y, al final, consigo contagiarme un poco del buen humor reinante.

Kelsey se marcha antes de lo previsto. Está algo agobiada con los parciales del curso, cosa en la que yo ni siquiera he pensado, por cierto, y quiere aprovechar los días festivos para estudiar. Tiene previsto visitar a su hermana, que estudia en Stanford, en las próximas semanas, así que no quiere descuidar su elaborado *planning* de estudio.

Lennon se queda un rato más dándole conversación a mi madre, que lo mira hoy con un renovado respeto, pese a que nunca han tenido demasiada

devoción el uno por el otro. Al final, entre la marihuana de la tarde y el atracón de comida de la noche, los dos acabamos bostezando en la mesa, y Lennon decide marcharse a casa. Lo acompaño a la puerta, y él se gira antes de irse.

—¿Estarás bien? —me pregunta.

—Lo intentaré.

Asiente con la cabeza y hace ademán de marcharse, pero, en un gesto que no sé ni de dónde me sale, agarro su brazo y lo estrecho contra mí en un abrazo emotivo. Quizá un poco más emotivo de lo que corresponde a dos viejos amigos.

—Gracias, Lennon. —Mis palabras suenan ahogadas en su abrazo, pero sé que él me está entendiendo—. No habría soportado esto sin ti. No habría podido hacerlo sin ti.

Nos separamos, pero Lennon apoya la palma de su mano sobre mi mejilla izquierda y me da un beso en la derecha.

—Sí que habrías podido. Seguro.

Y, después de guiñarme un ojo, se mete en su piso, dejándome con una sensación que ya conozco: que él confía en mí mucho más que yo mismo.

Capítulo 8

Lennon

SI HAY UNA COSA QUE ODIÓ EN ESTE MUNDO, es no poder disfrutar de verdad de las cosas buenas que me pasan. Me hace sentir culpable, egoísta y desagradecido. Con este carácter extremo de mierda que ya no sé si he heredado de mi madre o he ido adquiriendo yo mismo, suelo oscilar entre estados de felicidad eufórica y descontrolada y momentos de nubarrones sombríos. Ojalá, al menos, esas emociones fueran objetivas y se correspondieran con la realidad de lo bueno o malo que me sucede. Pero no. Pueden pasarme un millón de cosas maravillosas, que si yo tengo la cabeza en otra parte... no hay nada que hacer. Y eso es justo lo que estoy viviendo ahora.

Diciembre no se pudo estrenar con mejores noticias. Una galería de Greenwich Village me llamó hace unos días para informarme de que habían seleccionado tres de mis fotos para una exposición que van a inaugurar la próxima semana. No es que sea la gran cosa, es una galería pequeña que organiza una exposición de fotografía con la nieve como temática principal. Han elegido dos de las fotos de aquel viaje al Círculo Polar que hice antes de volver a Nueva York, y una de un año antes, más o menos, del centro de Estocolmo bajo una tormenta de nieve tremenda. Vamos, que para un novato absoluto como yo, *sí* es la gran cosa.

Además, mi madre ha decidido cumplir con una tradición por una vez en su vida, y volará a Nueva York poco antes de Navidad para que pasemos las fiestas juntos. Llegará un par de días después de la inauguración de la exposición, porque no ha podido cambiar algunas clases del final del trimestre, pero estoy seguro de que me arrastrará a visitarla unas cuantas veces en los días que pase en la ciudad.

El problema es que no consigo alegrarme. No del todo, al menos. Sí, estoy muy contento, muy orgulloso de haber conseguido dar un primer paso, aunque sea muy pequeño, para exponer. Y por supuesto que me alegra reencontrarme con mi madre. Nunca hemos pasado tanto tiempo sin vernos, y supongo que dedicaremos una buena cantidad de noches a emborracharnos juntos como nunca deberían hacerlo una madre y su hijo. O sí, yo qué sé.

Daniel... él es la causa de todo en los últimos días. De todo lo bueno y de todo lo malo. De que, cuando pasamos tiempo juntos, vuelva a disfrutar como cuando era un crío, sin que ninguna preocupación me ronde la cabeza. Y de que, cuando recuerdo que lo nuestro es imposible y que él está enamorado de Kelsey, ni la exposición ni la próxima visita de mi madre consigan que pueda ser todo lo feliz que querría.

Los días posteriores a Acción de Gracias fueron complicados. Como mínimo. Sobre todo, porque querría odiar a Kelsey, por muy inmaduro y lamentable que sea el planteamiento. Pero es imposible. Desde que nos conocimos aquella tarde en mi casa, hemos coincidido varias veces. O, mejor dicho, ella ha hecho que coincidamos, porque tengo la sensación de que a Daniel no le acaba de hacer gracia eso de que salgamos por ahí los tres. Solo lo hemos hecho un par de veces, es cierto, pero han sido suficientes para que a mí me duelan y a Daniel lo hagan sentir incómodo. No es que lo hayamos hablado, pero se le nota. *Yo se lo noto.* Kelsey... no. Kelsey está encantada de que compartamos tiempo los tres juntos. Siempre me pregunta por historias de nuestra infancia y adolescencia que conoce por Daniel y no puedo dejar de pensar en que él le contó todo eso cuando ni siquiera nos hablábamos, quizá en una de aquellas noches que yo pasaba en Estocolmo, torturándome con la incertidumbre de si Daniel me habría borrado por completo de su memoria.

El día de la inauguración de la exposición estoy en tal estado nervioso que Daniel se tiene que pasar a media tarde por mi casa para evitar que me suba por las paredes. Se me pasan por la cabeza un millón de escenarios, desde que todo fuera una broma del encargado de la galería y, al llegar, descubra que por supuesto que mis fotos no están expuestas, hasta que los presentes en la galería dediquen todo su tiempo a criticar las fotos de Suecia del novato. Un pensamiento irracional, sí, pero que me maten si sé cómo hacer que se evapore de mi cabeza.

Daniel llega a casa con un *pack* de cervezas en una mano y dos corbatas en la otra. Lleva puesto un traje negro que le sienta como un guante y una camisa blanca un poco entallada a medio abrochar.

—Pero ¿a dónde vas tú así vestido? —le pregunto, sin poder aguantar la risa.

—¿No estoy bien? Venía a que me ayudaras a elegir corbata.

—Daniel, vamos a una inauguración en la que habrá quince personas, en una galería cutre del Village. ¿En serio te vas a vestir como para ir a la ópera?

—¿Tú qué te vas a poner?

—Esto. —Me señalo. Llevo unos vaqueros pitillo, una camiseta de manga corta y unas Converse, todo de color negro. Algo así como mi uniforme habitual.

—¿Vas a ir con esas pintas? —A Daniel casi se le salen los ojos de las órbitas, y yo pongo los míos en blanco.

—Pasa, anda. Vamos a bebernos esas cervezas. El príncipe y el mendigo.

Kelsey se nos une poco antes de coger un taxi —exigencia de Daniel, que tiene una especie de alergia patológica al metro— de camino a la inauguración. El local es pequeño, pero está lleno hasta la bandera. No es que la genialidad de mi obra haya atraído a las masas, pero se exponen fotos de siete fotógrafos noveles y todos hemos reclutado a familia y amigos. Por mi parte, están los padres y un par de compañeros del equipo de fútbol de Daniel, los tres o cuatro amigos del colegio con los que aún mantenemos el contacto y algunos conocidos de mi madre, de edades y procedencias muy variadas.

Me paso la mitad de la noche saludando a personas a las que no veía desde antes de marcharme a Europa, y la otra mitad bebiendo las copas de champán dispuestas en una barra improvisada. Al final de la noche, el balance no puede ser mejor: he vendido una de las fotografías y me he hecho con las tarjetas de dos responsables de otras galerías que parecen interesados en ver mi portafolio.

Toda la euforia se me desinfla un poco del cuerpo cuando me doy cuenta de que la única persona con la que me apetece celebrarlo está recibiendo un beso de infarto en plena acera. Y no mío, claro. De su novia.

—Mira quién viene por ahí... La estrella de la noche. —Kelsey me abraza en cuanto salgo a la calle y me invade una punzada de culpabilidad. Se nota que está contenta por mí, y yo lo único que deseo en el mundo es que se marche a casa y yo me pueda quedar con su novio, que es mi mejor amigo, del que estoy enamorado, pero él no lo sabe. Patético.

—Felicidades, Lennon. Hemos estado cotilleando lo que se hablaba y parece que tus fotos han gustado mucho.

—Sí, bueno. Se ha vendido una. A ver si hay suerte con las otras dos.

—Oye, nosotros nos vamos a ir a un club cerca de Union Square a bailar un rato. Te apuntas, ¿no?

—Emmmm... No, no puedo —me invento sobre la marcha—. He quedado con unos amigos en un local de Chelsea.

—¡Oh! Vaya... —Kelsey se muestra decepcionada, casi esperando a que los invite a acompañarme.

—Bueno, pues nos vemos mañana, entonces. —Sin embargo, Daniel... Él parece aliviado. De hecho, sabe de sobra que yo no tengo *unos amigos* con los que quedar. Nuestros amigos son los mismos, acabamos de estar con ellos en la galería y, en realidad, se les podría llamar más «conocidos» que «amigos». No les doy más vueltas a sus palabras, porque en el fondo siento que a los dos nos sucede lo mismo, que no tenemos ganas de compartir tiempo *a tres*.

Me enciendo un cigarrillo y echo a andar hacia un local de Chelsea en el que recalamos un par de veces con Bobby y su grupo de amigos de la universidad, cuando Daniel y yo aún estábamos en el colegio, en aquel año loco que vivimos antes de que yo me marchara.

Entro en el club y compruebo que tiene un aspecto muy similar al que recordaba. Se me ocurren pocas cosas más lamentables que beber solo, pero eso no impide que me acerque a la barra y pida una cerveza y un chupito de whisky. Así, para añadir un pequeño pelotazo al champán y las cervezas de la tarde. La música es machacona, pero me viene bien para tener el cerebro desconectado. Hace calor, así que me recojo en una coleta el pelo, que me ha crecido un poco más de la cuenta en los últimos meses.

—Hola. —Me giro hacia la voz que se dirige a mí y me encuentro a un tío de unos treinta años, con el pelo castaño, los ojos claros y un montón de horas de gimnasio a la vista bajo una camiseta ajustada.

—Hey. —No, no es mi noche más elocuente.

—¿Molesto?

—No. Lennon. —Alargo la mano para presentarme, pero él se acerca y me da un único beso como saludo.

—¿Puedo invitarte a una copa, Lennon?

—En realidad, estaba pensando en salir fuera a fumar.

—Perfecto. Te acompaño.

Salimos del local y el viento helado de Manhattan en diciembre nos golpea la cara. Nos resguardamos en el pequeño callejón al que da la salida de emergencia del local. Me da fuego con su mechero y fumamos un rato en silencio, hasta que él, sin mediar palabra, se planta delante de mí, aplasta su cigarrillo en el suelo y aprieta su cuerpo contra el mío. Por un momento pienso en decirle que no, pero, con la tontería, llevo tres meses sin acostarme con nadie, y me apetece diversión. Y desconexión.

—¿Vamos a mi casa? Vivo cerca de Columbia.

—No. —Jadeo un poco entre sus besos—. Aquí está bien.

Me conduce de la mano al fondo del callejón, donde ya no hay luces que interrumpen nuestra intimidad, y me dejo hacer cuando me empuja con suavidad contra la pared, de espaldas a él. Oigo el inconfundible sonido de su cremallera bajando y el rasgar del envoltorio del preservativo. Cuando me quiero dar cuenta, tengo su polla empujando detrás de mí y su mano masturbándome con fuerza. Se nos escapan un par de gemidos y nos corremos casi al mismo tiempo. Él se deja caer contra mi espalda, y yo me deshago de su abrazo apoyándola contra la pared y encendiéndome otro pitillo.

—Entiendo que no vamos a acabar la noche en mi casa, ¿no? —me pregunta, con una sonrisa socarrona.

Niego con la cabeza, porque en estos momentos no me apetece hablar. Vuelvo a sentirme como las primeras veces que me acosté con alguien en Estocolmo, después de aquella partida de Nueva York que me desgarró en dos. Sucio. Vacío. Queriendo que todos fueran Daniel y constatando que ninguno se le parecía lo más mínimo.

—Un placer, nunca mejor dicho —se despide mi acompañante, del que ni siquiera he tenido interés en conocer el nombre.

Asiento en su dirección, me recoloco un poco la ropa y emprendo el camino hacia la calle. Cojo al vuelo el primer taxi que pasa y regreso a mi casa, con el estómago medio revuelto, el cuerpo dolorido y muy pocas ganas de seguir pensando en qué voy a hacer con mi vida y con mi enamoramiento platónico.

Paso un par de días medio dormitando en la cama y esquivando las propuestas de Daniel para ir a patinar al Rockefeller Center y a un partido de los Knicks para el que el padre de Kelsey nos podía conseguir unas buenas localidades.

Por suerte, dos días antes de Navidad, llega mi madre. Y lo hace en todo su esplendor: con el pelo teñido de rojo fuego, un vestido de lana por los pies y un *piercing* en la nariz que no estaba allí cuando yo salí de Suecia.

—Pero, mamá, ¿no se te ha ido un poco la olla esta vez? —le pregunto, entre risas, cuando entra en nuestro piso, seguida por el portero, que carga con un equipaje algo excesivo para dos semanas de visita. *Hippy* sí, pero nacida en el Upper East Side, también.

—¡Lennon! Cómo te he echado de menos, cariño. —Nos fundimos en un

abrazo que me quita la mitad de las penas de los últimos días y nos tiramos en el sofá. Mi madre es el desorden hecho persona, así que es probable que las maletas se queden sin deshacer durante toda su estancia.

—¿Qué tal ha ido el viaje?

—Pues un coñazo, como todos los viajes en avión. ¿Cómo estás? ¿Sabes algo más de la galería?

—He hablado esta tarde con el dueño —le comento, mientras me levanto a por un par de cervezas—. Me dice que han entrado varias personas interesándose por mis fotos.

—Claro que sí. Son muy buenas, cielo.

—Bueno, tú eres mi madre. No eres muy objetiva, ¿no? —Le sonrío y me alegro una vez más de tenerla aquí conmigo. Nos pasaremos las dos semanas recorriendo museos y galerías, como siempre, cámara en mano.

—¿Qué tal con Daniel?

—Mamá, no hay un *con Daniel*. Somos amigos. Bien. Todo bien.

—No sé a quién pretendes engañar con esa mierda. En fin... ya lo comprobaré mañana en esa cena infernal a la que nos ha invitado Victoria.

Por una especie de pacto tácito, ni mi madre ni la de Daniel han comentado nada sobre comer juntos en Navidad, pero les ha parecido una idea estupenda que nos reunamos la noche antes a cenar. En el fondo, a Daniel y a mí hasta nos apetece presenciar el espectáculo, porque eso es lo que montan cada vez que se ven. Nunca seremos capaces de dilucidar si se adoran o se odian.

Después de una noche medio en vela, yo por mis comeduras de coco habituales y mi madre por el *jet lag*, amanecemos la víspera de Navidad casi al mediodía. Yo me tengo por una persona bastante caótica y nocturna, pero, comparado con mi madre, creo que se me podría considerar un ejemplo de rutinas establecidas. No lleva en casa ni veinticuatro horas y ya ha conseguido que cambiemos el ritmo de sueño. Algo me dice que esta Navidad vamos a ver bastante poco la luz del día.

Después de comer, salgo a correr un rato por el parque para despejarme y, al regresar, me encuentro a mi madre en la terraza del salón, con un zumo de frutas en una mano y lo que parece ser parte de mi marihuana en la otra. Me da la risa al pensar en cómo habrá conseguido que los servicios sociales no le retiraran mi custodia en todos estos años.

—Podrías haber avisado de que tenías de esto —me dice, dándose la vuelta en medio de una nube de humo.

—Y tú podrías tener el detalle de no revisar mis cajones.

—Bah. Un par de botes de lubricante y muchos condones. Eres un optimista nato.

—Te odio. —Me acerco a ella, le doy un beso en el pelo y ella me pasa el porro—. Vale, no. En realidad te quiero mucho. Sabes que no deberíamos fumar esto, ¿no?

—Es lo mínimo que necesitaremos para aguantar una cena con Victoria y su familia.

—Tendríamos que ir yendo, por cierto.

—Dios... ¡qué pereza!

Nos adecentamos un poco, no demasiado, y cruzamos el rellano hacia el piso de la familia de Daniel. Su madre y la mía se saludan con sus habituales dos besos al aire, cosa que ya nos hace reír a Daniel y a mí de inmediato. Después de los abrazos correspondientes, nos sentamos a la mesa y, como ocurrió el día de Acción de Gracias, ocupo el lugar de Bobby, con un nudo en la garganta.

—¿Un pendiente en la nariz con casi sesenta años, Mackenzie? —La madre de Daniel rompe el hielo de la que promete ser una de sus épicas batallas dialécticas.

—¡Huy! ¡Y no es el único! Solo que el otro que me he hecho no es muy adecuado para enseñar en la mesa.

—Que alguien me diga que es una broma. —Daniel se tapa la cara con las manos, mientras su padre esboza una sonrisa muy inusual en los últimos tiempos, y sirve el pastel de carne en los platos.

—Es para escandalizarla un poco —le susurra mi madre al oído, aunque todos la escuchamos.

—¿Y vas a quedarte mucho tiempo en Nueva York?

—Un par de semanas. ¿Por qué? ¿Me echabas de menos?

—Te puedo asegurar que no. La tranquilidad de no tener tus fiestas al otro lado de la pared noche sí, noche también... no se paga con nada.

—No me digas que mi hijo no ha organizado todavía ninguna buena juerga. Qué decepcionante, Lennon.

—Mamá... ¿Podéis rebajar el tonito, por favor? Esto parece una guerra más que una cena —le suplico, porque un rato es divertido, pero toda la noche se hace cansino.

—Ya sabes que estamos de broma. Somos amigas desde hace demasiado tiempo, y eso desgasta. —Nos sonrío antes de cambiar de tema—. ¿Qué tal

tú, Harry? ¿Todo bien en el hospital?

Unas cuantas miradas de tensión sobrevuelan la mesa. El padre de Daniel todavía no se ha reincorporado al trabajo tras la muerte de Bobby, y sigue vagando como un alma en pena la mayor parte del tiempo.

—No... No he vuelto al trabajo aún. Me han ofrecido impartir un semestre en la Universidad de Nueva York y me lo estoy pensando.

—¿En serio, papá? No me habías dicho nada.

—No he tomado una decisión todavía.

—¿Se puede fumar en tu terraza, Victoria? —Mi madre vuelve a cambiar de tema, algo que creo que agradecemos todos. Mejor la tensión de los piques habituales entre las dos madres que el sombrío carácter del padre de Daniel en los últimos tiempos. Me rompe el corazón verlo así. Antes de todo lo que ocurrió con Bobby, Harry era el tío más alegre del mundo.

—No. Y menos lo que sea que has fumado antes de venir aquí.

—¿Qué insinúas?

—Vamos, Mackenzie, apestas a marihuana.

—¿Y desde cuándo no te gusta eso? —A la madre de Daniel se le escapa un tic en el ojo, y él y yo intercambiamos una mirada que acaba en ataque de risa.

—¿Disculpa?

—Vamos, Victoria, si la primera vez que me fumé un porro en mi vida fue contigo.

—Pero, ¡¿qué dices?! —Hasta Harry se contagia de nuestras risas, porque la única persona del mundo que puede hacer perder los papeles a Victoria Woodward es mi señora madre—. Chicos, ¿por qué no vais a la cocina a por unos refrescos?

—Por Dios santo... Chicos, id a la cocina a por unas cervezas.

—Mackenzie, no tienen veintiún años.

—Qué poquita memoria tienes, Vicky. Bien que andabas tú a los veinte años emborrachán...

—¡Mac! Sal a fumar a la terraza o haz lo que te dé la gana, pero cállate de una vez.

Daniel y yo hacemos caso a mi madre y vamos a la cocina a rescatar dos cervezas del frigorífico. Harry se retira al dormitorio y nosotros nos partimos el culo viéndolas discutir a través de las grandes puertas de cristal de la terraza.

—No ha ido tan mal, ¿no? —me pregunta Daniel, mordiéndose el labio

inferior para contener la carcajada.

—Para lo que viene siendo habitual en ellas...

—Oye, ¿has cogido por costumbre venir fumado a cenar a mi casa?

—Estoy rodeado de malas influencias, ya ves.

—¿Vamos a separarlas antes de que se maten?

—Venga.

Cuando salimos, las escuchamos hablar entre susurros. Mi madre le dice que siente mucho no haber volado antes a verla, Victoria se seca una lágrima que le corre por la mejilla y acaban abrazadas como si los puñales no hubieran volado en las horas previas.

—¿Estáis bien? —les pregunta Daniel con prudencia.

—Sí, cariño. —Victoria se le acerca, le da un beso en la mejilla y se despide de nosotros—. Voy a ver a Harry. Podéis quedaros el tiempo que queráis. Mackenzie, espero verte otra vez antes de que vuelvas a Europa.

—Si no queda más remedio... —Mi madre pone los ojos en blanco, y Victoria le responde con una carcajada—. Pásate por mi casa cuando quieras. Y, si no lo haces, vendré yo aquí.

—Buenas noches, chicos.

Daniel sigue a su madre con la mirada y, cuando se vuelve hacia nosotros, una sonrisa triste se dibuja en su cara.

—Estará bien, Danny —le dice mi madre—. Esa mujer es la persona más fuerte que he conocido en toda mi vida.

—Eso espero. Nos hace mucha falta a todos.

—Y tú también lo estarás. —Mi madre nos echa un brazo por el hombro a cada uno—. No sabéis cómo me alegro de veros juntos de nuevo, chicos.

Noto cómo Daniel se tensa en cuanto mi madre pronuncia la frase. Él no es tonto, y sabe mejor que nadie que mi madre y yo nos lo contamos todo. No sé cómo justificaría él ante Bobby y sus padres el hecho de que dejáramos de hablarnos, pero no parece muy difícil deducir que yo a mi madre sí le conté la versión real de los hechos.

—Mamá, creo que será mejor que volvamos a casa.

—Sí, vamos.

Daniel le da un beso cariñoso a mi madre y choca un puño conmigo como despedida. No se retira a su cuarto, sino que, ya desde la puerta, veo cómo se queda apoyado sobre la balaustrada del balcón, con la vista perdida en el parque. Y justo en ese momento es cuando anida en mi mente la duda de si las palabras de mi madre no le habrán afectado por algo más que por los

nervios de saber que nuestro secreto no lo es tanto.

Dos años antes

A DANIEL SE LE ESCAPÓ UNA CARCAJADA cuando vio a Lennon bajar corriendo la escalerilla del avión. Una madre y su hija tuvieron que hacerse a un lado para impedir que las arrollara, y Daniel las escuchó refunfuñar antes de alcanzar él mismo la pista de un salto, contagiado por el espíritu impaciente de su amigo. Caminaron a buen paso por la terminal y buscaron el punto de encuentro donde los recogería el autobús del Red Forest Youth Camp. Habían pasado el mes de agosto en ese campamento desde que tenían nueve años y ese verano estrenaban la mayoría de edad acudiendo por primera vez como monitores.

—¿Sabes que ese será el último cigarrillo que te fumes en mucho mucho tiempo? —le preguntó Daniel a Lennon, en tono burlón.

—Prefiero ni pensar en ello. —Lennon fingió horrorizarse con la idea, pero ni todas las prohibiciones del campamento harían que se le borrara de la cara la sonrisa. Podía afirmar, sin temor a desviarse ni un milímetro de la realidad, que el mes de agosto era su favorito desde hacía muchos años. Y también el de Daniel.

—¿No es ese el autobús?

Cuarenta minutos después, dejaban sus bolsas de viaje sobre las camas del cuarto que les habían asignado. Como monitores, tenían el privilegio de compartir una habitación doble, en lugar de los dormitorios cuádruples en los que se habían alojado los años anteriores.

Las actividades del campamento no empezaban hasta la mañana siguiente, y ninguno de los dos tenía demasiadas ganas de quedarse planificando lo que harían con los chicos durante el mes y medio que permanecerían allí. Las primeras semanas de julio habían sido asfixiantes en Manhattan, y los dos estaban deseando pasear bajo el aire fresco de Montana. Adoraban Nueva York, pero, Dios... ese ambiente limpio y puro de la montaña era lo que más les gustaba en este mundo. En cuanto llegaron a un claro en la pequeña montaña por la que estaban caminando, se sentaron en una roca y, simplemente, respiraron hondo. Les dio la risa al ser conscientes de que ambos habían hecho justo el mismo gesto, a medio camino entre la satisfacción y el relax más absoluto.

—¿No vas a echar de menos esto cuando estés en Europa? —Daniel abordó el tema porque no quería pasar todo el verano con ese fantasma flotando entre ellos.

—Nadie ha dicho que no vaya a volver nunca a Estados Unidos. Podemos seguir haciendo esto cada verano.

—¿Tienes todo preparado ya?

—¿Sería yo si lo tuviera? —Los dos se echaron a reír—. Confío en que mi madre se encargue de todos los trámites mientras estemos aquí. Y luego tendré diez días de locura antes de meterme en ese avión.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer?

—Por vez número mil, Daniel, sí.

—Sigo sin ser capaz de imaginarte viviendo lejos de Nueva York.

—¡Venga ya! Siempre has dicho que me imaginabas de mochilero por el mundo en cuanto acabáramos el instituto.

—Ya. Pero con base en el Upper East Side, no en Estocolmo.

—Volveré de visita. Y, algún día, supongo que de forma definitiva.

—Va a ser raro.

—¿El qué?

—No sé... No tenerte al otro lado del rellano.

—¿Estás sugiriendo que me echarás de menos? —Lennon se rió con ganas de Daniel, hasta que este le pegó un puñetazo en el hombro que estuvo a punto de tirarlo al suelo—. Deberíamos volver. ¿Qué plan tenemos mañana?

—Recibimos a los chavales a las doce de la mañana. Comemos temprano y, por la tarde, yo me llevo a un grupo a montar en bici por la montaña y tú al otro a conocer el pueblo.

—Joder, qué planazo. ¿Van a estar siempre divididos en dos grupos?

—¿Has mirado siquiera el programa que nos envió el señor Whitaker?

—Daniel, es evidente que no lo he hecho. Sabía desde el primer momento que tú te lo ibas a estudiar, así que no lo consideré necesario.

—En fin... —Daniel resopló. No había dos personas en el mundo más diferentes que Lennon y él, lo cual hacía un poco incomprensible que se llevaran tan bien—. Por las mañanas, actividades conjuntas con los dos como monitores. Y no, no pienso hacer yo todo el trabajo. Por las tardes, se dividen en dos grupos y cada uno se encargará del suyo.

—¿Algún día libre?

—Sábados por la tarde y domingos hasta las cuatro.

—Bien. Podrás llevarme los sábados al baile del club de campo y los domingos a la iglesia.

—Maldita sea. Y yo que pensaba que aprovecharíamos para emborracharnos —bromeó Daniel. No era un secreto que esa sería su ocupación de ocio favorita.

Los meses anteriores habían sido un tiempo de cambios. El último curso en el instituto, la mayoría de edad... todo conspiró para que se les fuera un poco de las manos la diversión. Bobby pareció empezar a respetarlos como adultos de repente, y compartieron muchas noches de fiesta con él y sus amigos de la universidad. Después de toda una vida reclusos en el estirado ambiente de su colegio privado y del privilegiado barrio en que vivían, fue un soplo de aire fresco conocer a gente procedente de cada rincón del país, de diferentes razas, religiones, edades y orientación sexual. Incluso Lennon se dio cuenta de que, por muy abierta que hubiera creído tener la mente hasta entonces, le quedaba mucho mundo por conocer y mucha cabeza por liberar.

En aquellos fines de semana compartidos, y en muchas noches de conversaciones en la azotea, se fueron fraguando los planes de los dos amigos para el momento de acabar el instituto. Y, por primera vez en sus dieciocho años de vida, esos planes eran diferentes. Daniel había decidido seguir los pasos de su padre y su hermano e ingresaría en la facultad de Medicina de la Universidad de Nueva York. Lennon también cumpliría con la tradición familiar —si es que en su familia había existido alguna vez algo similar a una tradición—. Lo sabía desde niño: deseaba tanto dedicarse a la fotografía que jamás había quedado espacio en su cabeza para otra vocación.

El problema era que a la madre de Lennon le habían ofrecido un contrato de tres años en la escuela de Bellas Artes de la Universidad de Estocolmo y, tras el verano, se instalaría allí. Lennon había dudado. Había dudado tanto que, durante meses, sus noches se habían convertido en una agonía. La oportunidad de Estocolmo era perfecta: podía conseguir plaza en una de las mejores escuelas de fotografía del mundo, Suecia siempre le había parecido un paraíso liberal al mejor estilo europeo, era la oportunidad con la que siempre había soñado de conocer mundo, y vivir con su madre, tal como era ella, no le restaba ni un ápice de independencia. Pero, claro, en Nueva York estaba Daniel.

Esas seis semanas de campamento desprendían aroma a despedida,

aunque ninguno de los dos quería pensar demasiado en ello. Era el verano que marcaría el paso de niños a hombres, el del gran cambio de sus vidas. El verano en que se dirían adiós. O, mejor, hasta pronto.

LA PRIMERA SEMANA EN EL CAMPAMENTO se les pasó volando. Estaban acostumbrados a hacer deporte, pero las responsabilidades añadidas de cuidar de veintiséis chicos de doce años y las noches en que se quedaban hasta tarde viendo películas en sus portátiles o, simplemente, charlando, hicieron que llegaran al sábado agotados. En cuanto dejaron a los chavales a cargo de los monitores del fin de semana, cayeron en sus camas y no despertaron hasta que la noche se cernía ya sobre las montañas que rodeaban el campamento.

Tardaron poco en vestirse y decidir bajar al pueblo más cercano. Era una pequeña población de apenas mil habitantes, pero tenía un bar. No necesitaban mucho más. Hacía ya un par de veranos que habían descubierto el local, en el que lo mismo se encontraba a familias de la zona comiendo hamburguesas que a grupos de jóvenes buscando fiesta las noches de los fines de semana. Con ese bar y un par de carnés falsos que tenían desde hacía meses, no había duda de que el plan para la noche estaba fijado.

—¿Has hablado algo con Bobby estos días? —Lennon se había pasado toda la semana intentando sacar tiempo para llamar al hermano de su mejor amigo, pero no habían intercambiado más que un par de whatsapps.

—Esta tarde, antes de que te despertaras. Está con Ally en los Hamptons.

—¿Con tus padres?

—No. Ellos irán la semana que viene. Mamá tiene cosas pendientes en el bufete todavía.

—Menos mal. A veces me cuesta creer que Bobby esté tan... asentado, ¿no?

—Pues no será porque no lleva tiempo así. ¿Cuánto llevan juntos? ¿Doscientos años?

—Más o menos. —Se carcajearon y decidieron pasar de las cervezas a algo un poco más fuerte—. ¿Tú te ves capaz?

—¿De qué?

—De eso, de tener una relación tan... tan en serio.

—¿En este momento? Ni de coña. —Daniel frunció el ceño y dio un trago a su vodka—. A la larga, supongo que sí.

—En este momento prefieres seguir con la vida de polvos sin compromiso de este último año, ¿no?

—Mira quién fue a hablar. ¿Queda alguien en todo Nueva York con quien no te hayas acosado... —Las palabras de Daniel se perdieron entre una canción country que sonaba de fondo y la mirada de Lennon, que seguía a un tipo de unos treinta años que había fijado también los ojos en él un momento antes—. ¡Hey! Sigo aquí, ¿sabes?

—Sí, sí... perdona. —A Lennon se le escapó la risa.

—Algo mayor para ti, ¿no?

—Soy mayor de edad. Eso convierte cualquier contacto en completamente adecuado, te recuerdo.

—No seré yo quien te lleve la contraria. La vida monacal del campamento va a ser complicada.

—Ha sido un año un poco loco, ¿no? Es como si todo hubiera girado en torno al sexo.

—¿Y eso te parece mal?

—¿Qué me va a parecer mal? —Lennon hizo un gesto a la camarera para que dejara la botella de vodka en su mesa—. Llevo doce días sin follar y estoy cachondo como un mono.

—Lennon, tú estás cachondo como un mono cuando llevas doce minutos sin follar.

—Lo dice el que se acostó con la compañera de habitación de Ally y con su mejor amiga. En una misma jugada.

—No me lo recuerdes. —Daniel se llevó las manos a la cara. No se arrepentía de nada de lo que había hecho en los últimos meses ni, ya puestos, de lo que tenía pensado hacer en los siguientes, pero nunca había tenido la misma capacidad para hablar de sus hazañas sexuales que Lennon—. Bobby todavía quiere partirme la cara por ello.

—Creo que ahora está más preocupado por convencerme de que pruebe a acostarme con una tía.

—Bah, lo dice de broma. Llegados a este punto, se desmayaría si te viera con alguien sin pene.

—¡Pene! —A Lennon se le escapó una carcajada que demostró sin ningún atisbo de duda que estaba bastante perjudicado por el alcohol—. ¿Me acompañas fuera a fumar?

—Sabes que no —refunfuñó Daniel.

—Oh, por Dios... Me he portado de maravilla toda la semana. Dame una tregua.

—Vaaaale. —Daniel se levantó y, de inmediato, se tambaleó—. ¿Sabes qué? Va a ser mejor que volvamos, antes de que acabemos vomitando en nuestra primera noche libre.

—Sí. No es mala idea.

La noche había refrescado, y la caminata de media hora hasta el campamento les permitió deshacerse de la peor parte de la borrachera. Cuando entraron en su cuarto, ya solo quedaba la fase de exaltación de la amistad.

—¿Sabes, Lennon? Sí que te voy a echar de menos cuando te vayas a Europa.

—Lo sé. —Su amigo se rio mientras se deshacía de sus pantalones vaqueros y se cepillaba los dientes con la cantidad de dentífrico necesaria para eliminar todo aliento a alcohol y tabaco de su boca—. Yo a ti también, joder.

—Eres como un hermano para mí. —Daniel se metió en su cama y se giró para quedar cara a cara con su amigo.

—Eso también lo sé. —Lennon asintió con una sonrisa algo triste.

—Bueno... o algo así.

—Será mejor que durmamos.

Lennon apagó la luz y ambos se dispusieron a descansar. Solo que... no lo hicieron. Daniel parecía profundamente dormido, pero a Lennon le estaba complicando la misión una erección que hacía que hasta el roce de sus bóxer lo molestase. Echó un vistazo rápido a la cama de al lado, apenas iluminada por el haz de luz de una farola cercana al barracón de los dormitorios. Cuando comprobó que la respiración de Daniel era regular, sintió la privacidad suficiente para aventurar su mano derecha bajo las sábanas. Llevaba menos de un minuto masturbándose cuando escuchó una risa contenida procedente de su compañero de habitación.

—No me puedo creer que te la estés pelando a medio metro de mí. Puto guarro... —Daniel apenas podía contener las carcajadas y Lennon le lanzó la almohada, frustrado por haberse visto interrumpido en lo que en aquel momento era su principal objetivo.

—Vete a la mierda.

—¿En serio, tío? ¿Ahora nos hacemos pajas en familia?

—¡Yo qué sé! Ya te dije que estaba cachondo como un mono. ¿Te molesta?

—¡Ah! ¿Pero piensas seguir? Qué cabrón. —Los dos tuvieron un ataque de risa, que Daniel rompió con una pregunta muy poco propia de sus modales de chico bueno—. ¿Te importa si yo también...?

—¡Oh, por Dios! Tú eres ruidoso, Daniel. Te oigo cascártela desde mi puto apartamento.

—¡Cállate! Seguro que te la pelas cuando me oyes.

—Qué más quisieras. No me das ni para inspirarme.

Daniel le lanzó una patada a Lennon desde su cama y, como tantas veces, acabaron enzarzados en una batalla de empujones y puñetazos medio fingidos. A Lennon se le cruzó un cable, puede que dos, y posó la palma de su mano sobre la entrepierna de su mejor amigo.

—¿Necesitas ayuda con esto, Danny? —El tono era burlón, pero la voz le salió ronca. Se preparó para recibir una patada, y un escalofrío le recorrió el cuerpo cuando se dio cuenta de que su amigo no se había apartado. La mano seguía... allí.

—¿Por qué no?

—¿Dan? —Sí, hacía unos meses que los dos se dedicaban a experimentar un poco con el sexo, pero lo más arriesgado que había hecho Daniel fue aquella aventura con las dos amigas de Ally y un beso sin lengua con un amigo de Bobby como resultado de una apuesta. Y, ahora, de repente, estaba deslizándose sus calzoncillos de cuadros por sus piernas abajo.

Se miraron durante un segundo y los dos asintieron, en un gesto que solo dos personas que se conocían como ellos podría haber entendido como la aceptación de algo que les resultaba un poco incómodo, demasiado inusual y bastante excitante. Lennon comenzó a mover su mano sobre el sexo de Daniel. Arriba y abajo. Arriba y abajo. Daniel se tumbó en su cama, primero apoyado sobre los codos, sin perder detalle de cómo Lennon lo masturbaba a él, y a sí mismo con la otra mano; a continuación, dejó caer su cabeza sobre la almohada y decidió dedicarse solo a disfrutar del placer que su mejor amigo le estaba proporcionando. Ni siquiera pensó en que era egoísta no aportar nada a la ecuación. Ni siquiera pensó en que aquello fuera raro. Sentir suele estar reñido con pensar.

No tardaron demasiado en correrse, casi al mismo tiempo. No hablaron, ni se limpiaron apenas. Lennon se arrastró hasta su cama y, aún bajo el influjo del sopor postcoital, se quedó dormido al instante.

A la mañana siguiente, todas las alertas mentales de Lennon se encendieron cuando recordó, apenas un segundo después de despertar, lo que había ocurrido la noche anterior. Si conocía a Daniel como creía conocerlo, se imaginaba que estaría cabreado por lo que había pasado. Quizá lo culpara de haberlo llevado a su terreno. Al fin y al cabo, Lennon era gay y Daniel, no; eso lo sabía todo el mundo. Pero no había ocurrido así, ¿verdad? Si tuviera que apostar, diría que Daniel, el cabal, formal y heterosexual Daniel... había llevado la iniciativa.

Cuando escuchó cómo se abría la puerta del cuarto de baño, contuvo el aliento. Daniel se acercó al armario y empezó a vestirse. Lennon se revolvió, nervioso, en la cama.

—Hey... No sabía que estabas despierto.

—Buenos días. —Lennon se pasó la mano por el pelo, más nervioso de lo que creyó que estaría en esa situación.

—Oye, Lennon, sobre lo de ayer...

—¿Sí?

—Vaya ida de olla, ¿no? Qué puto asco, tío. No pienso volver a beber jamás.

Daniel soltó una carcajada y, en ese preciso instante, Lennon se dio cuenta de que habría preferido mil veces que se hubiera enfadado.

Capítulo 9

Daniel

NOTO CÓMO ME TIEMBLA LA MANO antes de posarla con fuerza en la manilla del aula de Farmacología. Es el primer día de clase después de las vacaciones de Navidad. Año nuevo, vida nueva y todas esas cosas. No es que sea yo muy de hacerme propósitos cuando empieza un año, pero el de este lo tenía claro: retomar el fútbol y las clases en la facultad. Poco a poco. Para el fútbol, de momento, he ido recuperando el contacto con mis antiguos compañeros; he quedado con ellos un par de veces para tomar unas cervezas y he vuelto a meterme en el ambiente de quedar para ver partidos y demás. Supongo que el día en que retome los entrenamientos está próximo, pero la prioridad ahora mismo es intentar recuperar el curso. El primer semestre lo doy casi por perdido, aunque varios profesores ya me han dicho que harán lo posible por facilitarme las cosas. La muerte de mi hermano supuso un impacto enorme para toda la comunidad de la facultad, en parte por lo inesperado. No había un solo alumno o profesor que no lo conociera, y todos se han mostrado muy comprensivos con mi desaparición de estos primeros meses del curso.

Al fin, abro la puerta con energía y me dirijo a la zona donde se sientan Kelsey y el resto de mis amigos. Ninguno hace grandes aspavientos por mi regreso, cosa que les agradezco de inmediato. Las clases de la mañana se hacen bastante pesadas, pero, en cuanto acaban, me doy cuenta de cuánto necesitaba retomar estas rutinas. Pasarme los días metido en casa me estaba volviendo loco, y tomo nota mental de intentar hablar con mi padre para que él también vuelva a su vida *normal*, si es que ese adjetivo se puede volver a aplicar en algún momento a su vida después de lo que ha pasado.

Kelsey no se separa de mí en las primeras semanas de clase, y sé que le estaré eternamente agradecido por ello. Ella sabe mejor que nadie lo que vivimos el último año, ella es la única que puede entender lo que significa para mí volver a poner un pie en esta facultad a la que llegué de la mano de mi hermano y en la que pasábamos juntos, él, Ally, Kelsey y yo todo el tiempo libre que nos dejaban las clases y las prácticas.

La quiero. La quiero muchísimo. Cuando la conocí, lo último que se pasaba por mi cabeza era meterme en una relación. Los primeros meses en la

facultad no fueron fáciles. Arrastraba los ecos de lo ocurrido el verano anterior, el comienzo de la carrera se me complicó más de lo esperado, después de toda una vida sacando muy buenas notas con el esfuerzo justito, y los fines de semana solo me apetecía dormir todo el día, para recuperar el déficit de sueño de la semana, o salir hasta el amanecer e intentar borrar con alcohol todo lo que me atormentaba.

Hubo un par de chicas antes de conocerla, y ese era mi plan para el resto de mi vida universitaria. Noches de fiesta, las justas para que mis padres no montaran en cólera, y chicas aleatorias, sin demasiado interés por mi parte en estar con ellas más de una noche o dos. Kelsey fue una de esas chicas, pero tardó muy poco en convertirse en algo más. En mucho más. Al principio, fue ella la que mostró más entusiasmo con la idea de que nos convirtiéramos en una pareja, pero enseguida fui yo quien se descubría enviándole mensajes de madrugada las noches que no salíamos juntos o proponiéndole planes de fin de semana que poco tenían que ver con disfrutar solo en posición horizontal. En pocos meses, se convirtió en la cura para todo aquello que a punto estuvo de volverme loco en mis primeros meses como universitario y, cuando Bobby enfermó, no podría haber soñado con tener a alguien mejor a mi lado. Ella lo sabe todo sobre mí, menos... menos aquello que jamás podré contarle a nadie. Y que me arde dentro, sobre todo cuando siento que Lennon lleva semanas rehuyéndome.

No es que haya sido muy evidente, pero lo conozco demasiado bien. Cuatro planes de fiesta, tres tardes de deporte en el parque y una noche de cervezas en la azotea... Esas han sido mis propuestas, y todas las ha ido rechazando con excusas más o menos verosímiles. Nos hemos visto, claro, es lo que tiene compartir rellano y tener la confianza suficiente como para llamar uno al timbre del otro siempre que nos da la gana, sin necesidad de anunciarnos. Pero algo le ocurre. Ha levantado unas barreras que no estaban ahí en los primeros meses desde su regreso, que nunca estuvieron ahí en realidad, a excepción de aquellos diez días malditos en los que hace tiempo decidí no volver a pensar.

Lennon ha sido siempre un tío un poco complicado. Quizá conmigo con quien menos, pero complicado al fin y al cabo. Se pierde mucho en sus meditaciones, en las vueltas que le da a la cabeza, en su capacidad infinita para rayarse. Tal vez es eso lo que le pasa, y tal vez el motivo no tenga nada que ver conmigo, pero no puedo evitar que, después de unos meses en que todo parecía marchar como siempre fue entre nosotros, me atenace el pánico

a que todavía no me haya perdonado lo que le hice.

ES FINALES DE ENERO cuando la nieve hace al fin acto de presencia en Nueva York. Llegar desde la escuela de Medicina hasta mi casa se convierte en una odisea, y acabo teniendo que hacer parte del trayecto en taxi, parte en metro y parte corriendo. Entro en el piso con los labios morados y tiritando de frío. Me siento un rato sobre el radiador del salón hasta que consigo entrar en calor, y corro a la cocina a prepararme un sándwich rápido. Me encuentro una nota de mi madre, que me informa de que han salido a cenar con mis tíos, que llegarán tarde y que me ha dejado una cosa en mi cuarto.

Cojo un plato y un refresco y me lo llevo todo a mi habitación. Cuando entro, me encuentro una carpeta bastante gruesa, con un post-it pegado a la portada: «Daniel, ha llegado el programa de campaña definitivo. Si puedes, léelo esta noche, que me gustaría comentarlo contigo mañana. Un beso, mamá».

Doy media vuelta y regreso a la cocina, porque el encargo en cuestión me pide más una cerveza que un refresco. Después de todo un día de clases, lo que menos me apetece es leer un tocho de más de cincuenta páginas lleno de datos económicos y demográficos, pero sé que no me queda más remedio. Desde que Bobby enfermó y mi padre empezó a estar cada vez más ausente, mi madre se quedó sin un consejero dentro de la familia para las cuestiones relativas a su carrera política. A mí siempre se me han dado bien los números y me gusta leer la sección de Política de los periódicos, pero no sé si tengo muchas más credenciales que esas para leer un programa de campaña y ser capaz de asesorar sobre él.

Me tiro sobre la cama y me pongo a pasar páginas. La parte económica la veo bastante solvente, se me ocurren un par de ideas para lo relativo a la cobertura sanitaria, tacho algunos párrafos del apartado sobre control de armas y, entonces, llego a la parte de políticas sociales. Y ahí es donde otra vez mi cabeza se convierte en la olla exprés que fue hace dos años. La bipolaridad. La duda. La incertidumbre. El dolor. La ira.

En un arranque que no sé muy bien de dónde sale, lanzo el documento contra la pared del lado opuesto de la cama y me acabo la cerveza de un trago. Si no tiro también la botella es porque hago un ejercicio de autocontrol

admirable.

Cojo el teléfono, decidido a no escuchar un no por respuesta.

Daniel: «¿Unas cervezas en la terraza?».

Lennon: «Me pillas fatal. ¿Te importa si quedamos mejor otro día?».

Daniel: «Por favor. Es importante».

Lennon: «En cinco minutos estoy arriba».

Capítulo 10

Lennon

CUANDO LLEGO A LA AZOTEA, Daniel ya está allí, de pie, apoyado contra la pared del cuarto de maquinaria del ascensor. Tiene la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados, una expresión algo atormentada y, en su mano, una carpeta. Sé que le ocurre algo. Lo sé desde ese «por favor» que, por más que los mensajes de móvil no tengan tono, yo supe leer como una llamada de socorro. Quizá era lo que necesitaba para sacar la cabeza del culo y afrontar lo que ya no se puede posponer más: echarle valor y confesarle a Daniel que sigo enamorado de él.

Salto el murete de ladrillo con un pequeño impulso y el choque de mis zapatillas contra el suelo de la terraza sobresalta un poco a Daniel. Echa a andar hacia una de las tumbonas y se sienta en ella. Yo ocupo la de enfrente, y él me ofrece una cerveza.

—¿Qué te pasa? —le pregunto.

—Esto. —Tira la carpeta sobre mi tumbona. Es el programa de campaña de su madre. Lo miro con el ceño fruncido—. Página cuarenta y dos.

Hojeo el documento sin querer fijarme demasiado. Mis ideas políticas están a años luz de las de la madre de Daniel, incluso de las de él, y no me apetece demasiado un debate sobre ellas ahora. Localizo la página que Daniel me ha indicado, empiezo a leer y siento cómo la ira me va subiendo por todo el cuerpo.

—¿Qué cojones es esto?

—Ya lo ves.

—¿Limitar las leyes de matrimonio homosexual?

—Sigue leyendo, que queda lo mejor.

—Retirar las ayudas a las asociaciones de defensa de los derechos LGTB, cierre de los centros de asistencia a parejas adoptantes... ¿¿Eliminar la prohibición de las terapias de conversión??

—Sí. Todo eso.

—Daniel, ¿tu madre se ha vuelto loca o qué coño pasa?

—Las ideas vienen de más arriba...

—¿Y qué?

—...pero ella las acepta. No la iba a defender. Tranquilo.

—¡Es que no puedo estar tranquilo, Daniel! Esto es retroceder veinte años en la lucha por conseguir igualdad de derechos.

—Lo sé.

—Te juro que, si tu madre sigue adelante con este programa, me va a tener a mí el primero en las manifestaciones en contra.

—Normal. No sé qué voy a hacer, Lennon.

—Si fueras coherente —me enfrento a él con algo de inquina, porque me cuesta entender que no le hierva la sangre tanto como a mí en estos momentos—, estarías el segundo en esas manifestaciones.

—Mira, Lennon... Yo me comprometí con mi madre a apoyarla en toda su carrera política después de morir Bobby. Ya desde que todo esto empecé estuve trabajando en las campañas y demás, pero ahora... cuenta conmigo para todo.

—¿Eso incluye que apoyes una campaña con la que no estás de acuerdo?

—Estoy de acuerdo con algunas partes, pero eso...

—¿Qué vas a hacer?

—No tengo ni puta idea. Por eso estoy aquí bebiendo cerveza en vez de llamar a mi madre y decirle... no sé ni qué.

—¿En todo lo demás estás de acuerdo?

—Con algunos matices, pero sí. No me supone ningún conflicto moral apoyarlo.

—¿Y esto sí?

—¡Joder, Lennon! ¿Por quién me tomas?

—No lo sé. Es que no puedo entender cómo te planteas cualquier opción que no sea decirle a tu madre que lo dejas. Que, o borran todos esos puntos, o no va a contar con tu apoyo.

—¡Mi vida no es tan fácil como la tuya! Yo no tengo una madre *hippy* que ha tenido novios, novias y de todo.

—Creo que el problema aquí no es mi madre, sino la tuya —le digo, aparentando una calma que no siento, y el rencor acaba desbordándose en mis palabras—. Y no creo que seas tú la persona más indicada para juzgar que alguien folle con tías y con tíos indistintamente, ¿no, Dan?

—¿Qué...? ¿Qué... quieres decir?

—Por Dios. ¿Te vas a hacer el tonto ahora?

—Yo... Yo no sé... Yo...

—¿Todavía no puedes hablar de ello?

—¿De qué?

—No me jodas, Dan. Ya sabes de qué.

Daniel baja la cabeza, y el silencio se instala entre nosotros. Como tantas veces me ocurrió hace dos años, a ratos me apetece zarandearlo y arrancarle de dentro todos esos prejuicios que tanto daño le hacen, y a ratos me apetece abrazarlo y decirle que todo va a estar bien.

Sigo en silencio, aunque mil cosas por decir me queman por dentro, porque tengo pánico a seguir hurgando en la herida y que Daniel reniegue de lo que vivimos. Eso sí me rompería. Ya lo hizo una vez y ni siquiera sé si he llegado a superarlo.

—Hablaré con mi madre —me dice, en voz tan baja que apenas lo oigo.

—Me parece bien.

—Y, ahora... ¿me cuentas lo que te pasa a ti?

—¿A mí?

—No me tomes por gilipollas. Llevas días dándome largas, poniéndome excusas de mierda para no quedar... hasta hoy he tenido que insistirte para subir aquí.

—Olvidalo, no es nada —me acobardo, porque nunca me va a parecer un buen momento para volver a ser el perdedor en esto.

—No, Lennon. A mí me pasa algo, y te lo he contado. A ti te pasa algo, y me lo vas a contar.

—Es difícil, Dan. —Lo miro a los ojos y percibo un punto de alarma en los suyos. Como si intuyera que lo que le voy a decir puede cambiarlo todo para siempre. Otra vez.

—¿Por qué no quieres quedar conmigo?

—Eso es lo difícil.

—¿Quedar conmigo es difícil? —Arquea una ceja y le sonrío, aunque no se me escapa la amargura del gesto.

—Sí. Cada día más. Yo... Me cuesta verte solo como un amigo. Odio que sea así, porque sigues siendo el mejor amigo que he tenido en mi vida, pero...

—¿Pero? —La voz de Daniel es una mezcla de cautela, miedo y nervios.

—Pero eres algo más. Quizá tú hayas sobrevivido de puta madre metiendo el verano del campamento en el cajón de *cosas que nunca ocurrieron*, pero yo no soy así. Ya lo sabes, además. Para mí, aquello... lo cambió todo.

—¿Qué quieres decir? ¿Te vas a volver a marchar?

—¿Eso es lo que tú querrías?

—¡No! Joder, por supuesto que no, Lennon. Te eché muchísimo de menos los dos años que estuviste fuera y, ahora que he vuelto a acostumbrarme a que estés por aquí, no podría soportar que volvieras a irte.

—Si tú puedes vivir con ello, supongo... supongo que yo también.

—¿Vivir con qué?

—¡Joder, Daniel! ¿Aún no te has enterado de lo que estoy intentando decirte?

—No... —titubea.

—Que estoy enamorado de ti, Dan. Lo estaba cuando éramos unos críos, lo estuve en el campamento, me fui a Suecia para intentar dejar de estarlo, pero nada... nada me funciona.

—¿Tú...? Tú... Yo...

—No digas nada. —Me levanto corriendo, porque el peso de lo que acabo de confesar y sus posibles repercusiones amenazan con ahogarme. Paso el pie sobre el murete de ladrillo y lo bajo al primer peldaño de la escalera. Me quedo allí parado, mirando a Daniel, que sigue sentado en su tumbona, con la mirada perdida y expresión perpleja—. Solo... piensa si tú puedes tener la relación de siempre conmigo, sabiendo esto. Yo, simplemente, no podía callármelo más.

Dos años antes

«SI NO PUEDES CON TU ENEMIGO, únete a él». Algo así pensó Lennon durante la segunda semana en el campamento de Red Forest. Solo que, en su caso, el enemigo en cuestión era en realidad su mejor amigo. Y en lo que decidió unirse a él fue en dar a lo ocurrido el sábado anterior un tinte de intrascendencia, de broma. Como si el hecho de que el hombre del que llevaba enamorado toda una vida se corriera en su mano fuera algo casual a lo que apenas le había dado vueltas en la cabeza. Como si pudiera seguir ocultándose a sí mismo que el motivo fundamental por el que estaba a poco más de un mes de irse a vivir al otro lado del mundo era que sabía que su vida sería un infierno si se quedaba para siempre en Nueva York, persiguiendo un imposible.

El segundo sábado libre llegó cuando los dos estaban al límite de su paciencia. Daniel decía que, si ellos habían sido así a los doce años, algún monitor debería haberlos enviado de vuelta con sus padres en el primer avión. Habían encontrado una botella de ginebra en las habitaciones de los chicos, habían tenido que intervenir en una pelea a puñetazos entre dos amagos de bandas que habían formado entre ellos, la norma de no usar el teléfono móvil más de una hora al día era una batalla perdida y, encima, no parecían cansarse nunca, por muy exigentes que fueran las actividades deportivas que les proponían. Daniel y Lennon se habían metido cada noche en sus camas con los ojos ya medio cerrados y unas ganas enfermizas de que llegara el fin de semana.

—Nosotros éramos iguales que ellos a su edad, Daniel. No seas carca — protestó Lennon mientras colocaba las bolas de billar sobre el tapete. Llevaban ya un par de horas en el bar habitual, pero la mesa había tardado una eternidad en quedar libre. Una eternidad que ellos habían dedicado a bajarse una cerveza tras otra, como si no hubieran aprendido ninguna lección de lo ocurrido el sábado anterior.

—Por Dios, tío... A los doce años, yo ni siquiera sabía lo que era la ginebra.

—Bebíamos cerveza en la azotea a los trece.

—Lo que tú digas. Yo solo pienso que cada vez están más descontrolados.

Si mi madre se enterara de que he hecho algunas de las cosas a las que se han dedicado esos chicos esta semana, me castigaría. Y no digo a los doce años, ¡me castigaría hoy en día!

—Creo que tu madre se escandalizaría bastante más con las cosas que has hecho tú en el campamento que con las que han hecho los chavales. — Lennon contuvo la carcajada mordiéndose con fuerza el labio inferior.

—Touché.

Jugaron al billar durante un par de horas. Las cervezas se vaciaban al tiempo que las bolas entraban en las troneras, y no tardaron en notar el cosquilleo del alcohol bajo la piel. Lennon, como casi siempre en los últimos tiempos, notaba también otro cosquilleo. En concreto, lo notaba cada vez que Daniel le guiñaba un ojo, burlón, al ganarle una partida. O cuando se reía a carcajadas, mostrando sus dientes blancos y perfectos, y los hoyuelos que se le marcaban en las mejillas.

Regresaron al campamento caminando, despejándose, charlando de todo y de nada. El programa de estudios de Lennon en Estocolmo, el miedo de Daniel a no dar la talla en Medicina, las personas a las que habían conocido el último año, el deseo de experimentar, de conocer mundo, de devorar la vida con esa ansia que solo se siente cuando ante uno se presenta todo un futuro abierto de posibilidades.

Cuando entraron en el dormitorio, Lennon se estremeció. Todo le recordaba demasiado al sábado anterior y, por más que intentara quitarle importancia en su cabeza, por más claro que tuviera que aquello solo había respondido a la curiosidad de su amigo por probar algo diferente... su corazón iba por libre.

—Me voy a dar una ducha. —Fría. Tendría que ser una ducha helada. Cuándo aprendería que el alcohol no era su aliado a la hora de bajar la temperatura que Daniel le provocaba. Era su mejor amigo, joder. Nada era más importante que eso. Nada. Tenía que borrar esas ideas absurdas de su cabeza.

Dejó que el agua le limpiara el cuerpo y la mente y, cuando cerró el grifo y abrió la cortina de la bañera, Daniel estaba allí, acabando de cepillarse los dientes.

—Me voy a dormir. Sin mariconadas, esta vez. —Lennon bromeó, pero su sonrisa se quedó estancada cuando se encontró con la expresión de Daniel. Vestido solo con un pantalón liviano de pijama, y apoyado en la encimera del lavabo, su mirada era inescrutable—. ¿Qué pasa?

—Nada. —Daniel sacudió la cabeza, como si tuviera que alejar a bandazos el pensamiento que le rondara la cabeza—. Nada, nada.

—No, en serio, Daniel. —Lennon lo siguió fuera del baño—. ¿Qué coño te pasaba ahí dentro?

—Nada, joder. Déjame en paz.

—Me pones enfermo... Ya sabes que me angustio cuando no sé lo que pasa. Dime qué te ocurre.

—¿Te puedo confesar algo? —Daniel se rindió.

—Claro. Lo que sea.

—Lo del sábado pasado...

—¿Sí? —Lennon se dio cuenta de que la voz le había salido demasiado aguda.

—No... No fue... No me dio tanto asco como te he dado a entender toda la semana. —Daniel se tapó la cara con las manos y se dejó caer contra la ventana del dormitorio. No sabía de dónde había salido su necesidad de confesarle aquello a Lennon, pero sentía que su mejor amigo tenía derecho a saberlo.

—¿De qué estás hablando?

—No lo sé.

—¿Te gustó? ¿Eso intentas decirme?

—Supongo. Sí. No sé. Sí, supongo que me gustó —balbuceó Daniel.

—¿Te puso cachondo? —Lennon acortó la distancia y se acercó a la ventana. Le dolía ver la expresión atormentada de Daniel, que seguro que estaba pasando un apuro horrible para confesar aquello, pero no pudo evitar que su entrepierna se acordara, con todo lujo de detalles, de lo ocurrido una semana atrás en aquel mismo lugar.

—Me dio morbo —reconoció Daniel.

—¿Es tu manera de decirme que te gustaría repetir? —le preguntó Lennon, entre susurros. Estaba seguro de que su aliento rozaba los labios de Daniel.

—Es mi manera de decirte que nunca me habían hecho una paja mejor.

—Gracias. Creo que podré mejorarla. —Lennon le dedicó su mejor sonrisa de suficiencia, mientras sus dedos deshacían el nudo de la cinturilla del pantalón de Daniel.

—¿Qué estás haciendo? —La voz de su amigo salía entrecortada, y Lennon no sabía decir si era emoción, miedo o excitación lo que sentía. Bueno, de que estaba excitado... tenía pruebas fehacientes.

—Deja tus movidas puritanas de niño pijo fuera de esta habitación, Dan. Tienes tantas ganas de repetir como yo.

Daniel volvió a derretirse en las manos de su mejor amigo. Dejó que lo condujera a la cama, que se deshiciera de la ropa de ambos y que le diera placer de la misma manera que ya conocía. De esa manera en la que no había dejado de pensar en siete malditos días. Permitted que Lennon llevara la voz cantante; al fin y al cabo, él sabía lo que se hacía. Pero un pensamiento lo sorprendió cuando llevaban ya un rato en la cama. Quería tocar a Lennon. Casi... Dios, casi lo necesitaba.

Se incorporó sobre sus codos y miró a su amigo, que los masturbaba a ambos, con la cabeza relajada hacia atrás y los ojos cerrados. Notó el respingo de Lennon cuando posó una mano sobre la de él, acompasando sus movimientos. Vio que abría los ojos y le sonreía, y él encontró el valor para tocarlo. Primero, repasó con las palmas de sus manos el pecho de Lennon, con sus músculos apenas marcados y un leve rastro de vello oscuro. Y, después, se atrevió a sustituir la mano de su amigo por la suya.

Los dos estaban muy cerca del final y la intervención de Daniel hizo que todo se precipitara. Sintió que Lennon se tensaba a su lado y escuchó cómo se le escapaba un gemido entre dientes. Daniel decidió dejarse ir y, cuando notó el calor líquido ascender por sus muslos, supo que se iba a correr. Pero no fue eso lo único que supo. También fue consciente, muy consciente, de que quería algo más.

Miró a Lennon durante un segundo y, a continuación, se lanzó sobre sus labios con un ansia a la que prefirió no dedicar un segundo pensamiento. Lennon tardó unos momentos en reaccionar, pero, cuando lo hizo... Cuando lo hizo, sus lenguas se enredaron, los dedos de ambos se perdieron en el pelo del otro y se liberaron sobre las sábanas sin desenredar el nudo que mantenía unidos sus labios. Cayeron rendidos sobre el colchón y se quedaron dormidos, sin mediar palabra. Desnudos. Satisfechos.

Lennon se despertó el domingo con un mal presentimiento. Las emociones lo habían sobrepasado la noche anterior y había sido incapaz de pronunciar palabra antes de dormir. Ahora ya no tenía ninguna duda: Daniel había tomado las decisiones y él se había dejado hacer, como un títere encantado de serlo. Y ese beso... ese beso había sido demasiado perfecto para ser real. Si no fuera porque aún sentía el sabor de Daniel en sus labios, habría estado seguro de que lo había soñado. Demasiado bonito para ser cierto; de ahí sus malos presagios.

Recorrió el dormitorio con la mirada y no encontró ni rastro de Daniel en él. Quiso convencerse de que habría salido temprano a correr, pero... lo conocía demasiado bien. Por eso, se dirigió al armario que compartían, cruzando los dedos para estar equivocado, para no conocerlo tan bien como creía. Pero sí lo hacía: la mitad derecha del mueble estaba despojada de todo rastro de su amigo. Ni su ropa, ni sus objetos personales ni su maleta estaban ya allí.

Lennon se vistió a toda prisa y salió corriendo de la habitación. No quería ni pensar en la opción de que Daniel hubiera decidido volver a Nueva York, pero, si así era, necesitaría tiempo para ir al aeropuerto a detener sus intenciones. Porque, en esos momentos, no le importaba lo más mínimo lo que había ocurrido la noche anterior. Ni sus sentimientos por Daniel. Solo le importaba no perder a la persona más importante de su vida, a su mejor amigo.

Golpeó con más fuerza de la necesaria la puerta del despacho del señor Whitaker. Era un hombre severo y mayor que los conocía bien, de tantos veranos en que había tenido que castigarlos durante horas en la sala de estudio del campamento. Se le escapó una sonrisa al recordar que casi siempre había sido él el culpable, y Daniel solo el cómplice involuntario.

—Estaba esperando su aparición, señor Blair.

—¿Señor Whitaker? Yo... yo quería preguntarle si... Emmmm.

—¿Viene usted a preguntarme dónde puede encontrar a su amigo, el señor Woodward?

—Sí, señor.

—Ha pedido un cambio de grupo. —Lennon respiró tranquilo al saber que, al menos, Daniel seguía allí, pero el alivio se vio pronto sustituido por el dolor y la rabia de saber que había huido de él, sin darle siquiera una explicación—. Se encargará del D4 a partir de ahora. Algo muy grave ha debido de hacerle usted para que aceptara. Le toca encargarse de las guardias nocturnas de los barracones, el resto de puestos ya estaban ocupados por otros monitores.

—Yo... yo no...

—Llevan diez años viniendo a este campamento y siempre están igual. Pensé que, como monitores, serían un poco más maduros, pero parece que me equivoqué.

—Lo siento, señor Whitaker —se disculpó Lennon con el hilo de voz que le quedaba.

La tercera semana de campamento fue dura para Lennon. Muy muy dura. No vio a Daniel más que un par de veces en las zonas comunes, en las que ambos se rehuyeron la mirada. Mark, el nuevo monitor que le habían asignado como compañero, era un tío majo, de Arizona, pero dudaba que la opinión fuera recíproca. Se había portado como un capullo toda la semana y no le había dirigido la palabra más de lo estrictamente necesario.

Por supuesto, creyó encontrar la solución yendo el sábado a emborracharse, solo, al mismo bar donde había empezado todo. Fuese lo que fuese ese todo. No conseguía sacar de su cabeza el pensamiento de que la felicidad era un estado efímero. Podía durar el tiempo exacto que transcurre entre el beso que llevas esperando toda tu vida y la necesidad de la persona a la que amas de huir lejos por culpa de ese beso.

—Dos más de esos, por favor. —La voz de Daniel, pidiendo a la camarera otra ronda de whisky a pelo, lo sobresaltó solo en parte. No fue hasta que lo tuvo al lado cuando se dio cuenta de que, en el fondo, había estado toda la noche esperando que apareciera.

Bebieron en silencio durante un tiempo que a Lennon se le antojó eterno. Se cruzaron miradas fugaces, en las que supo distinguir un brillo de rabia en los ojos de su amigo. Daniel apretaba la mandíbula mientras bebía y bebía, a un ritmo que ni siquiera Lennon sería capaz de mantener con dignidad.

—¿Intentas batir algún récord de copas en una sola noche? —Fue Lennon quien rompió el silencio, harto de una situación que se le empezaba a hacer insoportable.

—Eso te gustaría, ¿no? —Daniel lo miraba con un odio que solo podía suplicar que fuera fingido.

—¿Disculpa?

—Qué más quisieras... No me voy a emborrachar y ceder a todas tus peticiones, si es eso lo que te estás preguntando.

—No sigas por ahí, Daniel. —Lennon estaba mucho más sobrio que su amigo y le dio la cordura para intentar que la sangre no llegara al río. Había demasiado en juego. Demasiados años de amistad, de vivencias compartidas, de un cariño infinito. No podía permitir que todo eso pudiera irse al traste por unas palabras de borracho.

—¿Y por dónde quieres que siga? ¿Qué cojones quieres que te diga?

—No lo sé. No parece tenerlo muy claro tú tampoco. De hecho, juraría que no tienes claro casi nada últimamente. —Podía estar dolido y tratar de ser prudente, pero él también estaba cabreado. Joder. Estaba muy cabreado.

—Eso querías. Que no tuviera claras las cosas. Me temo que tus intentos por hacerme marica te están saliendo bastante mal, Lennon.

—Mira, Daniel... Por lo mucho que me importas, no voy a partirte la boca por eso que acabas de decir.

—Nada te importa una mierda. —Las palabras de Daniel empezaban a ser tan incoherentes que Lennon dejó un par de billetes de veinte sobre el mostrador y le hizo un gesto a la camarera para que se llevara la botella. Se levantó e hizo amago de marcharse, rezando para que su amigo lo siguiera y, al menos, no dar el espectáculo en público.

—Daniel, vámonos al campamento. Estás muy nervioso.

—Nada te importa una mierda —repitió Daniel, ya en la calle.

—No sé a qué cojones te refieres con eso.

—A que yo no te importo una mierda. Ni siquiera intentaste hablar conmigo. Ya ni hablemos de venir a buscarme.

—¿Disculpa? Te largaste a escondidas sin darme ninguna puta explicación... ¿y se supone que era yo el que tendría que haber ido a buscarte?!

—¡Sí!

—No sabes ni lo que dices.

—Sé perfectamente...

—¡¡Cállate!! —Lennon estalló, enfurecido. No soportaba que Daniel lo acusara de todo lo que lo había hecho en la última hora, pero tampoco soportaba preguntarse a sí mismo qué habría pasado si hubiera intentado hablar con él en algún momento de la semana. Pero no. Se negaba a culparse. Aquello no era, en nada, culpa suya. Claro que eso no impedía que doliera igual.

Caminaron en silencio durante un buen rato y, cuando las luces del campamento ya se divisaban a poca distancia, Lennon se apartó un par de metros de la carretera y se sentó sobre el saliente de una roca del bosque. Necesitaba fumarse un cigarrillo antes de entrar en el recinto, aunque sabía que ese no era el remedio que calmaría sus nervios. Daniel lo miró, pareció dudar, pero, al final, se sentó a su lado. Lennon encendió el mechero con manos temblorosas y fumó en un silencio tan denso como el humo que los envolvía.

—No entiendo lo que me está pasando. —La voz rota de Daniel hizo que se le olvidara el enfado. Eso era. Incomprensión. Dudas. Miedo. Él había tenido la suerte de saltarse esa fase. En su casa, la homosexualidad siempre

había sido algo natural. Se había criado rodeado de los amigos de su madre, entre los cuales era tan normal ver a una pareja formada por personas del mismo sexo como de opuestos. Cuando él había descubierto que lo que le gustaban eran los chicos... ni siquiera se había planteado que algo estuviera mal. Pero no era tan ajeno a la realidad como para no saber que su caso era aún algo excepcional.

—No hay nada que entender, Dan —le susurró a su amigo. Odiaba verlo sufrir y habría dado cualquier cosa por encontrar las palabras de consuelo adecuadas.

—¿Cómo no va a haberlo? Llevo seis días dándole tantas vueltas a la cabeza que me sorprende que no se me haya desenroscado del cuello.

—Vamos a olvidar por un momento que estoy muy cabreado contigo, ¿vale? —Le sonrió, y Daniel le respondió con un asentimiento lleno de gratitud—. Deja que te dé un consejo. A veces, no hay que esforzarse tanto por entender las cosas o por buscar las causas. A veces... solo hay que pensar en qué es lo que queremos.

—Es que eso es lo que no sé.

—¿En serio no lo sabes, Dan? —Decidió jugarse un órdago—. Porque juraría que, si estás así, es precisamente porque sabes muy bien lo que quieres.

—Sí. —Daniel levantó la vista y encaró los ojos oscuros del que, hasta ese momento, había sido solo su mejor amigo. Sin pararse a pensar dos veces en el gesto, alargó la mano y posó la palma en la mejilla de Lennon—. Sí que sé lo que quiero.

—¿A dónde estás dispuesto a llegar?

—No sé ni lo que estoy haciendo, Lennon, así que no tengo ni puta idea de a qué estoy ni a qué no estoy dispuesto. Ni siquiera sé muy bien qué opciones hay en el menú.

—No estoy hablando de sexo —le aclaró Lennon—. O no solo.

—Yo tampoco.

El beso llegó como el trueno después de un relámpago. Inevitable. Arrollador. Aterrador. Sus alientos se enredaron y tardaron minutos en separarse.

—Vámonos a la habitación.

Lennon tomó a Daniel de la mano y, esa noche sí, llevó él las riendas. No quiso precipitar demasiado las cosas, así que se limitó a dejar que Daniel lo masturbara mientras él le daba placer con su boca. Se corrieron entre

gemidos que ya no les producían la timidez de las veces anteriores. Y se besaron. Se besaron mucho. Se besaron hasta que se quedaron dormidos en una misma cama, abrazados y desnudos.

Un rayo de sol despertó a Lennon a la mañana siguiente. Se sobresaltó en cuanto la consciencia de lo ocurrido la noche anterior lo golpeó. Y, sobre todo, cuando comprobó que, de nuevo, estaba solo en su cuarto. Se levantó de un salto, aterrorizado a que volviera a ocurrirle lo mismo que la semana anterior. Sabía que su amistad no lo superaría. Y su amistad, aun con todo lo sucedido, seguía siendo lo más importante para Lennon. Y suponía... No. Sabía que también lo era para Daniel.

Un sonido en el cuarto de baño de la habitación le devolvió un aliento que no recordaba haber retenido. Justo cuando volvió la vista hacia allí, Daniel abría la puerta. Sus miradas se enfrentaron, se midieron.

—No he me ido a ninguna parte —dijo Daniel, con una calma en la voz que Lennon no esperaba.

—Ya lo veo. —Le sonrió—. ¿Ni te irás?

—No. No me iré. —Daniel le imitó el gesto—. Perdona el numerito de la semana pasada. Esta tarde hablaré con el señor Whitaker y volveré a instalarme aquí. Ya me dijo que cuando solucionáramos nuestras chorradas podría volver.

—¿Chorradas?

—Así las llamó él.

—Daniel... —Lennon se sentó en su cama y miró al suelo. No tenía muy claro por qué, pero no encontraba valor para hacer su pregunta mirándolo a la cara—. ¿Lo tienes claro? ¿Sabes lo que estás haciendo?

—Todo el mundo experimenta en la universidad, ¿no? Supongo que yo solo lo he adelantado un poco. Tú me conoces, Lennon, sabes que no tengo prejuicios. Si, de repente, descubro que me gusta follar con tíos, me quedaré alucinado, pero follaré con tíos. Me gustan las chicas... me encantan, de hecho, ya lo sabes. Ni siquiera se me pasa por la cabeza enamorarme de un tío. —Daniel no vio, o no quiso ver, el gesto a medio camino entre la incredulidad y la decepción que le dedicó Lennon—. Pero esto...

—¿Esto...? —A los dos les entró una especie de risa nerviosa.

—Esto está bastante bien, ¿no?

—Bastante.

Lennon se acercó a él poco a poco, y esperó al asentimiento mudo de Daniel antes de lanzarse a sus labios. Tardaría algo de tiempo en

acostumbrarse a besarlo libremente, sin miedo al rechazo, sin temor a que Daniel se planteara si aquello era lo que quería. Pero la lengua de Daniel se adentraba segura en su boca, sus manos se aferraban a su cintura... y un poco más allá de ella, y su pierna derecha se adelantaba hasta quedar en medio de las suyas. Lennon podía no tener claro si Daniel albergaba aún dudas sobre su incipiente relación, pero, desde luego, si las tenía, su lenguaje corporal no lo demostraba.

—Solo prometámonos una cosa, Lennon. Nunca nunca nunca dejemos que esto afecte a nuestra amistad. Por favor... —Daniel habló entre susurros, interrumpiéndose solo para dejar pequeños besos sobre la comisura de los labios de Lennon—. Sabes que eres mi mejor amigo. Siempre lo serás. Prométemelo.

—Prometido.

Aquella mañana fue la primera de muchas. Las dos semanas siguientes transcurrieron entre besos robados en medio de las actividades del campamento, susurros que decían mucho más de lo que las palabras parecían expresar y sexo... mucho sexo. Lennon enseñó a Daniel lo que él ignoraba, y juntos aprendieron las mil y una maneras en que podían sentir placer. Disfrutaron el uno del otro sin atreverse ni por un momento a pensar en lo que les depararía el futuro, aunque ambos tenían una especie de cuenta atrás mental que les decía lo que no querían oír: a Daniel, que Lennon pronto se marcharía, quién sabía si para no volver; a Lennon, que su decisión de marcharse a Europa lo apartaría de la oportunidad de vivir algo especial junto a Daniel, una oportunidad que quizá nunca volvería.

El último sábado que pasaron en Montana, las actividades con los chicos se prolongaron un poco, y Daniel y Lennon llegaron más tarde de lo habitual a su habitación. Les sorprendió encontrarla en penumbra y tener que encender la luz. Los días más cortos eran una prueba más irrefutable incluso que el calendario de que agosto llegaba a su fin y, con él, el campamento. Sin necesidad de hablarlo, a ambos se les instaló un humor sombrío aquella tarde.

Durmieron la siesta un rato, hicieron el amor despacio, sin prisas. Desconectando el pensamiento para dejar que los sentidos tomaran el mando. Fue dulce y apasionado. Fue duro por momentos, fue tierno en otros. Fue todo lo que querían que fuese. Lo que necesitaban.

—¿Te importa...? —Daniel se acurrucó contra el pecho de Lennon y lo miró esbozando esa sonrisa que ya había aprendido que desarmaba a su

amigo.

—¿Qué?

—¿Te importa si nos quedamos en casa hoy?

—¿En casa? —Lennon se carcajeó.

—Vete a la mierda. Me refiero a... aquí. En la habitación.

—¿No has tenido suficiente con lo de antes? —Lennon se rio, moviendo las cejas arriba y abajo en un gesto burlón.

—No es eso. Hemos salido todos los sábados, nos hemos emborrachado, hemos dormido poco... Me gustaría, no sé. Me gustaría que pasáramos el último sábado sin alcohol de por medio. Ver una peli y estar juntos. Solo eso.

—¿Qué peli?

—Yo qué sé. Vale, olvídalo. —Daniel se levantó, abrió el armario y empezó a sacar ropa—. Saldremos. Ya está.

—Hey, hey... Para. —Lennon se acercó a él y lo abrazó por detrás—. Me encanta el plan. Es solo que me ha sorprendido.

—Eres gilipollas. Anda, busca algo que ver en el portátil. Voy a darme una ducha y a ponerme el pijama.

Como no lograron ponerse de acuerdo en la elección de la película, y como Lennon siempre había sido el más insistente de los dos, al final ganó la partida una película canadiense independiente de la que Daniel tardaría dos minutos en decir que era «un auténtico coñazo». A él le iban más los temas históricos, la ciencia ficción y tampoco decía que no a una buena ración de tiros y explosiones.

Justo cuando Lennon creía que se habría quedado dormido, sintió su tacto sobre su piel y, como siempre, se estremeció. Daniel estaba recostado contra el cabecero de su cama, y Lennon, a su vez, lo estaba sobre el torso de él, con la cabeza apoyada en su hombro. Estaba en el putito cielo. Más, cuando Daniel comenzó a acariciar su pecho, sus brazos, a perder sus dedos entre los largos mechones de su pelo. No era la primera vez que hacía ninguna de esas cosas, claro, pero esa vez era diferente. Ninguno de los dos sabría decir en qué se notaba, quizá solo era la sensación que les dejaba saber que la despedida estaba próxima, pero aquello no era el prelude de un asalto sexual. No eran unas caricias afectuosas entre dos personas que se quieren, que siempre se han querido. No era nada de todo eso. Era amor, joder. Solo podía ser eso.

—Estoy acojonado, Lennon. —La voz de Daniel sonó un poco rota, y apenas audible por aquella realidad que quizá ni él mismo quería escuchar.

—¿Qué pasa, Dan? —Lennon creía comprender de lo que estaba hablando su amigo, pero se obligó a ser prudente, por una vez en su vida, por puro pánico a que sus ilusiones se dispararan y la caída fuera terrible.

—¿De verdad no lo sabes?

—Quizá quiero... —Lennon también bajó la voz. Aunque nadie podía oírlos, siguieron hablando entre susurros—. Quizá necesito oírtelo decir.

—¿Tú...? ¿Tú sientes...?

—Dan, ¿me estás preguntando si estoy enamorado de ti? —Lennon nunca había sido tímido, no iba a empezar a esas alturas. Los ojos le brillaban, y Daniel no sabría decir si era en tono burlón o le estaban ganando la batalla las emociones. Quizá eran las dos cosas.

—Puede.

—Antes de responder a eso, me gustaría saber lo que sientes tú.

—Joder, Lennon. Yo... ¡Dios! ¡Qué difícil es esto!

—Daniel. —Lennon cogió a su amigo por el mentón y lo obligó a mirarlo a los ojos—. Nos conocemos desde que nacimos, eres mi mejor amigo desde antes de que supiera siquiera lo que era la amistad, nos lo contamos todo. Esto debería ser más fácil conmigo que con cualquier otra persona del mundo.

—Pues no lo es. En fin... Allá va. No sé si tengo cien por cien claro lo que siento, pero... si tuviera que apostar, diría que... que sí... que yo sí... vamos, que no tengo ni puta idea de cómo ha pasado, pero creo que me estoy enamorando de ti.

—Mejor. —Lennon se rio, y se levantó a coger un cigarrillo y abrir de par en par la ventana.

—¿Mejor? ¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¿Y, encima, te vas a poner a fumar en la habitación?

—Relájate, Danny. —A Lennon se le escapó una risita que solo consiguió enfadar más a Daniel—. No me gustaría que te diera un infarto antes de que me dejes probar ese culito virgen.

—¿Puedes dejar de tomarte todo a cachondeo, por favor? ¡Haz un esfuerzo por entenderme! Llegué a este campamento pensando que en unas semanas estaría en la universidad, pensando en todas las tías a las que me querría follar. Y, un mes después, me he enamorado de mi mejor amigo que, para complicarlo todo aún más, se larga a vivir a Europa en un par de semanas.

—¿Has terminado?

—¿Te estás burlando de mí?

—Un poco. —Lennon apagó su cigarrillo contra el alfeizar de la ventana y tiró la colilla en el fondo de la papelera. Dejó el tono burlón, le tendió la mano a Daniel y se acercó a la cama donde seguía su amigo—. Decía que mejor porque yo llevo tanto tiempo enamorado de ti que casi ni recuerdo cómo es no estarlo, y me parece bastante de puta madre que sea algo recíproco.

—¿Qué? ¿Tú estabas...? ¿Estás...? —A Daniel las palabras se le quedaron atascadas en el nudo de nervios que le atravesaba la garganta.

—¿Enamorado de ti? Bastante.

—Pero ¿desde cuándo?

—Ni siquiera sé responder a eso, Daniel. Es algo... es raro. ¿Sabes lo que es estar enamorado de alguien que piensas que jamás te corresponderá? Te obligas a esconder ese sentimiento debajo de otras cosas, porque la opción B es volverte loco. Pero... supongo que desde siempre. Desde que entendí lo que es querer a alguien como algo más que un amigo... desde ese momento, siempre fuiste tú.

—Lennon... —A Daniel se le humedecieron los ojos, y Lennon se sorprendió. Él era el llorón de los dos, desde niño, algo de lo que no se avergonzaba en absoluto, pero a Daniel hacía años, muchísimos años, que no lo veía llorar—. ¿Qué vamos a hacer? En dos semanas te vas a vivir a más de seis mil kilómetros.

—¿Sabes que en Suecia hace un frío de cojones?

—Pues sí, todo el mundo lo sabe, Lennon.

—Y el alcohol es muchísimo más caro que en Estados Unidos.

—¿Puedes dejar de tomarte todo a broma, por favor?

—Del tabaco ni hablamos, claro.

—¡Lennon!

—¡Joder, Dan! ¿Cuántas pistas más necesitas antes de darte cuenta de que te estoy diciendo que me quedo?

—¿Qué?

—Que me quedo, joder. Mi madre me va a matar, pero... me da igual. A la mierda Estocolmo, a la mierda Europa, a la mierda todo lo que no sea quedarme contigo.

—¿Lo dices en serio? Pero, Lennon, esos son... esos son tus sueños. No quiero que tengas que renunciar a nada por mí.

—Estocolmo no se va a mover de donde está. Y mi sueño, ahora mismo,

es que vivamos esta historia. El tiempo que dure. Si puede ser, para siempre.

—Lo será. ¡Joder! Creo que lo será.

Sellaron el pacto con un beso, uno en el que se dejaron el alma y en el que, por primera vez, los dos estaban completamente desnudos ante el otro. Pese a que no se habían quitado ni una prenda de ropa.

Los cinco días que les quedaban en el campamento los pasaron haciendo planes. Aunque estuvieran viviendo en una burbuja, no se les escapaba el hecho de que habría dificultades. Muchas dificultades. La principal... hacerle entender a la familia de Daniel su relación. Cuando superaran ese escollo, era probable que todo lo demás les pareciera pan comido. También les preocupaba la reacción de Bobby. Los dos estaban casi seguros de que lo aceptaría sin más problema que dos o tres bromas inapropiadas que, sin ninguna duda, sería incapaz de callarse. Pero ese casi les instalaba los nervios en el estómago. Bobby era demasiado importante para los dos.

Se compensaban bien. Los días en que a Lennon se le presentaban las incertidumbres, Daniel lo animaba, convencido de que podrían conseguir todo lo que se propusieran, siempre que estuvieran juntos. Cuando era Daniel quien flaqueaba, Lennon lo hacía reír, le contaba miles de planes que tenía para su relación y pintaba un futuro más sencillo, sin duda, de lo que él mismo creía que sería.

Decidieron que lo llevarían en secreto algún tiempo, poco. El justo para contárselo a Bobby antes que a nadie y para que Daniel se preparara para soltar la bomba en su casa. El cambio del colegio a la universidad era perfecto. Daniel empezaría de cero, no tendría que hacer ninguna salida del armario porque, simplemente, conocería a gente nueva, gente con menos prejuicios que sus antiguos compañeros de clase. Lennon aún tenía que decidir qué querría hacer con su futuro. Con el tiempo, quizá Daniel se mudaría al piso de Lennon, aunque la perspectiva de compartir tabique con sus padres les hizo pensar en alquilar un piso cerca del campus.

Entre planes, noches de confesiones, declaraciones de amor susurradas y sueños de futuro, llegó el día de volver a casa. Después de dejar a cada uno de los adolescentes a su cargo en las puertas de embarque que los devolverían a sus ciudades, se dirigieron a la que indicaba «Nueva York – JFK». Quedaban aún dos horas para la salida del vuelo; dos horas que dedicaron a reafirmarse en sus planes de futuro, a ponerse cada vez más nerviosos ante el mundo de cambios que se les aproximaba y a ilusionarse como solo dos personas enamoradas pueden hacerlo.

Cuando la megafonía del aeropuerto de Great Falls anunció el comienzo del embarque, sin mediar palabra, Lennon y Daniel se lanzaron, hambrientos, a los labios del otro. Como si no se hubieran besado lo suficiente en las horas anteriores. Como si no tuvieran por delante un vuelo de casi cuatro horas. Como si se estuvieran despidiendo, en lugar de embarcando juntos hacia una nueva vida. Los dos sabían que en el JFK los estarían esperando sus familias y ya no habría lugar para las muestras públicas de afecto.

Lo que ninguno de los dos sabía era que ese beso sí sería el último, y que aquello, en efecto, era una despedida.

Capítulo 11

Daniel

INTERCEPTO LA ALARMA DE MI DESPERTADOR antes de que suene. Son las cinco y media de la mañana, pero no he conseguido conciliar el sueño en toda la noche. La confesión de anoche de Lennon fue tan demoledora, tan sincera, tan arrolladora... que no he sido capaz de dejar de pensar en ella.

Es increíble cómo unas pocas palabras pueden cambiarlo todo. Una confesión. Eso fue todo lo que hizo falta para que mi vida se complicara de repente de una forma que no esperaba. Ya no.

Curiosamente, al mismo tiempo, fue liberador. Cómo algo puede ser una carga muy pesada y una liberación es difícil de entender. Pero yo sentí que todo encajaba en su lugar, aunque de una manera retorcida, en el momento en que la verdad estuvo encima de la mesa. No nos engañemos, desde que Lennon regresó, por mucho que las cosas fluyan de forma natural entre nosotros, ha habido un enorme elefante rosa en medio del salón. No lo mirábamos, no hablábamos de él, pero estaba ahí. Siempre. Con la sombra del recuerdo de lo que fue aquel verano en Montana y el rastro de culpabilidad que siempre me provocará pensar cómo acabó.

Decido dar por finalizada la conversación conmigo mismo en la que llevo más de seis horas inmerso para levantarme al fin de la cama. He quedado con Kelsey a las seis y media para ir juntos al aeropuerto, donde cogerá el avión que la llevará a California a visitar a su hermana.

La cola en el control de seguridad del aeropuerto de La Guardia es terrorífica, así que Kelsey se apresura hacia allí y la despedida es corta. Mejor. No sé por qué, o quizá lo sé demasiado bien, pero hoy se me ha hecho raro estar con ella. Aunque lleva días ilusionada con su viaje, también está un poco triste; nunca, desde que nos conocemos, hemos pasado más de un fin de semana separados. Dice que me va a echar mucho de menos, nos prometemos llamarnos a diario... todas esas cosas que hace apenas veinticuatro horas me habrían parecido lo más normal del mundo, que me habrían llenado, me habrían hecho sentir bien... todas esas cosas, hoy, me parecen artificiales. Y, para variar, me hacen sentir culpable.

Cojo un taxi de vuelta a mi casa, porque el día de hoy parece haberlo

diseñado mi peor enemigo, y he quedado con mi madre en que me reuniría con ella a las nueve en su despacho para comentar el maldito programa político. Un programa del que aún no sé qué voy a decirle, porque me acecha un temor ridículo e infantil a que, si defiendo aquello en lo que realmente creo, mi madre sepa leer en mí los secretos que tanto tiempo he dedicado a mantener ocultos.

La lluvia golpea el ventanal del despacho mientras espero a que acabe de desayunar y se una a mí para nuestra reunión. Doy vueltas a un boli entre las manos y cambio de postura en la silla unas doscientas veces por minuto. Mi madre entra al fin en la sala, vestida, peinada y maquillada de forma impecable, pese a que hoy no tiene ningún acto de campaña.

—Buenos días, cariño. —Me da un beso en la cabeza mientras pasa por detrás de mí para sentarse en su silla, y hasta ese gesto me pone más complicada la discusión que se nos avecina—. ¿Has podido leer el programa entero?

—Sí, por desgracia.

—¿Por desgracia? ¿Qué pasa, Daniel? —Me mira extrañada, y decido empezar por lo fácil.

—Te he apuntado en mi copia algunos puntos del programa político que creo que son insostenibles. Es decisión tuya y del partido si vais a hacer promesas que no se van a poder cumplir, pero yo ajustaría mejor esos puntos.

—Déjame ver. —Coge el documento, le echa un vistazo y escribe algunas notas en su agenda mientras asiente—. Puede que tengas razón. El párrafo que has tachado entero me chirriaba a mí desde el principio.

—Hay algunas otras cosas que me gustaría que matizaras, pero... —Tomo aire antes de hablar—. No son esas partes del programa las que me importan. Página cuarenta y dos. Políticas sociales.

—¿Sí? —Frunce el ceño, y yo me preparo para soltar la bomba, una que no tenía prevista, pero que, en cuanto me he sentado en la silla, he visto claro que era lo que tenía que hacer.

—Si mantenéis la postura de ese programa sobre los derechos de la comunidad LGTB, yo no seguiré apoyándote en la campaña.

—¿Cómo dices? ¡Daniel! Estamos aquí para discutir los puntos del programa, no para ponernos con amenazas y rabietas.

—Pero ¿qué dices de rabietas, mamá? —Elevo un poco el tono de voz, sin poder ni querer evitarlo—. ¿Has leído las barbaridades que pone ahí?

—Sí, por supuesto. Dime tú qué es eso que tanto te indigna.

—Vamos a ver... —Cojo de nuevo el programa y repaso lo que he releído mil veces en las últimas horas—. ¿Cerrar los centros sociales de la comunidad gay?

—No tergiverses las cosas. Nadie ha hablado de cerrarlos. Proponemos retirar las subvenciones públicas.

—Sabes igual que yo que eso implicaría que cerraran.

—No estoy de acuerdo con que se mantengan con fondos públicos centros que molestan a parte de los ciudadanos.

—Sí, claro. A una parte mínima de carcas con mentalidad del siglo dieciséis.

—Incluso esos *carcas*, como tú los llamas, tienen derecho a que sus impuestos no se utilicen para causas que atentan contra su moral.

—¿Y qué pasa con la moral de los demás? ¿Qué pasa, por ejemplo, con la propuesta de despenalizar las terapias de conversión?

—Es que no tiene ningún sentido que sean ilegales, Daniel. No hablamos de subvencionarlas ni de apoyarlas, pero, si una parte de la comunidad médica considera que se puede revertir la homosexualidad, y si un chico o su familia están interesados en hacerlo, ¿quiénes somos nosotros para prohibírselo?

—¿Personas normales? ¿Con cerebro? Ningún psiquiatra normal cree que esas terapias funcionen. Es más, está más que demostrado que pueden causar traumas horribles a las personas a las que se obliga a someterse a ellas.

—Me informaré sobre el tema. No prometo mucho más.

—Gracias. Y el tema principal, claro. El matrimonio.

—Eso es innegociable. Todo el partido va a proponer derogar la ley por la cual el Tribunal Supremo...

—¿Pero qué más os da?! —me indigno, porque me hierve la sangre con todo este tema—. ¡Que no os obligan a vosotros a casaros con alguien de vuestro mismo sexo! Es solo concederles los mismos derechos a ellos, sin que los vuestros se vean mermados en nada. En nada en absoluto.

—Nadie les va a quitar sus derechos. Seguirán teniendo acceso a las uniones civiles, pero no podrán llamarlo matrimonio. Las personas que hayan elegido esa opción...

—¡No es una opción!! —le grito, porque todo esto me está afectando mucho más de lo que esperaba—. No es una opción, ¿de acuerdo?

—Bueno, eso es muy discutible, Daniel.

—No, no lo es. No es algo que elijan en un determinado momento de su

vida. Pero es igual. Como si lo fuera. Esas políticas me dan ganas de vomitar, mamá.

—¿Y se puede saber desde cuándo estás tú tan preocupado por los derechos de los homosexuales?

—¿Tengo que recordarte que mi mejor amigo es gay?

—¡Ah! —Se muestra sorprendida—. No sabía que Lennon siguiera siendo gay.

—¿Disculpa? —Me levanto de la silla, rezando para no volver a lanzar un mueble contra la pared—. Prefiero ni pensar a qué te refieres.

—Pensé que sería una *etapa* de la adolescencia.

—Sí, mamá. Fantástico. Te estás coronando hoy. —Tiro el programa encima de su mesa—. Me largo.

—¡Espera, Daniel! Hablaré con Richard y el resto del equipo. Veremos si están de acuerdo con suavizar un poco esos puntos del programa.

—Mamá... —Me atenaza el mismo pánico de siempre a decepcionarla, a no ser lo que ella espera, pero me repongo porque me da más miedo decepcionarme a mí mismo—. Creo que es mejor que dejemos aquí mi participación en la campaña.

—Pero ¿qué estás diciendo, Daniel?

—Lo que siento. Que no puedo seguir formando parte de esto. No me llega con *suavizar* algunos puntos del programa. La verdad... por muy dispuestos que estuvieran los que mandan en el partido a cambiar la política con respecto a los *gays*, que dudo que lo estén, seguiría quedando muy lejos de lo que estoy dispuesto a aceptar para comprometerme en la campaña.

—No me lo puedo creer... —Mi madre se reclina hacia atrás en la silla, pero enseguida recupera la compostura y me mira con su gesto más serio—. ¿La decisión es definitiva?

—Sí —le digo, con mucha convicción en la idea, pero con un inevitable temblor en la voz.

—Tengo muchas cosas que hacer, Daniel. Si ya habías tomado la decisión antes de entrar aquí, me podrías haber ahorrado un tiempo precioso.

—Ni siquiera vas a pensarte esos puntos, ¿verdad?

—Por supuesto que lo haré. Aunque tú seas incapaz de dar marcha atrás en tus ideas, yo sí sé escuchar.

—Lo siento, mamá. —Le pido disculpas, aunque en el fondo no tengo muy claro el porqué—. Sé que estás enfadada, pero espero que algún día llegues a entenderme.

—Lo intentaré. Si no quieres nada más...

—No. Ya me voy.

En cuanto cierro la puerta de mi cuarto, toda la tensión que llevo soportando desde anoche me cae sobre los hombros. Me lanzo en la cama, incapaz de dejar de darle vueltas a la cabeza y con la ansiedad amenazando con hacer acto de presencia.

Paso el resto del día en un duermevela insoportable. Duermo porque mi cuerpo lleva demasiadas horas sin descansar, pero despierto porque mis pensamientos no están dispuestos a permitirle que lo haga.

Pensamientos que ya llevan demasiado tiempo escondidos. Pensamientos que me retrotraen a aquel día de septiembre en que tuve la oportunidad de decidir el resto de mi vida y opté por la solución cobarde. A aquel otro día de septiembre en que permití que Lennon se marchara, por no tener el valor suficiente para ir a pedirle disculpas. Al momento en que conocí a Kelsey y creí haber encontrado la respuesta a todas las dudas que un día había sentido. A las primeras noches que pasé con ella, cuando prefería no pensar que me faltaba algo. Que me faltaba alguien. A los horribles meses que pasé en un hospital, viendo consumirse a la persona que más quería, ignorando que quien mejor podía consolarme ni siquiera estaba al tanto de la situación. Pensamientos que no lo son, en realidad. Son sentimientos.

Y, a los sentimientos... a esos es más difícil engañarlos.

Hubo un día, en esta misma casa, en que decidí olvidar el mejor verano de mi vida. Y, ahora, dos años y medio después de aquello, no puedo dejar de pensar en qué habría pasado si la elección hubiese sido otra. ¿Y si hubiera apostado por nosotros? ¿Y si me hubiera atrevido con ello? ¿Y si no le hubiera fallado? Me pregunto quién sería yo ahora, cómo sería mi relación con mi familia y qué habría sido de nosotros.

Todo aquello quedó escondido bajo las mil capas de lo que viví en los dos años siguientes. Algunas de esas capas fueron elegidas y otras me las impuso la vida. Algunas han sido preciosas, como lo que tengo con Kelsey; otras fueron tan horribles que acabaron con cualquier posibilidad de que yo vuelva algún día a ser el que era. Lo único que esas capas nunca consiguieron fue borrarlo de mi mente. No hubo un día en esos dos años separados en que no pensara en Lennon en algún momento. Podía ser en los peores momentos de la enfermedad de Bobby, cuando era su hombro sobre el que quería llorar, o podía ser durante un partido, deseando comentar las jugadas cerveza en mano al terminar. Alguna vez fue en momentos mucho más inoportunos. La ducha,

la cama... La eterna lucha entre quién soy, quién quiero ser y quién esperan los demás que sea. Una lucha en la que he combatido solo contra mí mismo, en la que me he engañado hasta niveles casi de enfermedad mental. Pero hay una mentira que ya no puedo creerme más: cuando piensas en alguien cada día, durante dos años, incluso a pesar de no saber absolutamente nada de su vida, no es solo un amigo. Cuando, desde que os reencontrasteis, piensas en él cada vez que planificas tu día, y reservas un hueco para verlo, no es solo un amigo.

 Mi mejor amigo... no es solo mi mejor amigo. Siempre fue algo más.

 Siempre será algo más.

El insomnio vuelve a atraparme bien entrada la noche, pero esta vez no son ya mis pensamientos los que boicotean mis posibilidades de dormir. Son unos inconfundibles sonidos procedentes de la habitación contigua, de esa con la que comparto tabique. El sonido de un objeto cayendo al suelo. El golpe de una espalda contra la pared. Unas palabras casi susurradas. Una risa profunda. Y, al final, unos gemidos que no dejan lugar a dudas sobre lo que está ocurriendo. Unos gemidos que reconozco al instante, porque hubo un día en que era yo quien los provocaba.

Capítulo 12

Lennon

ABRO LOS OJOS POCO A POCO, porque la luz de la mañana, por más que el día esté nublado e invernal, se me clava en la retina hasta el punto del dolor. Podría dedicar unos minutos a maldecir la noche de ayer y jurar que no voy a volver a beber nunca, pero en este momento tengo un objetivo mucho más prioritario: comprobar que John se ha ido. Quien dice John dice Joe. O Josh. Es igual. Que se haya marchado, por favor. Es la primera vez en mi vida que traigo a un rollo de una noche a mi casa, y la incómoda conversación mañanera es lo último que me apetece. Mucho menos con este nivel de resaca.

Me levanto de la cama y rescato un pantalón de chándal de la silla del escritorio, no vaya a ser que me encuentre a John-Joe-Josh en alguna parte de mi casa y crea que estoy preparado para una sesión matutina. Compruebo que no hay nadie y respiro tranquilo. Ni siquiera me ha dejado su teléfono, así que le doy mentalmente las gracias antes de disponerme a organizar un poco mi día. Como ya he comprobado que lo de emborracharme y echar –otra vez– un polvo con un desconocido no va a sacarme a Daniel de la cabeza, he decidido que voy a dedicar el domingo a trabajar. Quiero editar algo así como doscientas fotos que tomé hace un par de semanas en el Bronx, para enviar un esbozo de lo que podría acabar siendo una colección a un par de encargados de galerías que contactaron conmigo después de la inauguración del Village.

Cuando llevo una hora delante del ordenador, me pregunto cómo sobreviven a las resacas las personas que no toman café; solo pido a los dioses no tener que comprobarlo nunca.

Me levanto a servirme otra jarra gigante, sin azúcar ni leche ni nada que pueda quitarle efectividad a la cafeína, justo cuando oigo cómo llaman a la puerta. Por un momento, se me pasa por la cabeza que mi ligue de esta noche se haya arrepentido de haber salido pitando y haya regresado, lo cual sería mi peor pesadilla en estos momentos. Pero no. No solo el portero no ha llamado para anunciar ninguna visita, sino que he escuchado las suficientes veces en mi vida esos tres golpes fuertes en la madera como para tener claro quién está al otro lado de mi puerta.

—¿Buenos días? —lo saludo, dubitativo, cuando entra en mi apartamento como una exhalación. Es la primera vez que nos vemos desde mi confesión de hace dos noches y me aterroriza su reacción.

—¿Ya se ha ido?

—¿Disculpa?

—Si se ha ido tu ligue ya.

—Emmmm... ¿Sí? ¿Es asunto tuyo o algo? —le pregunto, porque empiezo a estar más cabreado que alucinado. Bueno, no lo sé, porque estoy *muy* alucinado.

—Podrías follar un poco más bajo. No he pegado ojo en toda la puta noche.

—Vaya, no sabes cuánto lo siento. Y, por lo que se ve, el insomnio te ha agriado un poquito el carácter.

—¿Me has perdonado?

—¿Qué?

—Que si me has perdonado ya lo que pasó.

Se derrumba sobre el sofá del salón, con la cabeza gacha y enterrada entre sus manos. Parece a punto de echarse a llorar o algo peor. Yo me apoyo contra la pared, porque las piernas me flaquean, por más que lleve meses, o años, deseando que hablemos del tema de una santa vez.

Me doy la vuelta y regreso a la cocina, enciendo de nuevo la cafetera y preparo dos tazas grandes. La de Daniel, con una gota de leche y cuatro cucharadas de azúcar. No sé ni cómo puedo acordarme después de más de dos años sin tomarme un café con él. Cuando regreso al salón, sigue en la misma postura, aunque alza un poco la cabeza al verme aparecer. Me siento a su lado en el sofá, en silencio, porque creo que, si alguien tiene que romper el hielo, es él. No es una cuestión de orgullo personal. Para nada. Nunca me ha costado ceder en eso, me parece una barrera absurda que nos imponemos a nosotros mismos y que nunca conduce a nada bueno. Es todo lo contrario. Es que sé que él lo necesita.

—Lo siento —susurra.

—No pasa nada. Nunca has tenido buen despertar —le respondo, ahogando la risa.

—No. No es eso. Siento lo que pasó cuando volvimos del campamento.

—¿Ahora hablamos de ello? —No puedo ocultar mi sorpresa porque de verdad creía, hasta hace dos segundos, que ese tema jamás se volvería a tocar entre nosotros.

—No prometo que me vaya a resultar fácil, pero... creo que no tiene sentido seguir ignorándolo.

—¿Has llegado a esa conclusión por algo en concreto?

—No lo sé, Lennon. —Me mira fijamente, con esos ojos verdes que a veces parecen transparentar sus pensamientos y otras son como un mar turbio que no deja entrever ni una rendija de su interior—. Ayer hablé con mi madre sobre el programa electoral.

—¿Y bien?

—Y mal, más bien. Le he dicho que dejo la campaña.

—¿En serio?

—En serio.

—¿Le comentaste algo sobre el programa?

—Sí, sí. Prometió suavizarlo, pero... no es suficiente.

—Vaya. ¿Estás bien?

—No lo sé. Tengo esa cosa por dentro, esa... culpabilidad. Por haberla decepcionado, ya sabes.

—¿Pero...?

—Pero me siento de puta madre por haberme enfrentado a ella y a esas ideas —me reconoce con una sonrisa. Se la devuelvo, y espero que haya entendido en ella lo orgulloso que estoy por lo que ha hecho.

—¿Quieres hablar de... aquello? —le pregunto, con una cautela en la voz muy poco propia de mí. Daniel desatado y yo cauteloso. Ver para creer.

—¿Tú quieres?

—Yo no tengo problema.

—Pues... empieza.

—¿Que empiece? —Se me escapa un poco la risa, porque Daniel parece haberse traído una especie de diálogo aprendido y está, en realidad, mucho más nervioso de lo que quiere aparentar.

—Empieza por contestarme a lo que te he preguntado antes... —Mi cara refleja incompreensión, y él hace una pausa antes de aclararme a qué se refiere—. ¿Me has perdonado?

—Supongo... —Otra vez el silencio toma protagonismo, porque necesito tener clara yo mismo esa respuesta antes de decirle a Daniel algo que no sea la cruda verdad—. No.

—¿No? —Juro que puedo oír la desolación en su voz. Y, si no es desolación, se le parece mucho.

—Es raro. Puedo estar contigo cada día y no sentir ni gota de rencor. En

serio, me conoces, sabes que se me notaría. Pero, al mismo tiempo, si pienso en aquello... No sé, supongo que he aprendido a no pensar en ello.

—¿Porque duele?

—A veces, sí. A veces aún duele. Pero, sobre todo, porque no quiero...

—¿Odiarme?

—No. Yo no podría odiarte, Daniel. Pero no quiero tener ese rencor dentro.

—Lo siento.

—No hace... —me interrumpo y asiento—. Iba a decirte que no hace falta que te disculpes, pero... qué cojones. Claro que hace falta.

—Ya lo sé.

—Fue horrible. Horrible, joder. Me costó mucho seguir adelante después de aquello. Y, cuando digo *mucho*, hablo de meses. O años. Quizá aún no haya conseguido salir adelante del todo. Vivo bien, sí, no ando llorando por las esquinas, pero...

Me quedo callado porque no quiero decírselo. Quiero y no quiero. Tiene que oírlo, pero no quiero que lo haga. No quiero que sufra por escucharlo, pero siento que tiene que hacerlo.

—¿Pero...? —me pregunta, con algo parecido al terror en su voz.

—¡Me rompiste el corazón, joder! ¡¡Me destrozaste!!

Dos años antes

DANIEL PENSÓ EN LO DIFERENTE QUE ERA la noción del tiempo según las circunstancias que rodean a quien lo percibe. Nunca le había gustado demasiado volar, y un trayecto de cuatro horas en avión, en cualquier otra circunstancia, se le habría hecho pesado, incómodo y, sobre todo, larguísimo. Pero aquel dos de septiembre no fue así. El vuelo se le hizo corto, muy corto, justo el día en que más deseaba que el tiempo se parara mientras el avión atravesaba el país. No es que no tuviera ganas de volver a casa e iniciar su nueva vida. Al contrario, se moría por hacerlo, por más que los nervios se lo comieran vivo cada vez que pensaba en sus padres. No es que fueran las personas con el pensamiento más liberal del mundo.

Lennon dormía tranquilo en su asiento, con la boca un poco entreabierta, sin enterarse siquiera de los avisos por la megafonía del avión, que comenzaba la maniobra de aproximación al JFK. Daniel se inclinó sobre él para abrocharle el cinturón de seguridad sin despertarlo, e incluso en ese pequeño gesto reconoció una familiaridad que no habían tenido antes de ese verano. Todo había cambiado y, al mismo tiempo, nada lo había hecho. Seguían siendo ellos, los de siempre, Daniel y Lennon, pero, ahora, eran a la vez otra cosa. Algo diferente. Algo esperanzador.

Lennon abrió los ojos en el momento en que las ruedas del avión tocaron la pista de aterrizaje. Esperaron un buen rato por las dos maletas que habían facturado, y ya enfilaban la puerta de salida a la terminal, cuando se detuvieron y se abrazaron. Nadie ajeno a ellos habría podido decir que aquel era un abrazo entre algo más que dos buenos amigos, los mejores. Y es que en ese momento no lo era. En aquel gesto, expresaban algo tan simple y tan grandioso como lo afortunados que se sentían por haberse encontrado en la vida.

—¡Pero qué guapísimos estáis, chicos! —Mackenzie Blair, la madre de Lennon, llenaba con su presencia la zona de llegadas del aeropuerto. Era una mujer muy alta, algo corpulenta, con una larga melena de color castaño, ni lisa ni rizada. Salvaje, un poco como ella misma. Vestía un pantalón bombacho verde oliva y una sencilla camiseta blanca de tirantes, y de sus orejas colgaban unos gigantescos pendientes étnicos.

A pocos metros de ella, se encontraba su némesis. Victoria Woodward. Sería difícil encontrar a dos mujeres más diferentes en toda la ciudad. Por dentro y por fuera. Victoria también era alta, aunque algo menos que Mackenzie; más delgada aun que en su juventud, gracias a horas y horas invertidas en sesiones con su entrenador personal; rubia, media melena, los mismos ojos verdes que habían heredado sus dos hijos y vestida con un traje de chaqueta de tweed a pesar de que el calor se negaba a abandonar la ciudad. No era un problema, las personas como Victoria Woodward ni sudaban ni se alteraban.

Victoria saludó a los dos chicos con afecto, aunque con menos exhibición pública de sentimientos que su antigua mejor amiga. Les explicó que Bobby no había podido acompañarlas a recogerlos porque, con el equipaje, no cabrían todos en el coche a la vuelta, y que se había quedado en casa refunfuñando. Las madres se subieron en los asientos delanteros, y Daniel y Lennon compartieron el trasero, rodeados por el equipaje de mano y algunas bolsas con regalos de última hora que habían comprado en el aeropuerto de Montana. Protegidos en la intimidad de aquel enorme coche, se permitieron sonreírse más de la cuenta y dejar que sus dedos se rozaran en unas caricias que no tenían nada de casuales. Ya en el Upper East Side, se despidieron con una palmada en el hombro en el rellano que compartían.

La vida de ambos y sus ilusiones en común empezaron a saltar por los aires apenas unos minutos después, aunque solo uno de ellos fue consciente.

Daniel entró en su apartamento y, de inmediato, fue placado por su hermano mayor. Se deshizo de él entre risas y le aseguró que luego bajarían a jugar al fútbol un rato con Lennon. Pero, antes, su madre les dijo que quería hablar con ellos. Y, por la cara con la que lo hizo, no les cupo duda de que era una de esas decisiones que no estaban sujetas a discusión.

—¿Qué pasa, mamá? —Daniel se sentó en el sofá del gran salón comedor de la casa con un gesto de preocupación. Bobby lo acompañó, y sus padres ocuparon los sillones del lado opuesto.

—Queremos hablar con vosotros. Hace semanas que le hemos estado dando vueltas a una decisión que implicará a toda la familia, y necesitamos un compromiso por vuestra parte de que os lo vais a tomar en serio.

—Me estoy acojonando. ¿Os vais a divorciar o algo así?

—¡Bobby! Os he pedido que os lo toméis en serio. Por supuesto que no nos vamos a divorciar. Es un cambio de trabajo, más bien. He dejado el bufete, al menos de momento.

—¿Qué dices? ¿Qué ha pasado? —Daniel no podría haber estado más sorprendido, ni siquiera si Bobby hubiera acertado en la predicción. Su madre vivía día y noche para su trabajo; era una de las abogadas más conocidas de Nueva York, y lo había conseguido a base de muchísimas horas dedicadas.

—Me han ofrecido entrar en política. El candidato a vicegobernador para las próximas elecciones está metido en... bueno, un pequeño lío...

—Un pequeño lío que implica a una voluntaria de su campaña de veintitrés años, para ser más exactos —añadió Harry, el padre de los chicos.

—Bueno, sí. Esa es la situación. El partido quiere sustituirlo con discreción, antes de que el escándalo salte a la prensa y... han pensado en mí.

—¿Y tú quieres hacerlo? Quiero decir... ¿estás segura? —preguntó Bobby.

—Lo he pensado durante todo el verano. La decisión está tomada, siempre y cuando vosotros no os opongáis. El proyecto es ilusionante, creo en aquello que voy a defender y es una buena oportunidad para crecer dentro del partido. Lo único que me echaba un poco para atrás es el hecho de que afectará a nuestra vida privada, pero creo que puedo contar con vosotros para eso.

—¿Contar con nosotros? ¿Qué quieres decir? —preguntó Daniel, con un sentimiento helador subiendo por su columna vertebral.

—La prensa va a estar encima de la familia. Saben lo del actual candidato, pero no tienen pruebas para publicarlo. Cuando se retire de la primera línea, ya no será noticia, y andarán como buitres en busca de cualquier escándalo.

—Lo que vuestra madre intenta deciros es que tendréis que estar muy atentos a lo que hacéis. Cualquier escándalo, de cualquiera de nosotros, será noticia de portada. Bobby —Harry se dirigió a su hijo mayor—, contigo no estamos demasiado preocupados. Ally y tú sois la pareja perfecta, y a la prensa le vais a encantar.

—¿Qué intentas decir con eso, papá? ¿Que el problema aquí soy yo? —Daniel se levantó del sofá como si lo hubiera impulsado un resorte. No se podía creer el giro que habían dado los acontecimientos en solo una hora. Una. Puta. Hora.

—Tranquilízate, Daniel —intervino su madre—. No hay ningún problema contigo. Pero sabemos lo que es la universidad y, en tu caso, al no tener

pareja...

—¿Qué cojones sabréis vosotros si tengo o no pareja?

—¿La tienes? —le preguntó Bobby, con un doble sentido en la mirada que no supo interpretar.

Daniel dudó. Era el momento. Podía hacerlo. Allí estaba Bobby, a su lado, y no entendía cómo en algún momento de sus conversaciones en el campamento con Lennon pudo llegar a dudar del apoyo incondicional de su hermano mayor. Sabía que él le cubriría las espaldas. Siempre.

Quiso hacerlo. Quiso hablar. La frase «sí, tengo pareja, pero no es lo que imagináis» rondó su cabeza, y hasta sus cuerdas vocales. Pero las palabras de su padre resonaban en sus oídos. Bobby y Ally eran la pareja perfecta. Bobby era el hijo perfecto. Eso ya lo sabía Daniel desde que tenía uso de razón. ¿Y él que era? El segundo hijo, el que nunca había conseguido las calificaciones escolares de su hermano, el que había entrado en el equipo solo por ser el hermano pequeño del capitán, el que había tardado una eternidad en encontrar su vocación y solo lo había conseguido imitando los pasos de Bobby. El que iba a arruinar la carrera de su madre antes siquiera de que empezara.

¿Y si todo lo que había ocurrido en el campamento solo tenía sentido dentro de la burbuja que Lennon y él habían creado en Montana? ¿Y si había confundido esa amistad tan intensa que siempre habían tenido con otro tipo de amor? ¿Y si solo se le habían ido de las manos las ganas de experimentar? Demasiados «y si». Demasiado poco tiempo para responder a una pregunta que marcaría su relación con su familia para el resto de su vida.

—No. No tengo pareja.

—Bien. Pues nada de hacer tonterías en la universidad: ni grandes borracheras, ni marihuana, ni una chica distinta cada noche. Antes de hacer algo, piensa en si te gustaría que toda la ciudad te viera al día siguiente haciéndolo.

—Y así es como papá y mamá jodieron la vida universitaria de su hijo pequeño antes de que empezara... —Bobby se carcajeó, pero Daniel ni lo escuchó. Ojalá fuera solo su vida universitaria la que se acababa de ir al garete. Era toda su vida la que había saltado por los aires sin que él hubiera sabido hacer algo por evitarlo.

MIENTRAS DANIEL VIVÍA SU PARTICULAR INFIERNO EN EL PISO 14A, Lennon compartía una cerveza con su madre en el 14B. Tenía un brillo en los ojos que ella no había visto antes en él, y no tardó en sospechar por dónde iban los tiros. Dejó que deshiciera su maleta con calma, esperó paciente a que descargara a su portátil las pocas fotos que había hecho durante aquellas semanas y pidió la cena a un restaurante tailandés que era el favorito de ambos.

Estaban terminando un plato compartido de laksa de langostinos cuando pudieron con ella la impaciencia y esa cualidad que compartía con su hijo de ser incapaz de callarse nada.

—Tú estás enamorado. —Lennon y su madre se miraron durante un rato, hasta que a los dos les entró la risa.

—Sí. —Lennon asintió, dando un último bocado al plato, y recostándose satisfecho contra el respaldo del sofá.

—¿En serio? Pensé que tendría que torturarte para sacarte esa información.

—¿Cuándo has tenido que hacerlo, madre?

—Nunca. —Mackenzie se carcajeó—. ¿Y quién es?

—¿De verdad no lo sabes?

—¡Lo sabía! Te he dicho cientos de veces que Daniel y tú... no sé, que teníais algo. Suerte que no es tan estirado como el resto de los Woodward.

—Bobby tampoco es así.

—Lo que tú digas. Entonces, ¿estáis...?

—Estamos.

—¿Y cómo lo vais a hacer? A Victoria le va a dar una embolia.

—Eso... a partir de mañana. Hoy déjame disfrutar de la vuelta a casa.

ESE MAÑANA NO FUE ALGO QUE LENNON DISFRUTARA. El día de su llegada a Nueva York se le pasó volando, gracias a la charla con su madre, que acabó sonsacándole sin mayor esfuerzo cada detalle de las seis semanas que habían cambiado su vida, y al jet lag, que dio con sus huesos en la cama a una hora bastante temprana.

Pero el día siguiente ya fue otra historia. Cuando se quiso dar cuenta,

hacía ya veinticuatro horas que no tenía noticias de Daniel. Estuvo tentado un par de veces a enviarle un mensaje, pero su última hora de conexión era del día anterior, y supuso que estaría durmiendo. Según fue avanzando el día, se dio cuenta de que sí, venían muy cansados del viaje, pero no lo suficiente como para dormir tanto. Decidió llamarlo, pero su intento se fue directo al buzón de voz, y pasó a la versión escrita.

Tecleó: «Hola, guapo». Lo borró. No tenía muy claro cómo dirigirse a su mejor amigo ahora que a ese estatus se le habían añadido tantos extras.

A continuación: «Hey, tío». También lo borró. Demasiado impersonal.

«Daniel, ¿todo bien?». Ese fue el definitivo. Y la respuesta tardó casi dos horas en llegar. En cuanto lo hizo, un escalofrío se instaló en el cuerpo de Lennon en menos de dos segundos.

«Sí».

Aprovechando que lo veía en línea en el programa de mensajería, Lennon prefirió llamarlo. Tenía un mal presentimiento, algo le decía que las cosas no iban bien al otro lado del rellano y, además... tenía ganas de escuchar su voz.

—Dime. —La voz de Daniel sonaba fría, y la sensación de pánico se apoderó de Lennon con más fuerza que nunca.

—¿Qué tal?

—Bien.

—Oye, emmmm... ¿Hacemos algo esta tarde?

—Estoy bastante liado, Lennon.

—Daniel, ¿ocurre algo?

—Nop.

—Ya, vale. ¿No podemos vernos, entonces?

—Emmm... Sí, supongo. Sí. No sé, cuando a ti te venga bien.

—A mí me viene bien en cualquier momento. —Bajó la voz a un susurro, como si no quisiera que ni Daniel escuchara lo que estaba a punto de decir —. Te echo de menos.

—Ya. Bien. ¿Esta noche? ¿Te parece?

—Sí. Claro. —A Lennon le tembló la voz en el momento en que se dio cuenta de que Daniel ni siquiera le había respondido que él también lo echaba de menos. Estaba tan frío que le costaba reconocer a la persona de la que se había despedido entre besos en el aeropuerto el día anterior, pero se quiso aferrar a la esperanza de que estuviera delante de gente. O algo. Lo que fuera—. ¿A las nueve en la azotea?

—No. En la azotea, no. —Lennon detectó un leve temblor en su voz, uno que quizá habría pasado desapercibido a cualquier otra persona—. Nos vemos en el portal, mejor, y damos una vuelta por el parque.

—De acuerdo.

Lennon bajó nervioso a aquella cita. No entendía por qué habían quedado en el portal, en lugar de llamar uno al timbre de la casa del otro, pero prefirió no darle más vueltas. Cuando se encontraron en aquel enorme vestíbulo de mármol y alfombras rojas de la Quinta Avenida y vio la expresión en la cara de Daniel... supo que se le iba a romper el corazón. En mil pedazos, además.

—¿Qué ha pasado?

—Lennon, yo... Tenemos que hablar.

—De puta madre.

—Vamos al parque.

—No, Daniel. Sé lo que me vas a decir y prefiero que sea rápido. Además, no quiero joder toda una vida de recuerdos en el parque con la mierda que va a salir por tu boca.

—Joder, Lennon, no exageres.

—¿Que no exagere? Vamos, Dan... Es por eso por lo que no has querido quedar en la azotea, así que no te vayas de tío duro ahora. No conmigo.

—A ver, déjame que te explique...

—No sé si hay mucho que explicar. Se acabó, ¿no?

—Sí.

—¿Sí? —A Lennon se le humedecieron los ojos, y maldijo un poco a su carácter sensible por ello. Le encantaría ser capaz de mantener la cabeza fría y el gesto firme, como Daniel. Aunque, bien pensado, no. No le gustaría una mierda ser así—. En serio, ¿me estás diciendo que vas a acabar con nuestra historia antes de empezarla?

—Es que esa es la clave, Lennon. No sé siquiera si alguna vez ha habido una historia.

—¿Qué cobarde de mierda eres, Daniel. Y qué bien aleccionado te tienen.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando.

—Oh, sí. Por supuesto que sí lo sabes. ¿Quién ha sido? ¿Tu mamá? ¿Tu papá?

—No sigas por ahí.

—¿Han hecho algún comentario sobre los maricas y has tenido miedo a que te deshereden y no poder volver a los Hamptons?

—¡Cállate ya, joder!

—Eres un mierda, Daniel. Llevo todo el día pensando en cómo empezar con todo lo que planeamos en Montana y ahora vienes a decirme que todo aquello fueron fantasías mías.

—Yo no soy gay, Lennon. Tienes que entenderlo.

—¿Que no eres gay? ¿Tienes las pelotas de decirme que no eres gay cuando hace dos días tenías mi polla metida en la boca? ¿En serio?

—¡Baja la voz!

—Por supuesto. —El tono de voz de Lennon se volvió gélido, aunque por dentro su ira estaba alcanzando temperaturas de lava volcánica—. No me había dado cuenta de que en el Upper East Side no eres gay. Aquí solo eres un puto niño de mamá con más miedo que dignidad.

—Lennon, para, por favor. —Daniel intentó poner sus manos sobre los hombros de Lennon, pero este se apartó como si quemara.

—Me voy a mi casa. Pero te voy a decir una última cosa, Daniel: si acabas con esto sin motivo, vete olvidándote de que existo.

—Eso es un puto chantaje.

—No. No lo es. No quiero tener como mejor amigo a alguien a quien le importa una mierda romperme el corazón.

—Me lo prometiste. —La voz de Daniel sonó tan baja que Lennon no escuchó lo que decía.

—¿Qué?

—Que me lo prometiste. Me prometiste que, pasara lo que pasara, jamás se iba a romper nuestra amistad.

—Ya ves, Daniel. Tú me prometiste a mí que íbamos a estar juntos y que nada nos iba a separar. Hoy debe de ser el día de las promesas incumplidas.

Lennon se marchó a su casa y se encerró en su cuarto. Su madre respetó su silencio. Era lo suficientemente intuitiva como para hacerse una composición de lugar de lo que había ocurrido. Se lo confirmó la actitud de Lennon al día siguiente, cuando retomó los planes de traslado a Suecia como si no se hubiese desatado un maremoto emocional en las últimas horas.

Nueve días después de hablar con Daniel por última vez, Lennon se subió a un avión con destino Estocolmo. No pensaba volver jamás a Nueva York.

Capítulo 13

Daniel

EL RECUERDO DE LO QUE OCURRIÓ HACE DOS AÑOS me golpea en la cara con la fuerza de un puñetazo. Del puñetazo que supongo que querría darme Lennon. Del que yo preferiría recibir antes que volver a escuchar lo que hice. Cómo me acobardé. Cómo le rompí el corazón.

Estamos en su cocina, que parece haberse convertido en nuestro centro de operaciones desde que él regresó. Lennon ha pasado por mil fases en la última hora: me ha gritado, se ha derrumbado, ha confesado cosas que no creo que nunca pensara decir en voz alta... Yo, en cambio, permanezco tenso, midiendo mis palabras, mis reacciones.

—¿Al menos estás escuchando lo que te digo? —me pregunta, y me parece imposible que él, justo él, no sepa que mi aspecto ausente no tiene nada que ver con el desinterés o el enfado.

Mis pensamientos de los últimos meses, el dolor compartido con Lennon, el recuerdo de aquellas seis semanas que durante dos años escondí bajo mil excusas, sus palabras recordándome lo que vivimos, lo que hicimos, lo que sufrimos... Todo ha conspirado para que entrase en un proceso de catarsis del que soy dolorosamente consciente. Siento caer esas excusas, todas las que utilicé para tapar mis sentimientos por Lennon, de una forma tan vívida como si fueran hojas de un árbol y el otoño acabara de llegar con toda su fuerza.

—¿Quieres hacer el favor de mirarme a los ojos? —Eleva el tono de voz, y solo ahí soy capaz de reaccionar. Levanto la cabeza y me pierdo en sus ojos oscuros, que brillan por las lágrimas que ha derramado hace un rato y por la rabia contenida hacia lo que él está interpretando como indiferencia por mi parte—. Te quise, Daniel. Creí que me había pasado toda la adolescencia enamorado de ti, pero en el campamento me di cuenta de que aquello era enamorarse de verdad, no de una imagen que crees que será imposible conseguir. Y te seguí queriendo. Y supongo que no he dejado de quererte desde entonces.

—Calla, por favor —le suplico.

—No me voy a callar. Sabes que no es mi estilo. No me preguntes si te he perdonado, porque la duda que tengo es si me he perdonado a mí mismo por

haberme largado. Por rendirme, por no luchar por lo que sé que tuvimos. Porque... no fue fruto de mi imaginación, ¿verdad? Lo tuvimos, ¿no?

—¡Cállate ya, joder! —le grito.

—No vas a conseguir que me calle solo porque...

No aguanto más y me acerco a él. Puedo oír mis zancadas retumbando en el suelo de madera de su piso. Nunca ha sido capaz de quedarse quieto en un sitio, así que ha estado paseando por la cocina y el comedor durante toda la discusión. Al oír mis pasos, se gira y se sorprende al encontrarme a pocos centímetros de su cara. Noto mi respiración entrecortada, jadeante, y no precisamente por el esfuerzo de recorrer cinco metros.

Es el momento. El ahora o nunca. Y tiene que ser el ahora porque *nunca* es una palabra que no quiero volver a asociar con él.

Planto mis labios sobre los suyos con una fuerza que me sorprende que no nos haya roto los dientes a ambos. Quería que se callase, sí. Quería dejar de oír el daño que le hice a la única persona que me ha hecho sentir vivo. Pero no es esa la razón de que lo haya silenciado por la vía rápida. Es porque no podía aguantar ni un segundo más sin besarlo, sin sentirlo de nuevo. Como en aquel tiempo, como en otra vida.

Lennon se queda paralizado por la sorpresa un segundo, pero enseguida toma el mando de la situación. Con sus manos en mis caderas, me guía hacia el sofá, y caemos en él convertidos en una maraña de piernas, brazos y lenguas. Nos besamos durante minutos, no sé. Una eternidad y un suspiro al mismo tiempo. Nuestras erecciones se frotran con suavidad bajo el tejido liviano de los pantalones de ambos, pero ni siquiera nos planteamos dar un paso adelante a algo más que los besos que compartimos. Hoy no. Hoy no es sexo. Hoy es algo más.

De vez en cuando, nos separamos y nos miramos, con timidez en los ojos, una sonrisa burlona en los labios y mil palabras en el aire que ya no es necesario pronunciar.

—Dan... —Lennon pronuncia mi nombre casi en un suspiro, durante una de esas treguas, mientras me acaricia la mejilla con su dedo pulgar.

—Lo tuvimos, Lennon. Claro que lo tuvimos. —Es lo único que acierto a responderle antes de quedarme adormilado en su sofá, con nuestros cuerpos entrelazados.

DESPIERTO UN BUEN RATO DESPUÉS y escucho la ducha del dormitorio de Lennon. Me saco la camiseta de camino y golpeo con las yemas de los dedos la mampara, no vaya a ser que lo mate de un infarto. Me siento tan liberado, con una sensación tan tangible de haberme quitado de encima el peso de algo que me venía matando desde hace dos años, que es como si todos mis miedos hubieran quedado atrás y ya ni me importe meterme en pelotas en la ducha con alguien a quien quise convencerme de que no volvería a desear.

—¿Puedo? —le pregunto en cuanto abre un poco la mampara. Tiene el pelo lleno de champú y una sonrisa burlona que no sé si me apetece quitarle con un bofetón o con un beso.

—*Nop.* —Vuelve a cerrarme la hoja en las narices, y se me escapa una carcajada, porque es lo último que me esperaba.

—¿Y se puede saber por qué? —le pregunto, abriendo de nuevo, fingiéndome enfadado, pero sin poder contener la risa. Aprovecho para darle un repaso rápido a su cuerpo, a ese nuevo tatuaje del que me apetece descubrir cada detalle, y a una erección a media asta que parece no estar demasiado de acuerdo con la decisión de su dueño de dejarme fuera de la ducha.

—Porque no vamos a jugar a este juego hasta que se establezcan las normas —me responde, muy serio. A continuación, estira su brazo para acercarme a él por la nuca, y me da un beso en el que se lleva parte de mi alma.

Levanto las manos en señal de rendición y vuelvo al salón. Me tiro en el sofá, con los brazos detrás de la nuca y me doy cuenta de que me va a acabar doliendo la cara si sigo sonriendo así. No hace ni dos horas que todo esto empezó, y ya no entiendo cómo he podido vivir tantos años sin sentirme así. Así de pleno, así de auténtico, así de... feliz. Y ni siquiera sé lo que es ese *esto*, o qué va a acabar siendo.

Lennon regresa, *vestido* solo con la toalla a la cintura. Se sienta a mi lado, me da un beso breve y se acurruca contra mí. Apoya la cabeza en mi regazo y pasa los brazos alrededor de mi cintura. Me aprieta fuerte, y sobran las palabras. Me limito a enterrar mis manos en su pelo mojado y a maravillarme con el hecho de que dos personas tan diferentes podamos conectar a un nivel tan profundo. Yo tan contenido, él tan transparente. Yo tan temeroso, él lanzándose sin red. Siempre. Incluso ahora, abrazado a mí sin reservas, sin esconder nada, pese a que estoy seguro de que sabe que entregarse de esa

manera es dejar su corazón expuesto al dolor.

Paso las yemas de mis dedos por los trazos gruesos del tatuaje de su brazo y reparo en un detalle que me pasó desapercibido la primera vez que lo vi. Sobre un llano de Central Park, junto a un árbol frondoso, se ven dos figuras, dos sombras, en realidad. Pequeñas y casi imperceptibles, pero con un significado que estoy seguro de haber adivinado.

—Somos nosotros, ¿no?

—Sí. Siempre hemos sido nosotros.

Subo las piernas al sofá y nos hacemos sitio el uno al otro para quedar tumbados y abrazados. Alcanzo una manta gruesa del respaldo y nos envuelvo a ambos en ella. Le doy un beso en el pelo, sin plantearme lo extraño que me habría parecido ese gesto hace solo veinticuatro horas. En algún momento nos quedamos dormidos, y es ya de noche cuando nos desperezamos.

Lennon desaparece en su dormitorio y regresa vestido con un pantalón corto y una sudadera con capucha. Lo veo pasar de camino a la cocina, y regresa con una botella de vino y dos copas. Levanta las manos para pedir mi aprobación, y me da un ataque de risa que no puedo contener.

—¿Vino? ¿En serio? ¿Somos *tan* pareja ya?

—Vete a la mierda, joder. —Se une a mis risas y se deja caer en el sofá—. No queda cerveza y no tengo el cuerpo aún para whisky.

—Pues que sea vino, entonces. —Sirve las copas, con el móvil apoyado en su hombro, mientras pide un par de pizzas. Yo espero en silencio, hasta que me invade la sensación de que soy yo quien tiene que dar el siguiente paso—. Habrá que establecer esas normas, ¿no?

—¿Quién eres tú y qué has hecho con Daniel?

—Que te den. —Le doy un puñetazo en el hombro—. El nuevo Daniel saca los temas de conversación difíciles.

—Me gusta el nuevo Daniel.

—No te vayas de guay. Ya te gustaba el antiguo.

—Pero qué creído eres.

—¿Cómo va a ser esto, Lennon? —Cambio el tono de la conversación, por más que la inercia me lleve a querer seguir bromeando en lugar de afrontar lo que toca.

—Me parece que te corresponde a ti pensar en eso. Yo lo tengo mucho más fácil que tú, al menos de cara a la galería.

—¿A qué te refieres?

—A que lo tengo muy fácil porque todo el mundo sabe que soy gay, mi madre sería feliz si tú y yo tuviéramos una historia y no tengo pareja. Pero no lo tengo fácil en otros sentidos. Que no estoy dispuesto a aceptar cualquier cosa, vaya. No sé... No sé qué tienes tú en mente.

—Vamos a ver, Lennon... —Le doy un sorbo a mi copa de vino, no tanto porque tenga sed como porque necesito unos segundos para recopilar lo que quiero decirle—. No tienes ni idea de cuántas vueltas le he dado a lo que siento por ti. Te soy sincero: antes del campamento, nunca me había planteado que fuéramos algo más que amigos. Quizá soy un tío demasiado básico, pero no sé... no lo había pensado nunca. Ahora me acuerdo, y es cierto que nunca me gustaron los tíos con los que estabas, ni que me contaras tus hazañas sexuales ni nada, así que no sé...

—Pero eso cambió en Montana, ¿no?

—¡Claro! Odio que puedas dudar de eso. En el campamento me entregué entero. Te lo juro. Tanto como pudiste hacerlo tú.

—Estábamos en una burbuja.

—Exacto. Es como si aquel lugar estuviera fuera de mi mundo. Pensándolo con el tiempo, estoy seguro de que el señor Whitaker sabía lo que había. Puede que hasta los chavales se dieran cuenta.

—¿Y te importa?

—Cero. Te lo juro, Lennon. No voy a decir que no tengo ningún prejuicio, porque no soy imbécil y sé que me quedan algunos escollos que salvar dentro de mi cabeza. Pero todos tienen que ver con... —Hago un círculo con mi dedo que pretende englobar demasiadas cosas—. Con esto. Con mi familia, el colegio, los amigos. Nueva York, en general.

—¿Entonces?

—Desde que te marchaste, intenté borrarle de mi cabeza. A ti y lo que había pasado. Pero siempre quedó poso. Siempre había un pinchazo de fondo, un dolor sordo, ¿sabes? Y creo que no era tanto por lo que sentía por ti como por los motivos por los que lo hice.

—¿Qué pasó aquel día, Dan? Nunca lo he entendido. Fueron unas horas. Unas putas horas. Pasaste de estar ilusionado con empezar una nueva vida conmigo a no querer saber nada de mí.

—Ese día, cuando llegamos de Montana, fue cuando mi madre nos dijo que iba a entrar en política. Y que teníamos que llevar una vida muy *recta* porque la prensa podía estar encima de nosotros.

—Joder. Qué don de la oportunidad.

—Sí, lo sé. Tuve que decidir si soltaba la bomba o no en unos minutos. Quizá, si hubiera tenido más tiempo, habría podido hablar con Bobby, intentar hacer bien las cosas, pero... tampoco te voy a mentir, tengo un concepto muy bajo sobre el Daniel de aquella época. Tal vez nunca me habría atrevido.

—¿Y ahora?

—Ahora estoy aterrorizado. —Sus ojos me escrutan, prudentes, y le respondo con una caricia en la mejilla y una sonrisa—. Pero prefiero estar muerto de miedo que de cobardía. Además... ya no podría vivir sin ti.

Lennon se acerca a besarme, pero el timbre de la puerta nos interrumpe. La intensidad de la conversación desaparece en cuanto llegan las pizzas y nos sentamos en el suelo a comerlas, usando las cajas como platos improvisados y terminándonos la botella de vino. Hablamos de todo un poco, me cuenta sus avances en varias galerías y promete enseñarme la página web que está preparando para exponer sus obras *online* y tratar de obtener más ingresos vendiendo fotos para usos comerciales. Yo le hablo a él de mis clases, de lo que me está costando reengancharme al ritmo del curso y las prácticas, pero, al mismo tiempo, de lo satisfecho que me siento por estar consiguiéndolo. Abrimos una botella de whisky y brindamos en silencio, con un gesto algo burlón, pero también con una mirada que dice que estamos sellando un pacto.

—Lennon, yo... si eres capaz de perdonarme lo que hice, si de verdad me quieres todavía... me encantaría que me dieras una oportunidad. Una oportunidad para demostrarte que puedo hacerte muy feliz. Que podemos hacernos muy felices.

—¿Hablas de tener una relación? ¿Una relación de pareja *normal*?

—Sí. No sé cuánta normalidad habrá, sobre todo al principio. Pero es lo que más me gustaría en el mundo.

—Y a mí —me responde, en un susurro, mientras se muerde el labio inferior en una mueca tímida—. ¿Cómo lo vamos a hacer?

—Las elecciones de mi madre están a la vuelta de la esquina. Lo odio. Odio esa mierda, te lo juro. Serán un par de meses. Tú... ¿estarías dispuesto a que lo mantengamos en secreto hasta entonces?

—No.

—¿No?

—Entiendo que no vayamos por ahí, morreándonos por Central Park, ¿vale? A ver si te crees que a mí me haría gracia que nuestra vida sexual fuera objeto de cotilleos y debate político. Pero eso no significa que tus

padres no lo sepan.

—¿Esa es tu condición? ¿Que se lo cuente a mis padres?

—Es una de ellas.

—¿Y las demás? —le pregunto sin atisbo de duda. Quizá poner condiciones en el primer minuto de una relación no sea lo más normal del mundo, pero entre nosotros nada ha fluido de manera tradicional, y comprendo que Lennon tiene todo el derecho a exigir alguna garantía de que esto no vaya a acabar como la última vez.

—Kelsey.

—Kelsey... —Dejo caer la cabeza entre mis manos porque ese es el único punto de todo esto que me rompe el alma. Sé que a mis padres les va a hacer daño esta relación, pero es un daño irracional, fruto de sus propios prejuicios. Pero Kelsey me quiere, está enamorada de mí, y sé que confía a ciegas en el futuro de lo nuestro. Y la voy a destrozar.

—Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí, sí. Claro. Cómo no lo voy a entender.

—La quieres mucho, ¿no?

—Muchísimo —reconozco—. Y, hasta hace un par de días, te diría que estaba enamorado de ella. De hecho, si tú no existieras, podría pasar el resto de mi vida a su lado, y sé que sería feliz.

—Pero existo.

—Sí, ese es uno de los principales problemas de mi vida. —Se le escapa una carcajada—. Siempre he tenido una especie de sensación de que me faltaba algo junto a ella. Y, bueno... ese algo eres tú.

—¿Cómo lo vas a hacer?

—Estará en California hasta finales de semana. No puedo dejarla por teléfono, Lennon.

—Ya, ya. Te entiendo. Pero, entonces...

—¿Entonces?

—Tendrás que esforzarte por mantener tus manos alejadas de mí, chaval —me dice, con una sonrisa, y me duele pensar que él esté siendo más leal a Kelsey que yo. En realidad, no he sido capaz en todo el día de sentirme culpable por haberla engañado. Dentro de mí, de una forma un poco retorcida, no siento que haya sido así. Como si Lennon siempre hubiera tenido prioridad en todo.

—Lo comprendo. Me jode, pero lo comprendo.

—Te jode, ¿eh? —Me guiña un ojo, con todo ese carácter chulito que me

encanta, y se le dibuja una sonrisa socarrona, justo antes de darme un beso lento y suave—. Quizá los besos sí puedan quedar fuera del trato.

—Quizá.

Lennon se levanta del sofá y me ofrece su mano. La tomo, sin plantearme dos veces el gesto, y dejo que me dirija hacia su cama. No necesitamos hablar para saber que vamos a cumplir la palabra que nos hemos dado, pero nadie ha dicho nada de no dormir juntos.

Nos acurrucamos en silencio, y juro que puedo oír los latidos de su corazón. O del mío, no lo sé. Solo sé que estoy en el único lugar del mundo en el que quiero estar.

Capítulo 14

Lennon

FELIZ. EUFÓRICO. FRENÉTICO. Casi descontrolado. Así es como me siento. Y no un ratito, no. Todas y cada una de las horas del día. Que lo perdonara, me suplicó. Que le diera una oportunidad, me pidió. Como si no lo hubiera perdonado en todo el tiempo que pasé en Estocolmo lamiéndome las heridas y no estuviera deseando esa oportunidad más de lo que he deseado cualquier otra cosa en toda mi vida.

Prometimos tomárnoslo con calma. Tuvimos claro que no haríamos nada hasta que Daniel rompiera con Kelsey. Los días se han hecho duros, largos, difíciles de soportar. Queríamos estar todo el día juntos y, al mismo tiempo, no podíamos soportar no tocarnos. Así que hemos dedicado los nueve eternos días que Kelsey ha tardado en regresar de California a quedar siempre en lugares públicos, hacer deporte en el parque, visitar un par de exposiciones de fotografía y quedar con nuestros amigos del colegio. Una versión ociosa y moderna del cinturón de castidad, vaya.

Hasta hoy. Hoy es el día en que Kelsey vuelve de California. Hace tres horas, Daniel salió de mi casa como un hombre que carga con el peso de una decisión irrevocable pero dolorosa. Me ha prometido que volvería por aquí en cuanto *resolviera* su ruptura, pero las dudas se llevan mi cordura por momentos. No son dudas sobre lo que él pueda sentir por mí. Ya no. Eso... lo tengo bastante claro. Pero no puedo evitar que me invada el pánico a que se eche atrás, a que, en algún momento, prefiera volver a su vida tranquila, sin escándalos y con una novia que lo quiere que apostar por algo más. Porque sí, nosotros somos más, pero ese *más* es también un camino lleno de dificultades e incertidumbre.

Después de una conversación con mi madre en la que la he puesto al día de todas las novedades, he escuchado su celebración eufórica y su convicción de que Daniel y yo somos la pareja perfecta, ha acabado colgándome el teléfono porque, cito textualmente, «no aguanto cuando te pones intenso». Le dijo la sartén al cazo.

Estoy en la terraza fumándome un cigarrillo, cuando escucho los tres golpes de siempre en la puerta de entrada. Ni siquiera me molesto en tirarlo, y

corro con él en la mano a abrir. Me parece que hoy Daniel no vendrá con ganas de reñirme por eso.

—Ya está. Ya está hecho —me dice, con una desolación en la mirada que hace que solo quiera abrazarlo y decirle que todo va a ir bien.

—Vamos, pasa.

Nos dirigimos a la terraza, aprovechando que el frío nos ha dado una tregua hoy. Paso por la cocina a rescatar una jarra de café. Daniel se recuesta en una de las tumbonas acolchadas que mi madre compró un verano y que casi nunca usamos. Coge una manta, se envuelve en ella y acepta con un asentimiento la taza de café que le ofrezco. Yo lo imito, y lo miro fijamente hasta que no aguanto más el silencio que nos engulle.

—¿Quieres contármelo?

—Sí. —Se encoge de hombros y resopla de forma sonora—. La he destrozado, Lennon.

—Lo siento. Lo siento mucho, Daniel. —Me acerco a él, cojo su mano entre las mías con un poco de cautela, pero me tranquilizo en cuanto él me las aprieta con fuerza.

—Sabía que no iba a ser fácil. Pero no pensé que ella... no sé, creo que no esperaba que me quisiera tanto.

—¿Le has contado todo?

—No. Le he dicho que había otra persona, pero no le he dicho quién era.

—¿Ni que era un hombre?

—No. Lo siento.

—¡Eh! ¡No tienes que pedirme perdón! Tienes todo el derecho a contarle lo que tú quieras.

—Algún día, si es que quiere volver a hablar conmigo, se lo diré. De verdad. Pero hoy se ha quedado un poco en *shock*. Bastante. No hemos hablado demasiado. Ella solo... lloraba. La he dejado con su mejor amiga cuando he visto que no había mucho más que decir.

—¿Te...? ¿Tú...?

—¿Sí?

—¿Te arrepientes?

—¡No! Lennon, por favor, tienes que confiar en mí. Te juro que no me he arrepentido en ningún momento. Es solo que... no me gusta hacer daño a alguien con quien he vivido tantas cosas.

—¿Se lo vas a contar a tus padres?

—Qué remedio... —Se vuelve a tumbar contra el respaldo y suelta un

bufido—. Se van a poner como locos. Mi madre, sobre todo. En fin... que me da igual. Están en Washington hasta el martes, tengo tiempo para prepararme para esa batalla.

—¿Te quedas aquí esta noche?

—Claro. —Me sonrío, por primera vez en toda la tarde, y siento que la mitad de mis problemas se esfuman—. ¿Sabes, Lennon? Lo he pasado muy mal esta tarde. Muy muy mal. Pero, en todo momento, tuve muy claro a dónde regresaría al acabar. A casa.

—Ven aquí...

Nos abrazamos, y Daniel me dice que necesita darse una ducha, quitarse la sensación pegajosa que le ha dejado el día. Yo le propongo preparar la cena, aunque todos sabemos que la cocina no es lo mío —ni lo de él, ya puestos—. Cuando Daniel sale del cuarto de baño, cenamos en silencio, pero ya no es un silencio triste, sino esa comodidad doméstica en que dos personas pueden sentirse plenas sin necesidad de palabras.

Daniel se ofrece a fregar los platos, lo cual es una burda excusa para quedarse solo, porque tardaríamos menos de un minuto en meterlos en el lavaplatos. No se lo tengo en cuenta, porque prefiero que venga a mí cuando se sienta preparado. Decido darme una ducha y él me pide que lo espere en la cama.

Salgo del baño queriendo retener las expectativas que mi alma optimista ya ha echado a volar. Creo que ni a Daniel ni a mí se nos escapa que el único impedimento para dar un paso más en nuestra relación ya no existe. Puede ser doloroso; no solo para Daniel, también para mí, porque siento que engañé desde el principio a una chica que me trató siempre con muchísimo cariño. Pero el dolor no mata el deseo. Eso lo aprendí hace mucho tiempo.

Estoy sentado a los pies de mi cama, en calzoncillos, cuando Daniel entra sin llamar. Se acerca, sin mediar palabra, y se agacha ante mí. Me sonrío, un segundo antes de acariciar mi nuca y empujarme hacia él. Hacia sus labios. Hacia nuestro futuro. Aventura su mano sobre la tela de mis bóxer y me estremezco de los pies a la cabeza.

—¿Estás seguro de que esto es lo que quieres? —le digo entre susurros, entre besos. Daniel tiene los ojos vidriosos, tanto que casi parece que puedo verme reflejado en ellos.

—Es lo que quiero. —Y la seguridad con la que lo afirma me arrolla.

Me acerco a él y las yemas de mis dedos se dirigen directas a su cara. Repaso cada detalle, cada gesto. Nos besamos con una pasión que no había

existido nunca antes entre nosotros. Ni la primera vez que nos atrevimos a hacerlo. Ni en aquella despedida de Montana en la que aún creíamos que era posible. Ni hace unos días, cuando las barreras que tanto tiempo nos costó levantar cayeron al fin con la rendición de Daniel y mi perdón definitivo. Hoy es diferente. Hoy... vamos a hacer el amor. Y por *hacer el amor* ni siquiera me estoy refiriendo a sexo.

—Te quiero, Dan.

—Yo... yo...

—No lo he dicho para que me respondas lo mismo —lo tranquilizo, aunque no consigo esquivar una punzada de dolor.

—No es eso. Es que ni lo sé explicar con palabras. —Daniel habla en voz tan baja que tengo que hacer un esfuerzo para entender lo que dice—. Es como si siempre me faltara algo. Llevo toda la vida teniendo la sensación de que me faltaba algo, de que echaba de menos algo o a alguien sin saber siquiera el qué o a quién. Menos en el campamento. Allí fue como... como si todo encajara al fin.

—Encajó bastante bien, por lo que recuerdo —me burlo de él, pero enseguida cambio el gesto—. Eso que has dicho es precioso. Y es lo mismo que me ha ocurrido a mí siempre.

—Quiero estar contigo, Lennon. No sé cómo, ni me importa, y habrá muchas cosas en las que pensar. Pero eso será mañana.

—Mañana.

—Sí. Hoy... hoy... —Me acerca a él y me besa con fruición, con locura, con nuestras lenguas enredándose y nuestros labios echándose de menos el pequeño espacio de tiempo en que se separan.

—¿Hoy? —le digo, y yo mismo me doy cuenta de que la voz me ha salido entrecortada por los jadeos.

—Hoy quiero follar contigo.

Apenas me da tiempo a reponerme de la perplejidad que me producen sus palabras, porque Daniel se quita la camiseta en un gesto rápido y se queda ante mí con su pecho desnudo, su torso torneado, casi sin vello. Levanto mi mano hacia uno de sus pezones y siento cómo se estremece bajo mi tacto. Lo repaso con el pulgar. Daniel tiembla, y entierro mis manos en su pelo, acariciándolo, para intentar que se tranquilice.

—No estés nervioso. No va a pasar nada que tú no quieras que pase.

—No estoy nervioso por eso. Estoy nervioso por lo mucho que lo deseo. Creo... creo que no había querido tanto nada en toda mi vida.

Lo conduzco hacia mi cama y sé que tengo que llevar la iniciativa. Me despojo de mis bóxer y siento la mirada hambrienta de Daniel sobre mí. Me subo a la cama, con mis rodillas a cada lado de sus caderas. Me inclino hacia su boca y nuestras lenguas se entrelazan una vez más, antes de que rompa el contacto para deshacerse de sus pantalones. Los deslizo por sus piernas, arrastrando con ellos los calzoncillos.

La visión de su cuerpo desnudo debajo de mí hace que mi erección llegue al punto del dolor.

—Eres perfecto. —Se me escapa en un susurro, pero no me puedo arrepentir de haberlo dicho, porque lo es. Un par de mechones rebeldes de pelo velan la visión de su cara, pero puedo ver una sonrisa socarrona en sus labios.

Me inclino hacia él, hacia su sexo, y lo introduzco en mi boca sin preliminares. A Daniel se le escapa un gemido tan sonoro que solo consigue espolearme más. Dejo que mis labios lo acaricien, que lo lleven al límite, mientras mi mano acompaña los movimientos haciendo un poco de presión.

—Lennon, tienes... tienes que parar.

—¿Ah, sí?

—En serio, Lennon. Por favor. No quiero... no quiero que sea así.

Me retiro y repto por su cuerpo hasta alcanzar su cara. Nos besamos hasta que siento en nuestras lenguas el sabor a nosotros sin el cual no sé cómo he podido sobrevivir estos años.

—¿Has estado con alguien después de... del campamento? —le pregunto, en un arrebato que no sé muy bien de dónde sale.

—¿Qué? Bueno... con Kelsey, claro —me responde, con timidez. Me tumbo a su lado en la cama y mantengo su erección con suaves movimientos de mi mano.

—¿Con nadie más?

—Hubo un par de chicas de una noche antes de ella... Ni siquiera las recuerdo.

—¿Y tíos? —Dicen que la curiosidad mató al gato y estoy casi seguro de que yo moriré como la respuesta a esa pregunta no sea la que imagino.

—¡No! Por supuesto que no. Yo no soy...

—¿No eres...? —Le doy un apretón a su polla en mi mano, y lo miro con una ceja arqueada.

—Perdona. —A los dos nos da la risa y nos perdemos en otra sesión de besos antes de que Daniel me explique qué es y qué no es—. Iba a decir que

no soy gay, pero eso es la mayor gilipollez que he oído en mi vida. No ha habido otros tíos. Nunca he mirado a otro tío. Esto... esto es solo tuyo, Lennon. Es... es todo tuyo.

—Te veía en todos.

—¿Los tíos con los que estabas?

—Sí. Quería que fueran tú, y me daba cuenta demasiado tarde de que buscaba un imposible. Siempre me moría de frustración.

—Lo siento.

—Shhhh. No vuelvas a pedirme perdón.

—Te quiero. —No sé si algún día me cansaré de oírsele decir, pero no tiene pinta de que ese momento esté próximo. Mucho menos si acompaña las palabras por un movimiento que deja su boca a la altura de mis pezones y empieza a estimularlos con su lengua.

—¿Qué quieres hacer? —le pregunto entre jadeos, gemidos y sonidos entrecortados que se escapan entre mis labios.

—Te quiero dentro de mí.

—¿Qué? —Mi cara debe de reflejar toda mi estupefacción, porque Daniel se ríe, antes de pasar la yema de uno de sus dedos por mi ceño fruncido.

—Eso. Me gustaría... probar.

—¿Y ese cambio de opinión? —En realidad no sé por qué hago esa pregunta. En aquella vida pasada que compartimos Daniel y yo, esa opción no se barajó nunca, no sé si por su miedo a hacerlo o por el mío a proponerlo.

—He estado informándome un poco... —Me dice con una media sonrisa tímida—. En Montana... joder, yo ni siquiera sabía cómo funcionaba todo esto. Quiero... quiero...

—¿Confías en mí? —le corto, porque hace ya un rato que no es momento para una conversación sino para otra cosa.

—Te confiaría mi vida —me responde, en un susurro, pero con una firmeza en la mirada que me hace estremecer.

Dejo un último beso sobre sus labios y me sitúo encima de él, con los brazos sosteniéndome, no sé ni cómo, porque siento que el cuerpo me tiembla al compás de los nervios. La emoción. La anticipación. El deseo.

Echo mano del lubricante y los condones que guardo en un cajón bajo mi cama, y estoy a punto de correrme con el simple movimiento de extenderlo por mi polla. Me inclino sobre Daniel, besando su pecho, lamiendo su ombligo, succionando sus pezones, mientras mis dedos empapados de lubricante se internan entre sus nalgas. Siento cómo se contrae y lo miro, con

uno de esos gestos que solo nosotros entendemos. Este le pide que esté tranquilo. Le dice que haré que disfrute. Que quiera más.

Cuando noto que se relaja y mis dedos se introducen con facilidad dentro de él, escucho sus gemidos y sé que es el momento. Acercó la punta de mi sexo a su agujero y vuelve a temblar.

—Tranquilo. Si en algún momento quieres que pare... ya sabes.

—No. No quiero que pares. Yo solo... tengo un poco de miedo a no saber qué hacer.

—No he tenido queja hasta ahora, la verdad. —Le sonrío, y él me pone los ojos en blanco un segundo—. Relájate y disfruta.

Me introduzco en él poco a poco, muy muy poco a poco. El ejercicio de autocontrol por mi parte está siendo admirable. Si no fuera Daniel, si en algún momento de mi vida llegara a estar tan excitado con cualquier otro tío, me lo follaría a lo salvaje. Pero es el momento de Daniel, su primera vez haciendo esto, y por nada del mundo querría dejarle un mal recuerdo. Por él, porque quiero que disfrute. Y por mí, porque me muero por repetir antes incluso de terminar.

—¿Bien? —le pregunto, cuando ya estoy dentro casi por completo.

—Muy bien. —Me sonrío, pero la mueca se le deforma en un jadeo cuando la punta de mi pene toca el punto exacto que buscaba—. Mejor que nunca.

Daniel me aprieta tanto que, entre eso y lo excitante de toda la escena, tengo que esforzarme mucho por no correrme. Toco con mi punta el lugar donde sé que pierde la cabeza, y siento crecer su erección más, si es que eso es posible. Alargo la mano para masturbarlo, porque creo que los dos ya sabemos que esta función no va a durar demasiado.

—No. —Aparta mi mano con algo de brusquedad.

—¿No?

—Quiero... —Se le escapa un gemido que rompe el aire de mi cuarto—. Quiero correrme así, solo contigo dentro de mí.

No es que eso funcione demasiadas veces, pero... Si en algún momento es posible, es hoy. Me esmero más y más, casi olvidando mi propio placer, aunque invade cada célula de mi cuerpo sin que yo quiera evitarlo. Daniel empieza a jadear como jamás lo he visto hacerlo y me fijo en una gota que brilla en su glande. No sé si es esa visión o que era ya inevitable, pero noto el calor ascender por mis muslos, descender por mi vientre, hasta que exploto en un orgasmo demoledor, como nada que haya sentido antes. Daniel grita mi

nombre sin pudor, con una lujuria en la voz que podría haber hecho que me corriera de nuevo. Y me sigue. Su semen se extiende por todo su vientre, mientras yo me retiro poco a poco y me deshago del condón.

Me tiro a su lado en la cama, paso una pierna sobre las tuyas y entrelazo mis dedos en su mano. Nos quedamos los dos en silencio, con la banda sonora de nuestros jadeos erráticos como único sonido de la habitación. Nos miramos. Nos decimos tantas cosas con los ojos que no hacen falta las palabras. Nos besamos. Son besos lentos. Perezosos. Satisfechos.

—Que te quiero es algo que sabes desde hace muchos años. Nos hemos querido siempre —me dice, en cuanto recupera el aliento.

—Sí. Y yo a ti, claro. Pero esto...

—No. Déjame hablar a mí. —Toma aliento y dibuja formas en mi ombligo con su dedo—. Siempre he sabido que te quería. Y siempre he sabido que no era solo un amor como el que sentía por mi hermano. Por supuesto, a años luz de lo que pude sentir por cualquier otro amigo en mi vida. Nunca he sabido ponerle nombre, pero ahora estoy bastante seguro de que...

—¿De que...? —me atrevo a preguntarle cuando se queda en silencio un tiempo que se me hace eterno.

—De que estoy enamorado de ti. Quizá siempre lo he estado, no lo sé. Sé que ahora... ahora lo estoy de una manera que me aterroriza y me hace el tío más feliz del planeta, todo a la vez.

—Bienvenido a mi mundo —le respondo, haciéndolo reír, antes de devorarnos a besos y dar por inaugurado el capítulo segundo de la noche.

Capítulo 15

Daniel

—¿QUÉ QUIERES HACER PARA NUESTRO CUMPLEAÑOS? —me pregunta Lennon, entre susurros, una de esas mañanas en que despertamos juntos en su apartamento, en su dormitorio, en esa burbuja que nos hemos creado en la que nuestra relación es perfecta.

—¿Emborracharnos como cerdos? —Lennon y yo cumplimos años con dos semanas de diferencia y, desde que tenemos uso de razón, lo hemos celebrado juntos. Cuando éramos pequeños, nuestras madres nos organizaban una gran fiesta de cumpleaños conjunta. Pero, desde la adolescencia, lo de *emborracharnos como cerdos* se convirtió en la prioridad, siempre con la complicidad de Bobby para que no nos pillaran.

—Eso lo daba por hecho. Son los veintiuno, habrá que celebrar que podemos beber legalmente.

—¿Entonces?

—No sé. Estaba pensando...

—Me das pánico.

—Vete a la mierda. —Me da una patada suave en la rodilla, mientras se levanta a ponerse algo de ropa encima. Me mira con una sonrisa tímida que me desarma—. Había pensado en que nos fuéramos por ahí.

—¿Por ahí?

—Sí. No sé. A alguna parte. A algún sitio donde no tengamos que escondernos. —Veo que ahoga una mueca y me asalta la culpabilidad por no haber hablado todavía con mis padres. Pero se me olvida pronto, en cuanto se agacha sobre la cama para susurrarme entre besos—. A algún sitio donde podamos hacer esto a todas horas.

—Vale.

—¿Vale?

—Claro. ¿Pensabas que te iba a decir que no?

—No sé... ¿Alguna prioridad?

—Me da igual, Lennon. Solo quiero estar contigo. Elige tú. Yo compro el whisky. ¿Hay trato?

—Hay trato.

Regreso a mi casa con el tiempo justo para que mis padres no se hayan levantado aún. No es que vayan a sospechar nada por que duerma en casa de Lennon; nos pasamos toda la infancia y la adolescencia durmiendo uno en el piso del otro, pero no sé si es tan normal que eso ocurra a los veintiuno. Y, aunque todavía no le he echado valor para contarles lo que hay entre nosotros y, de hecho, me estremezco cada vez que pienso en ese momento, no querría que acabaran sospechándolo antes de que sea yo quien se atreva a decírselo.

Me siento con ellos a desayunar, y me asfixia comprobar cómo se escucha hasta el vuelo de una mosca. Mi padre sigue en su línea, y mi madre está enfadada conmigo por todos los motivos por los que considera que la he decepcionado en los últimos tiempos. Llegar a casa, apenas una semana después de haberme retirado de la campaña electoral, con la noticia de que había dejado a Kelsey, a quien mi madre adora y con la que ya soñaba con verme casado... no ha contribuido demasiado a que el ambiente en casa sea fluido. Ese es el principal motivo por el que no he sabido todavía cómo afrontar la verdadera conversación que debo tener con ellos.

Llevo solo media hora en mi casa y ya solo puedo pensar en volver a cruzar el rellano, en refugiarme en el único lugar en el que soy quien quiero ser. Mi propia casa me asfixia, y mi madre sacando de forma constante el tema de Kelsey... no ayuda. Está convencida de que podemos volver a estar juntos, a pesar de que le he dicho que hay otra persona en mi vida. Ni siquiera se ha molestado en preguntar quién es. Por descontado, ni se plantea que no sea alguna chica que se me ha cruzado en el camino en una noche de fiesta. Vamos, la misma versión que ha decidido creerse la propia Kelsey, a pesar de que no he querido darle ningún dato demasiado concreto.

A Kelsey la he visto casi a diario en la facultad, pero se niega a dirigirme la palabra. Solo me ha hecho llegar un par de mensajes a través de amigos comunes. Que está dispuesta a perdonarme. Que le permita luchar por nuestra historia. Que aún me quiere. Me rompe el alma saber que está sufriendo, pero, al mismo tiempo, la siento ya muy lejana. Como si nuestra historia hubiera terminado hace años, en lugar de hace un par de semanas. Me duele verla. Me duele ver el daño que le he hecho. Pero no he dudado de que había tomado la decisión correcta ni una sola vez.

Con el cambio de semestre, he movido algunos hilos para enterarme de qué asignaturas va a cursar y he hecho todo lo posible para que no coincidamos. No creo que sea bueno para ella aferrarse a unas posibilidades que no existen, ni tampoco para mí vivir permanentemente con la

culpabilidad de ver en su cara lo que le he hecho. Quiero vivir mi relación con Lennon sin ataduras, sin lastres que nos hagan daño, sin culpabilidades. Queda por delante el gran *drama* que sé que van a montar mis padres; bastante tengo con eso.

ENTRE EL TIEMPO QUE ME ROBAN LOS EXÁMENES PARCIALES, algunas cervezas en la azotea y muchas horas robadas al reloj en el piso de Lennon, llega el día de mi cumpleaños. Es viernes, y hace ya unos días que Lennon me confirmó que tiene todo preparado, aunque no ha querido confesarme a dónde nos vamos. Mentiría si dijera que no me hace ilusión descubrirlo.

A mis padres les he contado que nos vamos con unos amigos a celebrarlo fuera de la ciudad. Mi padre se limitó a darme un beso de felicitación y a decirme que deberíamos ir a cenar algún día cuando vuelva a la ciudad. Creo que es el contacto más cercano y la conversación más larga que hemos tenido en más de medio año. Mi madre también me felicitó, pero con un sermón añadido sobre mi recién adquirida irresponsabilidad, además de dejarme claro que no se cree que me vaya a ningún sitio con Lennon y otros amigos, sino que sabe que me voy con esa nueva chica con la que estoy. Si ella supiera...

Estoy esperando a Lennon, que se ha marchado temprano a recoger el coche de alquiler que nos llevará a nuestra aventura, cuando suena mi teléfono.

—¿Ally? —Hace meses que no tengo noticias de la novia de Bobby. Se marchó a África poco después del funeral y nos pidió espacio. Necesitaba lamerse sus heridas a solas, lejos de Nueva York y de los recuerdos.

—Hola, Danny. —Se me encoge el alma cuando la escucho llamarme como siempre hizo Bobby, pero también se me dibuja una sonrisa al oír su voz. No es hasta que lo hago cuando me doy cuenta de cuánto la he echado de menos.

—¡Ally! ¿Cómo estás? ¿Estás... estás en Nueva York?

—Sí, he venido unas semanas para tranquilizar a mis padres. —Deja escapar un suspiro sonoro antes de seguir hablando—. Oye, ¿podemos vernos?

—¡Claro! ¿Quieres pasarte por casa?

—La verdad... preferiría que no. No te lo tomes a mal, por favor. Pero

aún no estoy preparada para veros a todos.

—Vale. Yo me voy de viaje dentro de un rato, pero me acerco a donde me digas.

—¿Quedamos en diez minutos en la esquina?

—Perfecto.

Los padres de Ally viven en la calle perpendicular a la nuestra. Lennon y yo siempre nos burlábamos de que Bobby era tan vago que no se planteaba tener una novia que le implicara desplazamiento para visitarla.

Cojo la mochila que he preparado siguiendo las indicaciones de Lennon (ropa de invierno, zapatillas de deporte, un bañador y ningún pijama, según sus propias palabras). Le envío un mensaje para decirle que estaré en la esquina de la Quinta con la Ochenta y cinco, y él me responde que en veinte minutos me recogerá. Cuando llego allí, Ally ya está esperándome, apoyada contra el muro de piedra de un edificio.

—¡Danny! —Se acerca a mí, y nos fundimos en un abrazo sincero. Ella se aprieta fuerte contra mi cuerpo, pero yo no soy capaz de hacerlo porque tengo miedo de que se rompa entre mis brazos. Siempre fue una chica delgada, pero ahora está esquelética. Cuando nos separamos, veo que se le han llenado los ojos de lágrimas, y los míos siguen el mismo camino. Demasiados recuerdos, demasiado compartido.

—¿Qué tal estás, preciosa? —Le doy un beso sonoro en la mejilla, y pienso que ojalá sepa interpretar en ese gesto el cariño infinito que siempre le tendré por cómo quiso a mi hermano y por lo feliz que lo hizo.

—Bueno, ya me ves... Hecha un asco, ¿no?

—Muy delgada —reconozco—. ¿Estás bien?

—Estoy. —Suspira y se nos dibuja a los dos una sonrisa triste—. Bien no, pero... asimilándolo, supongo. ¿Tú?

—Asimilándolo, supongo. —Nos reímos—. ¿Qué tal en África?

—Bien. Allí... no tengo tiempo para pensar, ¿sabes? Consiste en sobrevivir cada día. Y en hacer todo lo posible por que sobreviva la gente a la que cuidamos. Cualquier problema, en medio de todo aquello, se convierte en relativo. Supongo que eso es justo lo que necesitaba.

—Él estaría muy orgulloso de lo que estás haciendo. Lo sabes, ¿no? —Se me entrecorta la voz al decírselo, pero necesito que lo escuche.

—Le encantaría aquello, Danny. —Se le escapa un sollozo y vuelvo a estrecharla entre mis brazos, hasta que me aparta casi a manotazos—. Bueno, vale, ya está bien de drama. Yo estoy aquí con una misión.

—¿Una misión?

—Feliz cumpleaños, Danny. —Esta vez es ella quien me da un beso a mí, y reparo por primera vez en la bolsa que lleva en una mano—. Esto es para ti.

—Pero... ¿qué? Dime que no me has comprado un regalo, tonta.

—No exactamente. —Mira al suelo y, como si presintiera lo que va a decirme, se me pone la piel de gallina en todo el cuerpo—. Bobby me dio esto para ti antes de... Me pidió que te lo diera el día de tu veintiún cumpleaños.

—¿Qué? —Me quedo paralizado por la impresión, y tengo que apoyarme en el muro de piedra porque las piernas amenazan con no poder sostenerme.

—No sé lo que es. Me pidió que no lo abriera. —Mete la mano en la bolsa y saca un paquete de tamaño mediano, envuelto en un simple papel marrón y con un hilo de cuerda que lo mantiene cerrado—. Bueno, en realidad yo compré parte de lo que hay ahí dentro, pero no sé mucho más.

—Ally, esto es... Yo... No sé qué decir. —Se me escapa una lágrima que no hago nada por eludir.

—Disfrútalo, Danny. Yo también tuve mi regalo de cumpleaños desde el más allá. —Arqueo una ceja y se nos escapa una sonrisa a los dos—. Usó a Kelsey como cómplice y me hizo llegar unas cosas... en fin... Creo que no se fiaba demasiado de ti para comprar lencería femenina.

—Kelsey nunca me dijo nada —le digo, sorprendido.

—Parece que Bobby nos hizo jurar silencio a las dos. ¿Qué tal está ella, por cierto?

—Bueno... Yo... Ya no estamos juntos.

—¿Oh! No sabía nada. Lo siento. ¿Estás bien?

—En ese sentido... Sí, Ally. Estoy muy bien.

—O sea, que estás con otra persona.

—Sí. —Se me escapa una risa ahogada, y justo veo a Lennon parar el coche de alquiler en doble fila a pocos metros de nosotros—. Ahora tengo que irme, pero te juro que un día te contaré la historia completa.

—Eso espero. —Se despide de mí con otro abrazo—. Y, Danny...

—Dime.

—Sé muy feliz. En serio. Aunque solo sea porque es lo que él habría querido.

—Lo seré, Ally. Y... aplícate el cuento. ¿Me lo prometes?

—Haré lo que pueda.

Se despide de mí con un guiño, y yo corro para cruzar la calle hacia el

coche. Tengo la emoción clavada en la garganta, así que apenas soy capaz de saludar a Lennon.

—¿Esa era Ally? —me pregunta, con cara extrañada.

—Sí —acierto a responderle.

—¿Y eso? —vuelve a preguntar, esta vez señalando la caja, a la que me aferro con una fuerza que hace que tenga los nudillos blancos.

—Ya te lo contaré. —Necesito cambiar de tema y dejar de pensar en el contenido de la caja, porque, si no, va a darme un infarto—. Venga, dime a dónde me llevas.

—Pensaba mantener el secreto hasta estar a punto de llegar, pero no me aguantó más. Nantucket.

—¿Nantucket? ¿Qué somos? ¿Jubilados?

—*Muchísimas gracias, Lennon. Eres un novio maravilloso, Lennon. Me ha hecho mucha ilusión la sorpresa, Lennon* —se burla, impostando la voz—. He conseguido una casa increíble, a pie de playa, por un precio que no podríamos ni soñar en temporada alta.

—¿Por eso me has pedido que traiga un bañador? ¿Crees que voy a meterme en el Atlántico en pleno marzo?

—No seas marica, Daniel. —Nos carcajearnos un poco, mientras él enfila ya la salida de la ciudad—. ¿Te gusta el plan?

—Me encanta el plan —reconozco—. Pero eso no tiene mucho mérito. Cualquier plan que te incluya me encanta.

—Ídem. —Aparta la vista de la carretera para sonreírme.

—Mira hacia adelante. ¿Desde cuándo conduces, por cierto?

—Desde Suecia. En invierno no hay muchas posibilidades de moverse en bici por allí. Y es invierno casi todo el rato.

—Mmmmm —se me escapa.

—¿Qué?

—Nada.

—A ver... ¿qué?

—Me pone inexplicablemente cachondo verte conducir.

—Es bueno saberlo —me responde, en cuanto se repone de un ataque de risa.

El trayecto hasta el puerto de Hyannis, donde cogeremos el ferry a la isla de Nantucket, dura unas cuatro horas. Pasamos la mayor parte del tiempo en silencio, con la música que Lennon va eligiendo en su móvil sonando en el coche. Un poco de los Beatles, un poco de los Rolling, un poco de los Who...

parece que el único criterio es que nada haya sido compuesto en las últimas cuatro décadas.

Llegamos a Hyannis poco después del mediodía y tomamos el ferry rápido a la isla. Disfrutamos de la brisa del mar, del olor a salitre, del sol que nos calienta pese al frío de marzo. Del silencio. De las palabras. De todo lo que sentimos en cuanto salimos de Nueva York. La tranquilidad de ser nosotros. De volver a ser los adolescentes que se enamoraron un verano en Montana y que se hicieron mucho daño hasta llegar a lo que son hoy.

Ni en mis mejores sueños podría haber imaginado la casa que ha encontrado Lennon. Es una construcción tradicional de Nueva Inglaterra, con una fachada compuesta de listones de madera pintados de azul, con grandes cristaleras con contraventanas blancas. Un pequeño jardín se funde con la arena de la playa, con el mar, con el horizonte. Sobre un lateral de la casa, dos bicicletas antiguas, una blanca y una verde. Hemos tenido que dejar el coche antes de coger el ferry, y nos ha traído un taxi hasta la casa, así que supongo que las bicis serán nuestro medio de transporte los dos próximos días.

En el interior, un salón decorado en blanco y azul, con dos grandes sofás a ambos lados de una chimenea de piedra, y una cocina antigua, con los muebles envejecidos, un horno de gas que conoció tiempos mejores y algo de comida en una cesta que nos ha dejado la propietaria de la casa al darnos las llaves. Una puerta da acceso al dormitorio, de un blanco inmaculado que solo rompe una lámina colgada sobre el cabecero, con unas gaviotas en primer plano volando junto a un faro pintado de rojo.

Dejamos nuestras bolsas de viaje junto a la cama y, tras despedirnos de la propietaria de la casa, nos quedamos un buen rato en silencio, solo mirándonos el uno al otro. Nos abrazamos, nos sentimos y creo que, en silencio, nos damos el uno al otro las gracias por todo.

—¿Qué te apetece hacer? —le pregunto—. ¿Estás cansado de conducir?

—Mmmmm... —ronronea junto a mi oído y me hace reír—. Estoy cansado, pero creo que no lo suficiente.

Se acerca a besarme y no tardamos ni dos segundos en estar desnudos sobre el edredón de la cama. Hacemos el amor despacio, sin prisas, agobios ni miedos. Sin ninguna de esas sensaciones que aún a veces nos atacan cuando estamos en Nueva York. Nos acariciamos con calma, poniendo el alma en cada roce, en cada gesto, en cada movimiento. Sé que me voy a correr en el mismo momento en que Lennon crispa la expresión, porque ya sé

reconocer qué significa, y me gusta que nos liberemos los dos a la vez.

—Te quiero muchísimo —le digo, cuando sube a la almohada y nuestras caras quedan a escasos centímetros.

—Yo también. Aún no me creo que estemos aquí.

Y no sé bien si ese *aquí* se refiere a esta preciosa isla que parece haberse quedado anclada en un tiempo pasado o al momento que estamos viviendo juntos. Me da igual, en realidad. Yo también soy muy feliz *aquí*.

En algún momento de la tarde nos quedamos dormidos y, cuando despierto, me encuentro a Lennon cargado con un par de bandejas de comida para llevar que, por lo que parece, le están quemando las manos.

—Pero ¿qué estás haciendo?

—He ido a por la cena.

—¿A dónde?

—He estado investigando restaurantes por aquí. Y me han servido todo un menú típico de Nueva Inglaterra para traerle a mi perezoso novio.

—¿Qué es?, ¿qué es? —Me acerco a curiosear en las bandejas, pero Lennon me da un manotazo para que me esté quieto.

—Siéntate. —Le hago caso y empiezo a salivar en cuanto abre los recipientes—. Sopa de almejas, langosta a la parrilla y pez espada al horno. ¿Cuánto me quieres?

—Todo.

—Feliz cumpleaños, Daniel.

—Feliz cumpleaños, Lennon.

Charlamos de mil cosas intrascendentes mientras cenamos. Me habla de las películas que ha visto en los últimos años, de la música europea que ha ido descubriendo y de los lugares a los que viajó desde Estocolmo. Yo le hablo del fútbol, de los equipos a los que odio, y de aquellos en los que me gustaría jugar si llego a tener la oportunidad al acabar la universidad. Nos perdimos dos años de nuestras vidas, demasiado para dos personas que pasaron sus primeros dieciocho sin separarse más de media hora. Nos gusta ponernos al día, actualizarnos, hacer desaparecer esa distancia que nos destrozó durante dos años.

—¿Te has acordado de traer el whisky? —me pregunta.

—Mierda...

—Joder, Dan... Es la única cosa de la que tenías que encargarte tú.

—Perdooona. —Me acerco a él y le doy un beso lo suficientemente largo como para que se le borre la cara de enfado.

—Tendremos que emborracharnos con eso —bromea, señalando las dos botellas de vino blanco que nos esperan sobre la encimera.

—Hay algo que tengo que contarte.

—¿Qué pasa, Dan? —Mi cara debe de reflejar el terremoto de emociones que me remueve por dentro, porque Lennon se preocupa.

—Esta mañana...

—¿Sí?

—Ally tenía un paquete para mí.

—¿Un paquete?

—De Bobby.

—¿Cómo?

—Bobby le dejó algo para mí. Para que me lo diera el día de mi veintiún cumpleaños. Hoy.

—Dios... —Lennon se pasa las manos por la cara y, a continuación, me aprieta el muslo con una de ellas—. ¿Quieres abrirla ahora?

—Sí. Está a punto de acabar el día. Y, además, no aguanto más sin hacerlo. Solo que... en el fondo no quiero.

—¿Por qué?

—Porque entonces sí que será el final. —Se me rompe la voz al hablar y tengo que darle dos buenos tragos a mi copa de vino antes de poder continuar—. Es... es lo último que sabré de él.

—Pero es el mejor regalo de cumpleaños que podrías soñar —me dice, con una sonrisa triste.

—Sí. Claro que sí.

—¿Quieres que te deje solo? Puedo ir a la playa a hacer unas fotos...

—No. Solo puedo abrir esa caja contigo.

—Voy a por ella. —Se levanta, dejando antes un beso en lo alto de mi cabeza.

La caja reposa sobre la mesa y los dos la miramos con reverencia, pero sin atrevernos aún a tocarla. Al final, es Lennon quien me pasa un cuchillo limpio, y yo corto el cordón que la mantiene cerrada.

—¡Qué cabrón! —se me escapa, en cuanto veo lo primero que sobresale de la caja. Es una botella de whisky, un Glenmorangie de veinticinco años. El recuerdo me vuela a una tarde, pocas semanas antes de que le diagnosticaran su enfermedad, en que pasamos por delante de una tienda *delicatessen* del barrio y la vimos en el escaparate. Bobby estaba amargado con su tobillo roto y me prometió que, en cuanto se deshiciera de las muletas, compraría esa

botella y subiríamos a la terraza a bebérsela a morro. Costaba casi cuatrocientos dólares.

—Al menos alguien se ha acordado del whisky —me dice Lennon, con una sonrisa a medio camino entre la tristeza, la nostalgia y la burla. Justo la cara que sé que estaría poniendo mi hermano si estuviera aquí—. Voy a servirlo.

—Y esto...

Le doy un sorbo al vaso de whisky que ha servido Lennon, solo uno para los dos. Compartimos el trago mirándonos a los ojos, que los dos tenemos húmedos y brillantes. Le enseño lo que acabo de sacar de la caja, que me sube el nivel de emoción a un grado que hace que el corazón se me desborde del pecho.

—El brazalete de capitán.

—Sí —le confirmo. Y, entonces, me rompo. Se me escapa un sollozo sonoro, las lágrimas me corren por las mejillas y me pregunto, por enésima vez en estos meses, si su ausencia algún día dejará de doler de una forma tan lacerante.

—Hay una carta.

—Lo sé.

Desdoble los dos folios con cuidado, como si estuviera tocando un manuscrito antiguo que pudiera estropearse con el más mínimo roce. Claro que, para mí, esto es mucho más valioso. Reconozco su letra, de la que siempre me burlaba diciéndole que era demasiado redonda y bonita para un futuro médico.

No he leído ni una línea cuando las lágrimas vuelven a caer de forma descontrolada.

Hola, Danny

Espero que Ally haya hecho lo que le pedí, y estés recibiendo esta carta el día de tu veintiún cumpleaños. Joder... Solo faltan ocho meses para ese momento y ya sé que no voy a estar ahí contigo. Si pudiera volver un solo momento de donde sea que esté cuando tú estés leyendo esto, me iría a la azotea mugrienta de nuestro edificio y te emborracharía con esa botella de whisky hasta verte hacer el ridículo. Ally, si has sucumbido a la tentación de leer la carta, no te enfades: encontraría también un rato para ir a verte a ti.

Espero que pases hoy un buen día. No es una frase hecha. Espero, EN SERIO, que pases un buen día. Que salgas con tus amigos, te emborraches

legalmente y acabes el día echando un buen polvo. Que no dejes que esta mierda que nos ha pasado te estropee el cumpleaños.

Sé que todos pensáis que no me doy cuenta de lo que me ocurre. Seguíis insistiendo en que me voy a recuperar, en que todo saldrá bien... Y yo os dejo decirlo porque sé que os consuela pensar que yo tengo esperanza. Tú me conoces, Danny. Joder, me conoces mejor que nadie en este mundo. Sabes que me gusta tener las cosas bajo control, incluso ahora, que dependo de todo el mundo para todo. Y lo único que no puedo tener controlado es esta mierda que me está consumiendo. Sé que me queda poco tiempo, muy poco. A veces lucho con todas mis fuerzas contra el agotamiento porque me da pánico quedarme dormido y no volver a despertar. Y no volver a veros a papá, a mamá, a Ally y a ti. Vosotros cuatro sois el único motivo por el que no me rindo, porque no hay nada en el mundo que me gustaría más que volver a sentarnos en la terraza de la casa de los Hamptons en un día de verano y tomar unas cervezas, mientras mamá refunfuña que no bebamos y papá pone esa música irritante que los dos odiamos. O jugar un partido de fútbol contigo, aunque ahora seas tú quien lleva el brazalete.

Me conoces, y sabes que yo también te conozco a ti. Y ese es el motivo de esta carta. Lo sé, Danny. Siempre lo he sabido. Lo sé mejor que tú. Lo he sabido hasta cuando tú has querido negártelo. La ventaja de estar muerto cuando lees esto (perdón, humor negro de moribundo) es que no podrás pegarme una hostia cuando lo hagas: eres gay, Danny. Súper gay. Lo más gay que se puede ser. Y estás enamorado de Lennon desde que tienes uso de razón. ¿De verdad crees que no me daba cuenta? ¿Que no veía cómo os mirabais a escondidas? ¿Cómo te destrozó dejarlo marchar? Nunca supe sacar el tema contigo, y no sabes cuánto me arrepiento. Si pudiera volver atrás, habría hecho tantas cosas de otra manera... Querría ayudarte a decírselo a papá y a mamá, a salir del armario en el equipo y, sobre todo, a decírtelo a ti mismo. He pensado en hablarte de ello cuando vienes al hospital, pero tengo pánico a que te enfades y perderme un solo minuto contigo.

Solo quería que supieras eso. Que lo sé, que te apoyo y que te quiero. Y que te ordeno que vayas a buscarlo. No sabes lo que daría yo por tener una noche más con Ally, una sin goteros, olor a hospital y un cuerpo que ya no me sostiene. Mejor no te digo las cosas que le haría, porque sigues siendo mi hermano pequeño. No pierdas el tiempo, Danny; la vida son dos putos días y algunos ni llegamos a eso. Vive, joder.

Perdóname por haberme ido. Ojalá algún día podamos bebernos juntos ese whisky que hoy me voy a perder. Ojalá lo bebas con Lennon y os acordéis un rato de mí.

Te quiero, Danny.

Bobby.

—Él lo sabía, Lennon. Lo sabía. —La carta ha agotado la última reserva de energía que me quedaba, así que caigo de rodillas delante de la silla de Lennon y apoyo mi cabeza sobre su regazo. Sus pantalones vaqueros ahogan mis sollozos, y su mano me acaricia el pelo, tratando de infundirme calma. Levanto un segundo la cabeza y me lo encuentro leyendo la carta. Me gusta que no me haya pedido permiso, me gusta que sepa que, para mí, Bobby y su recuerdo es tan suyo como mío.

—Lo siento. Tengo... tengo que salir un segundo. —Lennon se levanta como una exhalación, con un cigarrillo en la mano, y sale al porche de la casa. Se escucha de fondo el Atlántico, rompiendo con toda su furia contra las rocas de la playa.

—Lo sabía, Len... —repito, porque soy incapaz de pensar en ninguna otra cosa.

—Lo sé. —Lennon se seca las lágrimas con la manga de la camiseta, y echa un brazo sobre mi hombro para pegarme a él.

Me dejo mecer en su abrazo, hasta que los latidos de mi corazón se van calmando. Lennon se sube de un pequeño impulso a la barandilla de madera envejecida que delimita el porche y yo me quedo de pie en el hueco entre sus piernas.

—Esta carta... —empiezo a decir, aunque las palabras siguen saliéndome entrecortadas—. Esta carta ha sido una de las mejores cosas que me han pasado en toda mi vida.

—¿Sí?

—Sí. Tú lo has dicho antes. Ya no contaba con este regalo. Con volver a tener noticias de Bobby tantos meses después.

—Todo lo que te dice en la carta es tan...

—Es lo que necesitaba para hablar con mis padres, Lennon. Es el clic que me hacía falta para echarle cojones. Siento haberte hecho esperar tanto. Lo siento de veras.

—No vuelvas a pedirme perdón. Prefiero que lo hagas cuando estés preparado a que te precipites y acabes sufriendo.

—Ahora estoy preparado. Esa carta me ha preparado. Joder. Ojalá él estuviera aquí para ver cómo a mi madre le da un ataque de nervios.

Nos reímos, y sé que estoy más decidido que nunca. Aunque nunca me ha apetecido tanto un plan como este fin de semana con Lennon en esta isla paradisíaca que parecemos tener para nosotros solos, en parte, me encantaría estar en Nueva York, plantarme en el salón de mi casa y decirles a mis padres que me he enamorado de la mejor persona que podría soñar y que los quiero con toda mi alma, pero que con mi corazón y con mi polla pienso hacer lo que me dé la real gana.

—Vamos a disfrutar de este fin de semana. Y, el lunes, se acabaron los secretos, mi vida. Para siempre.

—¿Te he dicho ya que te quiero?

—Creo que no lo suficiente.

Nos vamos a dormir entre caricias, susurros, lágrimas que nos recuerdan lo que hemos perdido y besos que nos traen la esperanza de un futuro compartido.

La claridad de la mañana nos sorprende, reflejada en el blanco de la habitación, luminosa. Lennon me convence para que madruguemos, porque quiere aprovechar la luz para ir a hacer fotos a la playa. Nos ponemos nuestros pantalones vaqueros y unos jerséis de lana gruesos, casi idénticos. El mío, gris y liso. El de Lennon, blanco y tejido en ochos. Salimos al porche de madera descalzos y así nos adentramos en la playa.

Yo me remango un poco el bajo de los pantalones y paseo por la orilla, permitiendo que el agua helada me moje los pies y la arena se me cuele entre los dedos. Dejo a Lennon a su aire, porque sé que odia que lo interrumpen cuando está buscando el encuadre perfecto. Me fijo en su forma de trabajar, en cómo se agacha, se tumba sobre la arena, vuelve a levantarse. De vez en cuando mira la pantalla, frunce el ceño y pulsa algunos controles; sé que está borrando las fotos que no le gustan y que, seguro, le han provocado una pequeña frustración consigo mismo. También veo cómo se le ilumina la sonrisa cuando consigue la imagen que buscaba. Yo miro hacia donde él enfoca y no soy capaz de ver más que el mar, algunas gaviotas y un faro al fondo. Me maravilla que con esos elementos él sea capaz de componer una obra de arte, y solo deseo con toda mi alma que algún día consiga el reconocimiento que se merece.

Después de un par de horas, nos acercamos a desayunar, aún descalzos, a una de las pocas terrazas que permanecen abiertas en temporada baja.

Pedimos una cantidad infame de tortitas, sirope de arce y dos cafés que despertarían a alguien de un coma. Lennon me enseña algunas de las fotos que ha hecho, y yo acabo reconociendo que no sé distinguir las buenas de las malas; todas me parecen preciosas. Él se pierde en una explicación sobre encuadres, enfoques y velocidades de obturación, de la cual no retengo ni un diez por ciento de los datos, pero tampoco lo necesito, porque lo que de verdad me gusta es verlo disfrutar contándomelo.

Con el estómago lleno, nos acercamos a la casa, nos cambiamos los vaqueros, que se nos han acabado empapando en la playa, y cogemos las bicis. Recorremos una buena parte de la isla pedaleando despacio, cruzándonos con gente que viene de hacer las tareas propias de una mañana de sábado. Paramos en un pequeño ultramarinos a comprar algunas provisiones para el tiempo que nos queda en este lugar que ya estamos echando de menos incluso antes de marcharnos. Volvemos a la casa, después de habernos picado un poco con las bicis en el último tramo de camino, y el sudor se convierte enseguida en frío. Lennon se ofrece a encender la chimenea, aunque los dos somos chicos de ciudad y no tenemos demasiada idea de cómo se hace. Tras un par de intentos infructuosos, que acaban con el salón invadido de humo, al fin lo consigue, y nos quedamos dormidos cada uno en un sofá.

Despertamos a media tarde y decidimos saltarnos la comida. Aún estamos llenos del atracón del desayuno y, además, nos parece mucho más urgente devorarnos en posición horizontal. Sin mediar palabra, permito que Lennon me conduzca al dormitorio y nos metemos entre las sábanas con las piernas enredadas. Dejo que me haga el amor, que se meta dentro de mi cuerpo como ya lo está dentro de mi alma. Él me embiste con la mirada fija en mis ojos, con sus manos recorriendo mi pecho, con sus labios haciendo promesas que no necesitamos pronunciar en voz alta.

Gritamos nuestros nombres entre gemidos mientras nos corremos, y caigo rendido sobre su pecho. Enredo los dedos entre el escaso vello de su abdomen y él entierra los suyos en mi pelo.

—Podría quedarme así el resto de mi vida —le confieso, entre susurros.

—Pues no vas a tener tanta suerte.

Su tono burlón lo delata, y lo siguiente que siento es su tirón en mi brazo. Me arrastra, literalmente, fuera de la cama y me obliga a salir de la casa por la puerta acristalada que da al porche.

—¿Estás loco? ¡Hace un frío horrible!

—Y más que va a hacer ahí dentro —me dice, señalando el océano.

—¿A que no hay huevos? —lo reto, aunque sé que él es el primer temerario que se lanzaría desnudo de cabeza al agua helada.

—¡Vamos!

Nos zambullimos a la carrera, porque, si nos paráramos a pensarlo, creo que jamás lo haríamos. Al menos yo. El agua se nos clava como cuchillas en las piernas, y siento que pierdo el aliento en el momento en que sumerjo la cabeza. Salimos a la superficie al mismo tiempo y nos lanzamos a los labios del otro, ya no sé si para que dejen de temblar o para que lo hagan con más fuerza.

Salimos del agua de nuevo corriendo y nos tranquiliza ver que no hay nadie en la playa. Ni siquiera nos lo planteamos cuando decidimos salir en pelotas. Lennon corre al cuarto de baño y enciende el grifo de la ducha a la máxima temperatura. Cuando llego yo, ya no soy capaz de ver mi reflejo en el espejo.

Después de un asalto rapidito en la ducha, nos arreglamos para salir a cenar a una marisquería del pueblo. No es tanto que nos apetezca salir como que los dos queremos pasear de la mano, besarnos en la calle, abrazarnos, no dejar lugar a dudas de que somos una pareja. Todo lo que nunca hemos podido hacer en Nueva York, y que espero que no tarde demasiado en cambiar.

Algunas personas mayores nos miran extrañadas; quizá sea algo que tarde generaciones en dejar de ocurrir. Pero, en general, lo único que provocamos en la gente con la que nos cruzamos es indiferencia. Nunca pensé que la indiferencia fuera la mejor reacción que podría desear en los demás.

El domingo nos despertamos temprano, y Lennon me confirma que no tenía nada planeado para nuestro último día en la isla.

—¿Te importa si nos vamos ya?

—¿Tan pronto? ¿Y eso?

—Podemos coger el ferry lento y disfrutar del paisaje. Y, luego, parar a desayunar con calma. Pero, no te voy a engañar, quiero llegar a Nueva York cuanto antes.

—¿Por qué? —me pregunta, frunciendo un poco el ceño. Me acerco a él y borro el gesto con mi pulgar y con un beso corto sobre sus labios.

—Porque quiero hablar con mis padres hoy. No quiero esperar ni un solo día más, Lennon. Ellos se merecen saber la verdad, y tú te mereces ser mi novio a todos los efectos.

—¿Estás seguro, Dan?

—No he estado más seguro de nada en toda mi puta vida.

Capítulo 16

Lennon

AL FINAL, ENTRE UNAS COSAS Y OTRAS, llegamos a Nueva York cuando ya es de noche. Daniel ha conducido durante todo el camino de vuelta y, a pesar de que quería llegar cuanto antes a la ciudad para soltar la bomba, la tentación ha sido más fuerte y hemos parado varias veces por el camino. La última, en un mirador precioso desde el que vimos caer la noche sobre Manhattan y las luces de la ciudad encenderse. La excusa fue que yo quería parar a fumar, pero en realidad me apetecía que despidiéramos desde allí un fin de semana que ha sido maravilloso.

Entre devolver el coche de alquiler y regresar en metro al barrio, nos ha dado una hora intempestiva para la conversación que Daniel pretendía mantener con sus padres, así que acaba rindiéndose a la evidencia de que será mejor dejarla para mañana.

Se queda a dormir en mi casa, y *dormir* es un concepto un poco exagerado. Daniel está muy nervioso. Ha sido incapaz de cenar, con lo que es él con la comida, que pensaba que no habría circunstancia que le quitara el apetito. Nos metemos en la cama y nada le funciona para conciliar el sueño. Ni charlar un rato de cosas intrascendentes, ni escuchar música, ni ver una película (que ni fuimos capaces de terminar), ni siquiera hacer el amor. A pesar de que hago todo lo posible por permanecer despierto junto a él, sobre las cuatro de la mañana acabo sucumbiendo al sueño.

Me despierta el timbre de la puerta poco después de las nueve. Me desperezo y me pongo unos pantalones de chándal que llevan días colgando del respaldo de la silla de mi escritorio. En algún momento, debería plantearme poner algo de orden en la casa. Antes de salir de mi cuarto, echo un vistazo a la cama, donde Daniel duerme, al fin, ajeno al sonido que me ha despertado a mí. Está desnudo, boca abajo, con las sábanas enredadas entre las piernas y la cabeza ladeada sobre mi almohada. Su sola visión me provoca unas ganas irrefrenables de pasar de atender a quien sea que haya venido a visitarme y quedarme a su lado mirándolo o, mejor aún, despertarlo y tratar de encontrar un método que lo tranquilice antes de la conversación con sus padres. Pero, entonces, recuerdo que llevo días esperando un paquete con

algunas fotografías impresas a gran formato y que me urge recibirlo, así que me resigno a ir a abrir.

La visión que me encuentro al otro lado del rellano es justo lo último que esperaba. Y un problema cuya magnitud soy incapaz de medir por el momento.

—Hola, Lennon. ¿Puedo pasar?

—Kelsey...

—Quería hablar contigo un minuto. ¿Te importa?

—No... Emmmm... Espera un momento. —Doy un par de zancadas largas hasta la puerta del dormitorio y la cierro, rezando para que Daniel tenga el sueño más profundo que nunca o, al menos, la prudencia de comprobar si estamos solos antes de salir del cuarto—. Pasa, pasa.

—¿Interrumpo algo?

—Eh... No, no. Dime. —La hago pasar al salón y cierro las puertas dobles que siempre permanecen abiertas. Creo que nunca, en toda mi vida, había estado tan nervioso como en este momento.

—Supongo que ya sabes que Daniel y yo ya no estamos juntos. Bueno... que él... que él me ha dejado. —Sus ojos se llenan de lágrimas y me pega un bofetón la culpabilidad que casi me tira al suelo.

—Sí. Lo sé.

—Yo quería hablar contigo para saber si... bueno... si tú querías hablar con él y, no sé, hacerlo entrar en razón o algo.

—Kelsey, a ver... —Decido ser sincero o, al menos, todo lo sincero que puedo ser sin contar algo que Daniel no quiera aún que se sepa—. Yo conozco las razones por las que Daniel ha tomado la decisión, y creo que es lo mejor para los dos.

—Pero... tú nos has visto juntos. ¿Cómo puedes pensar eso? Tú... ¿conoces a la tía esa con la que está?

—Creo que es mejor que dejemos aquí la conversación.

—¿En serio no me vas a decir nada más que eso?

—Kelsey, no sé qué has pretendido viniendo aquí, pero yo no voy a poder ayudarte.

—Lo siento, Lennon. Yo... La madre de Daniel me ha invitado a desayunar, para hablar de lo que sea que le está pasando a él, y llamé a tu timbre en un impulso.

—No pasa nada. Pero, si quieres un consejo... —Me pienso mucho qué decirle, porque una parte de mí se siente muy farsante al tener esta

conversación—. Sigue con tu vida, Kelsey. No vengas a visitar a sus padres, no intentes que los amigos comunes hablen con él... No funciona así. De verdad.

—En fin... Me marchó.

Su mirada me dice que no le ha gustado lo que acaba de escuchar, pero, en este caso, le he dado el mismo consejo que le daría a cualquier otra persona con la que no estuviera implicada de la retorcida manera en que sí lo estoy con ella.

Justo en el momento en que estoy acompañándola a la puerta, Daniel sale de mi cuarto. Y no lo hace como un amigo, no. Sale en calzoncillos, con el pelo revuelto y las gafas puestas, pero no es esa sensación de familiaridad lo que más llama la atención. Es algo indescriptible, algo que flota en el ambiente. Su actitud, la mía, los nervios que se nos disparan cuando nos cruzamos en el pasillo, el hecho de que no le he mencionado a Kelsey que Daniel estaba en mi cuarto, la cara de culpabilidad de él al encontrársela, que casi supera a la de sorpresa. Todo conspira para que a Kelsey no tarde en iluminársele la bombilla mental.

—¿Qué coño...?

—Kels, ¿qué estás haciendo aquí?

—Eso mismo iba a preguntarte yo. —Kelsey alterna la mirada entre la cara de Daniel y la mía—. ¿Qué hacías en el cuarto de Lennon?

—Yo... —Daniel titubea y esa es su perdición.

—¡Dios mío! —Kelsey se tapa la boca con las manos, y sus ojos muestran desolación, pero tarda solo un segundo en convertirse en ira—. Decidme que esto no es lo que parece.

—Kelsey, déjame que te explique...

—¿Te estás follando a Lennon, Daniel?

—Kels...

—¡¡Contéstame, joder!!

—No... No es solo sexo.

—¿Perdona?

—Nunca quise que te enteraras así, Kels. Nunca te habría hecho daño si hubiera estado en mi mano evitarlo. Te lo juro.

—No me puedo creer lo que estoy viendo. —Kelsey se acerca a la pared y se deja caer contra ella, con los ojos cerrados. Yo asisto a todo como convidado de piedra. Quizá debería dejarles intimidad, pero no soy capaz de moverme, como una de esas personas que siente la necesidad de mirar

cuando pasa ante un accidente de tráfico—. Y tienes las pelotas de decir que no es solo sexo.

—Es que no lo es... Nos hemos enamorado, Kelsey. Lo siento. —Daniel cierra los ojos y se apoya en la pared opuesta, frente a ella—. Lo siento muchísimo.

—¿Pero cómo te vas a enamorar de él, Daniel?! ¿¿Qué coño tienes en la cabeza?? ¡¡Tú no eres gay!!

—Kelsey, estoy enamorado de Lennon. En serio, no voy a discutir contigo cómo ha ocurrido, pero es así. Créeme, yo tampoco me lo esperaba.

—¿Y tú, qué?! —Kelsey se dirige a mí, y mi cuerpo responde con un respingo—. ¿Es esto lo que pretendías al volver de Europa? ¿Quitarme a mi novio?

—Kelsey, déjalo, por favor —no acierto a decirle mucho más, porque entiendo su dolor. De verdad que lo entiendo.

—¿Pero cómo lo voy a dejar?! Esto es alucinante. Me siento tan humillada... —Se le llenan los ojos de lágrimas y solo puedo pensar en que daría cualquier cosa por acabar con esta conversación cuanto antes—. ¡Eres un hijo de puta, Lennon! No sé qué mierda le has metido en la cabeza a Daniel, y prefiero ni pensar con qué métodos, pero le vas a destrozar la vida.

—Kelsey, Lennon no me ha convencido de...

—¡Cállate! Jamás has tenido ninguna inclinación que hiciera pensar...

—¡No, Kelsey! —Me sorprende un grito vehemente de Daniel—. Entiendo que estés dolida. Tienes todo el derecho a estar cabreada. O humillada. Lo que sea... Pero ni Lennon ha hecho nada para *convertirme* en gay ni hay nada que tú hubieras podido haber visto en mí. Nada de eso.

—¡Y una mierda! Desde que *este* —me mira con su peor cara de desprecio— llegó, no has vuelto a ser el que eras. En serio, Daniel... ¡¿es que no te das cuenta de que te va a joder la vida?! ¿Qué coño te ha metido en la cabeza?

—Kelsey, no te hagas esto. Eres mucho más inteligente. Siempre lo has sido. Sabes que la sexualidad no funciona así, que nadie nos mete ideas en la cabeza. Por favor.

—Me largo. —Abre la puerta y nos mira una vez más con desprecio desde el rellano—. Nunca pensé que pudieras hacerme esto, Daniel. No te lo voy a perdonar jamás. Espero que no vuelvas a dirigirte a mí en toda tu vida. Espero que sigáis mucho tiempo juntos. Os merecéis el uno al otro.

Cierra con un portazo, y el silencio se espesa en el recibidor de mi casa.

Daniel es el primero en moverse. Se dirige al salón y se sienta en el sofá, con la cabeza apoyada en el respaldo, los ojos muy abiertos y una expresión de derrota en la cara.

—Lo siento —le digo—. Me sorprendió que apareciera y...

—No, no, Lennon. Mejor así. Quiero decir... La situación no ha sido ideal, pero ya está. Ya lo sabe.

—¿Quieres un café?

—Quiero una cerveza. Como mínimo. —Esboza una sonrisa tímida, y me levanto corriendo a la cocina. Cuando regreso, la expresión atormentada ha vuelto a su cara—. Le he jodido la vida, Lennon. ¿Cómo coño voy a vivir con eso?

—Dan... Escúchame. —Me siento junto a él y cojo sus manos entre las mías—. Tú no le has jodido la vida a nadie. Te has enamorado de otra persona. Punto. No la has engañado ni lleváis casados treinta años como para que su vida pueda quedar truncada por esto.

—Pero... mírala. Está rota, joder. He cogido a la chica más alegre de Manhattan y la he destrozado.

—Lo va a pasar mal un tiempo, supongo, como todo el mundo cuando se acaba una relación. Pero nadie merece cargar sobre su espalda con la incapacidad que pueda tener otra persona para sobreponerse a una ruptura. Kelsey lo superará, Daniel.

—¿De verdad lo crees?

—Sí. Seguro que sí.

Me acerco a él y dejo que me abrace. Nos besamos un rato, hasta que casi ha desaparecido la sensación pegajosa que nos ha dejado un despertar tan abrupto.

—Me marcho —me dice.

—¿A dónde?

—A hablar con mis padres. —Se le escapa un bufido.

—¿En serio?

—Sí, Lennon. De verdad, estoy harto de mentiras, de ocultar lo que somos. Te quiero, joder. —Por muy mal que haya empezado el día, su comentario, tan arrollador, tan sincero, me dibuja una sonrisa—. Lo de Kelsey ha sido... Dios, ha sido horrible. Y lo que me espera en casa no va a ser mejor. Pero ya. Se acabó. No me puedo pasar la vida pensando en cómo van a reaccionar los demás.

Se levanta con un gesto perezoso. Puede tener muy claro lo que debe

hacer, mucho más claro de lo que yo pensé que lo tendría, pero eso no hace que el trago sea más sencillo. O quizá sí, pero, conociendo a los padres de Daniel como los conozco, lo cierto es que no me gustaría estar en su pellejo.

Nos abrazamos justo antes de que salga por la puerta. Quiero transmitirle toda mi fuerza, pero me cuesta. Me cuesta, porque, por muy firmes que sean mis convicciones, las palabras de Kelsey me han calado un poco, y siento que la vida de Daniel sería mucho más sencilla si yo no hubiera vuelto nunca de Suecia.

—Tú me haces feliz, Lennon —me dice, casi leyéndome el pensamiento—. Estos comienzos serán difíciles, seguro. Pero todo merece la pena si al final del camino estamos los dos juntos.

—Te quiero, Dan. Te quiero muchísimo. —Le doy un beso de despedida que sé que no transmite ni la millonésima parte de lo que quiero expresar—. Estaré aquí todo el día, ¿vale? Ven cuando quieras, o llámame... No sé. Lo que necesites.

—Te mantendré informado.

MALDIGO EL MOMENTO EN QUE le prometí a Daniel no moverme de mi apartamento durante horas. Estoy histérico, y lo único que me apetece es calzarme las deportivas y salir a correr. Hasta he buceado en el caótico vestidor de mi madre, en busca de una máquina de hacer ejercicio que compró hace años y creo que no llegó a estrenar, pero ni siquiera la he encontrado. Al final, acabo cambiando la opción sana de superar la ansiedad por la insana, y me paso el día en la terraza, con un *pack* de cervezas vaciándose a mi lado y un millón de cigarrillos entre los dedos.

Escucho abrirse la puerta de casa a media tarde y me levanto como un resorte. Hace un par de semanas le di a Daniel una llave para que entrase y saliese cuando quisiera, sin mayor ceremonia aparente, pero sabiendo los dos que el gesto significaba un paso más. Corro junto a él y me lo encuentro a medio camino entre enfadado y resignado. La gran ventaja de conocernos desde que tenemos uso de razón es que sabemos el estado de ánimo del otro solo de un vistazo rápido.

—Hola... —digo, muy bajito, cuando ya estoy delante de él. Me responde solo asintiendo, y yo aparto un mechón de pelo de su frente con un ademán

de cariño—. Vamos a sentarnos, anda.

Lo llevo de la mano al salón, casi como a un niño pequeño, porque eso es justo lo que parece Daniel en este momento. Un niño perdido, que en un solo día se ha tenido que enfrentar a más conflictos que en los anteriores veintiún años de su vida. Se sienta a mi lado en el sofá e intento transmitirle sin palabras todo lo que siento por él, lo orgulloso que estoy de él, lo felices que vamos a ser cuando todo esto pase. Transcurre lo que a mí me parece una eternidad antes de que se decida a hablar.

—Me podía esperar muchas cosas, pero no lo que ha ocurrido.

—¿Cómo ha ido?

—¿Sabes? Les ha dado igual. O algo así, no sé.

—¿En serio?

—Les he contado todo, Daniel. Que dejé a Kelsey para estar contigo, que llevamos juntos un tiempo, que hemos estado juntos este fin de semana. Bueno... y que estoy enamorado de ti, claro.

—¿Y?

—Mi padre me ha mirado, ha negado un par de veces con la cabeza, se ha levantado y se ha metido en su cuarto. Ni lo he vuelto a ver.

—Joder... ¿Y tu madre?

—Peor, supongo. Me ha dicho, literalmente, que estoy mal de la cabeza. Que no sé lo que digo, que a saber qué ideas me has metido en el cerebro... No sabes cuánto me jode que todo el mundo piense que es cosa tuya. Como si yo fuera un imbécil al que pueden convencer hasta de quién se tiene que enamorar. Que, por otra parte, es justo lo que pretenden ellos: mi padre, Kelsey, todo Dios...

—¿Y cómo ha quedado la cosa al final?

—Me ha dicho que será una fase. Que me habrá venido un deseo tardío de experimentar o algo así. Y que me desfogue hasta que me canse, siempre y cuando no se entere nadie. Joder, Lennon... *Que me desfogue*. Te juro que habría preferido que me prohibiese volver a verte o algo así.

—Lo siento mucho, Daniel. Bueno, sabíamos que no iba a ir bien.

—Sí. Está claro.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti? —Niega con la cabeza, se tumba en el sofá y se echa una manta por encima—. ¿Quieres estar solo?

Me responde con un encogimiento de hombros, casi como si hubiera perdido la capacidad del habla. Como no sé muy bien cómo comportarme, me limito a seguir con mis rutinas. Cojo el portátil, me lo llevo al salón y

respondo a unos cuantos emails. El dinero que he ahorrado en los últimos meses, con la venta de las fotos de la exposición y un par más que coloqué a través de otras galerías, está empezando a agotarse, así que me llevo una pequeña alegría cuando recibo un correo de una agencia de publicidad interesada en tener algunas de mis fotos en *stock*. Claro que la felicidad se me evapora en el momento que echo un vistazo al sofá y me encuentro a Daniel con la misma expresión inescrutable con la que lleva todo el día. Brazos detrás de la nuca, mirada perdida al frente y una mueca de tensión en los labios.

—Ha sido un día horrible. ¿Nos vamos a la cama? —le pregunto, cuando apenas pasan unos minutos de las diez de la noche.

—Sí. Perdona que no haya estado muy... comunicativo.

—Hey, hey... No tienes nada por lo que pedirme perdón. Han sido demasiadas emociones. Todo demasiado intenso.

—Ya.

Nos metemos en la cama en silencio. Daniel ocupa la que ya es oficialmente su mitad, y yo permanezco prudente, quieto, a su lado. Me da un beso breve en la mejilla, agarra el edredón y se da la vuelta. Yo me quedo mirándolo con la inquietud instalada en el pecho de no saber si el primer paso para recuperarnos no habrá sido también el primer paso para perdernos.

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Daniel ya está levantado cuando yo despierto. Lo encuentro en la cocina, bebiendo café y, de nuevo, con la mirada perdida.

—¿Qué quieres hacer? —le pregunto. Sé que mi impaciencia patológica no nos va a llevar a ninguna parte, pero no soporto verlo así, sufriendo, pero aletargado.

—No lo sé, Lennon. Dejar que pase el tiempo y las cosas se vayan poniendo en su sitio, supongo.

—¿Vas a quedarte aquí? ¿O te irás a tu casa?

—Tampoco lo sé. Estoy cabreado con mi madre, Lennon. Muy cabreado. Bueno, y con mi padre también. Pero no quiero... no sé.

—¿Qué?

—Ya han sufrido demasiado este año, ¿sabes? No tengo cuajo para cortar de raíz con ellos. Bueno, es que tampoco es lo que quiero. Supongo que me

pasaré la vida rezando para que me acepten como soy.

—Algún día lo harán. Ya lo verás.

—Creo que ni tú mismo te lo crees, pero bueno... Yo tampoco, en realidad —reconoce, con una mueca tan triste que solo me quedan ganas de atravesar el rellano y zarandear a sus padres para que entiendan el daño que le están provocando al único hijo que les queda.

—¿Y si nos vamos una temporada, Dan?

—¿Irnos?

—Sí. Yo puedo trabajar desde cualquier parte. Tú podrías intentar trasladarte a otra universidad, aunque sea un curso o dos. Lejos de tus padres y de Kelsey, al menos hasta que las aguas se calmen. Como si quieres que nos vayamos a Europa.

—No puedo hacerles eso, Lennon. No quiero huir, quiero que me acepten.

—Pero eso no siempre es posible, cariño. —Me acerco a él y aprovecho la tregua en su fachada de hielo para darle un beso que se prolonga un poco más de lo que esperábamos—. Tampoco quiero que te quedes aquí y te pases toda la vida sufriendo su rechazo.

—No puedo irme, Lennon. Ya he perdido a mi hermano este año. No puedo perder también a mis padres.

—Ya lo sé, Dan. Ya lo sé. —Nos abrazamos durante un buen rato, solo sintiéndonos, entendiéndonos. Él con sus miedos y sus culpas. Yo con mi impaciencia y la necesidad de que todo se arregle cuanto antes. Por él. También por mí, pero sobre todo por él.

—Prométeme que a ti no te perderé, por favor.

Sus ojos están llenos de lágrimas y me destroza el alma verlo así. Me encantaría que cogiéramos un avión y nos fuéramos lejos. Sé que huir no es la solución a nada —lo aprendí a fuego hace dos años—, pero tengo pánico a que el sufrimiento que le provoque su situación en casa lo haga recular. Pavor.

—Prométemelo tú a mí, Dan —le digo, frente contra frente, con nuestras caras casi tocándose. Hoy las obligaciones pueden esperar. Hoy los dos necesitamos sentirnos, dormir a ratos, abrazarnos—. No puedo volver a perderte. Esta vez no lo soportaría.

—Prometido.

Lo abrazo antes de quedarnos adormilados, pegando mi pecho a su espalda con fuerza. Le doy besos en la nuca, en el hombro, en todas las partes de su cuerpo que quedan al alcance de mis labios. Cuando su respiración

suena regular, sé que al fin se ha dormido. A mí me cuesta un poco más. No dejo de pensar en que Daniel ha hablado demasiado de sufrimiento, de pérdida. Dos sentimientos que no deberían estar tan presentes en algo que empieza, que nace. Sucumbo al agotamiento un par de horas después y sueño con encontrar un camino que nos lleve a un lugar donde solo estemos él, yo y la felicidad que nos quede por vivir.

Capítulo 17

Daniel

HA PASADO UN MES DESDE AQUEL HORRIBLE DÍA en que les abrí el corazón a mis padres y lo único que obtuve a cambio fue una indiferencia que solo puedo desear que fuera fingida. Solo que no parece serlo. Un mes que me he pasado entre dos mundos. Dos mundos tan diferentes que ni siquiera parece que estén en el mismo planeta, pero que resultan estar en el mismo rellano.

La tensión en casa de mis padres es tan silenciosa que podría dejarme sordo. Nadie me grita, nadie se enfada. Nadie me habla apenas, en realidad. Mi padre se pasa los días encerrado en su cuarto. Yo no tengo el carácter de Lennon, que necesita que los problemas se solucionen al instante, pero me parece que después de los casi nueve meses que han pasado desde la muerte de Bobby, alguien debería hacer algo para que saliera de ese letargo horrible que va a acabar con él. Y, cuando digo *alguien*, me refiero a mi madre, que es la única que puede hacerlo reaccionar. Claro que ella tendría que dejar de lado durante un segundo su campaña electoral para enterarse de lo que pasa a su alrededor. Y no tiene pinta de que eso vaya a ocurrir. A mí no me dirige apenas la palabra. No con su voz. Con la mirada, no pierde oportunidad de demostrarme lo decepcionada que está conmigo, claro; sobre todo cuando salgo de casa y sabe que me dirijo al piso de al lado.

En el piso de Lennon, todo es diferente. En cuanto atravieso su puerta y dejo atrás el dolor de sentir que, en menos de un año, toda mi vida familiar se ha ido a la mierda, caigo en sus brazos y vuelvo a sentir cómo nace la esperanza. Él me habla del futuro como si en el presente no hubiera trabas ni impedimentos. Me habla del pasado como si nunca hubiera existido un día en que destrocé sus ilusiones... las nuestras. En su casa, cocinamos, dormimos, nos abrazamos, vemos películas que olvidaremos, hacemos el amor entre gemidos y promesas, nos reímos, como si no hubiera un mundo ahí fuera en el que las cosas son complicadas, y nos besamos. Nos besamos mucho. Nos besamos porque es la mejor manera que conocemos de condensar todo lo que sentimos el uno por el otro.

La primavera ya ha llegado a Nueva York, y yo debería estar preocupado solo por mis exámenes finales, pero no lo consigo. En el primer semestre

aprobé más o menos la mitad de las asignaturas, y ya he decidido que, en este, intentaré sacarme de encima un par de ellas más, pero sin volverme loco. Todas las circunstancias que han rodeado a este curso han hecho que deje de pisar el acelerador de la autoexigencia y ya me he convencido de que, si tengo que pasar en la universidad un año más de lo previsto, no va a ser el fin del mundo.

Toda la desgana con la que afronto el curso es motivación absoluta en el campo de fútbol. Unos días después de volver de Nantucket, en pleno huracán emocional en mi casa, me encontré a mí mismo manteniendo una conversación con el brazalete de capitán que Bobby me había legado, y tuve más claro que nunca que, en eso, no lo podía decepcionar. Al día siguiente, empecé a entrenar por mi cuenta, con carreras por el parque que hacían que me quemaran los músculos al meterme en la cama. Pocos días después, llamé al entrenador y me reenganché a los entrenamientos. Aún me siento un poco inseguro para jugar, pero no creo que el día de mi regreso definitivo esté demasiado lejano.

Ha sido un mes de bipolaridad absoluta. La incomodidad en mi propia casa frente a la familiaridad entre los brazos de Lennon. La desmotivación brutal en la facultad frente a las ganas de comerme el mundo en los entrenamientos. Y, presidiéndolo todo, la intensidad de unos sentimientos que no me dejan pensar con claridad, que no me permiten ser egoísta, pensar en lo que más me conviene y en cómo llevar adelante lo que tenemos, porque, cuando Lennon está cerca, se me llena el alma de sentimientos tan arrolladores que nada me importa más que ese instante en que nuestros cuerpos se rozan y todo lo demás deja de existir.

—¿TE VAS A COMER TODO ESO? —me pregunta Lennon, con las cejas arqueadas, a media mañana del día de mi primer partido. Me ha encontrado en su cocina, delante de un plato con una cantidad escandalosa de pasta con verduras y pollo.

—Día de partido. Necesito hidratos —le respondo con la boca llena. Él se acerca, me abraza y me da un beso en el cuello que hace que me apetezca de inmediato mandar a la mierda la disciplina de entrenamiento y perder algo de energía de la forma más placentera que se me ocurre—. ¿Vendrás a verme?

—Claro. Allí estaré. ¿A las cuatro?

—*Sip.*

—¿Puedo enseñarte algo?

Asiento con la cabeza y él coge su móvil, toca un par de veces la pantalla y me enseña su *timeline* de Twitter. Al parecer, todo el mundo está revolucionado con la noticia de que Pete Bowman, el *quarterback* del campeón de la Super Bowl del año pasado y uno de los mejores jugadores de fútbol de la historia, se ha declarado homosexual. Se me encoge un poco el estómago al leerlo, y me pregunto cuándo dejará de provocarme esa reacción cualquier alusión a salidas del armario y demás. Lennon sigue pasando fotos emocionado hasta que llegamos a una publicación de Instagram en que se le ve posando con su novio en actitud cariñosa.

Sé lo que pretende Lennon, no soy tan idiota; y, además, lo conozco muy bien. Sé que, con su mejor intención, me enseña lo sencillas que pueden llegar a ser las cosas, cómo esa noticia ha sido mucho más alabada que criticada y cuánto bien hacen las figuras públicas por normalizar y visibilizar la situación de los que no tenemos tanta suerte. Bueno, esto último no lo deduzco, sino que escucho con paciencia su mitin sobre el asunto. Lo que Lennon no entiende es que todo esto no me tranquiliza. Al contrario, me llena el pecho de una angustia que casi hace que me ahogue. Y es que no encuentro salida a la situación en la que estoy. Quiero a mis padres; joder, los quiero con toda mi alma. Pero no puedo meterme en sus cerebros y extirpar unos prejuicios con los que llevan conviviendo todas sus vidas. Ya me gustaría a mí.

Me deshago de él como puedo, y cruzo a mi piso a prepararme para el partido. Todas mis cosas de fútbol siguen allí, así que paso las horas previas a marcharme rodeado del silencio opresivo que reina en la casa.

Hace un par de días, no me resistí a la tentación de preguntarle a mi padre si le apetecería venir a ver el partido. Mi padre no se perdió ni uno solo de los partidos que jugamos Bobby y yo en la universidad. Ni siquiera sé cómo lo hacía para esquivar guardias y urgencias en el hospital, pero era una imagen que a Bobby y a mí nos encantaba ver desde el túnel de vestuarios. Mi padre, siempre solo, en la primera fila del campo de fútbol de la universidad. De hecho, durante los años en que Lennon y yo aún estábamos en el instituto, solíamos acompañarlo ya a ver a Bobby, y creo que fue en esos momentos, en esos partidos en que veía a mi padre perder un poco la compostura para celebrar los triunfos de su hijo mayor, cuando decidí que yo quería dedicarme

a lo mismo cuando estuviera en la universidad.

No voy a decir que no me esperara su negativa, pero eso no hizo que doliera menos. Me despachó con un «tengo muchas cosas que hacer ese día, no voy a poder», y continuó leyendo el periódico. *Muchas cosas que hacer*. Sí, señor. Una excusa muy verosímil viniendo de alguien que no hace absolutamente nada desde hace casi un año.

En el vestuario, los nervios me atacan bastante más de lo habitual. Jugar al fútbol siempre ha sido mi gran afición, lo que más me gusta hacer en el mundo, y jamás he estado nervioso antes de un partido. Daba igual que fuera un partido improvisado con amigos o la final de una competición importante. Sin embargo, hoy es diferente. Hoy son los nervios de no saber si las piernas me responderán como antes de este año de inactividad, si la mano se habrá recuperado todo lo bien que requiere la competición y, sobre todo, si sabré compenetrarme en el campo con el compañero que ocupa ahora el puesto de Bobby.

El entrenador me confirma que el capitán del equipo es ahora Patrick, un jugador de último año, compañero de facultad de Bobby, así que cojo el brazalete que él me regaló y me lo ciño al brazo por debajo de la camiseta. Lo toco un par de veces mientras saltamos a la cancha y busco con la mirada a la única persona que ha venido a verme, a quien a ratos pienso que es la única persona que tengo en el mundo. Lennon come un perrito caliente, con ese aire despreocupado que siempre tiene y que tanto le envidio, sobre todo en momentos como este, en que la ansiedad me come por dentro. Cuando nuestras miradas se cruzan, me guiña un ojo, y siento que la mitad del peso que cargaba sobre mis hombros desaparece como por arte de magia.

El partido acaba con victoria de nuestro equipo por un tanteo total de treinta y cuatro a veintiocho. Me abrazo en el centro del campo con mis compañeros y respiro satisfecho. Me falta rodaje para volver a estar al cien por cien, pero la cosa ha ido muchísimo mejor de lo que esperaba. Le hago un gesto a Lennon para indicarle que nos vemos más tarde, y enfilo el camino de los vestuarios junto al resto del equipo.

Me saco el brazalete antes de desnudarme, porque es algo que prefiero que mis compañeros no vean, y lo aprieto fuerte en mi mano antes de volver a guardarlo en la mochila. Me ducho con calma, dejando que el agua caliente me destense los músculos y, al salir, me vendo las heridas de guerra, que ahora no duelen, pero sé que mañana me van a molestar bastante, sobre todo un dedo que me he torcido un poco y se me está empezando a hinchar, y una

herida en la rodilla que no necesita puntos de milagro.

Me siento en un banco del vestuario cuando empiezo a sentir el bajón de adrenalina. Casi había olvidado esa sensación de quedarme sin energía poco después de acabar el partido. Dejo caer la cabeza hacia atrás, la apoyo en los azulejos y escucho de fondo la conversación de mis compañeros.

—¿Habéis visto lo de Pete Bowman?

—Como para no haberlo visto... Está por todas partes.

—Yo no me lo imaginaba para nada.

El corazón me empieza a bombear a mil por hora, en parte por los nervios de no saber qué voy a escuchar y en parte por un pánico lamentable a que me pidan opinión.

—Pues no sé yo si me haría mucha gracia tener que compartir vestuario con un marica.

—Que te crees tú que nunca lo has hecho...

—¿Qué dices?

—Dicen que hay un diez por ciento, ¿no? Pues alguna vez nos habrá tocado.

—Joder, qué puto asco.

Bum. Bum. Bum. Intento concentrarme en otra cosa, en las jugadas que he fallado, en las que he acertado. En las ganas que tengo de llegar a casa y tomarme una cerveza con Lennon. *Bum. Bum. Bum.*

—¿Y esas fotos que ha subido a Instagram con el novio? Vamos, no me jodas.

—Sois unos antiguos de cojones. ¿A vosotros qué os importa dónde la meta o la deje de meter un compañero?

—¡Ah, no! Si a mí me la suda. Pero tampoco creo que le haga ningún bien al fútbol que los jugadores empiecen a salir en Instagram dándose besitos con sus novios.

No puedo más. Me levanto y me trastabillo un poco. Un par de compañeros me miran y les envío una sonrisa que pretende transmitir que estoy bien. Todos andan con pies de plomo conmigo desde lo de Bobby, así que no se extrañan demasiado cuando salgo del vestuario a la carrera, arrastrando la mochila y casi a medio vestir.

Me paro un momento en el pasillo porque siento que me ahogo. Ya he perdido la relación con mis padres. He perdido a una chica de la que podía no estar enamorado, pero a la que quería muchísimo. He perdido a la mitad de los amigos comunes que teníamos. Prácticamente he perdido el curso en la

facultad. Y, por lo que se ve, mi relación con Lennon puede hacer que pierda también el fútbol.

Me ahogo.

Capítulo 18

Lennon

SE ESTÁ ALEJANDO.

No hace falta que me lo diga y no sirve de nada que intente ocultarlo. Se está alejando, y lo sé. Ventajas y desventajas de conocernos demasiado bien, supongo.

Viendo nuestra rutina diaria, nadie diría que algo ha cambiado. Daniel sigue durmiendo en mi casa todas las noches, se va a su casa a desayunar antes de ir a la facultad, por las tardes va a entrenar, cena conmigo, y vemos una peli o jugamos un rato a la consola antes de irnos a dormir. Ya casi no hablamos. La mayoría de las noches hacemos el amor y ahí sí que no siento ninguna diferencia, ninguna lejanía. Seguimos entregándonos a un nivel primario, en una especie de espacio paralelo en el cual nada de lo que nos atormenta por el día tiene cabida. Él grita mi nombre entre jadeos, yo le recuerdo cuánto lo quiero, nos corremos juntos y el mundo parece tener sentido de nuevo hasta que los efluvios del orgasmo pasan y la realidad nos golpea antes de quedarnos dormidos. O de intentarlo. No pasa un solo día sin que Daniel me diga que me quiere, y prefiero no pensar en que esas palabras ya no me ilusionan, porque suenan demasiado a despedida.

En medio de todos los nubarrones que me atraviesan la mente en las últimas semanas, al menos el trabajo sí me está funcionando bien. He vendido los derechos de varias fotos para un par de anuncios publicitarios y portadas de libros; además, un conocido me ha comentado que, después del verano, dejará su trabajo en un estudio de fotografía de Chelsea y que puede recomendarme para sustituirlo. Es un trabajo un poco rutinario, pero solo me ocuparía media jornada y me garantizaría unos ingresos fijos que no me vendrían nada mal.

Decido no pensar mucho más en el trabajo porque ya tengo motivos de sobra para que la impaciencia acabe conmigo y no me apetece añadir uno más. La incertidumbre que me provoca mi futuro junto a Daniel amenaza con causarme una úlcera. Lo que él parece no comprender es que es difícil que sus padres cambien de idea, que sus compañeros de equipo muten de repente en personas tolerantes con los *gays* o que Kelsey deje de odiarlo por lo que

ocurrió. La clave no está en ellos, está en él. En la manera en que decida afrontar su relación con los demás o, lo que es más complicado, consigo mismo y con lo que siente.

Escucho a Daniel volver a entrar en casa poco después de que se haya marchado a desayunar al piso de sus padres. Ha debido de tener la enésima discusión con ellos, porque entra como una exhalación en la cocina, sin saludarme siquiera ni explicarme el motivo de su regreso, y enciende la cafetera con una fuerza que no rompe el interruptor de puro milagro.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. —Evita mi mirada, y vuelvo a sentirlo tan lejos que se me corta un poco la respiración.

—Daniel. —Lo agarro por un brazo, porque necesito que me hable, o al menos que me mire. Reacciona intentado soltarse, como si mi roce le quemara, como si hace nueve horas no estuviéramos desnudos gritando nuestros nombres—. Tienes que hablar conmigo. No tiene por qué ser ahora, pero en algún momento vas a tener que hablar conmigo.

—¿De qué quieres hablar, Lennon? —me responde con desdén, aunque a mitad de frase suaviza el tono y ya solo queda ahí la tristeza de siempre.

—De lo que te está pasando y, sobre todo, de qué piensas hacer para solucionarlo.

—¿Y qué coño quieres que haga?

—Pues no lo sé, Dan... Pero tendremos que sentarnos un día, hablar de todo esto e intentar arreglarlo de la mejor manera posible.

—No hay nada de qué hablar. —Rehúye de nuevo mi mirada, y se dispone a marcharse a la facultad.

—¡Sí, sí lo hay! —elevo el tono de voz porque me cuesta mucho comprender por qué se vuelve contra mí cuando parezco ser la única persona que lo está apoyando—. No podemos seguir así.

—Mira, Lennon. Ya está. Tú me pediste unas cosas y yo las he cumplido. Mis padres lo saben, Kelsey lo sabe y, en cuanto pasen las elecciones, lo sabrá todo el jodido estado de Nueva York. Todos me odian y lo he perdido todo menos a ti, así que no sé de qué cojones te quejas.

Sin darme opción a responder, sale de mi casa dando un portazo. Debería estar cabreado, y en el fondo lo estoy, pero no puedo evitar que me invada la culpabilidad. La sensación de que se lo he robado todo. De que tenía una vida feliz y mi regreso a Nueva York, que pretendía ayudarlo a salir adelante después de lo de Bobby, solo ha servido para acabar de hundirlo. Ojalá la

razón se impusiera, porque ella sí sabe que todo eso es una mierda y que yo no tengo la culpa de nada de lo que le pasa a Daniel, pero nunca he tenido ni la menor idea de cómo se pone la razón por encima de las emociones. Nunca he sabido hacerlo.

A media tarde, cuando estoy volviéndome loco, pensando si Daniel vendrá a mi casa al salir de clase o no, recibo una llamada de mi madre. Quizá sea justo lo que necesito para animarme un poco, aunque en el momento me da hasta pereza responder.

—Huy, Lennon, cariño, ¿qué te pasa? Tienes una voz horrible.

—Gracias, mamá —protesto, aunque se me escapa una sonrisa al darme cuenta de que solo con un breve saludo ya conoce mi estado de ánimo.

—A ver, cuéntame.

—Nada, mamá... Que las cosas no van bien con Daniel. Nada bien. En realidad, es a él a quien no le va nada bien.

—Lo sabe ya su madre, ¿verdad?

—Sí. ¿Por?

—Porque hace semanas que no me coge el teléfono ni me responde a los mails. No es que yo la llame muy a menudo, pero es que ni me devuelve las llamadas, vaya.

—Supongo que toda la familia Blair ha entrado a formar parte de su lista negra.

—¿Se lo ha puesto muy complicado a Daniel?

—Apenas le habla. Y, cuando lo hace, es con reproches y una actitud de «a ver cuándo se te pasa la tontería esta de experimentar con ser marica».

—Qué moderna ha sido siempre, ¿verdad?

—Sí. Un montón.

—¿Y Harry?

—Mamá, a Harry ya lo viste en Navidad. Está... que no está.

—Bueno, ¿y Daniel qué piensa hacer con todo eso?

—Es que ese es el problema, mamá. Que no hace nada. Se ha agobiado también con los chicos del equipo, que hacen comentarios homófobos y a él le entra el pánico. No sé... Estoy un poco desesperado.

—Pobre Daniel. Lennon, no te habrás puesto como un loco contra él, ¿verdad? —me reprende, con un tono de voz inflexible.

—No, mamá. O sea, ya sabes que soy un impaciente de mierda y me gustaría que esto se solucionara cuanto antes, pero te prometo que estoy haciendo todo lo posible por entenderlo.

—Bueno, yo no te llamaba para nada de todo esto, en realidad.

—¿Qué pasa?

—Quería comentarte una cosa sobre mi cumpleaños.

—Te caen los sesenta en breve, madre.

—Lo sé. Muy bien vividos todos y cada uno de ellos.

—Eso no lo dudo.

—El caso es que Oleg me ha preparado una fiesta con todos mis compañeros de facultad y demás. Es dentro de dos semanas.

—¿Quién es Oleg? —le pregunto, frunciendo un poco el ceño, porque juraría que hace pocas semanas estaba loca de amor por un tal Oscar.

—¿No te he hablado de él? Es maravilloso. Da igual, ya lo conocerás.

—¿No es algo precipitado que hagas planes con él con dos semanas de antelación, dados tus antecedentes?

—Muy gracioso, Len. El caso es que pensaba enviarte por sorpresa el billete para que vinieras a verme.

—¡Oh!

—Pero tengo una idea mejor.

—Dime. Me fío de tu sabiduría.

—¿Por qué no os venís un par de semanas Daniel y tú? Cuando estuvisteis de viaje por vuestros cumpleaños fue todo perfecto, ¿no?

—Más que perfecto.

—Pues a eso voy, cariño. Creo que os vendría de maravilla desconectar unos días. Si no pueden ser dos semanas, lo que sea. Pero salid de ese ambiente de mierda en el que está Daniel, porque se va a volver loco y te va a volver loco a ti.

—Ahora estamos enfadados, porque esta mañana se le fue un poco la olla, pero te prometo que se lo comentaré. Y, en el peor de los casos, cuenta conmigo sin duda, ¿vale? No me pienso perder esa fiesta.

—Vale, cielo. ¿Hablamos?

—Hablamos. Te quiero, *ma*.

—Y yo, enano.

Cuelgo el teléfono y empiezo a notar cómo me crece el optimismo dentro. No aprendo. Supongo que, en el fondo, no quiero aprender. Me ilusiono y quizá me lleve una buena hostia, como otras veces, pero no puedo dejar de pensar que Daniel acabará encontrando su camino y que, quizá, el punto de partida de ese camino esté en una fría ciudad al otro lado del mundo.

Capítulo 19

Daniel

UN PUTO COBARDE DE MIERDA. Eso es lo que soy. Por eso he preferido pasarme diez horas en la facultad y en el entrenamiento, torturándome por haberle hablado a Lennon como lo hice esta mañana en el desayuno, que llamarlo y pedirle perdón. Venía desquiciado, después de que mi madre me hablase, por primera vez en muchos días, para acabar preguntándome si ya se me había pasado la tontería de follar con mi amigo. Busqué la mirada cómplice de mi padre, como si hubiera olvidado por un momento que mi padre ya no dedica ni un segundo diario a posar sus ojos en mí. Acabé levantándome de la mesa, tirando una silla en el proceso, y salí disparado hacia el piso de Lennon. Allí, me comporté como un gilipollas que no tiene nada mejor que hacer que descargar su frustración con la única persona que aún lo apoya sin reservas. Y ni siquiera me he atrevido en todo el día a enviarle un mensaje para disculparme porque me mataba el pánico a que su respuesta fuera que no, que no me perdonaba y que me fuera a la mierda.

Entro en su piso cuando ya es casi de noche, a pesar de que el verano ya se ve venir y los días son mucho más largos. Lo busco con la mirada y lo encuentro en la terraza, apoyado sobre la balaustrada, fumando un cigarrillo con la mirada perdida en el parque. No se ha percatado todavía de mi presencia, así que dejo la mochila en el recibidor y salgo a su encuentro.

Lennon se da la vuelta cuando ya estoy a su lado y, aunque me he pasado todo el día pensando en cómo pedirle perdón por lo que he hecho, al tenerlo delante no me quedan dudas. Pongo mis manos en sus mejillas, apretándolas con fuerza, y lo obligo a mirarme a los ojos.

—Perdóname, Lennon. Perdóname, por favor, porque me muero si te pierdo. Me comporté como un subnormal esta mañana. No tengo ningún derecho a pedirte nada, pero, por favor, ayúdame a salir de esta mierda que tengo encima. Yo sé que contigo a mi lado podré con cualquier cosa.

Lennon no me responde, pero, tras unos segundos eternos, lo veo asentir. Cuando deja una caricia suave sobre mi pelo, sé que se ha ablandado y hasta eso me rompe un poco por dentro, porque debería ser delito lastimar a alguien que tiene la capacidad infinita de perdonarme siempre.

—Vamos a hacer una cosa —me dice después de un rato—. No podremos salir por ahí a cenar como una pareja *normal*, pero podemos montarnos un pedazo de cena aquí.

En un par de llamadas, tenemos un menú de lujo en camino, y nosotros nos dedicamos a montar la mesa de su terraza, que lleva tanto tiempo sin usarse que estaba abandonada al fondo de la pequeña zona cubierta donde se guarda el mobiliario de exterior durante el invierno. Nos prometemos varias veces que empezaremos a usar más la terraza ahora que viene el buen tiempo, aunque creo que los dos sabemos que seguiremos cenando casi todos los días comida a domicilio tirados en la alfombra del comedor. Se me dibuja una sonrisa tonta que no soy capaz de borrar cuando Lennon coge un par de velas del mueble del salón, las enciende y las deja sobre la mesa, justo cuando llega la cena y nos sentamos.

No hablamos mucho, pero tampoco hace falta. Se me pasa por la cabeza el pensamiento de que ojalá la gente que nos rechaza, mis padres o incluso mis compañeros de equipo, pudieran vernos interactuar un minuto, solo un minuto. Me da la sensación, puede que demasiado optimista, de que nos entenderían, nos aceptarían. No sé. Visto desde dentro, me resulta incomprensible que esto le parezca mal a alguien.

—Quería preguntarte algo —me dice Lennon, cuando estamos compartiendo un helado de chocolate a cucharadas. Directo del bote, que es como más rico está.

—Tú dirás.

—En dos semanas, mi madre celebra su cumpleaños. En Estocolmo. Me ha dicho que nos envía los billetes para los días que queramos. Si te apetece, vaya.

—Lennon... —Sé que voy a decepcionarlo, pero no me siento preparado para eso. Por una parte, porque mis padres ya están bastante alucinados con la manera en que he pasado del curso. Si, a pocos días de los exámenes finales, me voy a Europa, las cosas solo podrían empeorar. Y de verdad que yo ya no tengo aguante para que empeoren más. Además, sería desaparecer del equipo justo ahora que me he reincorporado para el final de la temporada.

—¿Me vas a decir que no? ¿De verdad?

—Trata de entenderme. Todo está siendo muy difícil para mí últimamente y...

—¡Pues por eso, Dan! Nos largamos un par de semanas y que le den por el culo a todo. Como el fin de semana en Nantucket, pero... más.

—¿Esa es nuestra solución, Lennon? ¿Huir? ¿Pasarnos la vida huyendo?

—No... Supongo que no. Pero podemos pasar unos días tranquilos. Como hoy. Así, sin pensar en nada más que en disfrutar. No me digas que no te apetece.

—No puedo, Lennon.

—No me hagas irme a Estocolmo solo, por favor. Me recordaría demasiado...

—Pues no te vayas —le pido. Y sé que soy un egoísta cuando lo hago, pero no estoy preparado para irme a ese viaje ni tampoco para pasar unas semanas lejos de él.

—Hace meses que no veo a mi madre, desde Navidad. Es su sesenta cumpleaños. No puedo no ir. ¡Qué coño! Es que quiero ir.

—No les puedo hacer eso a mis padres.

—Pero sí puedes hacérmelo a mí. Volver a hacerme daño. ¡Volver a destrozarme! —Se levanta de la mesa, tirando un vaso por el camino, y lo persigo hasta el salón.

—Es solo un viaje —me justifico.

—Tú sabes que no. Se está acabando, ¿verdad?

—No lo sé.

Caigo en el sofá porque no tengo energía ni siquiera para llegar más allá. Lennon se encierra en el dormitorio, y sé que no es buena idea ir detrás de él ahora. Me echo una manta por encima y me quedo dormido en el sofá. Mi último pensamiento es para la aterradora sensación de haber perdido lo último que me quedaba.

Capítulo 20

Lennon

HACE TRES AÑOS, cuando me fui de Nueva York con el corazón roto, no tenía demasiadas ganas de pensar en mi futuro, pero, si lo hubiera hecho, la única cosa que no esperaría de él sería estar repitiendo aquel viaje casi de forma idéntica. La misma espera angustiada en el aeropuerto de Newark. El mismo avión de American Airlines, o uno igual, al que me subía muy convencido de estar haciendo lo correcto, a pesar de que mis pies deseaban con toda su alma darse la vuelta y correr en dirección contraria. La misma sensación de decepción, de desánimo, de sentir que no soy suficiente como para que Daniel luche por mí. El mismo corazón roto. La misma sensación de haber perdido a la persona a la que más quiero en este mundo.

La única diferencia es que en aquel viaje me acompañaba mi madre y, en este, estará esperándome en la terminal del aeropuerto de Arlanda. No me ha preguntado nada cuando le he dicho que al final me iba solo a Suecia, pero estoy seguro de que, en las dos semanas que pasaré allí con ella, no voy a librarme de un buen interrogatorio. Me da igual. La única cosa que me mantiene un poco vivo son las ganas de verla y de pasar unos días en una ciudad en la que nunca fui capaz de ser feliz del todo –y no tiene pinta de que eso vaya a cambiar ahora–, pero en la que conocí a gente fantástica y, en cierto modo, me hice mayor, adulto.

Por suerte, la falta de sueño de la última noche en Nueva York me pasa factura y caigo frito en el asiento del avión. Cuando me quiero dar cuenta, estamos casi aterrizando en Estocolmo, así que bendigo en silencio mi capacidad para dormir en medios de transporte, porque podría haber acabado con una camisa de fuerza si me hubiera pasado las ocho horas del vuelo pensando en lo que he dejado atrás y en si de verdad se ha terminado o hay una mínima esquirla de esperanza a la que me pueda aferrar.

Mi madre me mimaba un poquito por encima de lo normal en un tío adulto, pero yo me dejo hacer. Me da una tregua mientras cenamos en uno de nuestros restaurantes favoritos del centro, al que ha logrado arrastrarme después de que dejara las maletas en el apartamento, pero, al volver a casa, con unas cuantas cervezas ya en el cuerpo, no consigo deshacerme de ella.

—¿Se acabó? —me pregunta, con sus grandes ojos azules radiografiándome el alma, como siempre.

—No lo sé. —Se me escapa un bufido y hundo la cabeza entre las manos —. Si no lo ha hecho aún, está en ello.

—¿Qué te ha dicho al despediros?

—Poco nos hemos despedido. Pero, vaya, que no me viniera. Recular él, no. No vaya a ser...

—¿Has sabido algo de él?

—No. O sea, sí. Tengo llamadas y mensajes suyos, pero no pienso responder. Me niego a meterme en otra conversación igual que todas las de las últimas semanas.

—Date un par de días para descomprimir la mente y luego intenta hablar con él.

—Me parece a mí que voy a necesitar algo más que un par de días.

—Pues los que necesites... pero arregladlo.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué tienes tanto interés en que lo arreglemos? Tú en mi lugar habrías huido de esta relación como de la peste. En cuanto se presentan problemas, tú pasas página.

—Ya. Pero tú no eres como yo. Yo me enamoro diecisiete veces al año. Tú llevas enamorado de Daniel desde que tienes uso de razón.

—¿Y eso es sano?

—No lo sé. ¿Él te hace feliz?

—Cuando las cosas están bien... me hace más feliz de lo que he sido en toda mi vida. —Me acurruco un poco contra ella en el sofá y recibo unos cuantos arrumacos—. Pero es que últimamente nunca están bien.

—Yo solo te voy a decir una cosa, Lennon. Daniel y tú, solos, sois los más felices del mundo. Todos vuestros problemas vienen por causas ajenas. Esa me parece una buena premisa para luchar por la relación.

—¿De veras?

—No todo el mundo lo ha tenido tan fácil como tú, cariño. Creciste en un ambiente que no es el más habitual, mucho menos para alguien como Daniel. Victoria crio a esos niños como si estuvieran destinados a dirigir un imperio.

—Ya. —Me da la risa al comprobar que esa definición de mi madre es lo más certero que he oído en mi vida—. Pero él tiene veintiún años ya. Se le presupone la capacidad de luchar por su relación.

—Ha pasado un año horrible, Len. Intenta ser comprensivo.

—¿Por qué lo quieres tanto? —le pregunto, porque es algo que siempre me ha intrigado. Mi madre ha tenido una relación muy especial con Daniel desde que éramos niños.

—Siempre fue un niño muy bueno. —Se le dibuja una sonrisa melancólica, y yo tengo que hacer un esfuerzo para no coger el teléfono y decirle a Daniel que lo quiero y que está todo perdonado—. Viniendo del ambiente que viene y con las ideas que ha crecido, habría sido muy fácil que te rechazara cuando saliste del armario, pero nunca lo hizo. Y eso una madre no lo olvida.

—Es cierto. Nunca lo hizo. Hasta ahora, supongo...

—Dale tiempo, Lennon. Daos tiempo.

—Me voy a la cama, *ma*.

—No le des demasiadas vueltas a la cabeza, peque.

—No prometo nada. —Le dirijo una sonrisa un poco triste y le doy un beso en el pelo antes de dejarme caer en mi antigua cama.

LOS DÍAS PASAN LENTOS EN ESTOCOLMO. Lentos, duros y muy nostálgicos, pero también con un brote de optimismo. La primera vez que viví en esta ciudad, estaba tan destrozado que no fui capaz de disfrutar de la increíble experiencia que fue pasar dos años aquí. Pasaba muchas horas metido en casa, sin demasiadas ganas de conocer a gente nueva, dedicando cada minuto de ocio a pensar en Daniel y en cómo aquel ensueño del campamento de Montana se me había escapado entre los dedos sin que me diera apenas cuenta. Casi hasta aquel último viaje que hice con algunos de mis amigos no fui capaz de disfrutar.

Esta vez me he negado a que fuera así. He tenido que hacer un esfuerzo, sí, pero he salido todos los días con mis antiguos compañeros, nos hemos puesto al día de lo que han sido nuestras vidas en estos meses sin vernos —aunque yo he contado una versión edulcorada de la mía, la verdad— y hemos hecho muchas, muchísimas fotos. Estocolmo es una ciudad preciosa, y quizá sea en primavera cuando saca su mejor cara a relucir. Estoy bastante orgulloso de mí mismo por haber sido capaz de disfrutarla, aunque el dolor sordo que me produce la separación de Daniel no se me haya ido en ningún

momento de dentro. Necesito saber que sobreviviría sin él. Que, si esto se acaba, quedará algo de mí. Y que, si se arregla, podré compartirlo todo con él. Ojalá sea la segunda opción.

Entre comidas improvisadas, cervezas a media tarde, noches de copas que se me van un poco de las manos y muchas conversaciones de madrugada con mi madre, hace ya una semana que llegué a Estocolmo. Una semana que se puede traducir en cuarenta y tres llamadas y setenta y nueve mensajes de Daniel a los que no he respondido. Lo echo de menos. Claro que lo echo de menos. He pensado mil veces en cuánto me gustaría enseñarle la ciudad, recorrerla de su mano. He dado muchas vueltas en la cama, sintiendo el vacío al otro lado, mirando hacia esas mismas paredes que ya fueron testigos de mi dolor en una vida anterior.

Pero no soy capaz de hablar con él. Los primeros días estaba demasiado cabreado como para contestarle al teléfono. Sabía que nos enzarzaríamos en una discusión eterna que solo empeoraría las cosas. El caso es que, a medida que fue disminuyendo el enfado, fue creciendo el miedo. El pánico a que, si hablamos, me diga que no quiere saber nada más de mí, que se ha dado cuenta de que esto no le merece la pena, que prefiere que nos tomemos un tiempo o cualquier cosa del estilo. Así que, ahora, directamente, dejó el móvil en casa cada vez que salgo e intento olvidar un poco lo que está pasando. Es una actitud inmadura, lo sé. Tendré que hablar en algún momento con él, pero, por una vez, me vence el orgullo, y me dice que ya está bien de que siempre me pliegue yo a lo que él quiere o necesita. No. Esta vez tengo derecho a estar enfadado. Y tengo derecho a tener miedo. Y a tomarme un tiempo de reflexión. En una semana estaré de vuelta en Nueva York, y entonces veremos qué ocurre.

Quiero a Daniel con toda mi alma, pero, ahora, tendrá que ser él quien haga una apuesta firme por nosotros.

Capítulo 21

Daniel

DE TODOS LOS ERRORES QUE HE COMETIDO EN MI VIDA, ninguno es peor que haber dejado marchar a Lennon. Otra vez. Pero es que esta es muchísimo peor que la primera. Hace tres años yo era un crío perdido que se había enterado de que estaba enamorado de su mejor amigo en seis semanas de campamento. Ahora, se supone que soy un tío adulto, que he pasado por experiencias que curtirían a cualquiera, y que, aunque parezca lo contrario, tengo los sentimientos más claros que nunca en toda mi vida. Pero ¿y qué? Sigo siendo el gilipollas que lo deja marchar cada vez que él me entrega el corazón en bandeja.

La noche que se fue me pilló por sorpresa. No voy a decir que hubiera reaccionado mejor si hubiera tenido más tiempo. Es la excusa que me puse durante años para no haberme quedado con él la primera vez, que tuve que tomar la decisión en pocos minutos. Esta vez, me encontré con que Lennon ya había reservado su vuelo cuando desperté en el sofá a la mañana siguiente. Justo ese día no podía faltar a la facultad, porque tenía el examen de prácticas de una de las pocas asignaturas que aún aspiro a aprobar, así que me marché y, cuando regresé, Lennon estaba cerrando su maleta y pidiendo un taxi para el aeropuerto de Newark. Por más que le supliqué, ni siquiera quiso escucharme.

Hace ocho días de eso. Ocho días en los que no he conseguido que me cogiera el teléfono ni una sola vez. Ocho días en los que no me ha contestado a los mil mensajes que le he enviado. Ocho días en los que no puedo más con lo que lo echo de menos.

Y, bueno, también ocho días en los que mis padres no me han preguntado ni una sola vez qué ha pasado, por qué he vuelto a dormir cada noche en su casa, aunque no se cortan en dirigirse miradas muy significativas cada vez que paso por delante de ellos.

Estoy mirando la pantalla del móvil como un gilipollas, esperando a ver si Lennon lee el último *whatsapp* que le he enviado, cuando llaman a la puerta de mi cuarto. Me sorprende tanto el hecho de que cualquiera de mis padres quiera verme que ni me doy cuenta de que no he respondido.

—¿Daniel? ¿Puedo pasar?

—Sí. Sí, claro, mamá.

Entra en mi cuarto en pijama, cierra la puerta y se queda un rato mirándome. Debo de tener una pinta lamentable. Llevo tres días sin salir de casa, casi sin salir de la cama, y hoy ni siquiera he pasado por la ducha. No sé qué tiene la mirada de mi madre, que me hace sentir siempre, absolutamente siempre, como si aún tuviera nueve años y hubiera hecho algo mal.

—Hola, Danny.

—Mamá. —le respondo, con el desdén que se merece, aunque en el fondo me hace ilusión que me dirija la palabra por primera vez en ya no sé ni cuánto tiempo.

—¿Puedo sentarme?

—Claro. —Toma asiento a los pies de mi cama y señala hacia la estantería.

—¿Tienes cerveza en tu cuarto?

—Emmm... —Me encojo de hombros, porque me apetece disculparme, pero, qué cojones, no me lo ha puesto demasiado fácil en los últimos meses; creo que me he ganado el derecho a beberme una cerveza en la cama si me da la gana. O seis.

—¿Me das una?

—¿Disculpa?

—Estoy un poco nerviosa, Daniel. —Se levanta, coge ella misma una lata y me da otra a mí. Es bastante probable que, en algún momento, se me salgan los ojos de sus cuencas—. ¿Podemos hablar... por las buenas?

—Tú decides eso, mamá. Yo no he ido de mal rollo con vosotros en ningún momento.

—En eso tienes razón, supongo. —Le da un sorbo a la lata, que hace que se me escape una risita, y se acerca más a mí—. ¿Me lo quieres contar?

—¿El qué?

—Vamos, Danny. Lo que sea que te haya pasado con... Lennon.

—Se ha ido. A Suecia. Otra vez —reconozco.

—¿Para siempre? —Mi madre frunce el ceño y, si no hubieran pasado todas las cosas que han pasado en los últimos meses, pensaría que le preocupa.

—No. No lo sé. Qué más da, ¿no? Para vosotros, mejor si se queda allí.

—Si eso significa verte como te hemos visto esta última semana, te aseguro que no. He... he decidido intentar entenderte, Daniel, pero voy a

necesitar que me lo expliques. Lo único que tengo claro es que no podemos seguir así.

—Mamá, no sé qué hay que explicar. Siento mucho no ser el hijo perfecto que esperabas, que... que Bobby ya no va a poder ser. —Veo su cara crisparse en un gesto de dolor y me arrepiento de inmediato de haber metido a mi hermano en esta conversación—. Lo siento. Pero... yo no puedo evitar lo que soy. ¡Vamos, es que no quiero evitarlo!

—¿Es solo Lennon? ¿Él es el único que... que te atrae? ¿O toda tu relación con Kelsey fue mentira?

—No trates de culpar a Lennon. Todavía estoy intentando asimilar qué soy o qué no soy. O, mejor dicho, estoy intentando entender por qué tengo que etiquetarlo. Me da igual si soy bisexual o gay o lo que sea. Sé que estoy enamorado de Lennon Blair, y nada de lo que digáis o hagáis podrá cambiar eso.

—¿Cómo funciona, hijo? ¿Te levantas una mañana y, ¡zas!, de repente te gustan los hombres?

—No, mamá. —Me río, aunque esto es cualquier cosa menos divertido—. Supongo que nací así. Supongo que siempre lo supe.

—Sí... Supongo que yo también.

—¿Cómo dices?

—Tu relación con Lennon. Nunca fue... normal. No sé. No erais como dos amigos más. Siempre tuve como una sensación que no sabía explicar. Y, aunque hubiera sabido, supongo que no habría pensado en *amor*. —Mi madre pone una cara rara al decir la palabra, pero estoy demasiado tenso y demasiado agotado emocionalmente como para ofenderme.

—Mamá... Yo os quiero. Joder, siempre hemos sido una familia que se ha llevado bien. Y lo... lo que ocurrió el año pasado debería haber hecho que nos uniéramos más, no que estemos así. Papá ni me mira, y yo... —Miro hacia el techo, en un intento de alejar las lágrimas que no quiero dejar caer. No me funciona demasiado bien.

—Papá tampoco me mira a mí, Danny. Papá no puede mirarse a sí mismo desde que Bobby murió. Yo lloro a mi hijo cada noche, y puede que siga haciéndolo el resto de mi vida, pero he seguido adelante. Por ti, por papá, por mi trabajo... Por mí, supongo. Pero papá no puede.

—Y yo lo he acabado de decepcionar.

—No, Daniel. Ni siquiera sé si es del todo consciente de “lo tuyo”. —Hace el gesto de las comillas y sonrío con amargura al darme cuenta de que

mi madre aún no sabe cómo referirse a la situación—. ¿Tú te puedes imaginar lo que fue para él perder a Bobby? ¿Haberse pasado toda su vida estudiando para salvar vidas y no ser capaz de salvar la de su propio hijo?

—Supongo que no. No me lo puedo imaginar.

—Está decidido a dejar de ejercer. Dará clase en la universidad y se convencerá a sí mismo de que eso es lo que quiere hacer, pero una parte de él murió con Bobby. No solo la misma que murió en mí, o en ti, sino que murió su profesión, aquello a lo que soñó dedicarse desde que tenía catorce años.

—¿No va a volver al hospital?

—¿Tú querrías trabajar allí cada día?

—Yo ni siquiera he vuelto a pasar por delante. Doy un rodeo cuando me veo por la zona —confieso, aunque es algo que nunca he dicho en voz alta.

—Hijo...

—Mamá, yo... No quiero ser brusco, pero tengo muy claro lo que siento. Asumo que no apruebes mi relación con Lennon, suponiendo que todavía haya una relación, pero yo voy a hacer todo lo posible por hacerla funcionar. Y, si llega a perdonarme que lo dejara irse solo a Suecia, no vamos a separarnos por tu carrera ni por unos prejuicios que no sé de dónde salen. Entiendo todo lo que te juegas políticamente, pero... no vamos a vivir para siempre en el armario.

—Mira, Daniel, yo he venido aquí a decirte una cosa. Mañana a primera hora me voy a Washington a presentar mi renuncia.

—¿Qué?!

—No te voy a decir que todas mis ideas hayan cambiado de un día para otro, pero tampoco me siento capaz de defender un programa político que recorta derechos a una parte de la comunidad de la que forma parte el novio de mi hijo. Bueno... y mi hijo, supongo. ¡Dios! ¿No te das cuenta de que estoy muy confusa con todo esto?

—Sí, mamá. —Le sonrío y, por primera vez en semanas, volvemos a tener esa conexión madre-hijo que tanto he echado de menos—. Yo también he estado confuso por momentos, pero, en realidad, es todo muy simple. Quiero a Lennon. Lo quiero con toda mi alma. Siento muchísimo que eso sea incompatible con tu carrera política. De verdad. Aunque te parezca increíble, siento que hayas tenido que renunciar a ello.

—Mañana tengo que madrugar mucho, así que me voy a ir a dormir.

—Vale.

—Me alegro de que hayamos hablado, hijo. Me alegro muchísimo, de

verdad.

—Yo también, mamá. —Me levanto de la cama y le doy un abrazo breve.

—Por Dios santo, Daniel. ¡Apesta!

—¡Mamá!

—¿Cuánto hace que no te duchas? No, no. No me contestes. —Nos da la risa a los dos y, joder, me doy cuenta de que puede que sea la primera vez que me río de verdad en ocho días—. Solo quiero decirte dos cosas más.

—Adelante.

—La primera es que yo tuve dos hijos. Dos hijos maravillosos. Siempre quise que fuerais unos buenos chicos, que estudiarais, que hicierais deporte, que estuvierais sanos... —Se le rompe un poco la voz, y yo tengo que apartar una lágrima que se me escapa—. Creo que no lo hice mal del todo. Pero hay una cosa que tengo muy clara: yo no crié a mis hijos para que vivieran dentro de un armario. Puede gustarme más o menos que seas gay, Daniel, pero lo que no me gustaría nada de nada es que finjas ser algo que no eres.

—Gracias, mamá. De verdad, no sabes cuánto significa lo que acabas de decir. ¿Y la otra cosa?

—¡Ah, sí! Eso... Te he dejado en el escritorio mi tarjeta de crédito. Si de verdad quieres a Lennon, que creo que sí, coge la tarjeta, reserva un vuelo a Estocolmo y trae a ese chico de vuelta a Nueva York.

Y así, dejándome más alucinado de lo que he estado en toda mi vida, se marcha de mi cuarto.

ME DESPIERTO CON EL CUERPO REVUELTO POR LOS NERVIOS. Aparto de un golpe el hachazo de culpabilidad que me produce el hecho de que mi madre esté renunciando en este momento a la carrera a la que ha dedicado toda su vida durante más de dos años. Hoy no es el día para eso. Hoy tengo una misión y me tiembla todo por dentro. Bueno... tengo dos misiones, y la primera empieza en cuanto salgo de la ducha y llamo a la puerta del cuarto de mis padres.

—¿Puedo pasar?

—Sí, claro. —Mi padre está sentado en uno de los sillones que hay junto a la galería que da al parque. Mi madre se ha marchado esta mañana a Washington, antes de que yo despertara, y sé que tardará en volver. Mejor.

Necesito tener una conversación con mi padre a solas—. ¿Qué ocurre?

—¿Crees que podríamos ir a dar una vuelta, papá? —hago la pregunta y cruzo los dedos para que no se niegue. Las veces que mi padre ha salido de casa en los últimos meses se pueden contar con los dedos de una mano.

—¿Por qué? —me pregunta, sin acritud, en realidad, sino con esa mirada ausente que ya me parece recordar de toda la vida, como si el hombre alegre que un día fue nunca hubiera existido.

—Porque te lo estoy pidiendo. Y porque quiero hablar contigo fuera de aquí, de este ambiente. No sé. Podríamos ir al parque y comer algo por allí.

—Está bien —me responde al fin, tras un silencio eterno—. Deja que me vista.

Lo espero sentado en una butaca del pasillo, casi aguardando el momento en que me diga que al final prefiere no hacerlo, pero, contra todo pronóstico, veinte minutos después, estamos saliendo del portal de nuestro edificio. Echamos a andar por el parque, envueltos en un silencio incómodo. Mi padre ya no habla nunca, y yo tengo claro que debo empezar la conversación, pero me cuesta dar el paso. Hasta que me doy cuenta de que prolongar las cosas solo las hace más dolorosas. Podría haberme aplicado esa moraleja hace una semana, joder.

—Papá, antes de nada, quería hacerte una pregunta. —Levanta la vista y me mira a la cara—. ¿Tú... estás enfadado conmigo?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—No sé demasiadas cosas últimamente. —Su mirada es tan triste que está a punto de hacer que se me salten las lágrimas—. Sé que has disgustado mucho a tu madre y no se merecía tener que pasar por eso.

—Con mamá ya he hablado —me justifico—. No voy a entrar ahora en si le he dado motivos o no. Eso ya se hablará algún día.

—¿Sabes que hoy va a renunciar a su carrera?

—Va a renunciar a la política —me defiendo—. Su carrera está en el bufete. Quizá nunca debió dejar aquello.

—En eso... no te voy a quitar la razón.

—Papá, yo... —Trago saliva con fuerza, porque una cosa es tener muy claros mis sentimientos y otra es decirlos en voz alta delante de alguien que puede hacerme mucho daño con su reacción—. Yo quiero a Lennon.

—Daniel...

—No, por favor. No me interrumpas. Quiero a Lennon. No es una

tontería. No es una fase ni un rollo de experimentación ni nada de lo que puedas tener en mente. No te puedo jurar que vaya a salir bien, porque ya desde el principio nos estamos enfrentando a cosas que nos están haciendo mucho daño, pero te aseguro que quiero pasar con él el resto de mi vida.

—Pero, hijo, ¿cómo ha ocurrido eso?

—Mira, papá, esto no lo sabe mamá, pero es que ni siquiera es algo reciente. Ya hubo algo entre nosotros hace unos años. De verdad, papá. Ahora mismo está muy cabreado conmigo, con razón, pero voy a hacer todo lo posible para que me perdone.

—¿Bobby lo sabía? —La pregunta de mi padre casi me tira al suelo.

—Sí. Nunca lo hablamos, pero sé que lo sabía. No me preguntes más, es algo... algo entre nosotros.

—Comprendo. —Veo a mi padre asentir—. Daniel, ¿sabes que esto te va a complicar la vida para siempre? ¿Que habrá gente que siempre te considere inferior por ser... gay?

—¿Tú estás entre esa gente?

—¿Qué?

—¿Tú me consideras inferior por estar enamorado de un hombre?

—Yo... —Hace una pausa tan larga que puedo escuchar todos y cada uno de los latidos de mi corazón—. No. Claro que no, joder.

—Pues... si mamá y tú no pensáis así, te puedo asegurar que me importa una mierda lo que piense el resto del mundo.

—Ya.

Paseamos un buen rato en silencio, de nuevo. Mi padre, perdido en sus meditaciones, que nunca sé por dónde van. Yo, pensando que la conversación podría haber ido mejor, pero... también podría haber ido peor.

—¿Sabes, hijo? —La voz de mi padre me sorprende tanto que doy un respingo—. Yo siempre he tenido muy claro lo que quería en la vida. Me enamoré de tu madre cuando estábamos en la universidad. Yo quería ser el mejor oncólogo del país, y creo que no me quedé lejos de conseguirlo. Cuando ya teníamos una buena posición, nos casamos y os tuvimos a vosotros. Pensé que la vida ya estaba resuelta. Seguir trabajando, tener una buena relación con tu madre, veros crecer, graduaros, jugar al fútbol, casaros con dos buenas chicas, esperar a que llegaran los nietos... ¡Qué equivocado estaba!

—Papá, no puedes comparar lo que le pasó a Bobby...

—¡No lo nombres, por favor! —Se sienta en un banco del parque y las

lágrimas tiemblan como un flan sobre su párpado inferior.

—Te das cuenta de que tienes que hacer algo para seguir adelante, ¿verdad?

—¿Cómo se puede seguir adelante después de algo así? Dime, ¿cómo?

—Pues, papá... Mira a mamá. ¿Crees que lo ha olvidado? Claro que no. Pero sigue con su vida, se levanta por las mañanas, va a trabajar... No sé.

—Tu madre es muchísimo más fuerte que yo.

—El primer paso para ser fuerte es querer serlo. Busca ayuda profesional, confía en nosotros y, poco a poco...

—Poco a poco, ¿qué? ¿Lo olvidaré?

—Por supuesto que no, papá. Ninguno vamos a olvidar a Bobby. Yo... — Me paso la mano por la cara en un intento de despejar el nudo de la garganta que me impide hablar—. No hay un solo día en que no piense en él. No sabes lo que daría por haberlo tenido a mi lado estos últimos meses.

—¿Entonces?

—Aprender a vivir con ello. En eso consiste. Todos queríamos que estuviera aquí, pero... no puede ser.

—No pude salvarlo, Danny.

—Papá...

—Es la verdad. He salvado cientos de vidas en mi carrera. Puede que miles... Y no pude salvar la única por la que habría dado la mía.

—Yo tampoco pude —susurro, porque hace un año que no puedo hablar de ello. Ni siquiera con Lennon he podido.

—Daniel, tú no tuviste la culpa...

—Ni tú. —Tomo aire con fuerza—. Papá, por favor. Algunas cosas ya no tienen solución, pero otras...

—Me va a costar mucho aceptar tu relación con Lennon.

—Me llega con saber que lo vas a intentar.

—No lo sé... Me resulta muy difícil imaginaros juntos.

—Las mejores cosas de la vida no son fáciles, papá. Tampoco será fácil seguir adelante, o volver a ejercer, o muchas cosas a las que tendremos que enfrentarnos, pero no se me ocurre una manera mejor de hacerlo que estando unidos.

Mi padre no me responde, pero asiente con la cabeza. Decidimos volver a casa dando un rodeo largo, paseando despacio por el parque. No hablamos mucho, pero, más o menos a mitad de camino, mi padre me pasa un brazo por el hombro y sé que es la máxima expresión de afecto que se puede permitir

en este momento de su vida. Creo que ni yo mismo sabía cuánto lo necesitaba.

Cuando llegamos a casa, me propone que lo acompañe a recoger a mi madre al aeropuerto. Le ha confirmado que llega de Washington a última hora de la tarde, así que decido soltar ya la bomba que lleva consumiéndome de nervios todo el día:

—Iré contigo. De hecho... necesito que alguien me lleve al aeropuerto.

—¿Cómo dices?

—Me voy a Estocolmo, papá. Tengo que conseguir que Lennon vuelva a casa.

Capítulo 22

Lennon

MI ÚLTIMO DOMINGO EN ESTOCOLMO AMANECE LLUVIOSO. Casi como mi carácter. Gris, frío, un poco depresivo. Me quedan cinco días en la ciudad y ya no sé si me apetece quedarme aquí unos cuantos meses o largarme corriendo a Nueva York.

Doy un par de vueltas en la cama antes de decidirme a empezar el día. Anoche salí con mis dos mejores amigos de la escuela de fotografía, bebí algo más de la cuenta y acabé contándoles la historia completa de lo que ha pasado con Daniel. Lo hice porque me estallaba dentro y nunca he tenido ni la menor idea de cómo guardarme lo que me duele. Y Daniel me duele, joder si me duele. El caso es que, entre el recuerdo de haberme abierto en canal y el de las copas, me despierto con el cerebro algo embotado.

Me levanto a buscar a mi madre y me encuentro una nota en la que me dice que ha tenido que salir y que no tardará en regresar. Me doy una ducha, pero la pereza me vence y me meto de nuevo en la cama. No consigo volver a dormir, así que pongo algo de música y me dedico a darle vueltas a la almohada, a la cabeza y a todo, hasta que mi madre entra en mi cuarto sin llamar, me mira con una media sonrisa en la cara y me empuja hasta que le hago hueco junto a mí.

—¿Qué haces? —le pregunto, aguantándome la risa.

—Necesitas mimos, ¿no? —Me pasa el brazo por encima de la tripa y me acaricia el pelo con la otra mano. Me hago el duro un rato, pero acabo sucumbiendo al gustito del masaje en la cabeza.

—Un poco.

—Tengo que hablar contigo.

—Me das pánico.

—Me voy a marchar unos días a casa de Oleg. ¿Te importa?

—Bueno... —No entiendo muy bien por qué a mi madre se le ha ocurrido esa idea; creí que ella entendería mejor que nadie que no me apetece estar solo en estos momentos, pero me siento demasiado egoísta pidiéndole que se quede, así que acabo asintiendo—. No, claro que no. ¿Y esa decisión?

—Cosas mías. ¿Puedo darte un consejo antes de irme?

—Claro. Sabes que me encantan tus consejos.

—La felicidad, Lennon, puede estar esperándote a la vuelta de la esquina. —Se levanta y me da un beso en la frente. Fuerte, intenso, como todos los que da ella, que nunca regala un gesto de cariño gratuito ni escatima uno necesario—. O detrás de esta puerta.

Desaparece con un guiño y, justo cuando me estoy preguntando a qué se ha referido con eso, aparece ante mí una visión que no esperaba. Que no me podía ni imaginar. Ni soñar.

Daniel.

Daniel, en todo su esplendor, aunque por sus ojeras y el aspecto de cansado pudiera parecer lo contrario. Daniel, abrazando a mi madre y susurrándole un «gracias» emocionado. Daniel, con una media sonrisa tímida y el labio inferior atrapado entre sus dientes perfectos. Joder. Daniel.

—¿Qué... qué estás haciendo aquí? —acierto a preguntarle, después de medirme con la mirada durante un tiempo que no soy capaz de determinar.

—Lo que tendría que haber hecho la primera vez que te marchaste. Venir a buscarte.

—Dan...

Me levanto de la cama como impulsado por un resorte y caigo en sus brazos desmadejado, sin dejar de preguntarme cómo he podido aguantar todos estos días sin su contacto, sin su calor, sin... sentirlo. Él me aprieta contra su cuerpo con una fuerza que me sorprende, pero sus hombros parecen relajarse a medida que pasan los segundos, los minutos.

—Perdóname, Lennon, por favor. Odio tener la sensación de que llevo meses pidiéndote perdón por todo, pero...

—No necesito que me pidas perdón. Necesito que las cosas estén bien entre nosotros.

—Me encantaría tener alguna credibilidad para prometértelo.

—Te creo. No me preguntes por qué, pero te creo.

—Esta semana he visto cómo sería estar sin ti. —Se pasa la mano por la cara, y no puedo evitar acercarme y dejar una caricia sobre su mejilla—. Me has hecho pasar un infierno no respondiendo a mis llamadas.

—Lo siento, yo...

—No, no te disculpes. Me lo gané a pulso. Gracias por hacerme reaccionar. —Me da un beso breve, y las sonrisas empiezan a aflorar con la seguridad de siempre—. Al volver a Nueva York seremos la pareja que siempre debimos ser.

—Pero... —balbuceo un poco—. ¿Tus padres?

—Está todo solucionado.

—¿De verdad?

—Supongo que iremos poco a poco. Pero al menos están dispuestos a intentarlo.

—¿Y la campaña?

—Mi madre ha dejado la política.

—¿Qué dices?

—Todo va a salir bien, Lennon. —Entrelaza las manos detrás de mi nuca y clava sus ojos brillantes en los míos—. He venido a por ti y todo va a salir bien.

Nuestros labios se encuentran porque no podían esperar más. No sé ni cómo hemos sido capaces de mantener una conversación coherente —puede, de hecho, que la más importante de nuestras vidas— sin haber caído en la tentación de besarnos como si no hubiera nada más importante en este mundo. Puede que no lo haya.

Caemos en la cama hechos un nudo de sentimientos, emoción y ganas. Muchas ganas. Ni siquiera sé qué hora es cuando nos levantamos, pero tampoco me importa. Decidimos no salir de casa en todo el día, en toda la noche. Mi único contacto con el mundo exterior es un mensaje que le envío a mi madre para darle las gracias por lo que sea que ha conspirado con Daniel para tramar su aparición por sorpresa. Y para decirle que sí, que, como siempre, tenía razón. Que la felicidad a veces está mucho más cerca de lo que parece.

PASAMOS CUATRO DÍAS EN ESTOCOLMO MURIÉNDONOS DE AMOR. Sin medias tintas. Eso es exactamente lo que hicimos: morirnos de amor. Aunque me apetecía enseñarle a Daniel hasta el más mínimo rincón de la ciudad, conseguimos tomárnoslo con calma. Bueno, él consiguió que yo me lo tomara con calma. Pasamos muchas horas tontas sentados en cafés de Gamla Stan, hablando de todo y de nada. Recorrimos de la mano el Ayuntamiento, protestando por las colas de turistas y haciendo fotos de cada detalle. Cruzamos los puentes de la ciudad mientras decidíamos dónde viviríamos al volver a Nueva York. Le metí mano a Daniel, casi con la única intención de que se sintiera incómodo,

mientras veíamos el cambio de guardia ante el Palacio Real. Nos perdimos durante horas en el museo del Vasa. Me reí de Daniel cuando intentó aprender a pronunciar algunas palabras en sueco. Nos fuimos de copas por mi barrio, el de Södermalm, y al día siguiente pagamos las consecuencias quedándonos dormidos en un crucero por la bahía. Pasamos una noche perfecta, rodeados de gente excéntrica y genial, en la fiesta de cumpleaños de mi madre. Vimos anochecer desde la torre de televisión de Kaknäs, susurrando palabras que no eran nuevas entre nosotros, pero que, de repente, significaban más. Mucho más. Lo significaron todo.

MI MADRE NOS LLEVA AL AEROPUERTO el viernes a media mañana. Despedirme de ella me ha dolido más que nunca, quizá porque la veo muy asentada en Estocolmo y me da un poco de pánico que no vuelva a Nueva York cuando se le acabe el contrato en la universidad, dentro de unos meses. O quizá porque me muero por compartir con ella, y con el mundo en general, lo feliz que me hace la nueva etapa que Daniel y yo estamos a punto de empezar.

En el avión, nos quedamos dormidos pronto, pero despertamos cuando aún quedan unas horas para aterrizar. Bueno, en realidad es Daniel quien se despierta y me clava el codo en un costado hasta que yo sigo sus pasos.

—Hablé con mis padres antes de salir de Estocolmo —me confiesa.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Y qué tal? —le pregunto, con prudencia, porque ese es un tema que tardará tiempo en dejar de darme un poco de miedo.

—Bien. Bueno, no bien *bien*. Pero mejor que antes. Mi madre ha dicho que se alegra de que vuelvas.

—Es un avance.

—Sí que lo es.

—¿Te quedarás esta noche con ellos?

—No te vas a librar de mí con tanta facilidad. Ya habrá tiempo de decidir dónde viviremos en el futuro, pero...

—¿Pero...?

—Si te parece bien, mañana podrías ayudarme a llevar mis cosas a tu casa. —Se pone colorado y me da la risa al pensar que, después de todo lo

que hemos vivido, se pueda poner nervioso al proponerme algo que nos hace la misma ilusión a los dos.

—Claro. No sé dónde vamos a guardar toda tu ropa, pero... de acuerdo.

—Nos reímos, nos quedamos un rato en silencio y decido tocar un tema espinoso—. ¿Y el equipo?

—El lunes tengo entrenamiento. Hablaré con ellos.

—¿En serio?

—Sí, claro.

—¿Cómo crees que reaccionarán?

—No tengo ni puta idea. Tampoco me importa demasiado, en realidad.

—¿Por qué?

—Porque juego al fútbol mejor que cualquiera de ellos, y en eso consiste. Si les preocupa más dónde meto la polla que mi juego, por mí, pueden irse a la mierda.

—¿Cuánto tiempo exactamente has pasado hablando con mi madre? — bromeo.

—Seguro que no el suficiente. Pero, bueno... puedes aplicar el mismo cuento a mis compañeros de facultad y a la gente del colegio. Se acabó. Fin del armario. Estoy hasta los cojones de estar escondido, de contar medias verdades y de no poder besar a mi pareja donde y cuando quiero.

—Dan, yo... Te va a parecer una locura que te diga esto, pero... quizá sea mejor que te lo tomes con calma.

—¿Perdona?

—Que tengas cuidado. Te has venido arriba, y me alegro, de verdad. Pero esto no es fácil, quizá nunca llegue a serlo del todo. Siempre correremos el riesgo de toparnos con alguien que no nos acepte. Y eso dolerá. Cada vez menos, pero alguna vez dolerá.

—¿Y qué? ¿Vamos a dejar de hacer lo que nos salga de los huevos por eso?

—¡No! —Me da la risa, él se contagia y un par de pasajeros nos miran con mala cara—. Pero pasar de ser un pijo rancio heterosexual al novio de Lennon Blair, así, en dos días, puede dejar muy flipado al personal.

—¿Pijo rancio? ¿De verdad?

—Algo así. En serio, Daniel, protégete. Vete poco a poco. El rechazo puede doler más de lo que parece.

—¿A ti te dolió?

—Lo mío fue diferente.

—¿Por qué? ¿No es más difícil a los trece que a los veintiuno?

—En parte sí, en parte no. En el fondo, en el colegio lo resolvíamos todo a puñetazos. Además, la única opinión que me importaba era la de Bobby y la tuya, y fuisteis increíbles conmigo.

—Hoy por ti, mañana por mí, ¿no? Quédate a mi lado y me importará una mierda lo que opine el resto del mundo.

El aterrizaje en el aeropuerto de Newark nos sorprende en plena conversación. Pasamos un par de horas interminables entre trámites de aduanas, recoger las maletas y buscar un taxi que nos lleve a la ciudad. Son las cuatro de la tarde cuando al fin caemos rendidos en el asiento trasero de un Toyota Prius.

—A la Ochenta y cinco con la Quinta, por...

—No —me interrumpe Daniel.

—¿Qué ocurre? —le pregunto, extrañado.

—¿Te importa...? Acabo de pensar que... que quiero ir a un sitio. ¿Tú...?

—¿Se deciden, por favor? —El taxista se pone borde, y los dos lo fulminamos con la mirada.

—A donde tú quieras, Dan —le digo, un poco intrigado.

—A la Veinticinco con la Quinta. De Brooklyn. —Miro a Daniel, sin tener ni la menor idea de qué se nos ha perdido en Brooklyn, pero todas las piezas encajan en mi cabeza en el momento en que el taxista despeja la duda.

—¿Al cementerio de Green-Wood?

—Sí —le confirma Daniel, un segundo antes de volver la vista hacia mí, con los ojos muy abiertos y algo brillantes—. ¿Te importa?

—¿Cómo me va a importar?

Daniel reposa la cabeza sobre mi hombro durante todo el trayecto, que no sabría decir si se nos hace demasiado largo o demasiado corto. Lo único que sé, en cuanto el taxi se detiene en la puerta de acceso al cementerio, es que no estoy tan preparado para esto como querría. Pagamos el trayecto y nos quedamos en silencio en la acera, como negándonos a entrar, aunque sé que en el fondo los dos queremos hacerlo. Me enciendo un cigarrillo, apoyado en un murete de ladrillo, y Daniel ni siquiera protesta demasiado.

—¿Vienes muy a menudo? —le pregunto.

—Casi todas las semanas —confiesa en un susurro.

—¿En serio? Nunca...

—Nunca se lo digo a nadie. Cojo un taxi, vengo solo, hablo un rato con él y me largo.

—¿Te hace bien?

—No lo sé. No creo que me haga mal. Necesito que él sepa las cosas que me pasan. —Me mira, un poco avergonzado—. No pienses que estoy loco. Ya sé que él no puede oírme ni nada de eso. Joder. No sé explicarlo.

—No hace falta que lo hagas. ¿Vamos?

—Sí. Vamos.

Echamos a andar, Daniel con un paso más firme que el mío.

—Hay algo más que nunca te he contado, Lennon.

—¿Quieres hacerlo ahora? —le pregunto, algo asustado por la solemnidad de su tono.

—Sí. Es algo... Me cuesta muchísimo hablar de ello.

—¿Qué pasa, Daniel?

—Un par de meses antes de... del final, los médicos nos dieron una opción de tratamiento para Bobby. La última opción, de hecho. Un trasplante de médula.

—¿Tuyo?

—Sí. Era la única posibilidad en su caso. Y no funcionó. —Se le rompe la voz y, cuando levanto la vista del suelo, veo su cara de desolación y no sé ni qué decir. En realidad, no hay nada que decir.

—Lo siento mucho, Daniel. Muchísimo.

—No te imaginas lo inútil que me sentí. —Hace un esfuerzo por no llorar, yo lo hago por mantenerme fuerte y ninguno de los dos tenemos demasiado éxito—. Hubo un momento en que llegué a creer que se salvaría. Que yo sería quien lo salvara. Sé que suena egoísta, pero... Dios... la idea de haber podido hacer algo así por él...

—Dan, sabes que no estaba en tu mano, ¿verdad?

—¿Racionalmente? Claro que lo sé. Estudio Medicina. Conozco porcentajes de éxito, sé el tipo de leucemia que tenía... Pero dile eso a mi parte irracional. Yo llevo un año intentando convencerla y no se lo acaba de creer.

—Él te pegaría una hostia gigante si te escuchara —le digo, justo cuando Daniel se para ante una tumba y yo tengo que tragar saliva en el momento en que veo la inscripción y me sacude la certeza de algo que sé, pero que supongo que nunca asumiré del todo.

—Lo sé. Volvería a romperme la nariz. —A Daniel se le escapa una sonrisa. Se sienta en una esquina de la tumba y yo lo imito—. ¿Sabes? Nunca he tenido muy claro si es correcto sentarse aquí.

—Probablemente no.

—Vale, esto es incómodo. —Daniel me mira, luego a la tumba, y luego a mí de nuevo—. No me sale... hablar con él contigo delante.

—¿Quieres que me vaya?

—No. Claro que no. Es solo que quería decirle que tú y yo... bueno, que estamos juntos. Del todo. En serio. Y para siempre.

—Creo... —Me levanto, me acerco a él y me pongo en cuclillas, con las manos apoyadas sobre sus rodillas—. Creo que esto se lo dejará bastante claro.

Sin pensar ni un segundo en si el movimiento es apropiado o no, paso la yema de mi dedo pulgar por su cara para borrar el rastro que han dejado las lágrimas, y lo beso. Lo beso con el alma, con el cuerpo y con varias certezas absolutas. Que Bobby se reiría de nosotros como un cabrón, justo antes de darnos su aprobación, sin demasiadas palabras, pero sin reservas. Que habrá recuerdos que siempre dolerán, pero que se hacen más fáciles de aceptar si tienes a alguien con quien compartirlos. Que el camino que nos queda por recorrer podrá ser duro, pero es el reto más emocionante al que me puedo imaginar enfrentarme. Y, sobre todo, que Daniel es el hombre de mi vida, y que nada me apetece más que hacerlo feliz, que hacernos felices.

Capítulo 23

Daniel

LA LUZ DE LA MAÑANA ENTRA EN LA HABITACIÓN DE LENNON con una fuerza que me hace pasar un buen rato con los ojos entornados antes de ser capaz de abrirlos por completo. El sol se refleja en las sábanas blancas de su cama y, aunque se escuche el rumor sordo del tráfico neoyorquino, me siento como si estuviera a punto de saltar a la arena de una playa del Caribe. Aunque quizá solo es un estado de ánimo por todo lo vivido en los últimos días. Por mi confesión, por mi disculpa, por haber cerrado el dolor que le he causado al hombre que ahora duerme a pierna suelta, con la cabeza apoyada en mi pecho.

Por primera vez desde que me enamoré de él –y ya puedo reconocermé a mí mismo que me enamoré de él en aquel campamento... o quizá antes–, me parece una situación natural despertar abrazados. Hasta que he logrado soltar lastre, el lastre del secreto, de las mentiras, del terror que me daba hablar de ello con mis padres o de la culpabilidad por hacerle daño a Kelsey... hasta que eso ha quedado, al fin, atrás, no he sido capaz de ver que despertarme al lado de la persona a la que amo no tiene nada de sucio, vergonzoso o raro. Qué peligrosos son los prejuicios que nos meten en la cabeza y que nosotros mismos aceptamos. Incluso la vertiente sexual de mi relación con Lennon me resultó siempre más fácil de digerir que la afectiva. Supongo que a la polla es difícil engañarla, y ella tuvo muy claro desde el primer día que Lennon me ponía cachondo como un mono. Pero, por más que durante un tiempo pudiera visualizarnos a ambos en situaciones sexuales que me erizan el vello solo de pensarlas, siempre me costó más asimilar los pequeños detalles.

Siempre pensé que sería una mujer la propietaria de la melena que me despertara una mañana haciéndome cosquillas en el pecho. Me parecía muy poco masculina la idea de un hombre dormido abrazado a otro, apoyando la cabeza bajo el hueco de su hombro, justo como está Lennon esta mañana. Quizá haya tardado más de la cuenta en asimilarme a mí mismo como protagonista de la imagen que estoy viviendo, pero que me maten si quiero estar en otro sitio. Entre otras cosas, porque jamás me he sentido más hombre que ahora mismo.

Se me escapa una sonrisa al recordar la conversación de ayer en el avión sobre cómo le diría a mi entorno que mi situación sentimental había... cambiado. Bastante. Por primera vez en veintiún años, vi a mi mejor amigo recular. Lennon, el mismo que salió del armario a los trece años, diciéndole a su madre que le gustaban los chicos; el mismo que jamás escondió su sexualidad en un colegio cuyos alumnos tenían una cierta tendencia a la crueldad; el mismo que ha defendido siempre que todos los homosexuales deberían salir del armario públicamente para abrir camino a los que vengan después... Ese mismo Lennon me animó a mí a ser prudente. Si no me descojoné en su cara, fue porque estaba demasiado alucinado al escucharlo hablar de prudencia. Prudencia y Lennon son dos conceptos que jamás se habían conjugado en la misma frase. Y, si lo hizo, fue por miedo y por amor. Por miedo a que yo sufriera. Por amor a mí.

Siempre he creído que la vida, en general, y mi relación con Lennon, en particular, se rige por algún tipo de equilibrio de fuerzas. Desde que éramos niños, Lennon ha sido el intrépido y yo el prudente. Si los dos hubiéramos tenido su carácter, su capacidad para idear locuras y su nulo respeto a los convencionalismos, puede que a estas alturas estuviéramos en la cárcel, en un psiquiátrico o muertos. Qué se yo. Y, si los dos hubiéramos estado cortados por mi patrón, sería todavía peor. Jamás habríamos dado ningún paso adelante, y viviríamos una vida anodina en la que siempre sentiríamos que nos faltaba algo.

Así que, si ayer Lennon decidió ser prudente, hoy me toca a mí ser intrépido. Y no porque sienta que se lo debo, que también, sino porque lo que estoy a punto de hacer es lo que más he necesitado en toda mi vida.

Alargo la mano a la mesilla de noche de la habitación de Lennon y cojo mi teléfono móvil. Ignoro un par de mensajes y notificaciones y activo la cámara frontal. La acerco y la alejo un par de veces, hasta dar con el enfoque que quiero. Pulso el botón del disparador tres o cuatro veces, y entro en la galería de imágenes a elegir mi favorita. Son todas muy parecidas, pero en una en concreto me veo más favorecido que en las otras y, para qué engañarnos, sale el presumido de mierda que llevo dentro y elijo esa.

El fotógrafo de los dos es él, claro, pero yo me siento muy orgulloso de la imagen que he tomado. En mi cara, algo hundida en la almohada blanca, se puede distinguir una sonrisa tímida y una mirada un poco desafiante. El plano llega hasta la parte superior de mi pecho, donde reposa una mano de Lennon, junto a su cara, tapada en parte por los mechones más largos de su pelo,

aunque no lo suficiente para que no se le distinga. Todo alrededor de nosotros es blanco, incluso algo brillante por la luz que se refleja en la ropa de cama.

Estoy seguro de que, si despertara a Lennon para enseñarle la foto, me diría que le encanta, como siempre hace, y, a continuación, empezaría con su sarta de consejos *para la próxima vez*. «La próxima vez deberías ampliar el encuadre», «la próxima vez podrías probar con un desenfoque»... Yo me reiría, y él sacaría su cámara réflex para enseñarme un par de trucos que yo olvidaría al instante.

Juego con las opciones de edición, paso la foto a blanco y negro y, de inmediato, se convierte en mi favorita de todos los tiempos. No solo estamos muy guapos —sí, el idiota presuntuoso ataca de nuevo—, sino que la foto desprende una sensualidad silenciosa. Cualquiera que la vea sabrá que entre estas sábanas han ocurrido muchas cosas, pero nadie más que nosotros sabrá cuáles fueron y cuánto significaron.

Tomo una bocanada de aire y lo expulso con fuerza. Tengo muy claro lo que voy a hacer, pero los nervios de última hora siempre se presentan. Como cuando estás a punto de embarcarte en un avión para hacer un viaje con el que llevas toda la vida soñando, pero en el último segundo te flaquean un poco las rodillas. Aun así, envío la foto a la aplicación de Facebook de mi móvil y escribo el mensaje que tengo en mente desde anoche. De corrido. Sin borrar ni una sola letra ni repensarme una sola frase.

«Cuando Lennon despierte, puede que quiera matarme por hacer esto sin avisarlo. Pero hay cosas que no pueden esperar más, que ya han estado demasiado tiempo ocultas. Supongo que esto os sorprenderá y puede que os estéis preguntando de qué va la historia. Es muy sencillo: va de dos chicos que crecieron juntos, que siempre tuvieron una relación especial, pero que, por la cobardía de uno de ellos, tardó demasiado en convertirse en lo que es ahora. Y ahora no es un rollo de una noche, ni una etapa de experimentación ni de confusión ni de curiosidad. Es el amor de mi vida.

Muchos de vosotros me habréis oído criticar mil veces a la gente que cuenta sus intimidades en Facebook, pero, ya veis, a todo cerdo le llega su San Martín. No me apetecía ir explicando esto a cada persona de mi vida, así que esta es la manera de que lo sepáis todos a la vez. Solo nuestros padres y Kelsey lo han sabido antes, porque se lo merecían más que nadie. Bueno, también alguien que cuida de nosotros desde alguna parte lo supo incluso antes que yo.

Solo una cosa más: sigo siendo el mismo Daniel de siempre. Si alguien va a cambiar su forma de verme o de tratarme después de conocer mi orientación sexual o quién es mi pareja... que cierre la puerta al salir. A todos los demás, gracias por estar ahí y perdón por los infartos provocados a estas horas de la mañana».

Etiqueto a Lennon en la foto, pulso *publicar* y, de inmediato, silencio el móvil y lo guardo en un cajón. A lo largo de la mañana, tendré mil llamadas, mensajes y locura colectiva a mi alrededor. Pero, ahora mismo, el sueño vuelve a vencerme, y no se me ocurre un lugar mejor donde dejar de resistirme a él que en los brazos del hombre de mi vida.

Epílogo
Cinco años después

Lennon

NO TODO FUE UN CAMINO DE ROSAS. Cuando Daniel y yo nos convertimos, al fin, a todos los efectos, en una pareja, hubo gente que se quedó en el camino. También hubo gente que nos apoyó en todo, sin reservas. Supongo que no tiene nada que ver con la condición sexual de cada uno. En este mundo, hay buenas y malas personas, buenos y malos amigos, y la circunstancia concreta en la que se demuestra de qué pasta está hecho cada cual es solo eso: una circunstancia.

Entre esa buena gente que Daniel y yo nos fuimos encontrando a lo largo de nuestras vidas estuvo Kelsey. Pasó casi un año antes de que volviéramos a saber de ella, desde aquel día horrible en mi piso. Ella pidió el traslado a Columbia poco después, y sus caminos no se volvieron a cruzar. No es fácil digerir que la persona a la que considerabas el amor de tu vida rompa la relación sin que nadie lo esperara. Más difícil todavía debe de ser asimilar que lo ha hecho porque se ha enamorado de otra persona. Y, no nos engañemos, que esa otra persona sea un hombre, cuando jamás has sospechado que pudieran ir por ahí los tiros... no, definitivamente, no debe de ser fácil de digerir.

Daniel y yo nos mudamos a un apartamento en el East Village un par de meses después de volver de Estocolmo. Las aguas se calmaron antes de lo que esperábamos, pero ninguno de los dos se sentía demasiado cómodo con la idea de vivir pared con pared con sus padres. Nuestra nueva casa quedaba a pocas manzanas de la facultad de Daniel, y no demasiado lejos del estudio de fotografía donde yo conseguí un trabajo a media jornada algunas semanas después de mudarnos.

Y fue justo a la puerta de aquel nuevo apartamento a la que llamó Kelsey una mañana de invierno en la que la nieve había caído con fuerza sobre la ciudad. Daniel le abrió la puerta, y no olvidaré nunca la expresión que se dibujó en su cara cuando ella, sin mediar palabra, lo abrazó con fuerza. Yo me retiré al dormitorio con discreción, pero él entró a los pocos minutos a decirme que Kelsey quería hablar con los dos.

—Me ha costado mucho tiempo entender... *esto*. Quiero decir... nunca jamás me imaginé que Daniel fuera gay. Nunca me planteé que sintiera por ti

algo más que amistad. Me sentí engañada, traicionada. Sentí tantas cosas...

—Lo siento, Kels... Ya te lo dije en su momento y te lo volveré a decir las veces que haga falta. Si hubiera estado en mi mano, yo jamás te habría hecho daño a propósito. —Daniel se acercó a ella, tomó su mano entre las de él, y yo me sorprendí un poco al darme cuenta de que no se me pasó por el cuerpo ni un rastro de celos. Qué sano es el amor cuando estamos seguros de lo que sentimos.

—Ahora lo entiendo. He leído mucho este año, he conocido a un par de compañeros *gays* en Columbia y he hablado con ellos... He necesitado entenderlo para aceptarlo, supongo.

—¿Estás diciendo que lo aceptas? —Asistía mudo a la conversación entre ellos, sin atreverme casi a delatar mi presencia.

—Sí. He pensado en llamarte muchas veces a lo largo de este año, pero no quería hacerlo hasta que tuviera claro que aquello estaba superado. Tenía miedo a acabar reprochándote de nuevo lo que ocurrió.

—Entonces... ¿amigos?

—Amigos, sí. —Kelsey esbozó una sonrisa de oreja a oreja que acabó contagiándoseme—. Hemos vivido muchas cosas juntos, Daniel. Algunas, demasiado duras para recordarlas. Te he echado mucho de menos.

—Yo... —Daniel me miró de reojo, y yo solté una carcajada.

—Vamos, Daniel... No necesitas mi permiso. Claro que tú también la has echado de menos.

—Pues eso. —Se rio él también, dándole un pequeño apretón a Kelsey contra su cuerpo. Ella pareció reparar en ese momento en mi presencia y se dirigió a mí.

—Siento mucho lo que dije de ti cuando Daniel me dejó. Evidentemente, no tienes la culpa de nada. También he tardado un poco en comprender eso. —Dejó escapar una sonrisita con tono de disculpa.

—Olvídalo. Ni te disculpes.

—He venido con esta frase preparada, así que voy a decirla antes de irme. —Suspiró con fuerza, al tiempo que se dirigía ya hacia la puerta—. Lennon, si tú lo haces feliz, supongo que también estaré encantada de ser amiga tuya.

Nos despedimos entre promesas de vernos algún día, en las que quizá ninguno creímos en aquel momento, pero que acabaron convertidas en realidad muy poco tiempo después. Kelsey nos presentó a su novio, Paul, al que había conocido poco después de la ruptura con Daniel, aunque había tardado más de lo que esperaba en ser capaz de involucrarse en una relación

de pareja. Ahora, los dos son asiduos de las noches de sábado en nuestra casa y hasta nos hemos ido juntos de vacaciones a los Hamptons alguna que otra vez.

Daniel nunca me lo ha dicho, pero sé que, si nunca hubiera vuelto a saber de Kelsey, habría un capítulo por cerrar en su vida. Sé que verla feliz, enamorada y reconciliada con el pasado que compartieron es un regalo para él que yo nunca dejaré de agradecerle a ella que le hiciera.

Por supuesto, no todo nuestro entorno reaccionó tan bien. Hubo amigos que se quedaron atrás, y sus rechazos dolieron más de lo que nos gustó reconocer. Repetimos muchas veces que nos daba igual, que quien nos mirara diferente por ser pareja podía irse a la mierda, pero... lo cierto es que dolía.

En contra de lo que pensábamos cuando los escenarios estaban solo en nuestras cabezas, los compañeros del equipo de fútbol de Daniel aceptaron nuestra relación desde el primer momento. Nadie hizo esa cosa tan cutre de cuestionar la posibilidad de desnudarse delante de un gay y las conversaciones de vestuario siguieron siendo igual de guarras que siempre, sin que a nadie le importara el sexo de la pareja de su capitán. Daniel siempre lo ha atribuido al respeto que le tenían a la memoria de Bobby, pero yo sé que a él lo respetan tanto –o más– de lo que un día respetaron a su hermano.

Mi relación con el padre de Daniel es correcta, un poco paternal, muy parecida a la que tuvimos toda la vida, aunque sigue mirándonos con algo de recelo. En realidad, ni Daniel ni yo tenemos cuajo para reprocharle nada, porque sigue siendo un hombre roto. No ha vuelto a ejercer la medicina y, aunque ya no se pasea como un alma en pena por la casa, es evidente que el vacío que le dejó la muerte de su hijo mayor no se va a llenar jamás. Cuando compartimos tiempo con él y con la madre de Daniel, el ambiente es normal, nada tenso, aunque sigue torciendo la cara para no ver las muestras de cariño entre nosotros. Salta a la vista que preferiría que yo me llamara Laura, o Jennifer, o Patricia, y que su hijo tuviera una boda por todo lo alto en el Plaza. Pero... tuvo que conformarse con solo una de esas dos cosas.

Porque... sí, Daniel y yo nos casamos hace más o menos un año. Pasamos años sin plantearnos hacerlo, pero, un día, se nos fue de las manos una conversación sobre las leyes de matrimonio homosexual y acabamos metidos en el lío. Sentíamos algo así como una responsabilidad moral, o civil, yo qué sé. La boda del hijo de la fotógrafa *hippy* del Nueva York de Studio 54 con el de uno de los mejores médicos de la ciudad y la antigua candidata republicana era carne de *Page Six*, y los dos sabíamos que eso ayudaría a que

algunos chicos se desprendieran de los miedos que pasó Daniel, esos a los que yo tuve la suerte de no tener que enfrentarme nunca.

Los dos estuvimos de acuerdo en que, si hace falta una ceremonia para declarar en público el amor de una pareja, la nuestra fue ante la tumba de Bobby el día que regresamos de Estocolmo. Lo que montamos en el Plaza fue más... una fiesta.

Una fiesta en la que nos acompañaron nuestras madres. La mía, radiante por ver cumplido nuestro sueño, ese al que ella contribuyó durante aquellas dos semanas en Estocolmo que definieron nuestro futuro. La de Daniel, tan volcada en apoyarnos que casi parece la mía. Benditas las personas que son capaces de cambiar de idea. Las dos quisieron pronunciar un discurso durante nuestra boda; el de mi madre fue tan políticamente incorrecto que pensé que el padre de Daniel la amordazaría y la ataría a una silla.

Esa noche nos acompañaron nuestros mejores amigos, compañeros de facultad y de trabajo, nuestras familias... Pero para nosotros fue una celebración agridulce. No necesitamos pronunciar palabra para saber que los dos sentíamos la ausencia de Bobby con más fuerza aun que cualquier otro día. Aquel día nos rodeaban cien personas, pero, en realidad, solo estábamos nosotros. Nosotros y una ausencia. La que más dolía. La que dolería siempre.

Esa noche volvimos a nuestro apartamento con las pajaritas desanudadas, las camisas por fuera de los pantalones y la sensación de que todos los miedos, los titubeos, las separaciones y el sufrimiento que habíamos pasado ya quedaban atrás. Él era un hombre y yo otro, y eso al parecer es reseñable para algunos. Pero, para nosotros, lo único importante, la única cosa que nos mueve, es la certeza de que nunca, nada, podrá separarnos.

Daniel

CIERRO LA ÚLTIMA CAJA, la rotulo, y echo un vistazo a mi alrededor. En una hora estará aquí la empresa de mudanzas, y en poco más de tres sale nuestro avión. He conseguido echar a mis padres del apartamento, e incluso ni siquiera escuchar el último intento de mi padre por convencernos de que nos quedemos en Nueva York.

La decisión de marcharnos llegó sola, por sorpresa, como he aprendido que llegan las mejores cosas de la vida.

Una noche, hace cuatro o cinco meses, cuando ya tenía en mis manos, al fin, la licencia para ejercer la medicina en el estado de Nueva York, y una más que apetecible oferta del hospital donde trabajó mi padre toda su vida... simplemente, no pude.

Conocía la sensación. Me había ocurrido lo mismo años atrás, cuando supe que tenía posibilidades reales de convertirme en futbolista profesional al acabar la carrera y, sin entender por qué, tampoco me apeteció.

Hacía frío, mucho frío, todavía en la ciudad, pero eso no impidió que Lennon me encontrara, al llegar de trabajar, con un vaso de whisky en la mano en la pequeña terraza del edificio, esa que solo usamos los escasos días en que todavía sucumbe al vicio de fumarse un cigarrillo después de cenar.

Se preocupó, claro. Él es el meditabundo de los dos, al que se le escapa a veces la ansiedad perdido en sus reflexiones, en sus planes de futuro, en sus pensamientos... En esa alma creativa y soñadora que a veces me desespera, pero sin la que ya no sabría vivir. Yo soy el racional, el de las decisiones en frío, el de las ideas claras.

—¿Qué ocurre, Dan? —me preguntó, con la preocupación tiñendo su voz.

—Ven. Siéntate aquí conmigo —le pedí, y su respuesta fue una sonrisa de oreja a oreja, que hizo más por reconfortarme que todo el Jack Daniel's que pensaba beberme esa noche.

—Está bien. Pero ya conoces las normas: si salgo a la terraza, tengo que fumar.

—La norma es que, si fumas, tienes que salir a la terraza.

—¿No es eso lo que he dicho? —Se sentó junto a mí en el peldaño de la escalera de incendios, y encendió un cigarrillo con una falsa sonrisa de

disculpa—. ¿Qué te pasa, cariño?

—No lo sé —admití, pero lo acompañé con una sonrisa, porque no quería que se agobiara de más, pero también porque el simple hecho de que me llame «cariño» me hace sonreír.

—Bienvenido al club. —Fruncí el ceño, un poco preocupado, hasta que me aclaró a qué se refería—. Al club de la gente que no sabe nunca lo que le pasa cuando está jodido.

—¿Tiene solución?

—No. La única que conozco es ser como tú, pero, si a ti ahora también te pasa... apaga y vámonos. —Dejó de bromear para cogermelo el mentón y afrontar mi mirada con esa franqueza tan suya—. ¿Tiene algo que ver conmigo? ¿Estamos bien?

—Sí. Claro. —Le acaricié la mejilla y le di un beso breve en los labios. Él pasó su brazo por mi hombro, me robó el vaso de whisky y le dio un buen trago—. ¿Es normal que no me apetezca una mierda empezar a ejercer? ¿Después de todo el esfuerzo de estudio, prácticas y demás?

—¿Es eso? ¿No tienes ganas?

—No. Tampoco me horroriza la idea. Entiéndeme. Si mañana empiezo a trabajar, bien, estaré contento, salvaré vidas, tendremos dinero. Guay.

—Si el único adjetivo que se te ocurre para el hecho de salvar vidas es «guay», no sé yo si no habrás desperdiciado seis años preciosos en la universidad.

—Pues eso.

—¿Qué quieres, Daniel? ¿Lo has pensado?

—No he hecho otra cosa en los últimos días. Tengo la oferta del hospital encima de la mesa y... no me decido. ¿Sabes lo que quiero?

—¿Qué?

—Ir a trabajar como vas tú. Levantándome de la cama de un salto porque la luz del amanecer es perfecta y quieres... no... *necesitas* fotografiarla.

—Pero, Dan... Un trabajo creativo siempre va a tener eso. Es muy difícil que en cualquier otra profesión el entusiasmo sea el mismo.

—¿Y si solo estudié Medicina por Bobby? ¿Y si seguí su vocación y no la mía?

—¿Hay algo que te apetezca hacer más que ejercer? Otra vía profesional, no sé, algo... Lo que sea.

—Lo único que me apetece de verdad es irme contigo por ahí, a ver mundo.

—¿Y qué nos lo impide? Tenemos algo de dinero ahorrado de mi última exposición. Compramos un coche viejo y nos vamos a recorrer el país. Trabajando en lo que nos surja, haciendo fotos, vendiéndolas... Tenemos veintiséis años; si no lo hacemos ahora, ¿cuándo lo vamos a hacer?

—Creo que es el momento de que llames a la *hippy* de tu madre y le cuentes ese plan de futuro. —Me levanté, porque no me podía aguantar la risa, y porque me estaba congelando, además—. Pero ¿en qué cabeza cabe ese plan que acabas de proponer? ¿De verdad me ves viviendo de motel en motel y trabajando *de lo que nos surja*?

—De verdad... Solo a mí se me ocurre enamorarme del pijo más rancio del Upper East Side —protestó Lennon a mi espalda.

—¿Tú sabes cuánto te quiero? —Me giré para decírselo a la cara porque, joder... es la mayor verdad de este mundo—. Solo tú podrías proponer dejar toda tu vida solo porque has llegado un día a casa y me has encontrado de bajón.

Se encogió de hombros, mordiéndose el labio inferior con una media sonrisa, y no pude evitar besarlo como si me fuera la vida en ello. Y es que me iba. Entramos en calor, en parte por estar ya dentro del piso, pero sobre todo por el contacto, el roce, los abrazos, los besos, las caricias.

Hicimos el amor despacio, en el sofá, sin agobios, sin planes, sin pensar. Cuando acabamos, pedí comida china por tercera vez esa semana y Lennon protestó porque prefería pizza. Lo de cocinar es algo que no hemos acabado de gestionar del todo bien. Llegamos a un acuerdo en el momento en que, por una vez en la vida, le permití elegir a él una peli para ver mientras cenábamos. Me arrepentí un poco en el momento en que fue directo a la sección de Netflix de películas europeas, porque no tenía yo el cerebro para algo demasiado profundo. Eligió una película sueca, con subtítulos claro, y fingí roncar durante un rato hasta que, en una pelea a medio camino entre los puñetazos y las cosquillas, Lennon me obligó a prestar atención.

No sé si le sorprendió que pasara el resto de la película en silencio o asumió que me había quedado dormido. Pero nada más lejos de la realidad.

—Vámonos. —Fue la única palabra que acerté a pronunciar en medio del estado catártico en el que había entrado.

—¿Ahora? ¿A dónde?

—No, ahora no. —Me senté en el sofá, de frente a él—. Vámonos a Estocolmo un tiempo.

—¿Dan? —Lennon me miraba desde su esquina como si me hubieran

salido dos cabezas—. ¿De qué estás hablando?

—No quiero empezar a ejercer ya. Tú lo has dicho, tenemos ahorros. Y tu madre tiene cerrado el piso de Estocolmo. Vámonos a vivir allí un tiempo. Tú podrás volver a hacer fotografías en la nieve, podremos viajar por Europa y yo... yo me encontraré a mí mismo.

—¿Hablas en serio? —Asentí, con una ilusión en la mirada que no recordaba haber sentido nunca—. ¿Cuánto tiempo?

—No lo sé. ¡No lo sé! ¿Te das cuenta?

—De lo único que me doy cuenta en este momento es de que te has estado drogando en mi ausencia.

—No, no. Hablo en serio. Muy en serio. Es la primera vez en mi vida que no tengo un plan por delante, perfectamente trazado y analizado y, ¿sabes qué? ¡Me encanta!

—Dios mío... Te has convertido en mí.

—¿Y sería eso tan malo?

—Puede ser el caos y la anarquía.

—Pues que lo sea.

Y ASÍ HEMOS LLEGADO HASTA HOY. Después de oír a mucha gente decir que estamos locos, después de meses tratando de convencer a mis padres de que no estamos tirando nuestra vida por la borda. Al contrario. La estamos exprimiendo al máximo. Lennon lo dijo aquel día: si no lo hacemos ahora, ¿cuándo lo vamos a hacer? Yo sé lo que son las jornadas laborales en un hospital, lo vi en mi casa desde niño. Y, aquella noche, después de tomar la primera decisión impulsiva de mi vida (o, al menos, la primera que no tenía que ver con Lennon), me di cuenta de que sí quiero ejercer en el futuro. Pero ese concepto es clave: *en el futuro*. En el presente, lo único que quiero es disfrutar la vida, disfrutar de Lennon, devolverle la felicidad que le robé la primera vez que él vivió en Estocolmo y disfrutar cada minuto que pasemos juntos allí.

Quizá sean dos meses, quizá sean dos años o quizá ya nunca volvamos. Quizá yo me convierta en un médico tan importante como fue mi padre o quizá encuentre en Europa otra vocación que jamás me he planteado. Quizá nos cansemos pronto del frío de Suecia y acabemos viviendo en el sur de

España o quizá no aguantemos la Navidad sin ver el árbol del Rockefeller Center. Lo único que no está sometido a ningún *quizá* es la felicidad. Con Lennon al lado, la tengo asegurada.

Alguien muy sabio me dijo cuando cumplí veintiún años que viviera. Que esto son dos días y que a veces la mala suerte no nos permite llegar a tanto. Vivir. Eso es lo único que queremos Lennon y yo. A los sabios... hay que hacerles caso cuando nos aconsejan.

FIN

Agradecimientos

La historia de Lennon y Daniel es, a día de hoy, la más especial para mí de todas las que he escrito. Por muchos motivos. El primero de ellos, porque me salvó de la única crisis de escritura que he tenido en mi vida, y ya solo por eso le estaré siempre agradecida. Entre mayo de 2016 y enero de 2017, apenas fui capaz de escribir, por razones que no vienen ahora al caso. Hasta que llegaron ellos. La idea bullía en mi cabeza desde el verano, pero fue un día de enero cuando al fin tomó forma. Y hasta aquí ha llegado, tras unos cuantos avatares en el camino.

Esta historia también es especial, y siempre lo será, porque fue la primera que compartí con tres personas que se han convertido en fundamentales en mi profesión y en mi vida. Hacía algunas semanas que las conocía cuando les hablé de este manuscrito, que rebautizamos entre todas, y que ha acabado convertido en novela, entre otras cosas, por su apoyo incondicional. Así que el primer agradecimiento es para ellas: para Alice, Neira y Saray. Por tantas razones... vosotras ya las sabéis.

La tercera razón por la que esta novela es un poco más especial para mí que las demás es porque habla de personas que tienen que luchar contra prejuicios y mentes cerradas. Aún hay mucho de eso ahí afuera, para desgracia de todos. Por eso he dedicado la novela a las mentes abiertas, porque estoy convencida de verdad de que son las que cambian el mundo, las que luchan por derechos que beneficiarán a las generaciones posteriores y las que permitieron que los que estamos hoy aquí podamos hacer cosas como escribir novelas sin tener que pedir ni permiso ni perdón. Queda mucho por hacer y está en nuestra mano aportar el granito de arena que nos corresponde. Pero esto no es un mitin, aunque lo parezca. Es un agradecimiento. A quien me enseñó a pensar así y quien es más moderna, abierta y libre que nadie que haya conocido jamás. Supongo que ella, y todos los que la conocen, ya se imaginan de quien hablo.

Esta novela no habría sido posible sin el apoyo incondicional, altruista y auténtico del resto de mis lectoras cero: Susanna Herrero, Altea Morgan y Carlota Laupani. Gracias por creer en Lennon y en Daniel, por mimarlos tanto y por animarme sin cesar a publicar esta historia. Ha tardado, pero aquí

la tenéis. Y es también vuestra en muchos sentidos.

Como todas las demás (en esto sí que no hay ninguna diferencia), esta novela está en deuda con la persona que me soporta, me anima, me apoya, me alienta y me quiere desde mucho antes de que esto de ser escritora fuera siquiera un proyecto. Dicen que veinte años no es nada, Juan, pero veinte años siendo tu mejor amiga para mí lo es todo.

Y, por último, como siempre, mi agradecimiento más importante es para vosotras, las lectoras. Para las que lleváis ahí desde el primer día y para las que habéis ido llegando. Porque, sin vosotras, nada de esto tendría sentido. Gracias por dárselo. Gracias por acompañarme, en silencio, en muchas noches frente al portátil.

Si queréis saber más sobre mí o contactar conmigo, me encontraréis en mi blog www.abrilcamino.com, en las redes sociales ([Facebook](#), [Twitter](#), [Instagram](#), [Pinterest](#)) o en mi correo electrónico abrilcamino@hotmail.com.